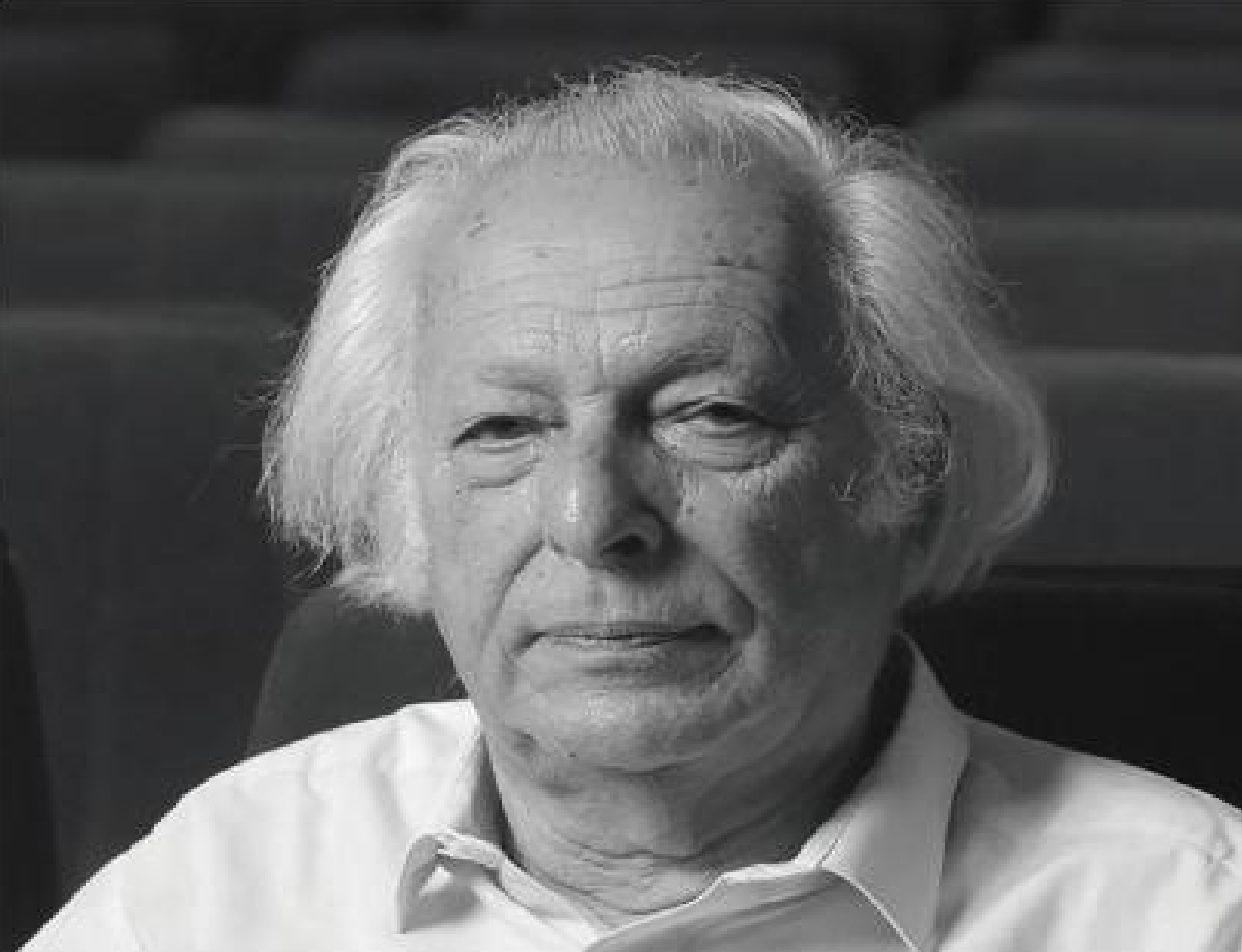




SAMIR AMIN

CLASES Y NACIONES EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO

EL VIEJO TOPO

SAMIR AMIN

CLASES Y NACIONES
EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO

SAMIR AMIN

CLASES Y NACIONES EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Traducción de Javier Rubio

EL VIEJO TOPO

© Samir Amin, 1979

© Edición propiedad de El Viejo Topo / Ediciones de Intervención Cultural
C/ Juan de la Cierva 6 08339 Vilassar de Dalt (Barcelona)

Diseño: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-18550-20-1

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido ahora o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Ediciones de Intervención Cultural.

Capítulo I

Clases, Naciones y Estados en el materialismo histórico

La historia sirve al combate ideológico que opone a los que quieren cambiar la sociedad (una sociedad, en un sentido determinado) y a los que quieren perpetuar sus características esenciales. No hemos de creer en las profesiones de fe de aquellos que pretenden situarse al margen de este conflicto, porque son los hombres quienes hacen su historia, aunque esto ocurra en unas condiciones objetivamente determinadas. En efecto, las leyes de la sociedad no actúan como las leyes de la naturaleza; y no hemos de creer en una cosmogonía única que englobe la Naturaleza y la Sociedad (aunque sea calificada como dialéctica materialista). En cambio, es cierto que la calidad de las reflexiones de los que quieren cambiar la sociedad es necesariamente mejor que la de los que quieren inmovilizarla. La razón de esto es que la sociedad cambia. Aquellos que quieren detener su movimiento se ven así obligados a negar la evidencia, y, con este objetivo, a extraviar la reflexión en un detalle que justifique su negativa a abstraer y generalizar, acto propio de toda actitud científica, para sustituirlo por una reflexión moral –platónica o confuciana. Pero aquellos que quieren cambiar la sociedad no son dioses que vivan al margen de ella: entre los objetivos que creen asignarse, los que nos ofrecen efectivamente (con frecuencia implícitamente) y los resultados obtenidos, hay un amplio margen.

Vamos a tratar aquí de ofrecer un balance, provisional, modesto, pero peligroso (porque reclama todo tipo de críticas), de lo que la historia nos enseña. Presuponemos que solo el presente permite dar un sentido al pasado, y creemos ser capaces de situarnos en el punto de vista de los que quieren una sociedad sin clases. Además, pretendemos que el combate por la liberación social de la explotación de clases se halla ligado indisolublemente al combate por la liberación nacional de los pueblos de Asia y de África.

Expresaremos este balance en la forma de siete tesis establecidas en el desarrollo de este libro, resumidas en sus conclusiones teóricas como sigue:

Primera tesis: La historia universal puede ser comprendida. Podemos elevarnos por encima de lo que permite la sola explicación inmediata, la que produce la mejor historia de acontecimientos, sobre la base de un método empírico-ecléctico que recurre a causalidades directas múltiples, provenientes de planos diferentes (esta ideología explica aquel comportamiento, aquel hecho económico lleva consigo esta evolución, etc.). De tal modo que descubrimos: 1) que un conjunto de conceptos de alcance universal, que son los conceptos del materialismo histórico, constituye el medio de este análisis (estos conceptos no son decretados a priori, sino que por el contrario son inducidos por la historia real); y 2) que la evolución de todas las sociedades humanas permite extraer algunas grandes tendencias universales que resultan de la misma dialéctica fundamental (fuerzas productivas/relación de producción).

Segunda tesis: La historia universal es siempre historia de desarrollos desiguales. El desarrollo desigual es universal, aunque su naturaleza, el terreno en que opera, la manera a través de la cual se expresa, no constituyen una eterna repetición de unas cuantas leyes simples. La periodización de la historia (de un segmento de la humanidad o, para la época moderna, de la historia mundial) debe estar fundada en la dialéctica tendencias generales/ desarrollos desiguales por medio de los cuales estas tendencias se expresan.

Tercera tesis: La historia, en último análisis, es la historia de la lucha de clases. Pero las clases que definen, oponiéndose dialécticamente, los modos de producción que constituyen las formaciones sociales sucesivas que corresponden a los diferentes niveles de desarrollo de las fuerzas productivas, se hallan insertas en unas sociedades definidas, delimitadas por las fronteras del Estado y –en ocasiones– de la nación.

Cuarta tesis: Algunas sociedades constituyen un sistema de formaciones sociales cuando las relaciones que mantienen entre ellas son suficientemente densas como para que las oposiciones y alianzas de clases no puedan ser ya analizadas válidamente

limitándose al nivel de cada una de ellas, sino que han de ser consideradas al nivel global del sistema. En particular, el mundo contemporáneo constituye un sistema, el imperialismo.

Quinta tesis: La reproducción social de la sociedad capitalista no podría ser comprendida únicamente en el nivel del funcionamiento económico interno de los Estados-naciones del sistema capitalista mundial. Esta reproducción puede ser comprendida solamente si, por una parte; se integra la instancia estatal en la regulación económica y, por otra parte, se toma como campo del análisis de la dialéctica lucha de clases/leyes económicas, no cada Estado-nación por separado, sino el conjunto del sistema.

Sexta tesis: La existencia de las naciones conlleva la de cuestión nacional y el desarrollo desigual da a esta cuestión una agudeza particular en el desenvolvimiento de las luchas. Es importante pues tener en cuenta la naturaleza de la tendencia burguesa y de la tendencia proletaria en la manera de plantear y resolver la cuestión nacional.

Séptima tesis: La tendencia a la uniformización, propia del sistema capitalista, aunque opere contradictoriamente (uniformización/desigualdad), tiene unos efectos ideológicos considerables. La ideología de la “cultura universal” merece, por este hecho, ser reexaminada sin cesar en sus evoluciones y modalidades sucesivas.

I. Lo particular y lo universal en la historia

1. Los conceptos fundamentales del materialismo histórico únicamente tienen valor científico en la medida en que tienen un alcance analítico universal. Es decir, estos conceptos deben ser abstraídos de la historia universal y no de la de un segmento particular de ésta. Los conceptos de modo de producción, formación social, infraestructura, superestructura, clases sociales, etc., tienen esa validez universal. En cambio, el modo de producción feudal no tiene necesariamente valor universal, porque ha sido abstraído de un segmento de la historia, la de Europa. Decretar de antemano que el feudalismo es una categoría universal y tratar luego de hacer entrar por la fuerza la realidad de otras sociedades en este marco

definido a priori, abstraído de una historia particular, es dar la espalda al espíritu científico. Teniendo en cuenta esto, negarse a sacar del conjunto de la historia de la humanidad conceptos universales, es caer en el discurso de “la irreductibilidad de las civilizaciones”, un discurso irracional, racista en último término.

Desde este punto de vista pues, la gran lección de la historia es la universalidad de las leyes fundamentales que rigen todas las sociedades humanas, europeas y no. En ese marco, Marx solo proporcionó los primeros elementos, pero fundamentales, del arma del materialismo histórico. Unos elementos limitados no solo por los conocimientos de su época, sino también por una experiencia de luchas que posteriormente se extendieron considerablemente, ya que creemos que la fuente principal del conocimiento es la acción. Toda actitud contraria conduce a la rigidez dogmática y a la impotencia práctica.

El materialismo histórico, así pues, se ha visto enriquecido por la intervención de los pueblos de Asia y de África en la historia capitalista y socialista. La lucha contra las interpretaciones restrictivas del marxismo, contra su reducción occidentalocéntrica, partió pues de la lucha por la liberación social y nacional, de la lucha contra la ideología imperialista, aunque hubiera sido disfrazada de “marxismo”.

2. Se renuncia al materialismo histórico desde el momento en que no se acepta: 1) que el desarrollo de las fuerzas productivas rige en última instancia las relaciones de producción (aunque será preciso interpretar esta afirmación: ¿se trata del desarrollo efectivo de las fuerzas productivas en presencia o de su desarrollo potencial?); y 2) que todas las sociedades humanas pasaron y pasarán desde este punto de vista por unas etapas profundamente análogas más allá de su diversidad de expresión (pero el problema consiste en definir correctamente estas etapas a partir de toda la historia humana).

El balance que proponemos es el siguiente:

1) Todas las sociedades humanas han pasado por tres etapas consecutivas: a) el comunismo primitivo; b) el modo de producción tributario; y c) el capitalismo; y llegarán a una cuarta etapa: el comunismo; 2) cada una de las tres etapas se halla separada de la

siguiente por una época de transición: a) la época de los modos de producción comunitarios; b) la época de la transición al capitalismo; y todas las sociedades pasan o pasarán por un período (llamado socialista) de transición al comunismo; 3) el capitalismo, como el comunismo, no son frutos del azar o de la excepción, sino de la regla objetiva y necesaria.

3. Primera serie de cuestiones: ¿qué es una etapa necesaria?

El comunismo primitivo es la “negación de origen necesaria”, como lo definió Dhoquois¹. Resulta imposible pensar en el paso del animal al hombre sin esta etapa. Durante este paso, tuvieron lugar unas transformaciones decisivas, cuyos efectos se hallan todavía presentes y tal vez lleguen a ser eternos (es decir, independientes de los sistemas sociales, ya que el ser humano, en tanto que especie propia diferente del animal, trasciende los sistemas sociales). Queremos decir con esto simplemente que algunos de estos caracteres subsistirán tal vez en el comunismo.

¿Cuáles son estos caracteres? No sabemos de esto casi nada y la antropología no nos enseñará gran cosa en este terreno, pues esa etapa está irremediabilmente perdida. En el mejor de los casos, algunos elementos reconocibles en un puñado de sociedades paleolíticas podrían inspirar la reflexión filosófica y psicológica imaginativa. El peligro de cientifismo en este caso es muy fuerte, tan inciertos son, y lo seguirán siendo, los datos más elementales.

La discusión de la etapa que hemos calificado como tributaria es decisiva por otra razón más. Si es preciso hacer distribuciones según las especialidades universitarias, esta etapa interesa a los historiadores, y no a los antropólogos. Ya que se trata de la historia de todas las civilizaciones fundadas de una manera reconocible e indiscutible en: 1) un desarrollo de las fuerzas productivas importante: una agricultura sedentaria que puede asegurar algo más que la supervivencia, un excedente sustancial y garantizado, actividades no agrícolas (artesanales) importantes, ricas, diversas, que introducen un equipamiento de conocimientos técnicos y un utillaje (pero no máquinas) variados; 2) actividades improductivas desarrolladas correspondientes a la importancia de ese excedente;

3) una división en clases sociales fundada en esta base económica; y 4) un Estado acabado (ciudad, reino o imperio) que supera la realidad aldeana.

4. Al referirnos a esta etapa, observamos: 1) que presenta una gran variedad de formas; 2) que a pesar de ello, por encima de esta variedad, se desprenden unos caracteres comunes, según los cuales la extracción del sobretrabajo es regida por el papel dominante de la superestructura, en el marco de una economía regida por el valor de uso; 3) que el modo fundamental de esta etapa es el modo tributario; 4) que el modo feudal es una variante de este último; 5) que el modo llamado esclavista es una excepción intersticial en la mayor parte de los casos; 6) que la complejidad de las formaciones de esta etapa (esta complejidad explica la variedad) implica que más allá de las relaciones de producción inmediatas, unas relaciones de intercambios, externos e internos, hacen intervenir la problemática de las relaciones mercantiles; 7) que esta etapa no es estática sino que por el contrario se caracteriza por un desarrollo considerable de las fuerzas productivas sobre la base de las relaciones de producción tributarias que operan en el marco de las formaciones comprendidas en toda su complejidad. En este nivel de abstracción necesaria y en ese marco, Europa no es más “excepcional” que China, India, Egipto, etc. La insistencia en la especificidad no debe hacer perder de vista la necesidad científica de generalizaciones.

5. El capitalismo no es solamente una etapa necesaria porque ya existe a escala mundial. Entendemos por necesario el hecho de que todas las sociedades tributarias debían obligatoriamente volver a poner en cuestión las relaciones de producción sobre cuya base se habían desarrollado e inventar las relaciones capitalistas, las únicas capaces de permitir un desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. El capitalismo no estaba destinado a ser una invención europea, también podía ser perfectamente una invención china, árabe, etc. La única razón por la que no fue una invención asiática o africana es que al haber sido constituido primeramente en Europa, ésta se encargó de detener la evolución normal de los otros continentes. Esta sumisión no data del imperialismo; se remonta a los orígenes

del capitalismo. Todos los esfuerzos desplegados para establecer que el capitalismo no podía nacer más que del azar y de la excepción europea, para oponerlo al inmovilismo de los otros continentes, y muchos “marxistas” se han dedicado a esta tarea, traicionan los principios fundamentales del materialismo histórico y traducen un pensamiento occidentalocéntrico, que es precisamente la ideología del capitalismo y del imperialismo. El sistema capitalista estará pues siempre dividido en un centro y una periferia. Esta contradicción le es inmanente. Centro y periferia han cambiado de formas y de funciones, de la época mercantilista a la época imperialista, han evolucionado de una fase del imperialismo a otra; pero se oponen siempre como los dos polos de una unidad contradictoria.

Observemos de pasada que el nivel de las fuerzas productivas de la época capitalista y las leyes que rigen su desarrollo implican la tendencia a la homogeneización. La razón de ello es que el modo capitalista está fundado en el valor de cambio, el modo tributario en el valor de uso. No obstante, esta homogeneización resulta imperfecta, no opera en el nivel del sistema mundial, sino únicamente en el de los centros: las formaciones capitalistas centrales están destinadas a ser cada vez más idénticas. Esta homogeneización hay que oponerla a la variedad persistente de las formaciones de la época anterior.

El único problema concerniente a la fase capitalista que merece explicación es pues el siguiente: ¿por qué el capitalismo apareció antes en Europa? La respuesta es que se debe a que Europa se hallaba menos avanzada en ese sentido periférico. Esa es la primera gran expresión del desarrollo desigual de las sociedades.

6. La etapa del comunismo es también necesaria. ¿Pero se trata de la única etapa necesaria posible? El desarrollo de las fuerzas productivas se encuentra desde ahora limitado por las relaciones capitalistas muy por debajo de su nivel potencial visible; en particular, el capitalismo es incapaz de resolver su contradicción inmanente centro/periferia. ¿Exige este desarrollo la abolición de las clases? No estamos totalmente seguros de ello: la transición que se abre con la abolición de las relaciones capitalistas no conduce

inexorablemente al comunismo.² Esta transición podría conducir también a una nueva etapa que aparecería entonces como necesaria, caracterizada por una nueva estructura social de clases. Esta etapa, que hemos llamado el modo de producción soviético (o modo colectivista de Estado, o, más simplemente, modo de producción estatal), puede ser entrevisto ya como posible. La evolución podría proseguirse en esa dirección, tanto en las periferias como en los centros. En ese caso habría un considerable desarrollo de las fuerzas productivas, hecho posible por la centralización estatal del capital y la superación de la contradicción centro/periferia propia del capitalismo. Por esa razón esta etapa no puede ser calificada de capitalismo a secas. Más adelante volveremos a ocuparnos de estos problemas.

Si hubiera de ser así, el comunismo seguiría siendo la etapa necesaria siguiente, ya que el desarrollo de las fuerzas productivas quedaría limitado por la existencia de clases. Pero evidentemente, toda la problemática de la lucha por el comunismo –la problemática de la transición– se plantearía en términos nuevos.

¿Homogeneidad o variedad del comunismo? Sin duda es demasiado pronto para responder a esta pregunta. Creemos sin embargo que el comunismo es variedad, por estar fundado en el valor de uso. En cambio, el modo estatal, si llegara a imponerse, sería homogeneizante, por estar fundado en el valor de cambio. Lo sería incluso con más fuerza que el capitalismo lo haya sido nunca, ya que aboliría la contradicción centro/periferia.

7. Segunda serie de cuestiones: ¿Cómo actúa la transición de una etapa necesaria a otra?

Los períodos de transición se distinguen de las etapas necesarias por el hecho de que los elementos del cambio predominan en los primeros sobre los elementos de la reproducción, más acentuados en las segundas.

No tratamos de decir que la reproducción, en todas las etapas necesarias, excluiría la contradicción; ya que sin la contradicción no se comprendería el cambio, es decir, la razón por la cual una etapa necesaria no es eterna. Queremos decir solamente que la lucha de

clases en las etapas necesarias tiende a ser integrada en la reproducción, a convertirse en uno de sus elementos. Por ejemplo, en el capitalismo, la lucha de clases tiende –al menos en el centro– a ser reducida a su dimensión económica, y por ello mismo a convertirse en un elemento de funcionamiento del sistema, y no de su destrucción. En cambio, en los períodos de transición, la lucha de clases se dilata para alcanzar realmente el primer plano de la escena. En este caso es el motor de la historia. Todas las etapas necesarias dan pues la impresión de estar consagradas para la eternidad, de ser inmóviles. En este plano, no existe diferencia entre Europa y Asia, e incluso entre el pasado y el presente. Todas las sociedades de la segunda etapa, tributarias, ofrecen la misma impresión de estancamiento: lo que Marx dijo de Asia se aplica también adecuadamente, y Sweezy lo ha afirmado, a la sociedad feudal europea. Desde luego, el capitalismo, por oposición a todas las sociedades de la segunda etapa, presenta el aspecto de un cambio constante, debido a su ley económica fundamental. Pero esta revolución permanente de las fuerzas productivas lleva consigo una adaptación no menos permanente de las relaciones de producción, que da asimismo la impresión de que el sistema no puede ser superado, como lo pretende la ideología burguesa.

8. Todas las épocas de transición están igualmente marcadas por una especificidad extrema. Cada situación concreta da lugar a una articulación particular de todas las contradicciones. Estas se resuelven sin embargo finalmente por la aparición de sistemas estables, correspondientes a las etapas necesarias, que, por encima de su variedad, no presentan una especificidad extrema, concreta, de idéntica naturaleza, pero en cambio comparten una serie de caracteres fundamentales comunes. Como lo recuerda Perry Anderson, “la génesis de un modo de producción debe ser distinguida de su estructura”.³

9. La primera época de transición es la del paso de la sociedad sin clases de origen a una sociedad tributaria. En la división del trabajo universitario, es el campo de la antropología (cuyo balance haremos más adelante). Nacimiento de las clases sociales, nacimiento del

Estado, desarrollo de las relaciones de dominación y de las relaciones de explotación se entremezclan en una gama de situaciones concretas tan variada como casos hay, es decir, sociedades, por pequeñas que sean. Si es preciso dar un nombre genérico al conjunto de estas situaciones, parece que el término de modos de producción comunitarios es el más apropiado, porque sitúa el acento en el carácter todavía inacabado de la formación de las clases y del Estado y asimismo en las formas todavía colectivas de la propiedad.

La antropología marxista parece haber frecuentemente perdido de vista que su terreno es el de la transición del comunismo de origen al Estado de clases.

10. El segundo período de transición es el que lleva al capitalismo. Esta transición se presenta como un conjunto de dos familias de casos, fundamentalmente diferentes. La primera es la de las situaciones de transición al capitalismo central, es decir unas transiciones (en plural) en Europa (y en Japón). Este es, por excelencia, el terreno del occidentalocentrismo, incluso en numerosos marxistas. La segunda es la de las situaciones de transición al capitalismo periférico, es decir, situaciones absolutamente particulares a causa de la dominación del capitalismo (externa en el origen, que de una determinada manera, lo ha seguido siendo). En conjunto, las sociedades sometidas a esta dominación eran sociedades tributarias, en ocasiones muy avanzadas. Pero, muy excepcionalmente, algunas sociedades, menores, fueron integradas en el sistema capitalista cuando se encontraban todavía en la etapa comunitaria.

11. El tercer período de transición es el de las experiencias socialistas, es decir, hasta el momento, experiencias en curso a partir de situaciones periféricas (Asia oriental, Cuba) o semiperiféricas (URSS, Yugoslavia, Albania y países de la zona soviética europea). Una excepción fundamental: la Comuna de París.

12. Una gran diferencia separa el examen de las experiencias de las transiciones del pasado (transiciones al modo tributario y al modo capitalista central) del de las experiencias del presente (transiciones

al modo capitalista periférico y transiciones socialistas). El pasado no puede apenas ser conocido de otro modo que a través de la investigación científica de los antropólogos o de los historiadores. El presente es conocido principalmente a través de la acción, siendo este un modo de conocimiento superior. Ciertamente, los antropólogos y los historiadores pueden tratar de situarse desde el punto de vista de las clases revolucionarias que actuaron en la historia que estudian, pero ese esfuerzo es poco comparable al de los militantes. Por esta razón, finalmente es a partir de las luchas presentes como mejor puede comprenderse el pasado, mejor que a la inversa. Antropólogos e historiadores pasan pues a un segundo plano, superados por las lecciones de la experiencia de los militantes de la lucha anti-imperialista (que actúan en el marco de la transición al capitalismo periférico) y de los de la construcción del socialismo (que actúan en el seno de un período de transición cuya salida es incierta, ya que el modo estatal no se halla definitivamente establecido).

13. La precedente exposición puede ser resumida del siguiente modo:

Primera etapa necesaria: el comunismo primitivo. Negación de origen necesaria. Conocimiento casi nulo del paso (sin embargo esencial) de la animalidad a la humanidad. ¿Uniformidad o variedad?

Primera fase de transición: las sociedades comunitarias. Campo de la antropología. Carácter inacabado de la formación de las clases y del Estado. Variedad concreta extrema.

Segunda etapa necesaria: las sociedades tributarias. Forma dominante tributaria y variedades caracterizadas por una economía regida por el valor de uso. Desarrollo lento pero importante de las fuerzas productivas e impresión de inmovilismo. La superestructura tiene un papel dominante sobre la base. Formas de reproducción regidas por este carácter dominante. Problemáticas de las situaciones especiales (esclavismo) y de los intercambios mercantiles no dominantes.

Segunda fase de transición: la transición al capitalismo. La transición al capitalismo central: especificidad de las situaciones

concretas en relación con el papel dominante de los elementos del cambio respecto de los elementos de reproducción. Campo por excelencia del occidentalocentrismo. Primera expresión del desarrollo desigual. La transición al capitalismo periférico: las lecciones principales de la acción anti-imperialista.

Tercera etapa necesaria: el capitalismo. Desarrollo prodigioso de las fuerzas productivas: renovación permanente de éstas y adaptación permanente de las relaciones de producción. Elementos de la reproducción dominante y tendencia a la reducción de la lucha de clases a su dimensión económica. Economía fundada en el valor de cambio y carácter dominante de lo económico. Contradicción inmanente centro/periferia y tendencia a la uniformidad reducida al centro.

Tercera fase de transición: el socialismo. Segunda expresión del desarrollo desigual. Especificidad de las experiencias históricas de esta transición, siempre a partir de la situación del capitalismo periférico o semi-periférico. Carácter dominante de la lucha de clases y carácter incierto de la salida.

Cuarta etapa necesaria. Primera posible: el modo de producción estatal. Resolución de la contradicción centro/periferia. Uniformidad (el valor de cambio rige la economía). Carácter dominante de la superestructura (centralización estatal del capital). Nuevas contradicciones y condiciones nuevas de la segunda transición eventual. *Segunda posible: el comunismo.* Variedad: restablecimiento del valor de uso. Todo lo demás desconocido (¿retorno a los problemas de origen?).

14. Este balance, que hemos vuelto a trazar aquí en sus líneas principales, plantea evidentemente unas cuestiones esenciales concernientes al método del materialismo histórico. Se trata de saber si se opta por Marx, Weber o el socialismo utópico. Aunque generalmente se admite que un modo de producción sea definido por una combinación particular de relaciones de producción y de fuerzas productivas, existe una tendencia a reducir el concepto de modo de producción al del estatuto del productor (por ejemplo: esclavo, siervo o trabajador asalariado). Ahora bien, el trabajo asalariado precede en varios milenios al capitalismo, que tampoco

puede ser reducido a su generalización; el modo capitalista combina el trabajo asalariado con un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. De la misma manera, la presencia de esclavos productivos no basta para definir un modo de producción (llamado esclavista), ya que, no combinada con un estado concreto de las fuerzas productivas, esta presencia no define nada más que a ella misma. Si el concepto de modo de producción es, para alguien, sinónimo de estatuto de productor, el malentendido es entonces en primer lugar semántico.

Cuando se trata de elaborar una lista exhaustiva de los estatutos del trabajo encontrados en la historia de las sociedades de clases, no es posible detenerse en los tres modos de trabajo dependientes que son la esclavitud, la servidumbre y el salario. Al haber limitado a priori la lista a estos tres tipos, los marxistas occidentalocéntricos se vieron obligados a inventar un cuarto estatuto, el del productor miembro de una supuesta comunidad (“asiática”) sometida al Estado (“esclavismo generalizado”). La pena es que este cuarto modo no existe. Lo que existe, en cambio, y además es mucho más frecuente que el esclavismo o la servidumbre, es el trabajo del pequeño productor (campesino) ni íntegramente libre y comerciante, ni rigurosamente encerrado por la propiedad de la comunidad, pero sometido sin embargo a la punción tributaria. Es preciso dar pronto un nombre a este estatuto, el más frecuente en la historia, y hasta el momento no hemos visto otro distinto del que hemos propuesto.

¿Cuáles son pues los argumentos amontonados contra la tesis del modo tributario, forma general de la sociedad de clases precapitalistas?

Algunos rechazan una simplificación semejante, afirmando la necesidad de señalar la especificidad de cada sociedad precapitalista en el espacio y en el tiempo. Es este un ejemplo de la dificultad del diálogo entre historiadores preocupados por no considerar la historia sino en todas sus particularidades concretas, y no historiadores. Los segundos están tal vez demasiado frecuentemente acuciados por generalizar, por sacar enseñanzas llamadas teóricas y leyes. ¿Pero acaso no son los primeros víctimas de un empirismo sin perspectivas? ¿Qué progreso en la

comprensión de las leyes de la sociedad habremos realizado si nos dedicamos a definir cien, doscientos, quinientos modos de producción? Más vale correr el riesgo de situar la diversidad, real, en otra parte: en la articulación de elementos abstractos en número limitado (modos de producción, relaciones de producción, fuerzas productivas, estatutos del trabajo, grado de comercialización de la economía, relaciones base/superestructura, etc.). Nos situamos aquí en el espíritu del método de Marx: el concepto es concreto porque es la síntesis de numerosas determinaciones que articulan elementos abstractos.

¿Si la generalización de las cinco etapas es falsa, de la misma manera que la de las “dos vías” (asiática y europea), se debe renunciar a toda teoría? La fuerza de nuestra hipótesis reside en poner el acento en las analogías profundas que caracterizan a todas las grandes sociedades de clases precapitalistas. Muchos historiadores no ven más que las diferencias. Podemos llegar a sorprendernos en cambio por las semejanzas: ¿por qué se encuentran corporaciones en Florencia, en París, en Bagdad, en El Cairo, en Fez, en Cantón y en Calcuta? ¿Por qué el Rey Sol recuerda al Emperador de China? Por qué está prohibido aquí y allá el préstamo con interés? ¿No es suficiente prueba de que las contradicciones que caracterizan a todas estas sociedades son de la misma naturaleza? Únicamente su articulación concreta es lo que explica que hayan encontrado su salida a través de la superación capitalista necesaria aquí más rápidamente que allá. Es preciso pues rechazar categóricamente la proposición de renunciar al término “precapitalista” –que supone la necesidad del capitalismo– por el término pretendidamente neutro de antecapitalista, que supone que el capitalismo es el fruto de un puro azar.

Ya que esta posición rompe el vínculo entre relación de producción y fuerzas productivas. Sustituye a Marx por Weber, la búsqueda de “tipos ideales” deducidos de un modo distinto de generalización (que se limita a las apariencias inmediatas de los fenómenos) en lugar de la búsqueda de las leyes generales del movimiento. Conduce al estructuralismo. ¿Los modos de producción serían en ese caso acomodados fortuitos de la estructura? Por el

contrario, existe interés en extraer los grandes rasgos del movimiento que, en la historia, enlaza el desarrollo de las fuerzas productivas en algunas grandes etapas sucesivas de la evolución de las relaciones de producción. La alternativa estructuralismo ahistórico o dogmático del marxismo vulgar (las cinco etapas o las dos vías) no puede ser superada más que en el marco de una investigación que siga inspirada por el método de Marx.

Toda teoría comporta el peligro de caer en una filosofía de la historia. Eso es cierto. Todavía es preciso mostrar que una teoría determinada es una filosofía de la historia, que no corresponde a la realidad o convierte en ininteligible el movimiento real.

Pensamos que nos hemos preservado de la principal filosofía de la historia, el economicismo, al tratar correctamente las relaciones entre fuerzas productivas, cuya orientación en ese caso conforman, a pesar de que solo unas relaciones superiores (las relaciones capitalistas son superiores a las tributarias y estas a las comunitarias) abren la vía a un progreso potencial más allá del que se desarrolla sobre la base de las antiguas relaciones de producción. La abolición de las clases se inscribe en esta lógica necesaria y no en la de una preferencia por un sistema de valores sobre otro. Sin lo cual no se ve ya la diferencia entre Marx y el socialismo utópico que le precede.

Por lo que hace a saber si el motor de la historia es la lucha de clases o el desarrollo de las fuerzas productivas, nuestra tesis es que la lucha de clases determina la orientación y el ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas, que, así pues, no es neutro. La distinción hecha entre el desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de relaciones de producción dadas y su desarrollo potencial superior sobre la base de nuevas relaciones (y superiores, una vez más) implica esta no neutralidad. Hemos observado, en *El intercambio desigual* y en *La ley del valor y el materialismo histórico*, que los esquemas del libro II de *El Capital* ilustran este hecho, la posibilidad de diferentes equilibrios en dinámica, a los cuales corresponden diferentes conminaciones de coeficientes técnicos, tasas de plusvalía, salarios reales y tasas de ganancia. Esta flexibilidad de los esquemas del libro II recuerda cómo la lucha de

clases orienta el progreso técnico. Por lo que se refiere a la época precapitalista, se ha observado cómo la lucha de clase entre los campesinos y sus explotadores tributarios determinó una forma de progreso que implicaba como final la apertura capitalista. Se ha creído poder afirmar que la misma determinación operaba efectivamente en todas las sociedades precapitalistas evolucionadas, en el mundo árabe y en China del mismo modo que en Europa, antes de su sumisión al capitalismo europeo, y sobre esta base, reafirmar el carácter necesario del capitalismo. Se ha observado igualmente que, si la lucha de clases es, en última instancia, el motor de la historia, resulta útil distinguir un tipo de luchas de clase que operan en el seno de un sistema de relaciones de producción (por ejemplo, la lucha economicista en el capitalismo) que orienta el desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de las relaciones de producción en cuestión, y otro tipo de lucha de clases, el que se asigna como objetivo el derrocamiento de las antiguas relaciones y el establecimiento de unas nuevas, condición de un desarrollo ulterior potencial incomparable (lucha que caracteriza los momentos revolucionarios, de transición).

Se comprende cómo, a partir de aquí, la tesis del desarrollo desigual se impone. En el centro de un sistema, es decir, allá donde las relaciones de producción son las mejor asentadas, el desarrollo de las fuerzas productivas regido por estas relaciones refuerza la coherencia del conjunto del sistema, mientras que en su periferia el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas ofrece una mayor flexibilidad, lo que explica una salida revolucionaria más precoz.

Esta tesis no se merece ciertamente el ser calificada de economicista. Hay que añadir que la reacción contra el economicismo, real, del revisionismo dominante condujo a un deslizamiento anarquista y utopista, sobre todo después de 1968. En este sentido, la afirmación “anti-economicista”, un poco fácil, hizo en ocasiones olvidar la determinación en última instancia por la base económica. Este anti economicismo condujo lógicamente al estructuralismo y al idealismo: la Razón, el Progreso o la Imaginación son los motores de la historia.

15. Como conclusión de estos debates acerca de lo universal y lo particular en la historia, insistiremos en las siguientes cuatro lecciones:

La primera es que los conceptos analíticos fundamentales del materialismo histórico tienen una validez universal.

La segunda es que las mismas fuerzas esenciales intervinieron e intervienen (bajo la forma de la dialéctica universal fuerzas productivas/relaciones de producción) en todas las sociedades, imprimiendo a la historia universal el paso necesario por tres grandes etapas.

La tercera es que esta tendencia necesaria se ha expresado a través de una gran variedad de formas y de especies.

La cuarta es que la evolución opera por medio del salto cualitativo de un modo a otro, de una manera desigual, a través de transiciones concretas en cada caso, particulares.

II. Universalidad y particularidades del desarrollo desigual

1. Si alguna lección fuera posible extraer de la historia universal, sería la de que el desarrollo es siempre desigual. Nunca, o casi nunca, las regiones más avanzadas en un momento determinado por el nivel de sus fuerzas productivas y el tipo de sus relaciones de producción son las que pasan más rápidamente y más radicalmente a una etapa más avanzada. Dos veces en la historia el desarrollo desigual se ha manifestado con una fuerza particular: en nuestra época, en que la transición al socialismo fue emprendida a partir de países como Rusia y China, y no Gran Bretaña o Estados Unidos; y en los siglos XVII y XVIII, cuando el capitalismo se abrió camino en la Europa feudal y no en el seno de las civilizaciones de Oriente, más antiguas, más brillantes y más avanzadas durante siglos y en algunos casos milenios.

En el interior mismo de la transición europea al capitalismo se suceden una serie de avances desiguales, transfiriendo los roles de vanguardia de Italia a España, luego a Inglaterra. Más tarde, en el desarrollo mismo del capitalismo, los Estados Unidos aventajan a Gran Bretaña, Alemania, Francia, etc. Hoy, en la transición socialista, la URSS retrocede, China avanza más lejos.

De esta universalidad del desarrollo desigual, ¿es posible extraer alguna ley general? Es preciso siempre ser cautos al utilizar el término ley en historia, para evitar el abuso de la asimilación a las leyes de la naturaleza. En las ciencias de la naturaleza, la ley descubierta implica la repetición estadística de la misma relación causa/efecto. Ahora bien, aquí, no disponemos más que de dos etapas –capitalista y socialista– y de dos casos de desarrollo desigual, cada uno específico en la articulación de sus causas.

2. Sin embargo, utilizamos el mismo juego de dos términos –centro/periferia, acabado/inacabado, avanzado/retrasado– a lo largo de todos los análisis del desarrollo desigual a través de la historia, que serán expuestos en los capítulos siguientes, sobre todo en los capítulos III, IV, V y VI.

Esta asimilación en los términos no debe ser comprendida como una reducción a una explicación unilateral, simple, que implicaría una “repetición eterna” de la historia. Se trata solamente de una analogía que implica unas lecciones, las cuales no tienen sentido más que si se comprende la originalidad de cada uno de los dos procesos de desarrollo desigual en cuestión.

Si centro/acabado/avanzado son sinónimos, así como también periferia/inacabado/retrasado, el terreno en que se expresa el acabamiento en cuestión es específico para cada una de las dos grandes etapas: tributaria y capitalista.

Insistamos en este punto: en el modo capitalista, la instancia económica es dominante; en el modo tributario, la instancia dominante es la ideología (la superestructura). Acabado/inacabado son así caracteres que se sitúan en el nivel económico en un caso y en el de la superestructura en el otro.

En el sistema capitalista del imperialismo, los centros son económicamente dominantes, las periferias dominadas. El sistema capitalista es por otra parte el primer sistema económico planetario. Las economías centrales/dominantes son autocentradas, es decir, acabadas; las economías periféricas/dominadas son extravertidas, inacabadas (y, por esa razón, retrasadas). La dominación económica es lo que las bloquea, les impide alcanzar el nivel de

aquellas. La causa del retraso es, en este sentido, externa, aunque haya sido interiorizada por las alianzas de clases que la reproducen.

Nada semejante ocurre cuando hablamos de modos precapitalistas centrales o periféricos, acabados o inacabados. El modo tributario acabado (China, Egipto) lo es en el plano de la superestructura: clase-Estado dominante, centralización estatal del excedente tributario, formas del Estado y de la ideología correspondientes... El modo feudal es tributario inacabado porque no se encuentra acabado en el plano de la organización de la centralización estatal del excedente tributario. Pero no hay dominación externa de las sociedades tributarias acabadas sobre las inacabadas. Egipto no domina a Roma (incluso ocurre lo contrario), todavía menos a la Europa feudal (que no pertenece al mismo sistema de formación ni a la misma época), y China no domina al Japón. Como consecuencia, la dominación externa no es lo que en este caso bloquea la evolución. Si el feudalismo, forma inacabada (periférica) del modo tributario, fue más apto para engendrar el capitalismo que el modo tributario acabado (central), no fue porque las sociedades tributarias dominaran a las sociedades feudales. No existe ninguna analogía con la concordancia liberación nacional/socialismo de nuestra época. La explicación hay que buscarla evidentemente en otros planos de análisis.

Del mismo modo, cuando se analiza el paso en Europa a la feudalidad, se descubre que este resulta de una síntesis particular entre la desintegración del mundo romano antiguo esclavista y la evolución del mundo bárbaro comunitario. Este mundo bárbaro se halla atrasado en relación con la sociedad romana. En este sentido, es periférico, en vías de transformación de una sociedad primitiva sin clases a una sociedad de clases claramente reconocible. En los bárbaros, la sociedad de clases es embrionaria; en Roma, está acabada. Ahora bien, esta síntesis operada a partir del menos avanzado es lo que explica el carácter inacabado del modo tributario que de ella resulta, el modo feudal.

Del mismo modo, por fin, cuando se analiza el desarrollo desigual en el seno del sistema feudal europeo, después de su transición al capitalismo (mercantilista), se observan inversiones

centros/periferias que no explican necesariamente las causas externas.

Habrá que tener cuidado entonces al transponer la significación de los términos “centros/periferias” de un periodo a otro de la historia.

 Podr amos sustituir, para explicar el desarrollo desigual, una “teoría/generalizada del eslabón débil” por la que proponemos nosotros en términos de centros/periferias; acabados/inacabados? Probablemente no. El análisis en términos de eslabón débil es propio del sistema capitalista: el eslabón es débil porque la alianza de clases revolucionaria local puede triunfar sobre la alianza reaccionaria que no es más que un engarce con el conjunto de las alianzas dominantes en la escala del sistema imperialista. El eslabón débil supone el papel dominante de la base económica. Generalizar este análisis particular al conjunto de la historia no eliminaría la especificidad del eslabón débil precapitalista en relación con el eslabón débil capitalista. Nada habríamos ganado con esta sustitución.

3. No existen pues leyes para la transición. Existen solamente unas lecciones que proceden de las leyes generales y particulares propias de los diferentes modos de producción, y de las especificidades particulares de las conjunciones que engendran el desarrollo desigual.

La periodización de un sistema permite delimitar los momentos de transición en su configuración específica en relación con las características de los modos de producción que las gobiernan.

Por supuesto, al ser el sistema capitalista el primer sistema planetario, puede hablarse hoy de una periodización general, mundial, fundada en las características y en las tendencias del sistema a escala mundial. Pero no existe una periodización mundial para las épocas anteriores. Los manuales de historia que proponen la enseñanza en paralelo de la Edad Media europea, árabe, china... cometen un abuso.

La periodización de la historia europea, desde el mundo romano y bárbaro al capitalismo, reviste importancia por el hecho de la

especificidad del modo feudal que domina la Europa precapitalista y del nacimiento del capitalismo a partir de esta sociedad feudal.

Esta periodización revela la existencia de cuatro cortes: mundo antiguo (romano) y bárbaro (germano)/feudalismo/feudalismo mercantilista y absolutista/capitalismo competitivo/capitalismo de los monopolios. El estatuto de estos cortes es diferente: el corte que separa al mundo antiguo y bárbaro del feudalismo, y el que separa al mercantilismo del capitalismo, corresponden al paso a un modo de producción nuevo (feudal, capitalista). Cada fase que le precede puede por esa razón ser considerada como una fase de transición: la transición al feudalismo (del siglo I al VIII), la transición (mercantilista) al capitalismo (de los siglos XVII y XVIII). ¿Pero, entonces, la fase actual del capitalismo de los monopolios es de transición al socialismo? La cuestión, que aquí se deja abierta, requiere unos comentarios que desarrollaremos más adelante (capítulo VII). Repitamos que es preciso tener cuidado con las transposiciones que sustituyen por una filosofía de la historia los análisis específicos, no repetitivos.

Se observará también que la forma de una transición da cuenta de desarrollos en ocasiones muy posteriores. Por ejemplo, la forma de la transición a la feudalidad puede explicar la de la revolución burguesa (la componente campesina en la revolución burguesa, que examinaremos en el capítulo IV). Este fuerte determinismo, en el que el pasado antiguo pesa sobre lo inmediato, ¿se opone al débil determinismo de los periodos revolucionarios? ¿Se debe por esa razón oponer las evoluciones (reformistas) en que las condiciones objetivas (sincrónicas) predominan, a las revoluciones en que las condiciones subjetivas (o así llamadas) triunfan reduciendo el peso del pasado?

4. El desarrollo desigual es analizado en los capítulos III, IV, V y VI sobre estas bases inscribiendo en el mapa de las etnias o de las naciones desigualmente avanzadas la cuestión nacional; que siempre irá ligada a él.

III. El concepto de nación

1. Hemos propuesto un concepto de nación, por oposición al de etnia, teniendo ambos en común el hecho de primera importancia de la comunidad lingüística. La oposición/distinción se funda en la existencia o la ausencia de la centralización estatal (al nivel del Estado y por medio de su intervención) del sobreproducto.

De ello resulta que, sin que exista superposición entre Estado y nación, el fenómeno nacional no puede ser separado del análisis del Estado.

Hemos propuesto a continuación, sobre esta base, una localización sistemática del hecho nacional a través de la historia. En particular, la nación aparecía claramente:

1) en las sociedades tributarias acabadas, donde el tributo es centralizado por el Estado, siendo la clase tributaria estatal (China, Egipto), por oposición a las sociedades tributarias inacabadas (como las sociedades feudales europeas), donde el tributo queda disgregado; y 2) en el capitalismo, donde la competencia de los capitales (con la perecuación de los beneficios que de ello resulta) y la movilidad del trabajo son administrados por la intervención estatal (legislación, sistema monetario, política económica de Estado...). Se ha explicado, por las circunstancias de Europa (ausencia de naciones en la época feudal, nacimiento concomitante de la nación y del capitalismo), la deformación occidentalocentrista del concepto común (estaliniano, pero también marxo-engelsiano y leniniano) de nación. Hemos estudiado, sobre esa base, la cuestión de la nación árabe.

2. Las oposiciones y alianzas de clases se establecen en el interior de las formaciones sociales delimitadas por los Estados. Porque las oposiciones y alianzas implican la intervención activa en el nivel político, o sea en el del Estado. Estos Estados pueden ser o no nacionales.

3. El concepto de nación aparece pues claramente en las sociedades, acabadas, bien sean tributarias (China, Egipto), bien capitalistas (naciones europeas del capitalismo central). En cambio, en los modos de producción inacabados, periféricos, la realidad social étnica es demasiado difusa como para merecer ser calificada de nacional. Así ocurre en la Europa feudal, porque el modo feudal

no es sino un modo tributario inacabado. Así ocurre en las periferias capitalistas contemporáneas. Del mismo modo, la coincidencia sociedad /nación desaparece en los periodos de transición. Así hoy, en Europa (si imaginamos que hemos entrado en una transición ambigua hacia el socialismo o hacia un modo estatal de clase), aparecen los problemas nacionales nuevos: por ejemplo, regiones francesas, Francia, Europa, constituyen tres niveles de una realidad en transformación acelerada. Estos aspectos serán abordados en los capítulos siguientes, sobre todo en los IV, V y VI.

IV. El concepto de sistema de formaciones sociales

Hemos propuesto el concepto de sistema de formaciones sociales cuando las oposiciones y las alianzas de clases en uno de los miembros (en un Estado) actúan significativamente sobre las oposiciones y las alianzas en el otro. En caso contrario, estas formaciones son autónomas, incluso aunque mantengan relaciones de intercambio entre ellas.

El sistema imperialista es el modelo por excelencia de un sistema de formaciones sociales. Las alianzas y oposiciones de sus diferentes miembros son interdependientes: alianzas socialdemócratas en el centro, alianzas de liberación nacional en la periferia... Esta articulación de alianzas y oposiciones, al no poder ser definidas las clases completamente más que en relación a su lugar en el sistema tomado en su conjunto, significa que la repartición del valor opera a escala del sistema. La génesis del valor es génesis colectiva a escala del sistema y no de cada formación (estatal) de que se compone; el valor es una categoría mundial y no nacional (mundialización del proceso productivo); su repartición resulta en último análisis de las luchas y alianzas de clases a escala mundial y no nacional, etc.

V. Estado-nación y Economía en la reproducción capitalista

1. La instancia estatal es esencial en la aprehensión del funcionamiento de las formaciones sociales. Estas no podrían en ningún caso ser reducidas a unos modos de producción, ni estos modos de producción a una base infraestructural económica

(relaciones de producción y fuerzas productivas). Al aparecer el Estado introduce un instrumento de las clases explotadoras.

En particular, en las formaciones capitalistas, la instancia estatal es decisiva en la reproducción de las condiciones concretas de la acumulación (alianzas de clases necesarias para esta reproducción, políticas económicas a su servicio...). En la política de Estado es donde se gestan y se deshacen las alianzas del bloque hegemónico. Lo mismo ocurre en el sistema mundial de las formaciones capitalistas. En el nivel de las instancias estatales se determinan las condiciones de la reproducción de la jerarquía mundial: división internacional del trabajo, alianzas de clases a escala mundial, etc.

Separar la economía del Estado es aceptar la separación artificial por medio de la cual las disciplinas burguesas de la “economía pura” y de la “ciencia política” tratan de oponerse al materialismo histórico.

2. Una buena manera de abordar el problema de las relaciones Estado/Economía (nacional y mundial) consiste en partir de los planes de origen de *El capital*.

Marx se proponía tratar de estos conjuntos de cuestiones, en el siguiente orden:

1) el capital, 2) la propiedad de la tierra, 3) el trabajo asalariado, 4) el Estado, la nación, la democracia política, los partidos y la lucha de clases, 5) las crisis, y 6) el comercio internacional y el mercado mundial.⁴

Los cuatro libros publicados del *El capital* (el libro I en vida de Marx, los libros II y III al cuidado de Engels, y el libro IV, referente a las teorías de la plusvalía, al cuidado de Kautsky) tratan de las cuestiones 1, 2 y 3. Las otras cuestiones no son abordadas más que de una manera alusiva, no sistemática, tanto en los *Grundrisse* como en *El capital*.

Ya dimos nuestra interpretación del lugar de *El capital* en el materialismo histórico (*El imperialismo y el desarrollo desigual, El intercambio desigual y la ley del valor*, capítulo 2, V; *La ley del valor y el materialismo histórico*), no volveremos a ocuparnos de ello. Los libros I, II y III en parte constituyen una teoría del modo de producción capitalista “puro” (dos clases, la burguesía y el

proletariado) que trata de los fundamentos: la ley del valor, de la acumulación y del equilibrio en dinámica, de la concurrencia de capitales y de la perecuación del beneficio. La continuación del libro III aborda el paso del modo capitalista a una formación capitalista estándar con tres clases: trata de la renta de la tierra capitalista. El conjunto constituye la economía política marxista entendida como una crítica de la economía política, es decir, una definición de los límites que no podría transgredir bajo pena de perder su carácter científico. Este conjunto abarca las tres primeras cuestiones.

Por crítica de la economía política entendemos la desmitificación de la naturaleza de discurso de la economía política que pretende descubrir las “leyes” objetivas de la economía. Ahora bien, la realidad económica no es determinante de una manera unilateral, sino en relación dialéctica con las luchas de clase. La economía es solamente la apariencia inmediata, la realidad más profunda se halla situada en el plano del materialismo histórico. Así pues, la economía es “el discurso de la burguesía sobre su propia práctica”.⁵ En su formulación burguesa “científica” (ricardiana o neoricardiana, a lo Sraffa), describe correctamente las interdependencias inmediatas precios/salarios/ganancias (las cuestiones 1, 2 y 3 del plan de *El capital*).

Mientras se permanece en este marco limitado, es imposible tratar correctamente la lucha de clases. Esta aparece de una manera simple, y reducida a la oposición burguesía/proletariado en el campo de lo económico. Si se quiere salir de ese campo para comprender las luchas de clase en su dinámica real, es preciso plantearse las cuestiones del grupo 4 (Estado, nación, política). Ahora bien, estas cuestiones proceden del método del materialismo histórico, no de una presunta “ciencia económica”. Se trata al efecto del análisis concreto de una situación concreta, de la historia global (económica y política) de una formación, de sus bloques de alianzas de clases, funcionando en un marco político determinado por unas mediaciones ideológicas precisas, etc. En este plano ya, y de una manera evidente, se impone la mediación estatal.

Pero hay más. La economía política (burguesa) pretende responder a las cuestiones 5 y 6 (las crisis y las relaciones económicas internacionales) en términos económicos, es decir, proponer unos modelos explicativos de la coyuntura y del ciclo por una parte, dando cuenta de los intercambios internacionales por otra parte, haciendo intervenir unos y otros solamente magnitudes económicas (precios/salarios/ganancias). ¿Pueden criticarse estas teorías en su propio terreno? ¿Sustituir por modelos burgueses los modelos marxistas? ¿Acaso Marx hubiera hecho eso si hubiera escrito los libros 5 y 6 respondiendo a esas cuestiones? Algunos lo pretenden, y han tratado de completar la economía política marxista de esta manera. Hemos pretendido que la respuesta a estas cuestiones se situaba en el plano del materialismo histórico en primer lugar, que la forma económica de las respuestas supone unas respuestas previas situadas en un nivel distinto, más fundamental. Hemos pretendido que si Marx no escribió un “economía de las crisis” y una “economía internacional”, no fue porque no tuvo tiempo, sino porque el análisis científico de las apariencias económicas en estos terrenos implicaba en primer lugar avances en el plano del materialismo histórico.

3. Tomemos pues las cuestiones 5 (el ciclo y la crisis). No resulta difícil proponer un modelo de acumulación cíclica, de la misma naturaleza que el modelo de acumulación regular (lineal) del libro II de *El capital*. Puede expresarse en términos marxistas (valores y variaciones de la tasa de plusvalía), o en términos pragmáticos ricardianos-sraffianos (precios, salarios y ganancias). Ya lo hicimos en *El desarrollo desigual*.⁶

Pero este modelo solo tiene un valor descriptivo. Para explicar las cosas realmente, es preciso considerar la cuestión de las crisis bajo el ángulo del modo de regulación de la acumulación, es decir, de la estrategia de clase de la burguesía.

En el capitalismo premonopolista, la regulación interviene en primer lugar a través del dominio estatal del instrumento monetario. Hemos insistido en este punto, en que la moneda no es un velo, sino un instrumento activo en la acumulación. La gestión estatal de

la moneda y del crédito aparece entonces como la política económica de la burguesía en tanto que clase. El capitalismo no puede funcionar sin Estado, moneda y crédito (centralizados); no puede ser analizado bajo el ángulo unilateral de la competencia de capitales. Las fluctuaciones de la tasa de interés a través de las cuales se expresa esta política económica tienen un objetivo doble. Por una parte, acelerar la acumulación durante un tiempo, luego “volver a poner orden” por medio de la crisis considerada como un tiempo de competencia acentuada favoreciendo las concentraciones y de presión organizada sobre el proletariado. Por otra parte, administrar la evolución de las relaciones exteriores, es decir, mantener (o mejorar) la posición nacional frente a los centros concurrentes en la división internacional del trabajo. Para todo esto puede consultarse *La ley del valor y el materialismo histórico*.

Se ve inmediatamente que la gestión de la regulación en la época premonopolista actúa como una gestión estatal doble: de la moneda por un lado, de la fuerza de trabajo por el otro (por las fluctuaciones que esta gestión determina en lo inestable del paro), ambos vinculados a través de la gestión de la crisis.

Por supuesto, no es preciso detenerse ahí. La formación social comprende otras clases: propietarios terratenientes, campesinos, pequeños productores (artesanos, comerciantes), etc. Las circunstancias históricas de la revolución burguesa y la naturaleza del Estado que salió de ella conformaron el bloque hegemónico de una manera determinada. La regulación debe, ya sea reproducir las condiciones de renovación de estas alianzas (por ejemplo, la alianza campesina anti-obrera ...), ya sea crear el marco favorable para su abandono, o para su transformación, o para la sustitución del antiguo bloque por uno nuevo, etc.

De una manera general, en la época premonopolista, en los centros avanzados, la regulación estatal interviene en un marco político que es en el mejor de los casos el de una democracia parlamentaria (Inglaterra, Luis-Felipe) limitativa en cuanto a la clase obrera, y, en ocasiones, una monarquía burguesa autoritaria, pero atenta a los intereses burgueses (bonapartismo). En esa época, la clase obrera se encuentra en gran parte mantenida al margen de la

vida política, sus organizaciones no son reconocidas legalmente, el sufragio es censitario, etc. Esta democracia limitada se abre más, en cambio, del lado del campesinado y de la pequeña burguesía.

Antes de ver en qué puntos este sistema de gestión de la fuerza de trabajo es modificado en la época imperialista, es preciso tratar de responder a las cuestiones de Marx.

4. Examinemos pues ahora esas cuestiones, las de las relaciones económicas internacionales.

Engloban dos órdenes de problemas, los concernientes a la concurrencia entre centros y los concernientes a las modalidades de la división del trabajo centros/ periferias, que se plantean en diferentes términos en la etapa preimperialista y en nuestra época imperialista.

La gestión de las relaciones de concurrencia entre centros en la época preimperialista pasa igualmente por el Estado. El dejar-hacer nunca ha sido más que una expresión ideológica. Los dos canales esenciales por medio de los cuales la burguesía interviene en estos terrenos colectivamente, por medio de su Estado, son por un lado la gestión de la moneda y por otro la gestión de los derechos de aduana. En la gestión de la moneda, los efectos de la política económica del Estado en el plano de la acumulación interna y en el de la concurrencia exterior se interfieren (véase *La ley del valor y el materialismo histórico*). En cuanto a la opción librecambista o proteccionista, en sus infinitas modalidades, siempre fue una cuestión política de primera magnitud, con repercusiones decisivas sobre las alianzas de clases internas (ejemplos numerosos: la abolición de las *Corn Laws* y el abandono de la alianza aristocrática inglesa, los proteccionismos francés e italiano y los intereses campesinos, los compromisos de la Europa verde, la protección de los granjeros americanos y la política de ayuda alimenticia americana, etc.).

Si, en la época imperialista, los automatismos que comunicaban las fluctuaciones de la tasa de interés con los movimientos a corto plazo de los capitales internacionales y de la balanza de pagos cedieron su lugar a unos mecanismos más complejos, la política monetaria ha conservado una dimensión internacional evidente.

Esta política dispone en lo sucesivo, durante algunas fases, del instrumento del control de los cambios y de los movimientos de capitales, y siempre, del instrumento de las intervenciones públicas en los mercados de cambios. El abandono del patrónoro en beneficio del sistema de Bretton-Woods, los acuerdos monetarios actuales (acuerdo smithsoniano, “serpiente” europea, etc.) implican todos ellos una interferencia activa entre la política monetaria nacional y las condiciones de la competencia internacional. En cuanto a las políticas neoliberales (G.A.T.T., Europa) o neoproteccionistas (que reaparecen por todas partes con la crisis actual), no han perdido nada de su importancia en la gestión de la competencia internacional. Pero, en la época imperialista, la división internacional del trabajo centros/periferias adquiere una nueva dimensión, tanto (durante algunas fases) en el marco de los imperios-cotos vedados como en el de un mundo aparentemente abierto a todos.

Nuestra tesis fundamental es que esta nueva dimensión del trabajo abre la era de la “alianza social-demócrata” en los centros imperialistas.⁷ Esta alianza sustituye a las antiguas alianzas, fundadas en unas clases en vías de desaparición: campesinado, antiguas pequeñas burguesías... Se ve frecuentemente reforzada por la división de la clase obrera en dos fracciones, una de ellas nacional y relativamente privilegiada, base de la social-democracia, y la otra casi por completo excluida del sistema de privilegios, formada por inmigrantes, minoritarios víctimas de discriminación (los negros en los Estados Unidos), jóvenes y mujeres (empleos temporales), etc. Se ve igualmente acompañada por la integración de las capas superiores de la nueva pequeña burguesía (cuadros y técnicos), con los resultados muy desiguales que conocemos en estos terrenos.

La alianza social-demócrata en el centro tiene como complemento natural la alianza exterior de la burguesía imperialista con las clases explotadoras de la periferia, según las fases del imperialismo: los feudales y compradores⁸, luego la burguesía industrial dependiente.

Este bloque hegemónico a escala mundial se enfrenta al bloque de liberación nacional, cuyas modalidades son evidentemente diferentes según las estructuras de clases de los países de la periferia.

La reproducción de esta estructura internacional implica la hegemonía de la ideología imperialista así como la corrupción material hecha posible por la superexplotación de los pueblos de la periferia y el saqueo de sus riquezas, y sus efectos económicos en el centro (pleno empleo y crecimiento paralelo de los salarios y de las productividades). Esta hegemonía permite la extensión de la democracia electoral a la clase obrera, imposible en la etapa pre-imperialista. Se nutre del nacionalismo, ayer de los chovinismos nacionales propios, hoy del panoccidentalismo.

La regulación de la acumulación en la época imperialista no adquiere ya la forma principal de la regulación por medio de la crisis y las fluctuaciones del paro inestable. La sustitución de la coyuntura controlada en el ciclo anterior traduce este cambio. La gestión de la fuerza de trabajo interviene así en dos direcciones principales; sobre la base de la división internacional del trabajo por medio de la reproducción de un ejército de reserva creciente en la periferia, en los centros por medio de las estrategias de fragmentación de la clase obrera más arriba señaladas. Las políticas de la moneda y del crédito en los niveles nacional e internacional (FMI) completan para reforzarla esta gestión concomitante de la fuerza de trabajo y de la división internacional del trabajo. Como se ve, se trata de una gestión política que procede de los Estados y no de las multinacionales erigidas en fuerza autónoma, como lo pretenden economistas muy desviacionistas.

Evidentemente, esta gestión no corresponde a la armonía, tal como la ideología economicista se la representa (ideología doble de la eficacia en el centro y del desarrollo en la periferia, para la cual es preciso señalar el papel de la Banca mundial en la producción de su componente “acción en el Tercer mundo”). Se halla atravesada por contradicciones de clase. Pero estas ya no son las mismas que en otro tiempo. La componente predominante a escala de toda la época imperialista es la que opone el bloque imperialista (comprendidos en

él los mismos de la alianza social-demócrata y de las alianzas periféricas subalternas) al bloque de liberación nacional.

La crisis actual, en este marco, es interpretada como una crisis del imperialismo, es decir, de estos bloques (véase *La crisis del imperialismo; El imperialismo y el desarrollo desigual*, capítulo 5).

Únicamente cuando se ha restablecido de esta manera la preeminencia del materialismo histórico sobre la economía política se pueden volver a ver las cuestiones llamadas de economía internacional. Esta inversión permite la crítica fundamental del economicismo. Las “ventajas comparativas” no son las que determinan la división internacional del trabajo; sino a la inversa. Y la división del trabajo se halla determinada a su vez por la reproducción de las alianzas de clase que la subyacen.

Efectuada esta inversión, se puede analizar el funcionamiento económico del sistema. Aparece entonces como un sistema de determinación del reparto del valor engendrado a escala mundial en función de las tasas desiguales de extracción del sobretrabajo, fundado en la mundialización de la mercancía y del valor (en otro tiempo categorías nacionales).

5. Como conclusión, se debe señalar que la acumulación, tanto en la escala mundial como en la de los Estados centrales y periféricos, resulta de las alianzas y contrastes de clases establecidos en el marco de los Estados y más allá de las fronteras de los Estados. La instancia estatal desempeña por esa razón funciones esenciales. Esa instancia constituye el nivel decisivo. Pero el Estado no es necesariamente la nación. En lo esencial lo es en el centro, donde el Estado-nación se ha impuesto finalmente por medio de un doble proceso de asimilación en el interior de las naciones y de fragmentación de las formas plurinacionales. Pero no lo es, en general, en la periferia.

1. Guy Dhoquois, *En favor de la historia*, Anagrama.

2. M. Dobb, P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.

3. Pery Anderson, *Passages de l'antiquité au féodalisme*, Maspero, 1977.

4. Véase la exposición de estos planes en Maximilien Reubel.

5. C. Bennetti, J. Cartelier y C. Berthomieu, *Economie classique, économie vulgaire*, Maspero, París, 1975.
6. Pág. 77 y SS.
7. Paul Sweezy, *Le capitalisme moderne*, Seuil, 1976.
8. N. de T.: Con la palabra *compradore*, de origen turco, se designa a las burguesías nacionales que privilegian –en su propio beneficio– los intereses de las empresas extranjeras a los de su propio país.

Capítulo II

Las formaciones comunitarias

1. Si se acepta la tesis de que la antropología estudia las sociedades de clases en vías de constitución, ¿qué lecciones hemos de extraer de su reflexión?

La antropología, como todas las demás disciplinas especializadas de la ciencia social, no solo recorta artificialmente la realidad social, sino que además persigue un objetivo ideológico doble: 1) erigir un terreno que escaparía a las leyes fundamentales del materialismo histórico (la determinación en última instancia por la base económica); y 2) particularizar a los “pueblos primitivos sin historia”, principalmente los de África, por oposición a los “pueblos con historia”, e incluso con “gran historia” (los europeos), justificando de este modo moralmente el imperialismo. En estas condiciones, resulta evidente que la antropología no ha realizado una obra científica como conjunto; no obstante, los documentos reunidos por los cuidados de sus mejores investigadores pueden ser recuperados, tras un inventario crítico, en una perspectiva de enriquecimiento del materialismo histórico. Por esta razón, el lujo de medios de la antropología anglosajona, que vuelve la espalda al marxismo, no ha compensado la insuficiencia de sus fundamentos teóricos. Es conveniente resaltar que, en todo este fárrago etnográfico, las aportaciones más interesantes de la antropología no marxista son las de los investigadores próximos al marxismo.¹ Esta pesada herencia realza todavía más la importancia y el valor de la contribución de la corriente marxista minoritaria, la cual, en Francia y durante los quince últimos años, ha vuelto a encontrar el camino del materialismo histórico. ¿Cómo es posible olvidar que *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, de Engels, obra genial, teniendo en cuenta el estado de los conocimientos de su época, no ha inspirado una tradición de reflexiones ulteriores, sino que ha sido considerada por el movimiento obrero una especie de curiosidad

intelectual, un objeto de lujo decorativo? Esta situación deplorable se halla quizá en camino de ser superada.

2. La antropología marxista contemporánea tiene ya en su activo una hermosa realización: la de haber elucidado el problema del papel dominante del parentesco en las sociedades de clases en formación. Demostró que el débil nivel de desarrollo de las fuerzas productivas imponía unas formas de cooperación en el interior de la colectividad de la aldea y entre aldeas que son la clave material que permite comprender la función de las organizaciones familiares, de linaje, clánicas y tribales. Llevó a cabo de este modo un retorno radical y saludable a lo mejor de Engels, poniendo un límite al atractivo que el estructuralismo ejercía entre la profesión, incluso entre los marxistas. Al demostrar de este modo la determinación en última instancia por la base económica, arruinó las confusiones del estructuralismo expresado, principalmente, por Godelier,² en su tentativa de tratar el parentesco como algo dependiente a la vez de la infraestructura y de la superestructura. En este terreno, las contribuciones de la antropología francesa nos parecen importantes.³ La aportación de lo que podríamos llamar la escuela althusseriana ha sido en este punto decisiva. En particular, la distinción propuesta entre el carácter dominante y la determinación en última instancia condicionaba esta vuelta al materialismo histórico.

3. A pesar de lo cual, no llegaremos a la conclusión, formulada por Alain Marie,⁴ de que la antropología económica nos enseñó de ese modo cómo funcionaba el carácter dominante de lo no-económico en las sociedades de clases en formación, sobre la base de lo que llama “la ideología de la familia (o del parentesco)”.

En realidad, para ver funcionar este carácter dominante, las sociedades tributarias nos proporcionan un material no solo mucho más rico, sino también en relación más directa con las cuestiones planteadas por la lucha contra el capitalismo y por la construcción del socialismo. Pues, en esas sociedades mucho más avanzadas, la ideología dominante no es ya la del parentesco, la cual deja a nuestro mundo contemporáneo bastante frío, sino la que es

vehiculizada e impuesta por las grandes instituciones de carácter absoluto de tipo religioso o civil. La reflexión sobre los roles de la Iglesia cristiana en la Europa feudal, de la ideología de la monarquía absoluta en la Europa del mercantilismo, del Islam en el mundo árabe, del confucianismo en China, etc., parece mucho más útil para comprender el estatuto exacto de la ideología en el materialismo histórico.

En realidad, ese rol había sido ocultado por la reducción economicista del marxismo, una reducción que era el testimonio de la reintegración de la corriente dominante del marxismo en la tradición de la filosofía burguesa, la filosofía de las Luces, expresión ideológica ella misma del carácter dominante de la instancia económica en el modo capitalista. Ahora bien, el nuevo cuestionamiento de esta reducción economicista, y de la teoría de la ideología-reflejo que inspiró no fue provocada por los descubrimientos de la antropología, sino por la reflexión política sobre la sociedad soviética y la construcción del socialismo; esta reflexión tuvo también como consecuencia la maduración de una mejor reflexión antropológica. Sería preciso insistir siempre en la superioridad de la aportación de la acción militante aun respecto a la mejor aportación académica. De tal modo que esta reflexión a partir de los problemas del socialismo no fue la de los intelectuales, sino la del enorme movimiento práctico y teórico provocado por las luchas que tuvieron lugar en China. El maoísmo, y no la antropología, permitió restablecer el materialismo histórico en todos los terrenos. Para formular un resumen de esta problemática, podemos avanzar la tesis según la cual la centralización del capital en el modo estatal pone un límite al carácter dominante de la economía (fundada en la transformación de la plusvalía en ganancia, libro III de *El Capital*), y restablece el carácter dominante de la ideología (aquí, nacionalismo estatal y *consumismo*). Por esta razón, el modo estatal no nos parece que sea simplemente una variante del capitalismo, sino un plazo nuevo de la alternativa necesaria que impone la superación del capitalismo.

4. Sin embargo, un avance lleva consigo siempre el riesgo de ulteriores vueltas atrás. Ya que, al resolver algunos problemas,

plantea otros nuevos. Así, la antropología, por haber elucidado la cuestión del parentesco, se enfrenta hoy con una cuestión que permanece sin respuesta: la cuestión de la articulación entre las relaciones hombres/mujeres y las relaciones sociales de dominación (que se sitúan en los niveles de las instancias superestructurales) y de explotación (es decir, de extracción de un sobretrabajo).

Resulta sorprendente la fuerza del texto de Marx en el que Alain Marie sustituye el término “mercancías” por el de “mujeres”, ya que de este modo parece satisfacer a la perfección las exigencias de la mejor descripción posible del estatuto de las mujeres a través de los tiempos.⁵ Ya que este estatuto no es el de un productor explotado, sino el de una mercancía.

La especificidad del problema consistiría tal vez en el hecho de que la cuestión de la relación entre los sexos y del estatuto de dominación de la mujer volvería a hallarse en parte en el comunismo primitivo, en el paso del animal al hombre, y en parte en la fase ulterior precoz de la constitución de las clases. Es sabida la forma en que se articula la organización de la familia con la de los diferentes modos de producción. Pero no nos sería posible concluir de ello que las mujeres constituyen una clase social (explotada por los hombres) más que con la doble condición de confundir las relaciones de dominación y las relaciones de explotación, por una parte, y reducir a una sola categoría la extracción del sobretrabajo de las mujeres a través de los tiempos (negando así la especificidad de la articulación familia/modos de producción en los diferentes modos de producción), por otra parte. Esta formulación del problema femenino se basa en una interpretación economicista del materialismo histórico. O, peor todavía, en una extensión del terreno del materialismo histórico a un campo que lo desborda: el de la antropología en el sentido literal, el de la definición del ser humano en relación con las especies animales. La puerta queda así abierta a los extravíos psicologistas o biologists fundados en unos “mitos de origen” de los que se nutren algunas corrientes feministas, en detrimento de la lucha por la liberación real de las mujeres, tal como I. Eynard, B. Stuckey y yo mismo creímos poder describir.⁶

También en ese caso los problemas fueron planteados, no a partir de la reflexión de los intelectuales (antropólogos u otros), sino por la irrupción de los movimientos femeninos. Que estos movimientos se encontraran en algún caso muy alejados del marxismo, como en los Estados Unidos y en Europa del Norte, o que se encontraran muy próximos, como en los primeros días posteriores a la revolución rusa o en China, no les añade ni les quita un ápice de su pertinencia y de su importancia.

¿Se consigue algún progreso formulando estos problemas en términos de un supuesto “modo de producción doméstico” articulado en los otros modos de producción? No lo parece. No es posible escabullirse tan fácilmente: el empleo –el abuso– de las expresiones marxistas (modo de producción, en este caso) no facilita nada. La antropología corre peligro de extraviarse en ese callejón sin salida, inspirada por la rigidez dogmática y verbal. Este es el reproche que dirijo a Meillassoux.⁷ Al tratar de establecer que la fuente de los beneficios que los monopolios obtienen de los trabajadores inmigrados se encuentra en la explotación doméstica, oculta los efectos específicos de la dominación de los monopolios sobre las sociedades campesinas de donde provienen estos trabajadores emigrantes. La vía correcta para el análisis científico en este terreno me parece que es más bien la del análisis de la dominación del modo capitalista sobre los modos campesinos. Una vía abierta sin duda por el mismo Marx, en sus someras observaciones sobre los efectos de la integración del campesinado ruso en el sistema capitalista, continuada por Lenin, Kautsky y también por Chaianov.⁸ Una vez más, estas reflexiones fueron suscitadas por el movimiento campesino, sobre todo en Francia, y por las luchas campesinas anti-imperialistas.⁹

El marxismo nunca supuso que el valor de la fuerza de trabajo fuera la del trabajador considerado aisladamente, es decir, por ejemplo, fuera de la familia. La idea de que el valor de la fuerza de trabajo debería tener en cuenta el coste de la reproducción en las condiciones que definen una sociedad es expresada por el mismo Marx. Estas condiciones sociales son las que conocemos:

comprenden la organización de la familia, la jerarquía de los sexos, la división sexual del trabajo y la atribución de las faenas domésticas a las mujeres, etc.

Esto no iba a impedir, desde luego, que aquí como en otras partes se olvidara a Marx; la ideología dominante, la de la clase dominante, se encargó de ello. El revisionismo triunfante venció también en este caso, con toda naturalidad. Por esta razón, el redescubrimiento del sentido verdadero del valor de la fuerza de trabajo en el modo capitalista y de lo que implica en términos de opresión de las mujeres no es, de ningún modo, algo sin importancia. El hecho de que esta revuelta estallara en primer lugar en los Estados Unidos y en Europa del Norte tuvo sus consecuencias. La ignorancia del marxismo en estas regiones condujo a unas formulaciones ahistóricas, a una versión feminista del “eterno femenino”.

Era preciso situar de nuevo el problema. Hemos mantenido la tesis de que la calificación del modo de producción doméstico, tomado de Marshall Sahlins,¹⁰ sembraba la confusión. Un modo de producción no puede ser transhistórico, servir para dar cuenta de todo, en todo momento y lugar. El modo doméstico no explica nada. Vale más no abusar de los términos. La confusión proviene de una reducción de todas las relaciones de dominación y de explotación a una categoría única, la de las relaciones de extracción de excedente. Hay que formular esta cuestión de la articulación de la opresión femenina y de la explotación capitalista de la manera siguiente: la sumisión de las mujeres permite al capital reducir el valor de la fuerza de trabajo; los hombres dominan a las mujeres, pero son explotados en conjunto. Bruno Lautier¹¹ fue el primero, que sepamos, en sistematizar la idea de la articulación de las formas de la sumisión formal y real, y en rechazar la tesis de la explotación “en cascada”: de la mujer por el hombre y del hombre por el capital.

El pretendido modo de producción doméstico procede de una confusión de los planos sexos/clases, asimilando la división del trabajo entre sexos a la división del trabajo sobre la que se funda la diferenciación de las clases. En realidad, ese concepto proviene de

la ideología burguesa, más exactamente, de la ideología del feminismo burgués.

Sin duda, la “derrota histórica del sexo femenino”, para emplear la expresión de Engels, es tan antigua que la opresión de las mujeres constituye una constante que atraviesa la historia. Pero, en tal caso, su análisis no compete al terreno de los modos de producción. Como observó Lipietz,¹² nunca se da aisladamente, lo cual es prueba suficiente de que no tiene el estatuto de un modo de producción en el sentido exacto del término.

5. La antropología corre el peligro de caer en estancamientos más graves, por la razón fundamental de encontrarse mal situada para nutrirse de la experiencia de la lucha de clases. Volcada hacia el pasado (el paso a la sociedad de clases), incluso cuando este pasado parece contemporáneo (pero lo contemporáneo es, en realidad, otra cosa: la lucha contra la dominación imperialista), la antropología corre el riesgo del academicismo y, en esta misma escala, el academicismo es sinónimo de rigidez dogmática bajo una apariencia marxista.

El primero de estos estancamientos resulta de la tendencia a olvidar que la antropología trata del paso a las sociedades de clases.

No es inútil recordar que las sociedades estudiadas son necesariamente unas sociedades situadas en un nivel muy débil de desarrollo de las fuerzas productivas. La organización del linaje, clánica y tribal es en sí misma un obstáculo para el desarrollo ulterior de estas fuerzas, que no podrá ser superado más que por medio de la organización estatal tributaria.

Ciertamente, para que la constitución de clases pueda tener lugar, es necesario un primer desarrollo de las fuerzas productivas, al que corresponde el paso a la agricultura sedentaria. Hace mucho tiempo que los agrónomos saben –contra la teoría económica neoclásica que asimila estúpidamente Tierra y Naturaleza– que la tierra agraria es un medio de trabajo y no un objeto de trabajo. Pero los agrónomos, so pretexto de que no son marxistas, en otras palabras, empiristas, no han sido leídos por las otras profesiones de la ciencia

social: economistas, historiadores, antropólogos, que creyeron estar descubriendo algo nuevo cuando lo que hacían en todo caso era redescubrir. En cuanto al mito que confunde el desarrollo de las fuerzas productivas y la mejora de la productividad del trabajo, Ester Boserup, sin ser marxista, lo había disipado al publicar ya en 1965¹³ un trabajo mostrando que el paso a la agricultura intensiva, bajo el efecto de la presión demográfica, permitiría una producción por cabeza más fuerte (y por consiguiente un excedente eventual más consistente) gracias a una cantidad anual de trabajo mayor y no a una productividad más elevada por día de trabajo.

Siempre que se percibe el carácter dominante del parentesco, nos hallamos ante un signo infalible de que estamos todavía en la primera fase de esta larga evolución, en una fase embrionaria de formación de las clases. Y en este punto particular, el reproche hecho a Meillassoux de ignorar demasiado el nivel de las fuerzas productivas parece fundado.¹⁴ Los africanistas tienden con excesiva facilidad a olvidar que las sociedades del sur del Sahara que estudian ignoraban el arado y la escritura (excepto en Etiopía y en el Sudán). Esta conjunción no es un azar. El desarrollo de las fuerzas productivas, condición necesaria para permitir un excedente adecuado a la constitución irreversible del Estado, pasa por el paso de la energía humana {agricultura con azada} a la energía animal. A su vez, el Estado es inconcebible sin el uso de la escritura para censar, informar y transmitir las órdenes. El Estado imperial etíope, el Estado mahdista del Sudán, se constituyen al mismo tiempo que se generaliza el uso del arado y de la escritura.

Dicho esto, si el análisis de las fuerzas productivas implica el del proceso técnico de producción, este último no puede evidentemente ser aislado de la superestructura, como lo subraya Pouillon,¹⁵ recordando que la categoría del trabajo abstracto es una categoría del modo capitalista.

Ahora bien, en el nacimiento de las clases, las relaciones de dominación y las relaciones de explotación embrionarias se hallan todavía inextricablemente mezcladas. Para desenredar la madeja, es necesario distinguirlas radicalmente, ya que, como lo sugiere

Marie, “la dominación no tiene como correlato necesario la explotación”¹⁶; aunque ambas se encuentren ligadas, el nacimiento del Estado y el de las clases son paralelos. Al no hacerlo, Meillassoux se ve obligado a confundir modo de producción campesino y modo de producción doméstico. En realidad, cuando Meillassoux, partiendo del terreno gouro, constata que no existe ni control de un sobreproducto, ni control de los medios de producción, y que el control de la fuerza de trabajo opera a través del de las reproductoras (las mujeres), confunde las relaciones de cooperación y de dominación, establecidas ya en un cierto nivel (lo que permite la organización de la cooperación en el seno de la aldea y entre aldeas por medio de la gerontocracia) pero todavía no en otro (ausencia de Estado: ausencia de fuerza a su disposición), y las relaciones de explotación, no establecidas todavía. Ya que, si no hay Estado, es que no hay necesidad de él: el consenso acepta la gerontocracia porque permite la cooperación necesaria. La ausencia de clases sociales no significa necesariamente sociedad idílica.

Y, si no hay clases, es preciso calificar los modos de producción de esta transición como modos comunitarios. En lo plural, porque en este estadio de la evolución de la humanidad las condiciones ecológicas, demográficas, etc., rigen una variedad extrema de organizaciones. A pesar de lo cual, esta variedad, casi heteróclita, como lo recuerda Pouillon,¹⁷ se define no por el nivel de las fuerzas productivas (siempre muy bajo), sino por las relaciones de producción y las relaciones jurídicas y políticas.

Si ello es así, el materialismo histórico impone, por encima de esta variedad, buscar el denominador común. Este es la propiedad comunitaria del medio de producción principal: la tierra. Propiedad comunitaria organizada según una infinidad de modalidades específicas, que articulan los usos individuales, familiares, de linaje, etc. Al colocar el acento en lo específico, se corre el riesgo de olvidar el carácter fundamental común: la propiedad colectiva. Se corre así el riesgo de confundir el plano de la base económica y el de la organización política (preestatal), de colocar el acento en la

gerontocracia (relación de dominación) y de atribuirle los efectos de un modo de extracción de sobretrabajo, lo que no es.

6. El segundo callejón en el que corre el riesgo de extraviarse la antropología aumenta en un punto los efectos negativos de la rigidez dogmática. Esta, en las circunstancias del desarrollo académico de la antropología, invita a las aberraciones del occidentalocentrismo, una vez más.

La búsqueda obstinada del “modo de producción esclavista” parece ser una desviación de este tipo, que recuerda las “cinco fases” de la vulgata estalinista. En la variedad extrema de las formas del paso de los modos comunitarios a los modos tributarios, el esclavismo no parece que sea obligatorio, ni siquiera extendido. Y la persistencia de esta búsqueda viene dictada exclusivamente por la importancia de la antigüedad greco-romana en la formación occidental.

No volveremos a ocuparnos de este punto, acerca del cual ya nos hemos expresado en otros lugares, alzándonos por ejemplo contra la confusión mantenida entre el estatuto de las personas y el de los productores. El occidentalocentrismo adquiere aquí una forma caricaturesca: se traducen cincuenta palabras de cincuenta lenguas diferentes, que describen unas situaciones diferentes en unos campos diferentes, por el mismo término de esclavitud, luego se busca una salida para abandonar el embrollo en que se han metido. Si las palabras tienen una connotación diferente, es porque remiten a unas realidades diferentes. Traducción = traición.

Hemos mantenido pues la tesis de que el esclavismo era correlativo de una mercantilización avanzada de la economía. La frecuencia de esta correlación, ¿no ha de hacer reflexionar? Nuestra tesis es que el esclavismo constituye un estatuto particular del trabajo medianamente excepcional, que no se ha desarrollado a gran escala más que en las situaciones de fuerte mercantilización, las cuales son evidentemente unas situaciones límite previas al advenimiento del modo capitalista. Nadie, que sepamos, ha demostrado todavía que esta hipótesis fuera falsa.¹⁸

7. El tercer callejón puede conllevar graves consecuencias. Si la rigidez dogmática debe concluir, con el pretexto de la primacía de las relaciones de producción, excluyendo el análisis de la circulación del campo del materialismo histórico, se cometerá, *mutatis mutandis*, el error de la “ideología-reflejo”: se tratará la circulación como si no tuviera efectos retroactivos sobre las relaciones de producción. ¿Es esta acaso una visión dialéctica?

Hemos expuesto en otro lugar nuestros argumentos en este plano y recordado la importancia de los libros II y III de *El Capital*, y del peligro de reducir a Marx únicamente al libro I. Hemos de volver sobre este punto, en la medida en que hemos de recordar más adelante, a propósito de la historia, cómo concebir las relaciones dialécticas producción / circulación. Digamos solamente aquí que esa obstinación contra la circulación resulta muy sospechosa: como por azar, esa actitud conduce a ocultar el imperialismo, del mismo modo que ayer la obstinación en la reducción a la ideología-reflejo ocultaba otras realidades molestas.

Ahora bien, esa obstinación en ocultar hasta la existencia misma de la circulación mercantil para consagrarse exclusivamente a las relaciones de producción, reducidas así al progreso inmediato de trabajo, fue el que condujo a considerar el esclavismo como una etapa necesaria y general en la sucesión de los modos de producción.

8. En el punto de articulación de la antropología y de la historia se sitúan las cuestiones del paso de la Antigüedad a la feudalidad europea. Tendremos ocasión de volver sobre ello, para poner de relieve la importancia de la compenetración de los modos comunitarios de los Bárbaros con los modos de clases antiguos en la constitución del feudalismo como tipo específico y periférico del modo tributario. La antropología marxista se constituyó, con Marx y Engels, a partir de estas cuestiones relativas a la historia de la Antigüedad griega y romana y de la constitución de la cristiandad feudal. Marx creía que debía oponer esta línea particular del desarrollo del nacimiento del Estado y de las clases a la del “Asia” (en los *Grundrisse*) aunque Engels, en *El origen de la familia*, se hubiera dedicado a resaltar, por medio de la analogía de la *gens*

griega y la de los Iroqueses, las características universales de la evolución.

Al sustituir el marxismo por la exégesis marxiana, los *Grundrisse* engendraron una literatura abundante pero carente de espíritu científico. En el capítulo siguiente volveremos a ocuparnos de este debate. Como lo hace notar Meillassoux,¹⁹ hay que estudiar la realidad en todas sus variantes si se quiere progresar. Sin ninguna duda, a partir de los estudios antropológicos concretos, desarrollados en particular en los terrenos africanos, se han realizado ciertos progresos que permiten una mejor comprensión de las sociedades comunitarias.

1. Por ejemplo, K. Polanyi.

2. Maurice Godelier, *Horizons, trajets marxistes en anthropologie*, Maspero, París, 1973.

3. Las aportaciones principales sobre este tema son las de C. Meillassoux, P.P. Rey, E. Terray.

4. Alain Marie, "Rapports de parenté et rapports de production dans les sociétés lignagères", en François Pouillon, *L'anthropologie économique*, Maspero, París, 1976.

5. *Ibidem*.

6. Samir Amin, I. Eynard y B. Stuckey, "Féminisme et lutte de classes", en *Minuit* 7, 1974.

7. Marshall Sahlings, *Age de pierre, âge d'abondance*, París, 1976 (primera edición inglesa, 1965/72). Claude Meillassoux, *Femmes, greniers et capitaux*, Maspero, 1975.

8. A.V. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, presentación de D. Thorner, Illinois, 1960.

9. Es preciso citar aquí el conjunto de estudios suscitados en Francia por el movimiento de campesinos trabajadores: Claude Faure, Servolin Gervais, Weil, Mollard, Lautier, etc. por una parte, y el conjunto de los trabajos referidos a la dominación formal del capital en las agriculturas de la periferia.

10. Marshall Sahlings, *Age de pierre, âge d'abondance*, París, 1976.

11. Bruno Lautier, *La soumission formelle du travail au capital*, Université de Vincennes, 1973.

12. Alain Lipietz, *L'espace du capital*, Maspero, 1977, págs 30 y ss.

13. Ester Boserup, *Evolution agraire et pression démographique*, Flammarion, 1970.

14. Crítica hecha entre otros por M. Godelier y A. Deluz, "A propos de deux textes d'anthropologie économique", *L'Homme*, n.º 3, París, 1967.

15. F. Pouillon, *L'anthropologie économique*, Maspero, París, 1976.

16. A. Marie. en F. Pouillon, *L'anthropologie économique*, Maspero, París, 1976.

17. F. Pouillon, *L'anthropologie économique*, Maspero, París, 1976.

18. Crítica dirigida a C. Meillassoux, *L'esclavage en Afrique précoloniale*. Maspero. 1975. Véase S. Amin, "L'esclavage en Afrique", *Anthropos*, 1977. Págs, 331 y ss.

19. C. Meillassoux, *L'esclavage en Afrique précoloniale*. Maspero. 1975.

Capítulo III

Las formaciones tributarias

1. Desde el momento en que las clases sociales y el Estado se encuentran definitivamente establecidos en una sociedad hasta el momento en que esta sociedad entra en la era del capitalismo central (terminado) o periférico (dominado) ha transcurrido un periodo de duración variable, largo (cinco mil años para Egipto, tres mil para Grecia) o corto (quince siglos para Europa), en ocasiones anulado incluso por la integración imperialista (para algunas sociedades africanas y oceánicas). La apariencia inmediata revela evidentemente la inmensa variedad de las organizaciones sociales que ocupan este tiempo. ¿Resulta científico, en estas condiciones, tratar de descubrirles un denominador común?

La tradición marxista en este terreno es contradictoria. El marxismo académico se ha preocupado por colocar el acento en la especificidad, hasta el punto de caer incluso a veces en el empirismo, renunciando a calificar con el mismo término unas sociedades pertenecientes a áreas culturales diferentes, reservando, por ejemplo, el término “feudal” para Europa (siempre con la excepción japonesa), y negándolo para Asia. En sentido contrario, la tradición del marxismo militante ha utilizado siempre una terminología globalizadora, calificando, por ejemplo, como feudales todas las grandes sociedades precapitalistas, China, India, el mundo árabe e incluso a veces sociedades manifiestamente menos avanzadas (en África, por ejemplo). Una y otra tradición podrían reclamarse de Marx si la cuestión tuviera que ser regulada por la marxología y no por el marxismo. Como señala Rodney Hilton,¹ es cierto por ejemplo que Marx utilizaba el término feudal con una connotación general y amplia que era perfectamente comprendida por sus contemporáneos, que alcanzaba por lo menos toda la historia europea desde las invasiones bárbaras hasta las revoluciones burguesas inglesa y francesa. Su visión del feudalismo

no era la de los historiadores burgueses ulteriores que, de puro restringirlo, redujeron el campo de la feudalidad al “espacio comprendido entre el Loira y el Rin” durante cuatro siglos. Pero Marx también inventó el término “modo de producción asiático” y – en algunos escritos en ocasiones no publicados, como los *Grundrisse*– retomó algunas tesis de Montesquieu, Bernier, etc., tratando de oponer el “inmovilismo” asiático a la historia agitada y rápida de Europa.

En animados debates se opusieron con regularidad las dos tendencias, apasionando siempre a los militantes. De un modo general, se constata que la tendencia dominante entre los euroamericanos del mundo académico coloca el acento en la diversidad y en el carácter excepcional de la historia europea. Entre los demás, la tendencia que predomina tiende por el contrario a reducir las especificidades.

Hubo, a lo largo de la discusión, momentos de poca actividad, por ejemplo desde finales del siglo XIX hasta 1917, y posteriormente, durante la época de la unanimidad de fachada impuesta por la teoría estaliniana de las “cinco fases universales”. Hubo también momentos en los que triunfó el espíritu de moda, como el del modo de producción asiático. El occidentalocentrismo acuñado a finales del siglo pasado o la vulgata de las cinco fases desembocaban en conclusiones que hoy nos resultan absurdas. Pero resulta sin duda del mismo modo excesivo tratar de volver a encontrar el modo “asiático” por cualquier parte, en la protohistoria, en las tribus de aquí o allá y en los imperios de la “gran historia”. ¿Cuál es a fin de cuentas el interés de generalizaciones fundadas en un sentimiento de remota similitud que impondría la concepción unitaria de un modo de producción generalizado, ya fuera calificado de feudal, asiático o tributario? ¿Cómo es posible renunciar a la especificidad cegadora de tantos elementos de la realidad inmediata (esclavismo aquí, allá no; economía fuertemente monetaria aquí, allá casi natural; urbanización inexistente o decisiva, etc.)? ¿Cómo es posible emplear el mismo concepto de modo de producción para analizar unas sociedades cuyos niveles de desarrollo de las fuerzas productivas son tan diversos?

Es conveniente, si se quiere defender el punto de vista unitario, precisar el campo de la unidad, para evitar los más graves malentendidos.

2. Primera observación: la búsqueda eventual de la unidad, por encima de la diversidad, solo se aplica a unas sociedades con el mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Ciertamente, no puede tratarse del mismo nivel en un sentido estricto, éste no es igual en Francia y en los Estados Unidos, aunque se admita sin embargo que estos dos países son capitalistas. En sentido inverso, resulta necesario considerar tres escalones en el desarrollo de las fuerzas productivas, a los que corresponden tres familias de relaciones de producción. Si se renunciara a enlazar el contenido esencial de las relaciones de producción con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, se renunciaría por ello mismo a la esencia del materialismo histórico: la determinación en última instancia por la base económica.

En el primer escalón, el excedente es demasiado escaso como para permitir algo más que el comienzo de la constitución de las clases y el Estado. Por esta razón parece absurdo y no marxista confundir en el mismo vocablo (ya sea asiático u otro cualquiera) unas formaciones de linaje, clánicas o tribales y unas formaciones estáticas. Sin embargo, eso es lo que ha intentado el húngaro Tokei (cuyas tesis son más conocidas en Occidente en la versión que ofreció Godelier)² situando el modo “asiático” (y calificando así a las grandes civilizaciones de Oriente) en la transición a las sociedades de clases. ¿Cómo China, que producía en el siglo XI tanto hierro como Europa en el siglo XVIII y contaba con cinco ciudades de más de un millón de habitantes, puede ser de ese modo situada en los comienzos de la sociedad de clases, y Europa, con el mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en la víspera de la revolución industrial? Resulta evidente que en este primer escalón, el nivel débil de desarrollo y las relaciones de linaje, clánicas y tribales se hallan indisolublemente ligadas. Estas relaciones son las que permiten el comienzo del desarrollo de las fuerzas productivas más allá de la fase del comunismo primitivo (el paso a la agricultura

sedentaria) y al mismo tiempo bloquean la prosecución de su desarrollo a partir de un punto determinado. Así pues, allí donde son reconocibles estas relaciones, el nivel de las fuerzas productivas es necesariamente bajo, y allí donde no se encuentran ya, es necesariamente más elevado. La existencia de estas relaciones es, por otra parte, la expresión del carácter dominante del parentesco (y de la ausencia de Estado). Las formas de la propiedad que corresponden a este primer plano presentan todas –necesariamente– unos rasgos comunes fundamentales: se trata siempre de propiedad comunitaria, el uso de la cual se halla regulado en relación con los sistemas del parentesco que rigen la instancia dominante.

Al segundo escalón corresponde un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que permite el Estado, y al mismo tiempo lo exige; es decir, exige la superación del carácter dominante del parentesco (que puede subsistir pero solo como vestigio sometido a una racionalidad distinta). Las formas de la propiedad que corresponden a este segundo grado son las que permiten a la clase dominante controlar el acceso al suelo agrícola y extraer de este modo un tributo a los campesinos productores. La extracción de ese tributo es impuesta por el carácter dominante de la ideología, que reviste siempre la misma forma: religión o casi religión de Estado. Al tercer escalón corresponde el nivel superior de las fuerzas productivas del capitalismo. Este nivel implica la propiedad capitalista, es decir, en un polo el monopolio del control de los medios de producción por la burguesía, sin ser ya el suelo el principal de ellos, sino las máquinas, equipamientos e industrias; y en el otro polo el trabajo asalariado libre, la extracción del excedente (en este caso, plusvalía) se realiza a través del intercambio económico (la venta de la fuerza de trabajo). Concretamente, el desarrollo de la agricultura por encima de un punto determinado exigía unas máquinas y unos abonos, es decir, la industria, o sea el capitalismo. Iniciado en la agricultura de transición, el capitalismo había de alcanzar su plenitud por otros medios, antes de volver a la

agricultura. Este punto resulta esencial para comprender la especificidad del capitalismo periférico.³

Hemos expuesto las definiciones, muy generales y abstractas, de las tres formas de la propiedad –comunitaria (del suelo), tributaria (del suelo), capitalista (de los medios de producción distintos del suelo)– que colocan el acento en el contenido de la propiedad, entendido como control social, y no en sus formas, jurídicas e ideológicas. Idéntico marco conceptual permitirá examinar más adelante la problemática de la superación del capitalismo. Cada forma de la propiedad corresponde necesariamente a un grado de desarrollo de las fuerzas productivas. En el primer grado, la organización de la producción no supera el horizonte de linaje y aldeano. En el segundo, la organización de la producción, al menos en parte, (de hecho, en su parte decisiva, no cuantitativa, sino cualitativamente), se halla regulada en el nivel de una sociedad estatal, más o menos extensa, pero siempre superior en medida a la de la aldea: la circulación del excedente (no necesariamente mercantil) da cuenta de la importancia del artesanado especializado, de las funciones improductivas, del Estado, de las ciudades, del comercio, etc. Un nivel más elevado de desarrollo exigiría el mercado generalizado, el mercado capitalista.

En este nivel de abstracción, cada grado corresponde a una exigencia universal. Renunciar a buscar la unidad en este nivel, es como renunciar al ABC del marxismo. La historia se convierte entonces en azar en lugar de en necesidad, y su explicación solo puede ser idealista, o estructuralista, o psicologista: el genio de los pueblos, etc. El occidentalocentrismo implica este tipo de explicación (el “destino” de Europa) y exige por ello mismo una negación de principio de la unicidad.

3. Segunda observación: la búsqueda de la unicidad, en el nivel de cada escalón, se sitúa en el plano del modo de producción fundamental, no de la formación social. Aquellos que, como Anderson⁴ y muchos otros más, rechazan esta distinción conceptual, obtienen su argumento de la variedad (en realidad, de las formaciones) para negar la unicidad (del modo de producción).

En la medida en que insistimos en esta distinción conceptual,⁵ rechazamos el argumento de la variedad de la realidad inmediata.

4. ¿Cuáles son pues las características fundamentales y comunes del modo de producción (en singular) que caracteriza este segundo escalón de desarrollo de las fuerzas productivas? ¿Y de qué modo calificarlo?

La primera de estas características, sobre la cual parece reinar el acuerdo, es que la extracción del sobreproducto es obtenida por medios no económicos, al no encontrarse el productor separado de sus medios de producción. Un carácter de este tipo opone este primer modo de clase al modo comunitario que le precede. En éste el sobreproducto –que ya existe– no es objeto de apropiación por parte de una clase explotadora; es centralizado por un grupo dirigente para ser utilizado colectivamente o redistribuido conforme a las exigencias de la reproducción. La confusión entre las relaciones de cooperación y de dominación (las funciones que oponen a gobernantes y gobernado... incluso sin Estado) y las relaciones de explotación, que podemos explicar por el deseo de combatir las simplificaciones ingenuas que asimilan el modo comunitario a un comunismo primitivo idílico, se encuentran en el origen de la ausencia de la distinción entre el sobreproducto utilizado colectivamente y el sobreproducto apropiado por una clase explotadora. La extracción del sobreproducto tiene pues la naturaleza de un tributo en beneficio de la clase explotadora; por esta razón hemos propuesto denominar a este modo fundamental del segundo escalón: modo tributario.

5. La segunda característica del modo tributario es que la organización esencial de la producción se halla en él fundada en el valor de uso y no en el valor de cambio. El producto conservado por el productor es directamente valor de uso destinado al consumo, y en lo esencial al autoconsumo. Pero el producto extraído por la clase explotadora es, también, directamente valor de uso para ella. Es decir, que la esencia del modo tributario consiste en fundar una economía natural, sin intercambios, pero no sin transferencias (el

tributo es una de ellas) y sin redistribuciones. En este plano, nos unimos a las posiciones de Sweezy frente a Dobb.⁶

Se puede constatar sin embargo la existencia de intercambios, en apariencia mercantiles, no monetarios (trueque) y más frecuentemente incluso monetario, en todas las formaciones tributarias. ¿Cómo reconciliar este hecho con la afirmación del carácter dominante del valor de uso? Volveremos a ocuparnos de este punto, pero hemos de decir aquí que el intercambio, incluso monetario, en estas formaciones no es siempre, ni siquiera principalmente, mercantil, es decir, que no está fundado en el valor de cambio (la ley del valor), sino en el valor de uso (las utilidades comparativas). Dobb y, tras él, Takahashi, Hilton y muchos otros más, al olvidar esta diferencia no han conseguido dar⁷ una definición conceptual conveniente del modo tributario (o de su variedad feudal).

Pues se trata de esto. El argumento en favor de la variedad y de la especificidad reposa en la confusión entre modo de producción y formación social y, como consecuencia, en el rechazo del carácter abstracto del concepto de modo de producción. Sin embargo, lo que Marx nos enseña es esto: ¿no es acaso el modo capitalista un concepto abstracto (reducción a dos clases definidas como los dos polos de la contradicción, ausencia de propiedad no capitalista, principalmente del suelo, etc.)? Y ninguna formación capitalista puede ser reducida a este modo, ni siquiera la más avanzada, la más terminada: la existencia de la propiedad del suelo y de la tercera clase, la de los propietarios del suelo, a la que corresponde un tercer beneficio, la renta, es la prueba de ello.

El intercambio en las formaciones tributarias se halla sometido a la ley fundamental del modo tributario, como *mutatis mutandis* la propiedad del suelo se halla sometida a la ley fundamental del modo capitalista en las formaciones capitalistas.

6. La tercera característica del modo tributario es pues el carácter dominante de la superestructura. Aunque parezca existir un acuerdo general sobre este punto, se imponen algunas observaciones.

La extracción de un tributo no puede ser obtenida nunca únicamente mediante la violencia: exige un cierto consenso social. En este sentido está orientada la observación de Marx: “La ideología de la clase dominante es la ideología dominante de la sociedad”. Aquí, en el modo tributario, esta ideología es la expresada por las grandes religiones: cristianismo, islam, hinduismo, budismo, confucianismo, etc. Resulta útil recordar que esta dominante funciona aquí al servicio de la extracción del excedente, mientras que la ideología del parentesco en el modo comunitario, que también es dominante, funciona al servicio de la reproducción de relaciones de cooperación y de dominación, pero no de explotación. A los modos comunitarios y a la dominancia del parentesco corresponden por otra parte unas “religiones de tierra”, por oposición a las “religiones de Estado” del modo tributario. Por esta razón no es la antropología la que nos informa más eficazmente sobre el carácter dominante de la superestructura, sino la historia de las grandes sociedades precapitalistas. Ya que, en el modo comunitario, no hay lucha de clases (excepto de un modo embrionario), mientras que en el modo tributario ésta se coloca en el primer plano de la escena. Como además esta lucha se articula, en la época en que vivimos, en las formaciones capitalistas periféricas, con la lucha por el socialismo, se comprenden las razones profundas de la aportación del maoísmo.

En realidad, el carácter dominante de la superestructura es la primera consecuencia del carácter dominante del valor de uso en el nivel de la base económica.

El funcionamiento de este papel dominante de la ideología de clase opera a su vez sobre la lucha de clases del modo tributario. La clase explotada no lucha generalmente por la supresión total de la explotación, sino únicamente para mantenerla en los límites “razonables” exigidos por la reproducción de la vida económica en un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que implica unos usos colectivos del sobreproducto. El tema del emperador que recibe el mandato del cielo lo prueba. Pero, en Occidente, una determinada alianza del monarca absoluto contra los feudales y en favor de los campesinos va dirigida en el mismo sentido. Esta

caracterización de la lucha de clases del modo tributario no excluye ni la lucha de clases ni las incursiones dirigidas a la abolición total de la explotación: aparecen comunismos campesinos por todas partes, en Europa, en el mundo musulmán, en China, como lo recordaron Rey y Chesneaux⁸. De un modo general, la lucha de clases, en estas condiciones, se expresa a través de la puesta en cuestión de la ideología en su propio terreno: al cristianismo de las Iglesias de Estado se oponen las herejías, albigense o protestante (esta última fue recuperada por la nueva clase ascendente: el “tercer ladrón”, del que volveremos a ocuparnos), al islam sunnita el chiísmo (igualmente recuperado: véase la monarquía iraní) y el comunismo cuarmat, a Confucio el taoísmo, etc.

7. La cuarta característica del modo tributario es la apariencia de estabilidad, incluso de inmovilismo, segunda consecuencia del carácter dominante del valor de uso.

Es esta una característica general de todas las formaciones tributarias, incluso de las feudales europeas, y no solamente de las del “Asia” –mítica– de Montesquieu, de Bernier y de los antropólogos que quieren resucitar el modo asiático.

Esta característica –muy relativa– es una apariencia engañosa inspirada por el contraste con el capitalismo. Fundada en el valor de cambio, la ley fundamental interna del capitalismo se halla situada en el plano mismo de la base económica: la concurrencia entre capitalistas impone la acumulación, es decir, la revolucionarización permanente de las fuerzas productivas. Es ésta una razón suplementaria por la que se duda en asimilar el modo estatal (salida posible), caracterizado por la centralización del capital y la supresión de la parcelación de su control, con el modo capitalista. Fundado en el valor de uso, el modo tributario no conoce una exigencia interna parecida en el plano de su base económica.

Y sin embargo, las sociedades tributarias no son inmóviles. La idea misma de inmovilidad es ajena al marxismo. En realidad, todas las sociedades tributarias realizaron prodigiosos progresos en el desarrollo de sus fuerzas productivas, ya se trate de Egipto, China, Japón, India y Asia del Sur, Oriente árabe y persa, África del Norte y

el Sudán o la Europa Mediterránea o feudal. Pero se trata de progresos que no implican un cambio cualitativo de las relaciones de producción tributarias. Del mismo modo que los Estados Unidos de 1970, muy diferentes de la Inglaterra de 1780, corresponden a dos momentos extremos del desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de las mismas relaciones capitalistas. Nuevas relaciones de producción aparecen para superar el bloqueo ocasionado por la resistencia de las antiguas relaciones, permitiendo a su vez un desarrollo ulterior que pone de relieve el potencial correspondiente a las nuevas relaciones.

No obstante, la dinámica que da cuenta del mecanismo del progreso de las fuerzas productivas en el modo tributario debe ser buscado en una dirección que implica simultáneamente la base y la superestructura (dominante en este caso). Volveremos a ocuparnos de este punto.

8. ¿Cómo funciona pues la lucha de clases en el modo tributario, y cómo conduce necesariamente a la superación capitalista?

La lucha de clases que opone a los productores campesinos contra la clase de sus explotadores tributarios ocupa toda la historia de las formaciones tributarias, tanto en Asia o en África como en Europa. Existe sin embargo una diferencia esencial entre esta lucha y la que opone a proletarios y burgueses en el capitalismo. La segunda puede concluirse con la victoria del proletariado y la instauración de una sociedad sin clases. La primera no podía terminar con la victoria campesina. Cada victoria obtenida por los campesinos, en estas condiciones, debilitaba a la clase explotadora tributaria en beneficio de una tercera clase naciente, la burguesía, abriendo de este modo la vía hacia el capitalismo. Esta burguesía emergía en parte al lado del campesinado, a partir del comercio y del capital mercantil, y en parte en el seno de éste, cuya liberación, aunque parcial, abría la vía a una diferenciación interna según unos esquemas de los que volveremos a ocuparnos. Esta diferencia, que prohíbe esquematizar y transponer mecánicamente las funciones y las perspectivas de la lucha de clases del modo capitalista al modo tributario, se halla en estrecha relación con el carácter dominante de lo económico o de lo ideológico.

Queda por decir que la lucha de clases es también, en el modo tributario, el motor de la historia, puesto que constituye la contradicción mediante cuyo movimiento este modo había de ser superado, conforme a las exigencias objetivas del desarrollo de las fuerzas productivas. También en esta óptica será preciso examinar si la lucha de clases del capitalismo no podría igualmente conducir a la superación del capitalismo por medio de un modo estatal que permita un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, operando de este modo una vez más en beneficio de una “nueva clase”.

También la lucha de clases en el seno del modo tributario es la que da cuenta de su carácter móvil, es la que impulsa el progreso de las fuerzas productivas en su seno. La búsqueda por parte de la clase tributaria de un mayor excedente no es ciertamente una ley económica interna análoga a la persecución de beneficio capitalista. Pero la búsqueda de un tributo mayor –o también del mantenimiento del tributo– es lo que hace que, bajo el impulso de la lucha campesina, la clase tributaria se vea empujada a mejorar los métodos de producción. Desde 1957 rechazábamos sobre esta base –al analizar la dinámica de la renta en el capitalismo periférico– la tesis, entonces corriente, del progreso técnico exterior en las formaciones precapitalistas.

Resumiendo, la lucha de clases en el seno del modo tributario es la que explica, al menos en parte, la política exterior de la clase tributaria. Esta trata de compensar lo que pierde en el interior de la sociedad que explota mediante un expansionismo que le permita sojuzgar a otros pueblos, sustituyendo a sus clases explotadoras. Las guerras feudales, como todas las guerras tributarias, proceden de esta lógica. Ha podido ocurrir incluso que una clase tributaria haya llegado a movilizar al pueblo en este tipo de aventuras. El paralelo con la relación que rige, en el capitalismo, la dependencia de la política exterior con respecto de la lucha de clases interna, se impone, aunque la ley de la acumulación capitalista sea diferente en su naturaleza. Y el paralelo debe ser proseguido con el imperialismo –alianza de la burguesía y del proletariado de un país dirigido hacia el exterior– como Marx y Engels lo presintieron para Inglaterra, y Cecil Rhodes formuló como programa de acción.

9. Estas características son comunes a todas las formaciones de clases precapitalistas. Son suficientemente decisivas como para imponer una calificación común, cosa que en 1957 hicimos al proponer el concepto de “tributaria”. Las especificidades –las del feudalismo, entre otras– vienen después del reconocimiento de estos caracteres comunes.

Pero, para abordar correctamente la cuestión de las especificidades de las diferentes formaciones tributarias, es necesario elucidar previamente una serie de cuestiones teóricas que conciernen a las relaciones de intercambio y la circulación.

10. No existe prácticamente, en la realidad concreta, un “modo de pequeña producción mercantil simple” autónomo. La definición conceptual de este modo, que no implica clase explotadora sino únicamente pequeños productores propietarios de sus medios de producción y especializados, que intercambian su producto (en su integridad, en principio) según la ley del valor, indica bastante bien su estatuto epistemológico particular, en relación con los otros modos.

Marx había llamado ya la atención sobre las condiciones necesarias para que el intercambio se efectúe conforme a la ley del valor: que el intercambio no sea ocasional, sino sistemático, no monopolístico, sino concurrencial, no marginal, sino referido a unas cantidades que permitan el ajuste de la oferta y la demanda. Como recordó Meunier⁹, este no es el caso general de los intercambios que atañen a las sociedades estudiadas por la antropología; y, en 1957, hicimos la misma observación a propósito de las formaciones tributarias, caracterizadas por la ausencia de mercado generalizado de los medios de producción (tierra y fuerza de trabajo) y por la importancia de la autosubsistencia; de lo cual sacamos la conclusión de que el intercambio tenía lugar aquí en general –y paradójicamente, en apariencia– conforme a la teoría neoclásica llamada del valor (las utilidades comparadas) en lugar de conforme a la ley del valor, la cual se aplicaba precisamente, bajo su forma transformada, al capitalismo. Esto refleja el carácter dominante del valor de uso en los modos precapitalistas.

Muchas confusiones y ambigüedades caracterizan los debates concernientes al impacto “disolvente” o no de los intercambios en las sociedades precapitalistas, tal vez por el hecho de que con frecuencia no se procura ver que el intercambio, del que solo es objeto una fracción del excedente, se halla dominado por la ley del modo tributario.

En estas condiciones, los desarrollos históricos referidos a la importancia relativa y comparativa de los flujos de intercambios, de las organizaciones mercantiles, de las aglomeraciones urbanas, etc., sin llegar a ser inútiles, no responden a las cuestiones esenciales. El hecho de que ninguna economía tributaria haya sido nunca “natural” no prueba nada, ni en favor ni en contra, de la tesis del poder disolvente de las relaciones mercantiles.

No subestimamos la importancia de las relaciones mercantiles. Hemos subrayado frecuentemente el papel de estas relaciones en las formaciones árabes, y mostrado cómo habían tenido un efecto retroactivo decisivo en el modo tributario, asegurando su expansión: en Iraq, por ejemplo, en la gran época abassida. Hemos llegado incluso a dar cuenta de algunas civilizaciones por la importancia de estas relaciones.

Su existencia obliga a examinar la dinámica de las relaciones entre las sociedades tributarias; del mismo modo que no se podrían examinar –por poner un paralelo– los capitalismos centrales y periféricos aislando los unos de los otros. Se impone pues el análisis de las relaciones dialécticas entre las fuerzas internas y las fuerzas externas en la dinámica de las sociedades tributarias y, particularmente, en la del paso al capitalismo.

Sweezy señala, por ejemplo, que la desagregación de las relaciones feudales en Europa (cuyas razones examinaremos más adelante) cubrió un periodo transitorio de “producción mercantil precapitalista”, regido por la ley del valor, preparatorio de la eclosión del capitalismo¹⁰. Muestra cómo esta desagregación se produjo por la transformación de la renta en especie en renta monetaria bajo el impulso a la vez de la lucha interna de clases y de los efectos del gran comercio.

Habíamos hecho notar desde 1957 el caso todavía más señalado quizá de Nueva Inglaterra, modelo por excelencia del modo mercantil precapitalista, incomprensible aisladamente, pero perfectamente explicable cuando se consideran las funciones de esta región en el sistema mundial de su época.

Se comete un error cuando se desprecia con obstinación este aspecto de la realidad. En la mutación del feudalismo al capitalismo central japonés, ¿se podrían eliminar las fuerzas externas y su interacción con las fuerzas internas? En la constitución del capitalismo periférico, ¿no es decisiva esta interacción? Y, de un modo más general todavía, en un plano que desborda las estrictas interacciones económicas, ¿se deben despreciar las que operan en el plano superestructural? ¿Se podrían explicar las formas específicas del feudalismo en Europa oriental (el “segundo vasallaje”) sin explicar a la vez las relaciones comerciales con el Oeste y la transferencia de las estructuras políticas e ideológicas, la adopción, por ejemplo, de las formas de la monarquía absoluta occidental? En lo que concierne a la periferia del sistema capitalista, ¿puede excluirse del análisis la dominación ideológica y cultural, las adopciones en los terrenos de los modelos de consumo, de la organización técnica y política, etc.?

11. Otro problema que resulta útil sin duda examinar antes de pasar a la cuestión de la especificidad del feudalismo es la cuestión del esclavismo.

Nuestra impresión es que la excepción grecorromana se halla en el origen de una serie de confusiones mayores. No vamos a volver a ocuparnos de las cuestiones de método planteadas con ocasión de los trabajos inspirados por la investigación del esclavismo a través de los continentes y de los siglos, todas referidas a la naturaleza del presunto “modo de producción esclavista” descubierto en estas condiciones.

La primera observación es que la publicación de los *Grundrisse* (el capítulo de las *Formen*) dio lugar a una explosión de marxología, alejándose cada vez más del marxismo a medida que la erudición se apoderaba del tema. La exégesis a la que se entregó Tokei¹¹,

retomada por sus alumnos, vuelve siempre a lo mismo. A la salida de la comunidad primitiva, se presentaban dos caminos. El primero es el que toma Asia: las comunidades subsistieron y un Estado despótico se superpuso a ellas, las comunidades siguieron siendo propietarias del suelo, sin que los productores organizados en familias fueran más que los precarios poseedores. Se trataba de un camino sin salida, que bloqueó el desarrollo de las fuerzas productivas y redujo la historia de Asia a la repetición inmutable del mismo escenario superficial. El otro camino era el de la disolución de la comunidad y de la afirmación de la propiedad privada individual del suelo; este camino engendró en primer lugar una primera división de clases con un modelo radical, favoreciendo la reducción a la esclavitud de los que habían perdido su propiedad agraria. Esa es la razón del “milagro griego” y su posterior extensión al imperio romano. Viene a continuación la transformación del esclavismo en vasallaje y la constitución excepcional del feudalismo. La propiedad señorial, siempre privada, favorece el desarrollo de las contradicciones (la autonomía de las ciudades, la lucha de los campesinos por la propiedad rural privada, etc.) que engendrarán el capitalismo. Este era el camino del cambio continuo, del progreso incesante. Era el camino de Europa, cuyos orígenes se hunden así en la Grecia antigua. En esta vía única, el esclavismo ocupa un lugar decisivo, en el comienzo. Esa es la razón de la clasificación cronológica de los supuestos modos asiático (bloqueado), antiguo, feudal y capitalista, con la sucesión necesaria de los tres últimos.

Esta teoría es falsa de principio a fin, y no reposa más que sobre los conocimientos casi nulos y los muy fuertes prejuicios del siglo XIX europeo acerca de un “Asia” mítica. No existen comunidades propietarias colectivas del suelo ni en Egipto (desde hace cinco mil años como mínimo...), ni en China (por lo menos desde los Han), ni tampoco probablemente en India (con matices). Hace muchísimo tiempo que estas sociedades conocen la propiedad privada del suelo de la misma manera que la Europa feudal. Nunca hubo esclavitud a gran escala en estas sociedades, y raramente el vasallaje en el sentido europeo. ¿Fueron más despóticos la mayoría de los califas y de los emperadores de China que los monarcas

absolutos de España, Francia e Inglaterra? Y todo el mundo sabe hoy que el desarrollo de las fuerzas productivas en Asia fue, como mínimo, tan rápido como el que tuvo lugar en Occidente a lo largo de los siglos que separan a Homero de la revolución industrial.

¿Entonces? ¿No estaremos ante una teleología occidentalocéntrica, inspirada a posteriori por el desarrollo capitalista de Europa? ¿No implica esta teleología como condición a priori que ninguna otra sociedad pudiera llegar por ella misma al capitalismo? Llegando hasta el final, si todo esto fuera cierto, se debería sacar la conclusión de que las leyes del materialismo histórico solo se aplican a Occidente. Y por ello mismo habría también que sacar la conclusión de que la historia de Occidente corresponde a la realización de la razón. Este supuesto marxismo coincide con el nacionalismo cultural de los ideólogos que, en el Tercer Mundo contemporáneo, rechazan el marxismo porque “¡no es aplicable a nuestras sociedades específicas!” Occidentalocentrismo producto de la ideología imperialista disfrazado de marxismo en un polo, nacionalismo culturalista en el otro: ¡dos auténticos hermanos gemelos!

12. Esta marxología no nos interesa más que a título de curiosidades del occidentalocentrismo.

Contentémonos pues con constatar en lo que concierne al esclavismo, que éste viene a ser algo excepcional por el reducido número de sociedades en las que se ha dado. Pero también que coexiste con unos niveles muy diferentes de desarrollo de las fuerzas productivas: de la ciudad de Atenas y de la Sicilia romana al Bajo Iraq abassida; en las plantaciones de América y, prácticamente, ¡en las minas de África del Sur! ¿Es posible que unas relaciones de producción sean hasta tal punto independientes de las fuerzas productivas?

Se observa por el contrario que el esclavismo da siempre lugar a un producto mercantil: en la Antigüedad clásica, en el Bajo Iraq, en América. Ahora bien, la producción mercantil es excepcional en el mundo precapitalista. Las áreas en las que reina el esclavismo no pueden comprenderse por sí mismas: solo constituyen elementos no autónomos de conjuntos más amplios. El esclavismo ateniense no

se comprende sin integrar las ciudades griegas en el conjunto con el cual comercian. Pues su especialización se sitúa en la escala de un área que engloba el Oriente –donde el esclavismo no penetrará. En el Occidente romano, la esclavitud se limita a las zonas próximas a las costas, en las que el producto puede ser comercializado. En las Galias y en España, los costes del transporte hacen prohibitiva la extensión: prueba de su ligazón con el comercio. Y América no tiene existencia propia, es la periferia de la Europa mercantilista.

Otra característica que hace del esclavismo un modo necesariamente excepcional: no reproduce apenas su fuerza de trabajo. Implica casi siempre –y muy rápidamente– la *razzia* externa, y se extingue cuando ésta cesa. Ilustran este punto los ejemplos, alejados en el tiempo y en el espacio, de las *razzias* romanas entre los bárbaros y las europeas en África.

Por supuesto, no hay que confundir este esclavismo con todas las formas calificadas de tal cuando se trata en realidad de un fenómeno muy diferente: la reducción del estatuto de las personas en el seno de sociedades de todo tipo: comunitarias (sin explotación), tributarias (donde los supuestos “esclavos” son domésticos y servidores del Estado), etc.

13. Ocupémonos ahora de la especificidad del feudalismo.

El modo feudal presenta en primer lugar todos los caracteres arriba mencionados, relativos al modo tributario en general. Pero, además, presenta los caracteres adicionales siguientes, puestos de relieve por Sweezy¹²: 1) la organización de la producción en el marco del dominio, implicando la renta en trabajo y 2) el ejercicio por parte del señor de prerrogativas políticas y jurisdiccionales que implican la descentralización política. Así es al menos en su origen.

Ahora bien, ¿qué significan estos caracteres? Reflejan muy exactamente el origen de la formación feudal a partir de las invasiones de los Bárbaros, es decir, de pueblos todavía retrasados en el estadio de la formación de las clases en el momento en que se apoderan de una sociedad más avanzada. El modo feudal es pues simplemente un modo tributario primitivo, inacabado.

El feudalismo no sale del esclavismo. La sucesión temporal tal vez sea aquí una ilusión. Reproduce la ley general del paso de la sociedad sin clases a la sociedad de clases (sin pasar por el esclavismo). La historia de Occidente no es distinta de la de Oriente en este plano. Y los mitos que se refieren a la propiedad comunitaria asiática, etc. pueden ser transferidos fácil y, también, injustamente a Occidente. Por otra parte, el feudalismo japonés, reconocido por todos, salió también de la etapa comunitaria sin pasar por el esclavismo.

Que los bárbaros se encontraban en el estadio comunitario, es un hecho bien conocido. ¿Son las variantes –eslava, germanica, india– de las comunidades de naturaleza diferente a la de las otras innumerables variantes conocidas hace tiempo: inca, azteca, maya, malgache, árabe preislámica, más de un millar de variantes africanas? ¿Será también por azar el que, al pasar de ese estadio al estadio tributario, los germanos abandonen sus religiones de tierra para adoptar una religión de imperio, el cristianismo? ¿También es por azar si ocurre lo mismo en África con la islamización?

La propiedad feudal no es radicalmente diferente de la propiedad tributaria. Es una especie primitiva de ésta. Una especie cuya especificidad reside en el carácter débil y descentralizado del poder político. Oponer la “propiedad eminente del Estado sobre suelo” en Asia a la propiedad señorial llamada privada, es mezclar lo verdadero y lo falso. Pues la propiedad eminente del Estado funciona en el nivel superestructural –para justificar el impuesto– pero no en el de la organización técnica de la producción. Ahora bien, en el feudalismo europeo, la propiedad eminente del Dios de los Cristianos (la tierra debe ser cultivada, los campesinos tienen un derecho al acceso a ésta) funciona de la misma manera, en una versión debilitada correspondiente al carácter rudimentario del Estado. Además, en la medida en que progresan las fuerzas productivas, la descentralización política inicial cederá paso a la centralización. Y las monarquías europeas absolutas se aproximarán singularmente a las formas tributarias acabadas.

Los partidarios del modo asiático tratan de conciliar lo inconciliabile: el carácter primitivo del modo asiático (el primero

cronológicamente, que corresponde a la transición a las clases) y el desarrollo de las fuerzas productivas reconocido por fin en Asia. Avanzan entonces la hipótesis de una evolución del modo tributario al modo feudal (¡a pesar de la supervivencia del Estado!). Por nuestra parte, afirmamos lo contrario: el que evoluciona hacia el modo tributario es el modo feudal primitivo; el modo tributario no es la excepción, sino la ley general, y el modo feudal una variante específica y excepcional de la familia tributaria.

Así pues, se cree salvar la teoría del “milagro occidental” (y de su contrapartida, la desolación asiática) inventando un feudalismo chino posterior al modo asiático.

¿Sería este feudalismo chino específico diferente (e inferior) al feudalismo occidental porque no sucede al esclavismo, sino al modo asiático, de acuerdo con los esquemas de Tokei? Pero el feudalismo en Occidente salió de las invasiones bárbaras y los germanos pasaron ellos también de la comunidad al protofeudalismo, luego al feudalismo, sin pasar por el estadio intermedio del esclavismo. Godelier intenta entonces la explicación última: el feudalismo oriental no engendró el capitalismo porque “no iba acompañado de un gran desarrollo de la producción mercantil y de la moneda” (a causa de la supervivencia tenaz de las “comunidades campesinas”).¹³ Pero la supervivencia en cuestión no existe más que en el espíritu de los que la invocan. En cuanto al desarrollo mercantil, todo el mundo sabe que los hechos hablan en favor de la causa opuesta: se halla considerablemente más avanzado en el Oriente (árabe, indio y chino, entre otros) que en el Occidente feudal.

La razón de la aparición más rápida del capitalismo en Occidente hay que buscarla en otra parte: cuando la feudalidad europea alcanza el estadio tributario con la monarquía absoluta, es demasiado tarde.

Precisamente por ser de origen pobre, la sociedad europea atravesará el período tributario más rápidamente. Esta es la tesis del desarrollo desigual: la sociedad europea será más flexible por ser periférica. Irá pues más rápidamente hacia la superación de sus

contradicciones. Estas son las mismas en las otras sociedades tributarias y debían necesariamente ser superadas de la misma manera: por el capitalismo. Pero, más dominadas, estas contradicciones se desarrollan en ella menos rápidamente. Este es pues el marco general en el que replanteamos la historia de la transición.

Antes de abordar el análisis de la transición, saquemos la conclusión que se impone de estos debates sobre la originalidad feudal y el modo asiático.

Aquellos que se niegan a admitir que el carácter primitivo y no evolucionado del feudalismo europeo es la razón que le permitió llegar más rápidamente al capitalismo lo hacen por resistencia ideológica; ya que esta constatación les obligaría a admitir la tesis del desarrollo desigual, que choca de frente con los prejuicios del revisionismo y de su hermano gemelo, el trotskismo y el anarcotrotskismo.

Se ven así en la necesidad de inventar una teoría de recambio. Esa es la función de la de Tokei, comentada por Godelier, que no reposa sobre ninguna realidad. ¿En qué se diferencian las comunidades campesinas orientales de las de Occidente? Es sabido que el siervo occidental tiene también un derecho de acceso a la tierra, que en la época feudal no puede ser expulsado por su señor, del mismo modo que el campesino oriental. El paso del individuo por la comunidad para acceder al suelo, indicado por los esquemas de Tokei únicamente para el modo asiático, también pertenece al feudalismo. En cuanto a la propiedad eminente del Estado oriental, también lo es la del señor feudal; y, cuando con la monarquía absoluta el rey se convierte en el soberano de todos los señores, la misma propiedad eminente vuelve a situarse muy cerca de la del faraón o del emperador de la China.

Pero, aunque los esquemas de Tokei no tengan ningún valor científico, pensamos, con Chesneaux,¹⁴ que tienen una fuerza ideológica evidente. Godelier lo expresa cuando pretende haber de ese modo probado “que el feudalismo europeo fue el único que hizo posible el capitalismo”.¹⁵ El único no: solo el primero.

Si la teoría del modo asiático fue resucitada en los años sesenta, era probablemente para poner obstáculos al maoísmo. No tiene que sorprendernos pues que su reformulación haya sido la obra de revisionistas convencidos. ¿Cómo no tratar de establecer un paralelo con el asunto Wittfogel?¹⁶ Este quería denunciar el modo estatal, pero al mismo tiempo salvar el occidentalismo, llegando por esta razón incluso a operar un retorno al campo del capitalismo.

14. La historia de la transición al capitalismo hace aparecer la importancia práctica del carácter periférico primitivo del feudalismo de origen.

La primera serie de cuestiones debatidas se refiere a las ciudades, a su importancia y a su autonomía. Apenas existen dudas de que las ciudades de la sociedad feudal estén, como asimismo los campos, menos controladas por el poder central. Pero los argumentos deben, aquí y en todas partes, superar las apariencias inmediatas, las cuales, por lo demás, son contradictorias. Se acusa a Max Weber de haber exagerado la autonomía de las ciudades europeas; Rodney Hilton¹⁷ con mucha razón ha mostrado cómo la ciudad más importante de Occidente, París, se halla estrechamente sometida al monarca. Merrington¹⁸ recuerda que las ciudades se “refeudalizan” cuando su burguesía invierte en la propiedad rural, como en Italia, o se coloca al lado de los feudales contra las revueltas campesinas, como en Francia en siglo XVII. Añade que el nuevo capitalismo nace fuera de las ciudades y, para escapar de las corporaciones, instala sus manufacturas en el campo, como en Manchester y en Birmigham. Solo en época muy tardía, en el siglo XIX, el capitalismo vencedor “ruraliza” el campo destruyendo su artesanado y confinándolo únicamente a la producción agrícola. El fenómeno urbano es, por otra parte, más antiguo que el feudalismo europeo. La Antigüedad clásica es urbana por excelencia.

¿Se trata en este caso de ciudades autónomas? Menos de lo que parece: por un lado, son ciudades de propietarios rurales y, por otro lado, en la medida en que se inflan por los efectos directos e indirectos del gran comercio (al que se incorpora entonces el artesanado esclavista), su dominación sobre los campos lejanos y

ajenos a la explotación indirecta de los que obtienen beneficios quedan en precario, ya que no operan más que a través de los flujos comerciales y de las alianzas aleatorias. Las ciudades árabes se encontraban en una situación análoga a grandes rasgos. En cuanto a las ciudades chinas muy importantes, se inscriben en un modo tributario bien conformado y muy avanzado, la complejidad del cual reflejan las distribuciones secundarias ricas en excedentes (artesanado y manufacturas florecientes). Pero, como en el caso de las ciudades árabes, se encuentran bajo la eficaz vigilancia del poder central tributario. Ocurriendo de este modo todo a lo largo de la historia china. En el mundo árabe, cuando este poder tributario se debilita, pierden su fuerza las ciudades. Como contrapunto, las ciudades japonesas son importantes y autónomas por la misma razón que en Occidente: la debilidad del poder central feudal. Pero se debilitarán porque la ausencia de expansión externa, de la que se benefician las ciudades de Europa, obliga a la clase mercantil japonesa, muy libre a pesar de ello en sus movimientos, a volverse de nuevo hacia el campo y a invertir en la compra de tierras y la usura.

Vemos pues a través de esta multiplicidad en las apariencias el hilo conductor. El papel excepcional, y acelerador, de las ciudades feudales antiguas (en las que dominan las corporaciones fuertes con respecto al poder) o nuevas (que escapan tanto a las corporaciones como al poder central) remite a la debilidad del poder central. Cuando éste se afirma con las monarquías absolutas, las relaciones feudales se encuentran ya más que avanzadas en su desagregación en el campo.

15. La desagregación precoz de las relaciones feudales en el campo tiene que ver también con el desmenuzamiento del poder feudal. Este desmenuzamiento permite a la lucha de clases superar rápidamente la economía de las grandes propiedades solariegas, para imponer la pequeña explotación sometida a la renta en especie y luego en dinero. Esta transformación aligera el peso del tributo, acelera la acumulación campesina e inicia la diferenciación en el seno del campesinado. Cuando la clase feudal reacciona a través de la monarquía absoluta de la que se dota para detener la

liberación campesina, como Anderson ha puesto de manifiesto,¹⁹ es demasiado tarde: el vasallaje ha desaparecido, el campesinado se ha diferenciado. El inicio del mercado se halla avanzado, como Sweezy ha demostrado.²⁰

La dialéctica de las dos vías de progresión del capitalismo se despliega sobre este fondo esencial. En un polo, la constitución de manufacturas y el sistema *putting out*, puestos en marcha por el capital mercantil ocupado en el comercio lejano; en el otro, la constitución de pequeñas empresas industriales a partir del campesinado de kulaks. Entre estas dos vías existieron contradicciones, sin duda secundarias, pero a veces importantes, sobre todo cuando la gran burguesía se unió a la monarquía feudal, obtuvo como contrapartida protecciones y sacó provecho de éstas para luchar contra la concurrencia de la burguesía dispersa de los burgos y de los campos.

16. No es nuestra intención el entrar en más detalles sobre la transición. Ya que ésta es por excelencia variedad concreta. No existen leyes generales de la transición, únicamente conjunciones concretas, específicas de todas las contradicciones propias del modo en vías de superación y de su interacción con las fuerzas externas. Por otra parte, con la transición socialista ocurre eso mismo.

Por esa razón, las mismas “causas” pueden aquí parecer “efectos” opuestos. Como lo ha señalado Anderson²¹ Italia sufrirá la aparición precoz del embrión de las relaciones capitalistas. España la dominación precoz y desmesurada de América. En el Oeste (en Francia y en Inglaterra) el Estado feudal absolutista se constituirá como compensación del fin del vasallaje y se verá reforzado por la urbanización avanzada. En el Este el absolutismo emergerá de la vida urbana y será el medio de establecer un vasallaje exigido por el nivel más débil de las fuerzas productivas y el vacío de los espacios. Frank Cox y Wallerstein²² completan más que contradicen este análisis orientado sobre la formación del absolutismo por medio de sus análisis orientados hacia la formación del sistema mundial y la dialéctica de las relaciones centros/periferias.

Por ultimo, el estudio del caso japonés está siempre repleto de enseñanzas. En primer lugar, porque la génesis del feudalismo tiene lugar allí de modo diferente. Luego, porque Japón no se benefició de una periferia como es el caso de la Europa mercantilista.

De una manera general, todas las transiciones están cargadas de enseñanzas. Incluso, cómo no, las transiciones tardías. Es decir, aquellas que condujeron al capitalismo periférico-dependiente de hoy.

El curso de la historia dependerá en efecto frecuentemente de la forma de esta transición esencial al capitalismo. ¿Cómo dejar de observar, con Anderson, que en el Oeste la monarquía absoluta será derribada por la revolución burguesa, que en el Centro ella misma hará esta revolución desde arriba, que en el Este –situación ya semiperiférica– será derribada por la revolución proletaria? Añadamos que, en adelante, en lo que concierne a la periferia, esta vía es la única posible: ya no hay “revolución burguesa” posible; en esto consiste la segunda manifestación del desarrollo desigual, que opera a escala de la transición socialista.

Volveremos a ocuparnos más adelante de un aspecto particular pero muy importante de la historia de la transición: la cuestión nacional.

17. A la especificidad del feudalismo, es preciso oponer la de cada una de las otras grandes civilizaciones tributarias.

No vamos a extendernos sobre las especificidades árabes, a las que hemos consagrado un libro reciente, al que remitimos, así como a las observaciones sobre el imperio otomano, algunas de cuyas evoluciones en su parte balcánica nos ofrecen sorprendentes paralelos.²³

Los debates acerca de las sociedades llamadas asiáticas, cuando supieron superar la marxología para dedicarse al análisis marxista de la realidad, aportaron, por medio del estudio comparativo de las áreas china, india, africana y malgache, sudasiática, nordafricana, etc. unos elementos de información preciosos sobre la dinámica del cambio. Pues no cabe ninguna duda de que en todos los casos un marxista ha de dedicarse a descubrir las fuerzas y los mecanismos

que impulsan el movimiento, que es ineluctable. Aquellos que buscan en estos terrenos descubrir los supuestos mecanismos de la inmutabilidad no hacen una obra científica. Hacen como los economistas burgueses que analizan las leyes “inmutables” de la “economía pura”, obra de ideólogos idealistas y occidentalocentristas.

Cada sociedad tributaria presenta un rostro particular. Pero todas pueden ser analizadas sin embargo con los mismos conceptos de modo de producción tributario y de oposición de clase, explotadores tributarios/productores (campesinos) explotados. Un buen ejemplo de esto nos lo ofrece la India de las castas. Este falso concepto, reflejo pasivo de la ideología hinduista (que funciona aquí precisamente como ideología de Estado que ejerce su dominación absolutista, como el confucianismo en China, por ejemplo), oculta la realidad social: la de la apropiación tributaria del suelo por los explotadores (guerreros kshatriya y clase sacerdotal de los brahmanes), de la explotación de los sudra, de la redistribución del tributo en el seno de las clientelas de las clases de explotadores (el sistema jajmani). La notable obra de Louis Dumont y la crítica hábil y pertinente que Maillassoux le hizo²⁴ demuestran que las castas indias solo tienen existencia en el nivel ideológico, mientras que en la realidad funciona un sistema de explotación tributario (Maillassoux emplea aquí ora el término señorial, tan fuerte es la analogía con el feudalismo, ora el término más discutible de esclavismo). El sistema de explotación del tipo *gentry* chino y la ideología confuciana que lo acompaña tienen ciertamente también sus peculiaridades. Pero, en el plano fundamental de la lucha de clases explotadores/explotados y la dinámica de ésta, la analogía es muy grande. Como también es grande la analogía con el Oriente musulmán árabe y otomano. Hasta el punto de que la articulación de las relaciones tributarias fundamentales y de las relaciones mercantiles opera allí de la misma manera: formación de clases de comerciantes usureros, apropiación privada del suelo, etc.

De la historiografía burguesa de las sociedades precapitalistas no se puede sacar gran cosa en el plano de los análisis. Bastaría para

convencerse de ello con ver cómo una definición arbitraria del feudalismo como la que dan los autores de los estudios reunidos por Coulborn²⁵ (en este caso, que el feudalismo sería un medio de gobierno, no un sistema económico) permite saltar de los Hititas a Summer, de la China de los Shang y de los Chu a los Partos, de los Rajut a Bizancio, etc., por medio de las virtudes de un método que no supera la constatación de algunos hechos siempre aislados de su contexto. Y sin embargo, incluso en esta literatura. por lo demás muy abundante, no es imposible descubrir muchos materiales, con la condición de introducirlos en una reflexión mejor ordenada.

18. Si se le reconoce al esclavismo y a los modos comunitarios relegados en los orígenes lejanos un carácter excepcional no quedan en presencia más que cuatro tesis a propósito de las grandes sociedades de clases: 1) la tesis de las dos vías (feudalismo europeo y modo asiático); 2) la tesis del feudalismo generalizado; 3) nuestra tesis del modo tributario generalizado; y 4) la tesis de la especificidad de cada sociedad.

La cuarta actitud elude simplemente la dificultad teórica. La primera es falsa. La vieja tesis del feudalismo generalizado no parece fundamentalmente mala. En realidad, nuestra tesis del modo tributario no es otra cosa más que una mejora de ésta. Pero coloca el acento en el carácter inacabado de la especie feudal de la familia tributaria. Carácter inacabado, periférico, que tiene sus orígenes en los efectos de las invasiones bárbaras y que parece explicar mejor que cualquier otra teoría el arraigo precoz del capitalismo en Occidente.

Me enteré por un artículo de *La Pensée*²⁶ que el marxista japonés Jiro Hoyakawa había propuesto desde 1934 el término de “modo de producción tributario”. Nunca he conocido el contenido exacto de los debates japoneses, salvo algunas breves reseñas publicadas en las lenguas occidentales. En los años cincuenta empecé a distinguir “el feudalismo en su forma general” y su “especie europea”, reemplazando estas pesadas expresiones por “tributario” y “feudal”, por primera vez en 1957. Me enteré también por el mismo número de *La Pensée*²⁷ de que el rumano Ion Banu proponía, también él, el

término “tributario”. Pero utilizamos esta palabra con acepciones muy diferentes. Yo hago del modo tributario la forma general de la sociedad de clases precapitalista, de la que el feudalismo es una especie particular. Banu se interesa por la ideología de las filosofías orientales desde una perspectiva que me parece próxima a la de los partidarios europeos y revisionistas del modo asiático (Tokei, Godelier, etc.), es decir, preocupados ante todo de poner obstáculos al maoísmo.

Hemos situado el carácter inacabado del modo feudal en la ausencia de centralización del excedente, en relación con el desmenuzamiento del poder, y hemos afirmado, sobre esta base, que el modo feudal europeo evolucionaba en dirección a un modo tributario, con el establecimiento de las monarquías absolutas. Este sentido de la evolución no excluye, en el otro polo, regresiones efectivas que tuvieron lugar aquí y allá a partir de modos tributarios avanzados hacia desmenuzamientos feudales. La centralización del excedente implica en efecto a la vez la preeminencia real del poder central y una mercantilización relativamente impulsada, al menos de este excedente. Algunas circunstancias han podido hacer que retrocediera uno u otro, incluso frecuentemente en correlación los dos entre sí. La feudalización de las formaciones árabes constituye un ejemplo de ello. Esta opera, por otra parte, en conjunción con la progresiva aparición de la dominación del capitalismo europeo naciente sobre el conjunto del sistema mundial del mercantilismo e ilustra nuestra tesis el que la aparición potencial de un capitalismo árabe haya sido detenida por el europeo. En cierta manera, el modo feudal es pues también un modo tributario decadente.

La oposición entre el modo tributario conformado de modo central y el carácter inacabado del modo feudal periférico no se sitúa pues en el mismo plano que el que opone centro y periferia en el sistema capitalista. En las formaciones tributarias, el papel dominante de la ideología implica que sea en el nivel de esta instancia donde aparezca el carácter acabado o inacabado del modo en el que están fundadas estas formaciones. Un ejemplo de esto nos lo ofrece la China tributaria acabada: la unidad nacional de la China imperial se expresa en el uso común de la lengua mandarina escrita (ligada al

Estado que centraliza el excedente), mientras que las diferentes lenguas regionales subsisten en el uso corriente, y esta unidad lingüística acompaña a la ideología confuciana de Estado. Por esta razón no se puede hablar de nación más que en las formaciones tributarias acabadas.

-
1. M. Dobb y P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.
 2. Introducción, en CER M. 30-3; y contribución en CERM. 30-4.
 3. Véase S. Amin, *Impérialisme et développemenet inégal*, Minuit. 1976. cap. 2. "Le capitalisme et la rente foncière".
 4. Perry Anderson, *Passages de l'antiquité au feodalisme*, Maspero, 1977.
 5. *Le developpement inéga/*, Minuit 1973, cap. L, secciones 1 y 11.
 6. M. Dobb y P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.
 7. *Ibidem*.
 8. P.P. Rey, *Les alliances de classes*, 1973; Jean Chesneaux, *Mouvements et sociétés secrètes en Chine aux X I X el X X siecles*, Maspero, 1970.
 9. Roger Meunier, "Formes de la circulation", en F. Pouillon, *L'anthropologie économique*, Maspero, París, 1976.
 10. M. Dobb, P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.
 11. Ferenc Tokei, *Sur le mode de production asiatique*. Budapest, Akademiai Kiado, 1966.
 12. M. Dobb, P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.
 13. Maurice Godelier, *Horizons, trajets marxistes en anthropologie*, Maspero, París, 1973.
 14. J. Chesneaux. en CERM. *Sur les sociétés précapitalistes*, Ed. Sociales, 1975, textos de Marx, Engels, Lenin; presentación de Maurice Godelier.
 15. cf. nota 13.
 16. Presentación de P. Vidal Naquet. en Karl Wittfogel, *Le despotisme oriental*, Minuit, 1965, introducción de Pierre Vidal-Naquet, retirada de la edición siguiente por haberlo pedido Wittfogel.
 17. Rodney Hilton, en M. Dobb y P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.
 18. John Merrington, en Rodney Hilton (ed.), *The Transition from Feudalism to Capitalism*. NLB, 1976.
 19. Perry Anderson, *Passages de l'antiquité au feodalisme*, Maspero, 1977.
 20. M. Dobb y P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977.
 21. Perry Anderson, *Passages de l'antiquité au feodalisme*, Maspero, 1977.
 22. André Gunder Frank, *L'accumulation mondiale, 1500-1800*, Calman Levy, 1977. Oliver Cox, *Capitalisme as a system*, New York, 1964. Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973.
 23. Véase S. Amin, *La nation arabe*, Minuit, 1977.

24. Louis Dumont, *Homo Hierarchicus*, Gallimard, 1967; C. Meillassoux, "Yat'il des castes aux Indes?", en *Terrains et Théories*, Anthropos, 1977.
25. Rushton Coulborn, *Feuda/ism in Hislory*, Hamdem, 1965.
26. Kimlo Shlozawa, "Les historiens japonais et le mode de production asiatique", *La Pensée*, n. 122. 1965.
27. *La Pensée*, n. 132. 1967.

Capítulo IV

El desarrollo desigual en la transición capitalista y en la revolución burguesa

I. Las diferentes vías del capitalismo. La componente campesina de la revolución burguesa. El desarrollo desigual en las diferentes etapas de la historia

1. Resulta casi imposible evitar plantear la cuestión de saber si, en nuestro mundo contemporáneo, la vía del desarrollo capitalista ha agotado su potencial. Precizando el sentido de las palabras: si los países actualmente subdesarrollados pueden todavía, por la vía capitalista, alcanzar a los países capitalistas avanzados, transformarse “a su imagen”.

Una ojeada sobre el pasado, sobre los hechos y su interpretación, sobre las evoluciones reales y las previsiones que alimentaron, enseña en efecto que el desarrollo del capitalismo ha sido siempre desigual, que hubo siempre países y regiones más avanzados, otros atrasados, y que los países más avanzados hoy no lo fueron siempre.

Es preciso pues revisar incansablemente los análisis de las formas concretas del desarrollo desigual del capitalismo, tanto en los países avanzados como en los que se hallan atrasados, periféricos o “periferizados”.

Marx y Lenin consideraron siempre que había habido diferentes vías de desarrollo capitalista, en relación con las luchas y los bloques hegemónicos de clase: la vía francesa se oponía a la vía prusiana, por ejemplo. Pueden multiplicarse hasta casi el infinito las vías, y hablar hoy de un modo diferente al de ayer de cada una de ellas: la vía inglesa, por ejemplo, ¿es responsable de la decadencia actual de la Gran Bretaña? ¿Existe una vía brasileña, cuáles son su originalidad y sus perspectivas? Cada paso presenta tanto interés como los restantes.

Se ha adquirido la costumbre de distinguir la, o las, vías revolucionarias del desarrollo del capitalismo de la, o las, vías no revolucionarias. El materialismo histórico no se permite concebir el desarrollo del capitalismo como un hecho económico, es decir, una transformación de las relaciones de producción que vendría implicada por la evolución de las fuerzas productivas y que podría hacerse por sí misma, por el juego de fuerzas económicas, sin la intervención activa de transformaciones políticas.

Sin duda, las relaciones de producción capitalistas, nuevas, aparecen en primer lugar en el seno del sistema anterior, tributario o feudal, comenzando de este modo el proceso de la revolución capitalista. Pero, mientras que el poder político sigue siendo feudal, no pueden desarrollarse plenamente. A partir de un cierto estadio, así pues, el poder debe cambiar. Lo que constituye la revolución burguesa en un sentido estricto es ese cambio. La revolución permite entonces que las relaciones capitalistas se desarrollen plenamente. Por esa razón, en todos los casos, la expansión del capitalismo se ve también precedida por el cambio en el contenido de clase del Estado. La revolución de 1688 en Inglaterra, la de 1789 en Francia, la unidad alemana, la unidad italiana, la abolición del vasallaje en 1861, la independencia americana y /o la guerra de secesión, la revolución mexicana, la de Atatürk, la del nasserismo y muchas otras constituyen otras tantas rupturas cualitativas: antes, el poder era precapitalista (por ejemplo, feudal); luego, es capitalista. ¿Pero se trata siempre verdaderamente de una revolución? En general, los marxistas consideran que 1688 en Inglaterra, 1789 en Francia, son revoluciones, mientras que la abolición del vasallaje ruso o los golpes de Estado meiji o nasseriano no lo son.

Si se desea que las palabras tengan un sentido preciso e invariable según el discurso en el que se aplican, y con referencia al descubrimiento marxista-leninista concerniente a las condiciones del cambio revolucionario necesario para abolir el capitalismo, la “revolución burguesa” implicaría la abolición del antiguo Estado y la creación de un Estado nuevo. Esta abolición, por oposición a una adaptación del antiguo a nuevos cometidos, implica a su vez no solo la forma violenta (es decir, de hecho, la supresión de una legitimidad

por unos medios que escapan al marco de esa legalidad), sino probablemente también la aparición, para realizarla, de fuerzas sociales masivas (por eso mismo, populares) y poderosas.

En este nivel, resulta evidente que no solo 1798 fue violento y popular, sino también, por ejemplo, la revolución mexicana. Por el contrario, 1688 lo fue muy poco, apenas algo más que la revolución meiji. Los procesos de unificación alemán e italiano, como la guerra civil y extranjera de Atatürk, fueron ciertamente violentos y, en cierto sentido, radicales. ¿Pero fueron populares? ¿Y hasta qué punto lo fueron menos que 1793?

2. Por referencia al contenido capitalista de la era que se abre después de estas revoluciones, puede definirse su contenido popular por su componente campesina. Así pues, existe revolución burguesa cuando esta culmina con una lucha de clases violenta en el campo, en la que los campesinos se oponen a los feudales, cuando en esta lucha los campesinos obtienen, imponen, una abolición de los derechos feudales y un reparto de las tierras, cuando se imponen de esta manera a la burguesía urbana ascendente, situando de este modo en general a la gran burguesía antigua (mercantil y financiera) en el campo de la contrarrevolución y aliándose con la nueva burguesía potencial de artesanos y de pequeños productores, cuando abren así la vía campesina del desarrollo del capitalismo por medio de la aceleración ulterior de la diferenciación en el interior del campesinado y la cristalización progresiva de un campesinado rico, explotador (kulak).

Pero, en tal caso, apenas ha habido una sola revolución burguesa verdadera: la revolución francesa. La revolución inglesa es apenas una de ellas. La revolución mexicana se emparenta en sus formas con la revolución francesa. Y sin embargo, no desembocará apenas en un desarrollo impetuoso del capitalismo: México permanece subdesarrollado. ¿Por qué? Sin duda porque no se trata ya del mismo período histórico global, como se verá.

La vía americana a su vez se sitúa fuera de la alternativa precedente. Su característica es que, desde su origen, un campesinado libre, de colonos, constituye la sociedad fuera de cualquier restricción feudal. Ese fue el caso del Norte de

Norteamérica (colonias inglesas no esclavistas), de Australia y de Nueva Zelanda. El desarrollo del capitalismo a partir de esta base no exigió así ninguna revolución feudal. Las reflexiones precedentes conducen finalmente a una cuestión demasiado frecuentemente eludida: ¿se puede hablar de revolución burguesa? ¿No es necesario reservar el término de revolución para las subversiones del orden global llevadas a cabo únicamente por las clases explotadas y evitar el hacerlo extensivo a las luchas entre clases de explotadores? En ese caso, sería preciso hablar de revolución campesina, y no de revolución burguesa. La revolución campesina, cuando tiene lugar, abre la vía al desarrollo capitalista; pero no es la única vía de este desarrollo. Pues el capitalismo se desarrolla ya en el seno del feudalismo. Del mismo modo que el feudalismo se ha desarrollado en el seno del modo antiguo esclavista; las revueltas y revoluciones de esclavos aceleraron esta evolución, pero no por ello se habla de “revolución feudal”. ¿No será que la expresión “revolución burguesa” es en realidad una invención de la ideología burguesa?

Si el paso al capitalismo no implica necesariamente una revolución, es porque se trata del paso de una sociedad de clases a otra sociedad de clases. Por esta razón la lección de este paso no podría ser aplicada al paso al socialismo. La abolición de las clases que éste implica supone una revolución llevada a cabo por los explotados. No obstante, a falta de esta revolución, la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción actúa en el seno del capitalismo –para engendrar eventualmente, por una vía evolucionista y no revolucionaria, el paso a otro modo de clases, el modo estatal, que volveremos a encontrar más adelante. La tesis reformista confunde esta evolución, que no puede suprimir las clases, pero puede reemplazar las antiguas por otras nuevas, con la supresión de las clases: el socialismo. También en el límite, la revolución de los explotados puede fracasar y engendrar esta evolución hacia el modo estatal.

3. El modelo de la revolución burguesa se ve desde entonces limitado prácticamente a Francia. Esa es la razón de la pregunta: ¿el carácter revolucionario (excepcional) o no revolucionario (general)

de la vía del capitalismo tiene unos efectos decisivos sobre la lucha de clases ulterior, la cual, en el desarrollo capitalista, llegará a convertirse en determinante: la lucha del proletariado contra la burguesía? Esta cuestión tiene tres aspectos.

El primero concierne a la formación del marxismo. En efecto, según parece, el carácter revolucionario del paso al capitalismo en Francia se anticipó a las luchas de clases anteriores: Babeuf y Buonarrotti no son franceses por azar. El socialismo francés es un componente de las fuentes del marxismo. Pero no es el único. La inmadurez revolucionaria alemana da cuenta de la filosofía alemana (y de Hegel en particular) y el carácter económico del desarrollo capitalista inglés, en el que la componente ideológica y política ocupó un lugar menor, explica a Ricardo.

El segundo aspecto de la cuestión concierne al ritmo ulterior del desarrollo capitalista. Se trata de una cuestión muy debatida. Una tesis, cuyos argumentos se fundan en los ritmos comparativos del desarrollo capitalista en Francia por una parte, en Inglaterra y en Alemania por otra, pretende que la vía francesa, campesina, constituyó un handicap para la acumulación. Según esta tesis, lo propio de la revolución burguesa no es su carácter campesino; y, cuando lo ha sido, raramente ha sido así como consecuencia de una conjunción particular de las luchas y alianzas de clases. Pero esta tesis no es siempre aceptada. Para algunos, por el contrario, la vía campesina es la que ajusta las relaciones de producción a las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas de la manera más adecuada, por ser la más radical, dando, por esa razón, al desarrollo ulterior de éstas su máximo potencial.

El tercer aspecto de la cuestión concierne a la lucha de clases hoy, en la época imperialista. No podría tratarse aquí de un determinismo histórico que al hundirse tan lejos en el pasado hiciera desaparecer los condicionamientos más recientes de la lucha de clases. Estos condicionamientos nuevos son infinitamente más decisivos, por ejemplo los que implican la hegemonía ideológica social-demócrata en relación con el hecho imperialista.

4. Hoy como ayer, el desarrollo del capitalismo, que prosigue, sigue siendo desigual y adopta vías diferentes. Globalmente, en la escala

del sistema mundial, se pueden reconocer como mínimo la vía central, la de los centros imperialistas, y la vía del capitalismo periférico dependiente de los países dominados por el imperialismo y, por ese mismo hecho, subdesarrollados. La cuestión que sigue planteándose es la de saber si se trata únicamente, para estos últimos, de una etapa o de una situación permanente.

El análisis del desarrollo desigual permite aprender mucho del método histórico comparativo. Pero se equivocará quien pierda de vista la época en que se sitúan los desarrollos analizados. Según esto, los desarrollos desiguales en el origen del capitalismo (del siglo XIII al XVI en Europa), en la época mercantilista (1600-1800), en la época del capitalismo industrial pre-imperialista (1800-1880) y en la época imperialista (a partir de 1880) no tienen la misma significación, y mucho menos la misma perspectiva.

Los desarrollos que siguen esperan no perder de vista esta última observación.

En efecto, la intuición de que el desarrollo desigual que opone a la Italia del Norte a la del Sur (desde hace un siglo, ¿o desde antes?), por ejemplo, presenta analogías con el problema del subdesarrollo a escala mundial; si se impone casi sin discusión, debe incitar a llevar el análisis comparativo mucho más allá de estas analogías, para llegar a comprender las condiciones específicas reales de las luchas motrices en su contexto histórico global.

II. El desarrollo desigual en el mundo antiguo y feudal

5. La Europa feudal no constituye una unidad homogénea. Se constatan en ella no solo diferencias cualitativas en la naturaleza de las formaciones sociales regionales, sino igualmente unos roles diferentes, y desiguales, en su articulación. Pues estas formaciones se hallan articuladas y constituyen un conjunto no desprovisto de realidad cuyo carácter feudal dominante justifica la denominación global.

Se ha calificado al modo feudal de tributario periférico, entendiendo por esto que, por contraste con otras sociedades tributarias más avanzadas, el modo feudal europeo parece constituir una variedad precoz, inacabada y compleja. La proximidad de la

comunidad más o menos primitiva de los Bárbaros (Iberos, Celtas, Germanos, Eslavos) explica el carácter inacabado, marcado por la ausencia de centralización y de redistribución estatal del excedente tributario, su “desmenuzamiento feudal”. La oposición con el Egipto faraónico o la China imperial ilumina este carácter. En la forma acabada del modo tributario, 1) el feudo es administrativo y 2) el Estado coincide generalmente con una formación nacional unificada.

La complejidad del conjunto europeo no es ciertamente independiente del hecho de que la cristianidad feudal haya salido de la desagregación del imperio romano.

Las formaciones imperiales, helenística y luego romana, constituyen, en esta parte del mundo, esbozos de construcciones imperiales tributarias. En el Oriente antiguo, el paso de la comunidad primitiva al modo tributario, forma general de la sociedad de clase precapitalista avanzada, apareció muy pronto. Habiendo adquirido el modo tributario su forma acabada en Egipto y en Mesopotamia, en otras partes se iba constituyendo progresivamente en formas más desvaídas, hititas, medos, persas. Pero la región permanecía disgregada en Estados relativamente modestos, separados por unas zonas todavía primitivas. Las tentativas imperiales (de Egipto, de Asiria y de Babilonia, de Persia) habían sido demasiado superficiales para separar a Oriente como una sola unidad nacional como la China. En los intersticios de este Oriente desigualmente avanzado y dividido de las sociedades mercantiles habían encontrado su lugar Fenicia y luego Grecia. El esclavismo, en relación con el desarrollo mercantil, había adquirido su extensión en estas últimas sociedades. El Imperio de Alejandro, los Estados sucesores helenísticos, luego el imperio romano, repitieron las tentativas imperiales anteriores sin conseguir llegar mucho más lejos. Estos imperios seguían siendo heteróclitos en términos étnicos y la centralización tributaria seguía siendo desigual, en tanto que subsistían unos modos de producción variados, que iban desde la comunidad primitiva al modo tributario acabado, y se desarrollaban los intercambios mercantiles –y, con ellos, los enclaves esclavistas.

Por su parte, el imperio romano había podido evolucionar hacia una forma tributaria acabada, homogeneizarse progresivamente. De cualquier modo, se hundió antes de llegar a conseguirlo. Tres conjuntos herederos se reconstruyeron sobre sus ruinas: el Occidente cristiano, Bizancio y el Estado árabe-islámico. Estos dos últimos conjuntos llegaron sin duda más lejos que el imperio romano en la construcción tributaria, aunque no llegaron a alcanzar su forma acabada. En el plano de la unificación nacional incluso, este progreso es visible y dejó sus huellas hasta nuestros días, al menos por lo que hace al heredero árabe. No vamos a extendernos aquí acerca de las especificidades del mundo árabe, en particular del lugar que en él ocupan las relaciones mercantiles, no más que sobre las de Bizancio y de su sucesor otomano, tratadas en otro lugar.¹

Por el contrario, el heredero occidental quedó marcado por las sociedades primitivas de la Europa bárbara. Por esta razón precisamente la cristiandad occidental feudal ofrecerá las condiciones más favorables para la superación del modo tributario, para la rápida eclosión del modo capitalista.

El desarrollo desigual se manifestó de esta manera. La larga historia del Occidente antiguo, de la Antigüedad griega, helenística y romana, de los herederos occidental, bizantino, luego otomano, y árabe-islámico, es la historia del desarrollo progresivo del modo tributario y de su superación capitalista a partir de su periferia menos avanzada: la Europa bárbara, después feudal.

Sugerir que los imperios de la Antigüedad oriental y romana constituyeron las etapas de una evolución hacia la constitución de una formación tributaria acabada, es como considerar la forma tributaria superior a las formas antiguas. Es defender la opinión contraria a la tesis que sitúa el modo de producción asiático antes que el modo esclavista, lo que contradice el nivel comparado de desarrollo de las fuerzas productivas. Sugerir que estas tentativas imperiales habrían podido homogeneizar la cuenca mediterránea a la manera china es tal vez temerario. ¿No habrá, entre otras cosas, una falta de atención hacia la diversidad étnica de la región? Tales

eran los obstáculos que las tentativas imperiales de homogeneización abortaron.

Queda por decir que deberían sorprendernos los progresos obtenidos en la homogeneización, realizados al ritmo extraordinariamente rápido de algunos siglos, en ocasiones de varios decenios. En el Oriente asiático, la unificación lingüística en torno al semita arameo preparó la rápida arabización posterior. En Occidente, la romanización de Italia, de las Galias y de Iberia ofrece testimonio de la potencia de la tendencia a la homogeneización. El contraste entre la disgregación de Europa y del Medio Oriente, por una parte, y la homogeneidad china, por otra, ha de ser matizado. La unificación lingüística en China se limita a la escritura, en estrecha relación con la unidad estatal y la centralización tributaria, en tanto que la diversidad regional de las lenguas habladas –que todavía persiste– amenazó durante milenios la unidad imperial. En Occidente, la tendencia a la homogeneización no ha dejado de actuar nunca. Más allá de los avatares de la historia, la arabización-islamización, en un extremo, y la constitución de las monarquías nacionales absolutistas que suceden a la disgregación feudal salida de las invasiones bárbaras, en el otro, dan testimonio de esta tendencia. Más adelante examinaremos los problemas de la especificidad de las formas de esta tendencia general.

6. La historia de la cristiandad de Occidente merece ser reexaminada, en este marco global.

El modo feudal, como forma tributaria inacabada, caracteriza, por su dominación, al conjunto del Occidente cristiano. Pero no se realiza en el conjunto de la región de una manera idéntica. Es posible distinguir, en esta Europa feudal, tres subconjuntos regionales desigualmente desarrollados. La región más desarrollada es Italia y las regiones que constituyen el país calificado hoy como Occitania (España es conquistada por los musulmanes). En esta región relativamente desarrollada, precisamente las formas feudales no se desarrollarán, porque tropezarán con una herencia antigua más sólida, sobre todo en las ciudades, aquí mucho más importantes. La segunda región –la Francia del Norte, Inglaterra, Holanda, la Alemania del Oeste y del Sur y Bohemia– se halla

medianamente desarrollada. Aquí es donde arraigarán las formas feudales. En esta región encontrará la superación capitalista el terreno más favorable. Más al Este y al Norte (Alemania del Este, Escandinavia. Hungría, Polonia y Rusia), el nivel de desarrollo de origen se halla menos avanzado y la proximidad de la comunidad pre-tributaria es mayor. El feudalismo aparecerá allí más tarde, bajo formas particulares, en relación por una parte con las modalidades de la integración de estas regiones en el conjunto europeo (Hansa, Escandinavia. Prusia y Polonia) y por otra parte con las modalidades de funcionamiento de las relaciones de dominación externas (ocupación turca en Hungría, mongol en Rusia, teutona en las regiones bálticas, etc.).

7. Volvamos al modo feudal, teniendo en cuenta el conjunto. Llamaremos aquí la atención sobre tres aspectos de su historia: 1) la disgregación feudal y su significación en relación con el fenómeno específico de la Iglesia; 2) la persistencia de las relaciones mercantiles, sus orígenes y sus efectos; 3) las modalidades de la expansión de las sociedades feudales.

La disgregación feudal, por oposición a la centralización tributaria acabada, implicaba unos caracteres específicos en el plano de las relaciones entre la base económica (tributaria) y la superestructura ideológica. En todas las modalidades del modo tributario, la ideología es la instancia dominante, en el sentido de que la reproducción social actúa directamente en su nivel. No obstante, en el modo tributario acabado, esta ideología es ideología de Estado, aunque sea religiosa. La adecuación de la superestructura a las relaciones de producción es entonces perfecta. Por el contrario, en el modo feudal, la ideología, que en este caso es el catolicismo, no funciona como ideología de Estado. No es que el cristianismo en sí se opusiera a ello. Bajo el imperio romano, el cristianismo se había convertido en ideología de Estado, y lo será en Bizancio del mismo modo que luego lo será en el mundo ortodoxo ruso, es decir, precisamente en las regiones más próximas al modo acabado. Pero, en el Occidente feudal, el catolicismo se enfrenta con la disgregación de la clase tributaria y con la resistencia campesina, testimonio de la supervivencia del espíritu y de la ideología de las

sociedades comunitarias de origen. La organización independiente de la Iglesia refleja esta menor perfección en la adecuación de la superestructura a las relaciones de producción: que crea un terreno más propicio, por cuanto más flexible, para unas evoluciones y unos ajustes ulteriores a las exigencias de transformación de las relaciones de producción. Estos ajustes adoptarán un doble camino, por una parte la modificación del contenido ideológico de la religión (el protestantismo), y por otra parte la elevación de la religión al rango de ideología de Estado (bajo la forma galicana o anglicana, por ejemplo) a medida que el absolutismo real se afirme, en el período de la transición mercantilista.

8. La persistencia de las relaciones mercantiles externas e internas no permite reducir la Europa feudal a una yuxtaposición de feudos viviendo en una economía de subsistencia. El comercio de larga distancia con las áreas bizantina y árabe, durante mucho tiempo más avanzadas, y más allá, con el Asia de los Monzones y el África negra, estructuró la Europa feudal. La coexistencia de zonas con predominio rural, menos urbanizadas, y de zonas de concentración comercial y artesana ofrece testimonio de esta estructuración particular. Italia, con sus ciudades mercantiles y artesanas (Venecia, Florencia, Pisa, Génova, etc.), la Alemania del Sur y Hansa, ocupan en la cristianidad medieval unas posiciones que no se comprenderían sin estas relaciones mercantiles. Por referencia a los caracteres ulteriores de la economía mundial europea mercantilista, Wallerstein habla aquí de “mini-economías mundiales”.² En estas regiones, Italia en particular, no solo las fuerzas productivas se hallan más evolucionadas (manufacturas) sino que también el embrión de relaciones capitalistas aparece antes. Sin embargo, no serán estas regiones avanzadas las que se conviertan en los centros de desarrollo capitalista ulterior, sino las regiones medias indicadas más atrás.

9. La expansión del sistema feudal actuará, en este marco, de una manera diferente a la de los imperios tributarios acabados y alcanzará rápidamente la superación mercantilista de las formas de la organización social.

Los sistemas tributarios acabados demostraron una notable capacidad de expansión geográfica sin transformación cualitativa de su organización interna. Este tipo de expansión, cuando las condiciones geográficas y de otro tipo fueron favorables a ella, pudo durar largo tiempo, varios siglos, como en el mejor ejemplo nos muestra la historia china.

Por el contrario, la expansión homotética de la Europa feudal es breve –un siglo y medio, de 1150 a 1300.³ Esta expansión sin cambio, por roturación y colonización, entra en crisis de 1300 a 1450, enfrentándose a los rendimientos decrecientes en las técnicas de la época, imponiendo así una serie de revoluciones técnicas en la agricultura, que favorecen la flexibilidad de las relaciones de producción, las cuales se modifican: mejora o supresión del vasallaje, sustitución por la renta en dinero de la renta en especie o en trabajo, etc. Le sigue una segunda ola de expansión que ya comporta caracteres nuevos: se buscan productos alimenticios o madera por medio de la colonización de nuevas tierras, bien reconquistadas a los árabes (España y Portugal) bien en dirección a las estepas euro-asiáticas (Ucrania y Siberia) o hacia las islas del Atlántico. Pero esto no es únicamente resultado de la iniciativa de los señores cuya renta había disminuido, como consecuencia precisamente de los efectos de las transformaciones de las relaciones de producción: bajo el efecto de la lucha de clases especialmente fuerte –tal vez por el hecho de la proximidad de la comunidad primitiva–, los campesinos imponen una disminución del tributo feudal. Hay que tener en cuenta también la iniciativa de los comerciantes y los monarcas.

Así pues la expansión consolida la constitución del sistema económico del mundo mercantilista, que forma la transición al capitalismo. Ahora bien, precisamente en ese sistema, las viejas regiones avanzadas (Italia y Hansa) pierden su ventaja y su posición dominante en beneficio de los nuevos centros situados todos ellos en la Europa del Noroeste.

III. El desarrollo desigual en la transición mercantilista

10. La transformación del sistema de la Europa feudal en el de la economía europea mundial mercantilista y la transferencia concomitante de los centros del sistema de Italia y de Hansa hacia la Europa del Noroeste invitan a la reflexión sobre la naturaleza del sistema, sus caracteres y las vías de su desarrollo desigual.

Se plantean una serie de cuestiones que conciernen a la naturaleza feudal o capitalista, o de transición, del sistema mercantilista. Dos puntos de vista se oponen en este caso. La corriente mayoritaria ve en los tres siglos, 1500-1800, un período de transición durante el cual el modo capitalista se constituye progresivamente en el seno del sistema feudal. Apoyándose en algunos análisis de Marx y Engels, los historiadores de esta corriente ven en las monarquías absolutas un poder que ha llegado a situarse provisionalmente por encima de las clases, explotando en su beneficio la oposición feudales-burgueses. Una corriente minoritaria, representada principalmente por Anderson,⁴ pretende que el carácter dominante del sistema económico y político sigue siendo feudal, y que la monarquía absoluta fue una manera de reaccionar de la feudalidad amenazada por la ascensión de la burguesía. Por supuesto, la respuesta a esta cuestión no es independiente de la que concierne a la naturaleza de la lucha de clases durante el período de su articulación entre ellas (luchas campesinas y luchas burguesas) y de su relación con el desarrollo de las fuerzas productivas.

Es preciso volver a situar en este marco el debate concerniente a los roles respectivos de la desagregación de las relaciones de producción feudales y del desarrollo de la economía atlántica mercantil durante el nacimiento del capitalismo. También en este caso pueden distinguirse por lo menos tres puntos de vista. Según unos, la desagregación de las relaciones feudales como efecto de las luchas campesinas es el único responsable del nacimiento del capitalismo. Según otros, por el contrario, la mercantilización de la economía, como efecto de la afluencia de oro y plata de América, fue lo decisivo. Según otros, por último, los dos polos deben ser considerados en una relación de unidad dialéctica.

En ninguno de estos terrenos, como tampoco en otros, los hechos hablan por sí mismos. Son elegidos en función de hipótesis teóricas y son interpretados a la luz de éstas. Por lo demás, los hechos son extremadamente variados. Los estudios más serios no prueban más que una cosa: que las luchas de clase no son idénticas en Francia, en Italia o en Rusia, que el progreso de las fuerzas productivas es desigual, que los efectos de la economía atlántica se manifiestan de un modo distinto.

11. Nos vemos pues en la obligación de recurrir a una necesaria teoría de conjunto del sistema mercantilista.

Una teoría (y no simplemente una historia) del sistema mercantilista debe responder a la cuestión central, la de saber si el período mercantilista es todavía feudal, o ya capitalista, o si se trata de un período de transición, y en ese caso debe hacer aparecer de una manera explícita el movimiento de las fuerzas que actúan para hacer ineluctable la eclosión del capitalismo. Pero debe al mismo tiempo dar cuenta de las desigualdades y de las asimetrías que se desarrollan durante este período, tanto entre Europa, de un lado, y sus colonias, dependencias y asociados de ultramar, de otro lado, como en el interior de la propia Europa.

Existe hoy una abundante literatura sobre todas estas cuestiones que desearíamos que el lector tuviera presente en su espíritu, más particularmente el debate abierto por el libro de Dobb, en el que se expresaron C. Hill, P. Sweezy, Takahashi y otros, la obra reciente de Perry Anderson y los trabajos centrados en torno al sistema mundial del mercantilismo (Wallerstein, Cox, Frank, Vilar, entre otros).⁵

No se llegará a avanzar mucho en esta teoría mientras se permanezca en el nivel general de los efectos de conjunto de la explosión del comercio atlántico sobre las sociedades europeas. Ya que las reacciones a estos efectos fueron divergentes, en todos los terrenos.

Primer ejemplo, relativo a los efectos económicos en el sentido más restringido del término (precios y salarios). Ciertamente se constata por doquier una inflación que sigue a la penetración del dinero de América (debida no al aumento brutal de la cantidad de

moneda, como Bodin pensaba, sino a su coste de producción reducido, como comprendió Marx). Pero se constata también que la distorsión precios/ salarios evoluciona muy diferentemente de una región a otra de Europa, modificando la rentabilidad relativa de las actividades manufactureras, como el peso relativo real de la renta hipotecaria en dinero y los ingresos reales del pequeño campesinado mercantil y/o de los *gentlemen farmers*.

Vilar, como Wallerstein,⁶ realiza bien la historia de la transmisión progresiva de la inflación del oeste al este. Mientras que en 1500 la relación entre los precios del Mediterráneo y los de la Europa del Este es de 6 a 1, en 1750 solo es ya de 2 a 1. Pero Wallerstein señala que la distorsión precios/salarios tan pronto es favorable como desfavorable al capital naciente. En Venecia, el margen de beneficio se ve disminuido por unos salarios que se elevan demasiado rápidamente. En Francia y en España, por el contrario, los salarios reales descienden demasiado y, por ese mismo hecho, el mercado para las manufacturas llega a ser insuficiente. En Inglaterra, parece que una especie de *optimum* se hubiera conseguido por medio de una estabilidad de los salarios, que no volverán a su nivel de 1250 más que en 1850, seis siglos más tarde.

Ahora bien, el resultado de estas distorsiones es importante: modifica la división internacional del trabajo. Wallerstein hace observar que el cambio decisivo que se corporeizó en el siglo XVIII no tuvo lugar en el progreso técnico, sino en la localización de las actividades. Las viejas regiones manufactureras (Italia y Flandes) periclitán porque sus precios son demasiado elevados y porque no pueden superar la protección francesa e inglesa. Por el contrario, Inglaterra, hasta entonces exportadora de trigo y de madera, se convierte en manufacturera y exportadora de productos manufacturados.

Segundo ejemplo, en el terreno de las relaciones de producción. Las sociedades europeas reaccionan todas a la llamada del mercado. Pero de modo tan diferente que no es exacto decir que el dinero disgrega en todas partes las relaciones feudales. A veces las disgrega, pero también a veces las refuerza. En el Oeste, en

Inglaterra sobre todo, también en Francia, pero de una manera menos notable, las antiguas relaciones feudales ceden terreno, bien en provecho de un pequeño campesinado propietario (aunque permanezca todavía sumiso a unos derechos señoriales, estos han sido aliviados), bien en provecho de un sistema de arrendamiento menos desfavorable para los arrendatarios. Al Este del Elba, se sabe que la sociedad reaccionó por el contrario mediante el reforzamiento del vasallaje y el aumento de las cargas. En América, donde sin embargo la producción mercantil predomina de un modo más acentuado todavía que en Europa, en las plantaciones, las minas y las encomiendas, las relaciones esclavistas, casi-esclavistas o de casi vasallaje son las predominantes. Volvemos a encontrarnos con nuestra tesis acerca de la correlación esclavismo/relaciones mercantiles.

Tercer ejemplo, en el terreno de la evolución política e ideológica. La monetarización de la economía y sus efectos sobre la actividad y la transformación de las relaciones de producción, en el sentido que sea, tomado en conjunto, tanto puede reforzar el Estado como puede desagregarlo. Wallerstein⁷ propone, para responder a esta cuestión, una interesante tesis: en los centros (cuyo balance comercial es favorable como consecuencia del reforzamiento de su capacidad de exportación de manufacturas), la afluencia de los medios monetarios facilita a la monarquía la creación de una burocracia, que a su vez permite gravar más, mientras que en la periferia, donde la situación es inversa, la primera transferencia de dinero se encierra en un círculo vicioso opuesto que debilita al Estado. Es posible. Pero hay que tener en cuenta que Polonia se deja encerrar en ese círculo vicioso y acaba por desaparecer, en tanto que Rusia reacciona para evitarlo y refuerza su aparato de Estado. Como quiera que sea, e incluso si esta argumentación no acaba de satisfacer, por su apariencia tal vez un poco demasiado economicista y mecanicista, las otras respuestas propuestas para dar cuenta del hecho son inaceptables. Recurrir al idealismo weberiano (de la ética protestante) es, como lo recuerda Wallerstein, ilusorio: compárese Italia y Polonia, España y Hungría y se

comprenderá que el catolicismo, como el protestantismo, puede adaptarse a evoluciones muy diferentes. Y hablar aquí de nacionalismo para explicar la constitución de los Estados-nación fuertes, de regionalismo allá para dar cuenta de la ausencia de esa constitución, es pura tautología. No queda entonces más que el recurso a la historia de los acontecimientos, que se contenta con dar cuenta del encadenamiento inmediato de los hechos.

El debate concerniente al carácter feudal o capitalista del período mercantilista se estanca siempre que nos detenemos en la cuestión planteada de este modo, por lo que es posible que se trate de una falsa cuestión y que la verdadera fuera esta: cuáles son las clases en presencia, cómo se organizan las luchas y las alianzas entre ellas, cómo se articulan las luchas económicas de las clases, sus expresiones ideológicas y sus acciones en el poder político.

Se estará de acuerdo sin duda en que el período es en efecto un período de transición, en el que coexisten unas relaciones feudales y unas relaciones capitalistas. Se estará de acuerdo también sin duda en que el carácter dominante de la sociedad sigue siendo feudal en Inglaterra hasta las revoluciones del siglo XVII (Cromwell, después de 1688), en Francia hasta la de 1789, en Alemania y en Italia hasta la consecución de su unidad en el siglo XIX, etc. Entendiendo por esto que la naturaleza feudal del poder político da testimonio de este carácter dominante. Pero se corre el riesgo de caer en el formalismo si se da al corte de la revolución burguesa un sentido absoluto. Ya que la lucha de clases que opone a feudales y burgueses comienza antes y se prosigue después de este corte, no sin interferir con la organización del poder y modificar su contenido. La revolución radical de Cromwell es seguida por una restauración, luego por una segunda “revolución” (dudamos al utilizar esta palabra) suave e incompleta, proseguida pacíficamente por la ampliación electoral de 1832, etc. La revolución francesa, que culmina en 1793, es seguida por una larga restauración... 1848 es todavía semi-burguesa, semi-proletaria (pero ya en 1793 la reivindicación proletaria, embrionaria, había apuntado detrás de la revolución burguesa, como, después de Marx, lo ha recordado

Daniel Guérin),⁸ seguida de una segunda restauración. Las unificaciones alemana e italiana apenas son revoluciones, pero crean las condiciones para cambios sociales prodigiosos. La abolición del vasallaje en 1861 en Rusia, ¿es un corte burgués? ¿O lo es febrero de 1917? La historia nos ha enseñado por otra parte que la revolución socialista no es diferente: la lucha de clases se prosigue después de ella, pero al mismo tiempo crea un punto de no retorno en el cambio social...

No basta pues con constatar la reacción feudal para caracterizar el poder absolutista occidental como feudal. Porque, simultáneamente, se constata también el desarrollo de un campesinado libre, el inicio de diferenciación de clases capitalistas en el seno de este campesinado (“Labradores” y “braceros”, pequeños propietarios –*yeomen*– y obreros agrícolas) la expansión de la manufactura, la diferenciación en el seno de un artesanado que se libera de las obligaciones de la corporación, etc.

12. ¿Se aceptarán entonces las cinco tesis siguientes relativas a la transición al capitalismo central?

a) Cada modo de producción se caracteriza por sus contradicciones y por las leyes de su movimiento específico. El modo feudal, en tanto que especie de la gran familia del modo tributario, se caracteriza por la misma contradicción fundamental (campesinos productores/clase tributaria explotadora) que todas las restantes especies del modo tributario. Pero no existen leyes para la transición. Cada transición expresa el progreso de una necesidad histórica –superar unas relaciones de producción antiguas para permitir un desarrollo latente y maduro de las fuerzas productivas sobre la base de nuevas relaciones– a través de una articulación concreta de numerosas contradicciones específicas de una formación social (y no de un modo de producción). No existen leyes para la transición al capitalismo central ni al capitalismo periférico ni al socialismo. Existen situaciones concretas.

b) El modo feudal, en tanto que especie inacabada, primitiva, periférica del modo tributario (que existe en su forma acabada en otros lugares: China, Egipto...), se ve animado por una tendencia

profunda que le es inmanente: tiende hacia el perfeccionamiento de la forma tributaria. En este sentido, el movimiento que va de la disgregación feudal del Medievo al absolutismo real mercantilista no es fruto del azar. El carácter primitivo del modo feudal resulta de la combinación entre la desagregación del imperio romano, en vía de evolución hacia una forma tributaria, y la aceleración de la transformación de los modos comunitarios de los Bárbaros. Perry Anderson⁹ ha ilustrado perfectamente este punto. La mayor flexibilidad que resulta de este carácter inacabado del modo feudal lleva consigo el inicio más rápido de su superación por la eclosión precoz en su seno de los embriones del modo capitalista.

c) Los grupos de clases en presencia durante el período mercantilista son por esa razón tres: los campesinos, los feudales y los burgueses. Las luchas de clases, triangulares, implican unos bloques móviles de dos grupos contra uno. La lucha de los campesinos contra los feudales conduce a la diferenciación en el seno del campesinado y al desarrollo del pequeño capitalismo agrario y/o a la adaptación de la feudalidad a un capitalismo agrario de grandes propietarios –la Fisiocracia es un testimonio de ello. La lucha de los burgueses urbanos (comerciantes) contra los feudales se articula sobre la precedente y da nacimiento a las manufacturas, al sistema del *putting out*, etc. La burguesía tiende a escindirse en una fracción superior, que busca el compromiso (protecciones reales de las manufacturas y de las compañías comerciales, ennoblecimiento y recuperación por su cuenta de los derechos señoriales, etc.) y una fracción inferior que se ve obligada a radicalizarse.

d) La tendencia a la evolución del desmembramiento feudal en el poder absolutista actúa sobre este fondo de luchas. Según las fuerzas relativas de cada grupo (y subgrupo), esta evolución se acelera o aborta, adquiere una forma y contenido (apoyo de una clase principal) u otra distinta. El poder adquiere por este hecho una cierta autonomía sobre la que Marx y Engels llamaron la atención. Así pues hay una cierta ambigüedad, apoyo móvil de los unos a los otros. Si la constitución de Estados centralizados (llamados por

algunos, con excesiva simplicidad feudales) no bloquea la evolución hacia el capitalismo, sino que por el contrario la acelera, es precisamente porque la lucha de clases se agudiza en su seno. Nuestra tesis, aquí, es que cuando el modo tributario adquiere en Europa su forma acabada (con las monarquías absolutas) ya es demasiado tarde; las contradicciones de nueva clase (capitalismo agrario y capitalismo manufacturero) se hallan ya demasiado avanzadas como para frenar de una manera significativa su desarrollo. En relación con estas combinaciones en cada momento específico es preciso analizar: a) el movimiento de la división internacional del trabajo (entre las regiones de la Europa mercantilista y entre algunas de ellas y las periferias de ultramar que crean); y b) el contenido de las grandes corrientes ideológicas (Reforma, Renacimiento, filosofía de las Luces...) que son en diferentes grados combinaciones de una componente “gran burguesía-pequeña burguesía” (agraria y/o artesanal), campesina e incluso a veces, embrionariamente “proletaria” (allí donde nace la burguesía, nace también el proletariado).

e) Al término del período emerge un mundo caracterizado por el resultado de un desarrollo desigual de tipo nuevo, diferente de los resultados del desarrollo desigual en épocas precedentes (tributaria, feudal): el desarrollo desigual del período mercantilista. En 1800, hay por un lado unos centros capitalistas y por otro unas periferias, formadas fundamentalmente por la emergencia de los primeros; pero algunos de estos centros capitalistas están ya acabados (Inglaterra, en menor grado Francia) y otros no lo están; por lo que habrá que seguir la historia ulterior de estos últimos.

13. Con este utillaje teórico, nos es posible ahora reunir de un modo coherente las evoluciones divergentes de la Europa mercantilista.

Volvamos a Wallerstein, a Cox, a Frank¹⁰ que han hecho avanzar el análisis sobre esta base, la de la distinción entre centros y periferias. Subrayando los efectos de estas relaciones centros/periferias sobre la dinámica de los centros, han aportado una contribución decisiva a una historia hasta entonces ampliamente mutilada por el eurocentrismo. Perry Anderson ignora

desafortunadamente casi por completo esta problemática, lo que reduce el alcance de su trabajo.

La distinción que Wallerstein propone, fundada en el carácter introvertido o extrovertido del desarrollo económico de los centros y de las periferias desde el periodo mercantilista, preludio de la construcción ulterior del sistema capitalista acabado y del imperialismo contemporáneo, presenta una notable fuerza sintética. Desde luego, este carácter introvertido o extravertido es un resultado: el de la combinación de las luchas de clases del período en las diferentes regiones del sistema.

Inglaterra es el modelo por excelencia de centro mercantilista. Wallerstein hace observar que esta nación no es únicamente comerciante, sino manufacturera y comerciante, que controla severamente sus importaciones para reforzar su desarrollo autocentrado, que no es autárquica, sino por el contrario conquistadora. Llama la atención acerca de que la verdadera religión de este Estado absolutista no es el protestantismo, sino el nacionalismo, como lo demuestra el anglicanismo.

Francia presenta un modelo análogo (incluso en el plano de la ideología religiosa: el galicanismo), atenuado solo por las atracciones exteriores divergentes que sufre (París y el Norte son atraídas por Amberes, el Oeste por el Nuevo Mundo, el Midi por el Mediterráneo), las cuales transfieren al plano interno las luchas exteriores: alianzas de los hugonotes y de los católicos con fuerzas extranjeras, Inglaterra y España, que el rey supera tras largas luchas; tentativa de Francisco I de oponerse a Carlos V en su proyecto similar de constitución de un imperio continental y batallas inútiles libradas en Italia y Flandes...

En este estadio, las otras regiones de Europa fracasan sin llegar a convertirse en centros mercantilistas acabados.

Las regiones anteriormente más avanzadas (Italia y Flandes) entran en decadencia. En el caso de las ciudades italianas, no a causa de que su comercio hubiera disminuido con la constitución del imperio otomano (por el contrario, esta constitución ocasiona una nueva expansión del comercio Oeste-Este), sino precisamente porque se hallan más avanzadas (ya hemos visto los efectos de

este avance sobre la dinámica precios/salarios/beneficios). En la misma situación se encuentra Flandes, sustituido por Holanda, la cual sigue siendo marítima y comerciante y el papel de Amsterdam se ve completamente suspendido del equilibrio Inglaterra-España: los holandeses no conservan su puesto, por cuanto Inglaterra no tiene todavía el control de los mares y porque España, que teme que Inglaterra le robe, teme menos a Holanda. Por esta razón, la llamada holandesa, de corta duración, seguida de estancamiento y retroceso, no volverá a prender hasta el despertar industrial tardío, fundado esencialmente en el pillaje colonial.

España y Portugal, que habían sido los primeros en tomar la iniciativa de crearse una periferia, pagarán este avance con el retraso ulterior que les ocasionará: se contentarán con los beneficios del monopolio del pillaje de América, al que se entregarán para pagar las crecientes importaciones de manufacturas de procedencia inglesa y francesa, orientándose de este modo hacia una economía extravertida y dependiente, cuyo parasitismo y real pobreza aparecerán bruscamente cuando pierdan el control de América, al mismo tiempo que contribuyen a reforzar la autonomía introvertida y agresiva de los centros inglés y francés.

Rusia reaccionará a la amenaza de periferización creándose su propia periferia en Asia y reforzando su Estado. Cuando en el siglo XIX se integre en el sistema mundial como exportadora de trigo e importadora de productos manufacturados, evitará la suerte de las semi-colonias gracias a la potencia de este Estado, que intervendrá activamente para favorecer una industrialización autónoma del país. Lo mismo ocurrirá con Prusia. Por el contrario, Polonia será rápidamente periferizada por sus exportaciones de trigo, el saldo de las cuales será el debilitamiento y posterior desaparición de su Estado. Suecia, que tratará primero de encontrar por medio de vanas conquistas exteriores una compensación a la debilidad de su agricultura y a la poderosa resistencia de sus comunidades campesinas a la sangría feudal, evitará con acierto la suerte de Polonia. Replegada sobre ella misma, se integrará muy tardíamente en el sistema mundial, pero lo hará como centro industrial autónomo de vanguardia.

De este modo, a lo largo del período mercantilista, se constituye la división del mundo capitalista en centros de vocación industrial (por el avance de sus manufacturas y la floración del pequeño capitalismo rural y artesano) que satisfacen con sus propios medios sus necesidades en todos los terrenos (en esto son autocentrados), adquiriendo por este hecho una capacidad de agresión exterior decisiva, y periferias que se han formado precisamente como economías incompletas extravertidas, complementarias de las de los centros, proveedoras de trigo, azúcar o de metales preciosos. Este trigo, este azúcar o estos metales preciosos se producen en el marco de modos de producción precapitalistas por su forma (vasallaje o esclavismo), pero son nuevos en el sentido de que han sido establecidos directamente por o para las metrópolis, porque permiten una sobreexplotación de la fuerza de trabajo en beneficio de estas metrópolis.

Pero, al término de este período, grandes regiones del mundo no entran todavía en la clasificación centro/periferia. Existen países europeos destacados que no son periféricos, es decir, que no se conformaron como tales, sino que se hallan más bien bloqueados, retrasados, a los que se les ofrece todavía la posibilidad de evolucionar en un sentido o en otro. Es el caso de España, de Portugal, de Italia, de Alemania, de Austria, de Hungría y de Rusia. Polonia desaparece en su beneficio. Todos estos países emergerán como centros autónomos en el siglo XIX. Existen también los centros de relevo del sistema centro/periferia que emergerán también como centros autónomos: Nueva-Inglaterra, que se apoderará de casi toda la América inglesa. Existen regiones todavía exteriores, para emplear la terminología de Wallerstein: Japón, el imperio otomano, China. Estas intervienen mucho en el comercio mundial mercantilista, pero conservan su total autonomía, exportan e importan –con parsimonia, bajo su absoluto control– lo que a su clase dirigente le conviene intercambiar, en general productos raros. En el Océano Indico, los portugueses son una potencia naval, pero como comerciantes tienen que tratar con las clases dirigentes locales, y por esta razón el comercio del Océano Indico no permite, como el del Atlántico, acelerar la acumulación en el centro. Existen

también la India e Indonesia, a medio conquistar militarmente, pero todavía no readaptadas como periferia. Lo serán en el momento de la revolución industrial, cuando las manufacturas y el artesanado indio sean sistemáticamente destruidos por los ingleses y sean establecidas plantaciones semi-esclavistas en las Indias neerlandesas. Hay que tener en cuenta por fin al África negra, que es autónoma en apariencia, pero que ha sido ya a lo largo del período mercantilista periferizada como proveedora de esclavos para la periferia americana.

IV. El desarrollo desigual en la revolución burguesa

14. El desarrollo desigual en el interior de la Europa mercantilista resulta de las combinaciones de las luchas de clase particulares de cada formación. Hemos emprendido ya el análisis de estas combinaciones en las secciones precedentes, tratando de las diversas vías de la emergencia del capitalismo, de las modalidades de la crisis del feudalismo y de la naturaleza y modalidades de la transición mercantilista.

Los trabajos concernientes al componente campesino¹¹ de estas luchas nos inspiraron las cuatro tesis que vamos ahora a desarrollar.

15. *Primera tesis:* la lucha que opone a los campesinos explotados a la clase tributaria (feudal) que los explota constituye el componente decisivo de la combinación de las luchas que aseguran el paso al capitalismo. Allí donde esta lucha se hizo más difícil por el carácter acabado del modo tributario, la burguesía (urbana) carece del aliado esencial que le permite obligar al poder a contemporizar con ella, viéndose retrasado por este hecho el paso al capitalismo. Lo contrario es cierto para las sociedades feudales, es decir, tributarias inacabadas (Europa y Japón); en eso consiste la expresión del desarrollo desigual de los sistemas. Evidentemente, cuando la burguesía es demasiado débil, las luchas campesinas fracasan, pues por sí solas no podrían producir el capitalismo. Es el caso de la guerra de los campesinos en Alemania, mientras que las luchas campesinas en Inglaterra y Francia abren el camino al desarrollo capitalista.

La lucha campesinos/clase tributaria es ciertamente una característica de todas las sociedades de clase precapitalistas. Es también la contradicción fundamental, como hoy lo es, en todo el sistema capitalista, la contradicción proletariado /burguesía. La revuelta campesina es, a los sistemas precapitalistas de clases, lo que la huelga es al sistema capitalista.

Pero, del mismo modo que la acuidad y la radicalización de las luchas proletarias varían en extremo según las condiciones de un país y de un período a otro, con las luchas campesinas anti-tributarias ocurre lo mismo. El marco objetivo (¿tal vez determinante?) que favorece o desfavorece esta acuidad invita a remontarse hasta los orígenes de la constitución de la sociedad tributaria. Las modalidades del paso al feudalismo en las regiones en las que la comunidad primitiva se halla todavía próxima constituyeron tal vez el elemento favorable decisivo, pues la desposesión de estas comunidades por la clase feudal se halla todavía presente en el recuerdo, e incluso a veces todavía en curso, cuando ya se está desarrollando la nueva lucha contra la feudalidad instalada.

No obstante, este marco general no podría ser considerado como determinante de una manera absoluta y mecanicista. Circunstancias diversas se mezclan, acentuando o reduciendo su alcance potencial. Entre estas circunstancias hay que señalar la amplitud de las relaciones exteriores comerciales: el comercio de larga distancia. En este sentido, resulta poco dudoso que la mercantilización de la economía atlántica (principalmente el paso a la renta en dinero y el atractivo de nuevos consumos que la clase feudal debe comprar) avivó la lucha de clases fundamental en Europa. Luchas campesinas y luchas burguesas se articulan entre sí para reforzarse mutuamente en una espiral aceleradora de la historia. El progreso del comercio da un aliado a los campesinos y al mismo tiempo una salida a su producción comercial autónoma cuando arrancan concesiones a los feudales. Este desarrollo del pequeño capitalismo agrario libera mano de obra que refuerza la posibilidad de un desarrollo manufacturero y comercial urbano, etc. Inversamente, la debilidad de alguno de los dos componentes campesino y urbano

introduce una espiral inversa que retarda el movimiento necesario de la historia.

Otras circunstancias intervienen también, entremezcladas con las primeras. La expansión externa del modo tributario constituye una salida que atenúa las luchas campesinas (puede establecerse la analogía con los efectos de la expansión imperialista sobre las luchas de clases proletarias). Esta expansión puede tomar la forma de colonización de tierras “vacías” (portugueses, españoles, ingleses en América, rusos en Siberia y en Ucrania...: analogía con los efectos de la emigración del proletariado inglés a América del Norte y Australasia). Pero puede tomar también la forma de colonización de pueblos extranjeros (germanización de tierras eslavas, etc., y actuar, en ese caso, como luchas nacionales que ocultan su contenido de clase.

El juego político de las clases frente al poder, y el contenido de las ideologías por medio de las cuales se expresan, adquieren, por todas estas razones combinadas, una cierta autonomía. De un modo general, las grandes corrientes ideológicas que acompañan el paso al capitalismo son ambiguas: contienen un componente campesino y un componente burgués (por ejemplo en el protestantismo).¹² El hecho de que el componente campesino alcance raramente su independencia completa (en este caso, únicamente bajo la forma religiosa de milenarismo “comunista”) testimonia la necesidad histórica de un desarrollo ulterior de las fuerzas productivas que hace todavía imposible la sociedad sin clases.

16. *Segunda tesis*: cuanto más aguda y radical sea la lucha campesina, más revolucionario será el proceso de derrocamiento del Estado feudal y más puro será el carácter del Estado burgués que le suceda (se trata casi de una tautología). ¿Se puede concluir que más rápido será el proceso de acumulación del capital que le siga? Esta tesis es discutida.

Marx distingue, como se sabe, la vía revolucionaria del paso al capitalismo de la vía “prusiana” (podríamos decir: reformista). En la primera, los campesinos se liberan de la tutela feudal, estableciendo

una economía “de pequeña producción mercantil simple” de campesinos libres entre los cuales opera una diferenciación de la que sale un capitalismo agrario difuso. Del mismo modo, del artesanado liberado de las cargas corporativistas nacen pequeñas empresas industriales dinámicas. “El productor se hace comerciante”. A la inversa ocurre cuando el capitalista comerciante se hace comerciante-empresario manufacturero, luego industrial (*putting out*), y/o cuando el señor feudal se hace latifundista comerciante. El segundo proceso no resulta, así pues, de una necesidad interna, sino de efectos provocados desde el exterior por la inserción en el sistema mercantilista y capitalista (pero premonopolista). “Revolución desde arriba”. ¿O mejor aún reforma en lugar de revolución, ya que ese concepto exige la intervención victoriosa de fuerzas sociales desde abajo?

La revolución francesa es el modelo de la revolución burguesa radical. Tal como analiza Albert Soboul,¹³ el bloque de los campesinos libres y de los pequeños productores artesanos se opuso en ella al de la oligarquía de los grandes propietarios feudales y de la alta burguesía comercial y financiera. Aunque más tarde el Imperio y luego la Restauración impusieron un compromiso que salvaguardaba los intereses de la alta burguesía y de la gran propiedad capitalista salida de los anteriores feudales, la abolición de los derechos señoriales sin contrapartida y las ventas de los bienes nacionales, sobre las cuales la reacción ulterior no pudo actuar, reforzaron las posiciones del pequeño campesinado y, en el seno de éste, de su capa “kulak”. Según una tesis muy difundida, y reproducida por Eric Hobsbawm,¹⁴ el peso de este pequeño campesinado retardó el desarrollo ulterior del capitalismo en Francia.

La revolución inglesa fue en efecto menos radical. En este país, en el que el pequeño campesinado libre y la capa rica de éste, los *yeomen*, eran más antiguos y habían sido la punta de lanza de la revolución de Cromwell (teniendo tras ellos a los niveladores, cuya ideología revolucionaria testimonia un radicalismo sin parangón en aquella época), la reacción consiguió imponer un compromiso más

favorable que en Francia para la alta burguesía y para la gran propiedad aristocrática, que se decidió por la vía de la revolución agrícola, de la modernización capitalista, sobre un modelo vecino al de los *Junkers* prusianos y de los grandes propietarios rusos, polacos y húngaros. La revolución de 1688 nos ofrece el testimonio de la naturaleza de este compromiso sobre el que Inglaterra vivió hasta la abolición de las *Corn laws* a mediados del siglo XIX, liquidando las posiciones del capitalismo agrario en beneficio exclusivo de la industria.

La interpretación de los diferentes ritmos del desarrollo industrial ulterior (rápido en Inglaterra, lento en Francia) que proponemos es diferente de la de las dos tesis que se enfrentan.

En Francia, el factor que retarda la industria no es la existencia en sí de una pequeña propiedad campesina vivaz, pues ésta podría haberse desagregado por medio de un proceso interno de diferenciación. Lo que impone a la burguesía la alianza campesina es la fuerza del proletariado. El proletariado francés tiene esta fuerza no en razón de su número (que por la naturaleza de las cosas, es proporcional a la industria), sino por los antecedentes radicales de la revolución. Ahora bien, la alianza campesina trae consigo un coste: el proteccionismo agrícola, que frena la diferenciación interna del campesinado y limita doblemente la expansión de la industria, al ralentizar el éxodo rural y limitar los medios de la acumulación industrial.

En Inglaterra este obstáculo fue superado antes. La diferenciación en el seno del campesinado se acelera antes de la revolución industrial, en correlación con la modernización de la gran propiedad. La revolución industrial dispondrá por este hecho de un proletariado más numeroso que en ninguna otra parte. Este proletariado estuvo a punto de radicalizarse después de la revolución industrial, en los tiempos del cartismo. Tal vez la válvula de la emigración masiva fuera una de las razones del aborto de esta tentativa. Lo cierto es que, para hacer frente al proletariado, la burguesía no puede recurrir a la alianza campesina interna. Así que recurre a una alianza campesina externa: con los granjeros americanos, sacrificando las grandes propiedades inglesas, a pesar de ser modernas.

Posteriormente tiene lugar el pillaje de la India y el bandidaje inglés en Irlanda, con sus efectos ideológicos deplorables.

La tercera vía, por otra parte, la vía americana señalada por Lenin, fue la de una industrialización igualmente muy rápida. Aquí, el pequeño campesinado no había salido de una revolución antifeudal. Nuestra tesis es que Nueva Inglaterra fue un subproducto del mercantilismo inglés, caracterizado de una manera excepcional por la extensión del modo de producción mercantil simple en la formación social. Que este modo contiene en germen un desarrollo capitalista rápido, conforme a la tesis de Dobb¹⁵, lo demuestra el caso de Estados Unidos todavía mejor que el de Inglaterra o el de Francia. Este desarrollo fue servido, ciertamente, por otras condiciones excepcionales: la extensión y la riqueza del país, la afluencia de la inmigración, el excedente de la colonia esclavista interna.

No decimos que la vía prusiana frene necesariamente la industrialización ulterior. La importancia de los medios de acumulación obtenidos por la sobreexplotación de los campesinos, si no son absorbidos por una renta demasiado elevada –y el Estado alemán unitario vigila para que ocurra de este modo– acelera la industrialización. Aquí aparece de forma decisiva la manera en que la economía emergente nueva se inserta en el circuito mundial. Si la clase dirigente se constituye como exportadora de productos agrícolas, introduce al país en un proceso de dependencia y de intercambio desigual en detrimento de la acumulación interna. Pero si se constituye como exportadora industrial, financiando su industria por medio del excedente agrario, la vía prusiana puede revelarse como muy eficaz. El primer caso es el de Hungría y el de Rumanía, por ejemplo; el segundo el de Alemania, Japón e Italia. El caso de Rusia se sitúa entre los dos.

Así pues, la velocidad de la industrialización es ligeramente independiente de la naturaleza de la vía, revolucionaria o reformista, adoptada por la revolución burguesa. Depende principalmente de la lucha de clases y de las alianzas burguesas conseguidas con posterioridad a la revolución burguesa. Frecuentemente, un

proletariado fuerte retarda la acumulación. Por el contrario, después de una derrota seria del proletariado, la acumulación puede acelerarse. Un buen ejemplo de esto es el crecimiento económico de Alemania tras la segunda guerra mundial. Vencido en 1933, sin haber reaparecido en la escena política en 1945, el proletariado alemán sufrió condiciones de trabajo muy duras: así, todavía en 1965, los costes salariales de la industria alemana representan el 55% del de los Estados Unidos, contra el 74% en Francia. Pero el rápido crecimiento a que dio lugar entre 1950 y 1970, permitió recuperar el retraso salarial. En 1974, los mismos porcentajes son del 90% y del 83% es decir, que la relación Alemania-Francia se ha invertido,¹⁶ de la misma manera que el excedente de la balanza exterior que la acompaña acentúa sus efectos, por revaluación del marco y devaluación del franco, en un marco político de socialdemocracia de derechas perfectamente domesticada por el capital. Se trata únicamente de un paralelo, de una analogía. Diferentes salidas son posibles para una coyuntura de resistencia eficaz de los explotados: una situación de altos salarios puede engendrar el estancamiento, o por el contrario inducir un progreso técnico intensivo. Pero este paralelo es instructivo en la medida que revela cómo el campesinado francés, fuerte en su alianza con la burguesía, es responsable de la lentitud de la acumulación.

17. *Tercera tesis*: En las revoluciones burguesas radicales, el componente campesino radical va mucho más allá de las reivindicaciones capitalistas. Pone en cuestión la sociedad de clase en tanto que tal. Albert Soboul¹⁷ observa que los campesinos pobres no quieren la repartición de las tierras comunales que reclaman los ricos. Así pues, las comunales serán mantenidas en amplias regiones de Francia y solo desaparecerán lenta y progresivamente durante el siglo XIX, cuando los campesinos ricos alcancen los medios de obtenerlas para su beneficio concertando contratos de tasación con las municipalidades que controlan.

Esta resistencia de los campesinos pobres a las exigencias objetivas del desarrollo capitalista, ¿no se encuentran también en

otras partes? Pensemos por ejemplo en el norte del Portugal contemporáneo.

¿Ha de ser considerada esta resistencia como reaccionaria por el hecho de que sea un handicap para el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas? Eso sería adoptar el punto de vista de clase de la burguesía. Ya que, de la misma manera, lo hemos visto, la resistencia proletaria frena el crecimiento capitalista. Por el contrario, como hace Rey¹⁸ es preciso subrayar el carácter progresista de esta resistencia, que inicia la de la clase sobre cuyas espaldas se realizará el progreso capitalista de las fuerzas productivas: el proletariado. Daniel Guérin,¹⁹ al insistir sobre la dimensión proletaria embrionaria en las luchas que los braceros y los campesinos pobres llevaron a cabo, se atrajo una crítica violenta, que nos parece muy socialdemócrata por su inspiración. Ya que la lucha de los campesinos pobres no es sino una lucha contra la sociedad de clases en sí.

18. *Cuarta tesis*: Radicales o no, las luchas campesinas en la transición al capitalismo central, es decir, *antes* de la época imperialista, sirvieron finalmente siempre a la burguesía y no al campesinado. Según sus modalidades, favorecieron a una u otra sección de la burguesía: la pequeña burguesía agraria de kulaks salida de la diferenciación campesina, o la gran propiedad rural capitalista, integrada en el mercado y modernizada en sus técnicas, es decir, a la gran burguesía agraria, o a la burguesía industrial propiamente dicha. Pero no llegaron nunca a alcanzar el objetivo del ala radical del movimiento campesino, el de los campesinos pobres: el de una sociedad campesina sin clases, igualitaria y comunitaria.

Este fracaso es el testimonio de un hecho decisivo, el desarrollo potencial de las fuerzas productivas exigía todavía unas relaciones de producción de una sociedad ciertamente nueva, pero que seguía siendo una sociedad de clase, la sociedad capitalista. Expresa la necesidad en la historia.

Sin embargo, hoy, en el marco del sistema imperialista, el mismo modo capitalista no es ya capaz de dar al desarrollo de las fuerzas productivas su completa expansión potencial en la periferia del

sistema, como consecuencia de los efectos de dominación, de sobreexplotación y de distorsión del desarrollo del capitalismo. Por este hecho, las luchas campesinas radicales no aparecen ya objetivamente como parte de la revolución burguesa, sino por el contrario como parte de la revolución socialista. El campesinado pobre que se opone a la explotación de clase tiene, esta vez, el aliado que no tenía en Francia en 1793: un proletariado verdadero.

Sin duda, los países de la perifería contemporánea no son todos eslabones débiles del sistema imperialista, y sin duda tampoco son necesariamente los únicos en serlo. La Europa del sur constituye tal vez un eslabón débil en el centro del sistema contemporáneo. Si es así, no lo es ciertamente por las razones invocadas más arriba, que solo conciernen a la periferia: en el centro, en efecto, el campesinado se halla en vías de desaparición y, por este hecho, no podría ya constituir la reserva revolucionaria principal.

V. Resumen de las conclusiones

19. El contraste entre la economía mundial europea que se constituye a lo largo de la transición mercantilista y la expansión de los imperios tributarios anteriores acusa la singularidad de la transición al capitalismo y obliga por ello a reflexionar sobre las cuestiones fundamentales del materialismo histórico.

La expansión geográfica de las otras sociedades avanzadas no había revestido nunca esta forma. El Estado tributario centralizado chino integra las regiones meridionales nuevamente colonizadas como provincias ordinarias, sometidas al mismo sistema de extracción de un tributo centralizado arrancado por una burocracia de prebendados. Por el contrario, la expansión europea crea por primera vez una verdadera periferia sobre la base de una especialización desigual de la producción. En tanto que el imperio es una unidad política, el sistema mundial europeo es económico, es decir, que los vínculos que ligan a las diferentes partes son económicos y no necesariamente o principalmente políticos. No se trata de una coincidencia fortuita, sino que por el contrario se origina en una serie de puntos esenciales concernientes al funcionamiento

de las relaciones entre la base y la superestructura en los diferentes modos de producción.

Hemos desarrollado esta tesis al afirmar que el modo tributario era la forma más general de la sociedad de clases precapitalista, que el esclavismo era excepcional y, como el modo mercantil simple, marginal, que el feudalismo era una forma periférica del modo tributario que, precisamente por esta razón, por ser la forma más precoz, todavía marcada por los caracteres de la sociedad comunitaria de origen, estaba destinado a superarse a sí mismo más fácilmente, asegurándole a Europa su destino excepcional.

El modo tributario define a la vez unas relaciones de dominación (clase-Estado gobernante y campesinos gobernados) y unas relaciones de explotación (extorsión de un excedente bajo forma de tributo). La transparencia de las relaciones de explotación implica el papel dominante de las relaciones de dominación, es decir, de la instancia política ideologizada. Un modo semejante, en su forma acabada, es de una gran estabilidad. Así pues, puede absorber un progreso de las fuerzas productivas sin cuestionar las relaciones de producción (conjunto de las relaciones de dominación y de explotación), lo que nos recuerda que la tesis de la determinación mecánica de las relaciones de producción por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas no es una tesis marxista, sino economicista vulgar. En efecto, el tipo de progreso de las fuerzas productivas no es indiferente, neutro, sino determinado por las relaciones de producción. La tecnología no es el *primus movens* autónomo, segregado por el progreso del espíritu humano; versión laica de Dios en la filosofía de las Luces. Esta tecnología se ve orientada por las exigencias de las relaciones de producción. En este caso, por ejemplo, el modo tributario acabado, en Egipto y en China, será capaz de orientar el progreso de las fuerzas productivas hacia la mejora considerable de las técnicas de riego, de construcción (financiadas por el progreso agrícola) y de comunicación (carreteras, correos, etc.), reforzando de esta manera el modo tributario.

El esclavismo no define un modo de producción; este concepto proviene en efecto de la instancia política; es decir, define un tipo de

dominación, como la dependencia personal, el vasallaje o el derecho burgués definen otros estatutos de personas que constituyen el marco de las relaciones de dominación. La existencia de esclavitudes no implica pues necesariamente la de un modo esclavista, el cual supone una relación de explotación de los esclavos. Ahora bien, esta relación no aparece más que excepcionalmente, en general cuando los esclavos producen por cuenta de sus amos un producto comercial. El modo esclavista se halla entonces asociado a otro modo de producción dominante: bien sea un modo comunitario (de linaje), un modo tributario (Antigüedad clásica) o el modo capitalista (Estados Unidos en el siglo XIX).

Si el modo tributario, como los modos comunitarios, excluyen en principio las relaciones mercantiles, éstas aparecen en los intersticios de la sociedades no mercantiles como modo asociado dominado, o más frecuentemente, en las relaciones externas de las comunidades o de los imperios tributarios (comercio lejano). Y precisamente en las situaciones, siempre excepcionales, en las que las relaciones mercantiles predominan, al menos sectorialmente, es en donde el modo esclavista se desarrolla.

Estas precisiones conceptuales nos permitirán comprender mejor la naturaleza de la sociedad europea feudal, las razones de las formas particulares de su expansión, así como la génesis del capitalismo. La Europa feudal no es un imperio, porque el modo feudal es una forma periférica, no acabada, del modo tributario. El desmembramiento de la potencia estatal y la no centralización del excedente encuentran su origen lejano en la naturaleza de la superación del imperio romano por unos bárbaros que apenas han salido de los modos comunitarios. Las formas primitivas del modo tributario son así pues más flexibles que sus formas acabadas, siendo por ello de la Europa atrasada de donde saldrá la superación capitalista del modo tributario, y no del Oriente avanzado. Esta expresión del desarrollo desigual desmiente la tesis del desarrollo lineal continuo de las fuerzas productivas y de la determinación por ellas de modos de producción sucesivos.

Si, entre 1150 y 1300, la expansión geográfica del modo feudal pudo llevarse a cabo sin problemas gracias a la abundancia de

tierras vírgenes (fenómenos análogos se observan en África), la contracción entre 1300 y 1450 (la expansión demográfica se enfrenta a los rendimientos decrecientes en el nivel de las técnicas de entonces), reduce la renta feudal y conduce a la crisis. La tentativa por parte de los señores de encontrar nuevas tierras condujeron a la enorme expansión ibérica hacia América y la rusa hacia Siberia. Paralelamente, serán introducidas formas extremadamente violentas de explotación del trabajo: una vez más aparecerá el esclavismo (en América), contrariamente a la tesis mecanicista que querría ver en ello un modo de producción más atrasado que el feudalismo, mientras que el vasallaje volverá a aparecer en Europa oriental, siempre en conjunción con el nacimiento del capitalismo.

Las tentativas de constitución de un imperio europeo tenían no obstante que fracasar, siempre por la razón fundamental de las resistencias feudales, herencia de las viejas libertades de las comunidades, infinitamente menos sumisas, que están en las formas más avanzadas del modo tributario (China, Egipto), una vez más contrariamente a los prejuicios del modo asiático. Este fracaso conducirá a la solución capitalista del problema: la yuxtaposición de Estados nacionales absolutos centrales, de ciudades libres y de provincias autónomas, así como a la construcción de la periferia (americana) del sistema económico europeo, preludio del desarrollo capitalista desigual de los tiempos modernos.

La segunda oposición que se dibuja –entre el centro y la periferia del sistema– es también esencial. Por ser el sistema económico, las nuevas separaciones se dibujan en el plano de la economía; la economía de los centros es autocentrada, la de las periferias extravertida y confinada por la división desigual del trabajo menos remunerado. Las raíces lejanas del intercambio desigual se remontan a estos primeros siglos del capitalismo.

20. La naturaleza del desarrollo desigual en las etapas anteriores a la configuración definitiva del sistema capitalista, principalmente en la transición al feudalismo, en la expansión feudal, en la transición mercantilista y por fin en la revolución burguesa, es diferente de la del desarrollo desigual que hoy conocemos, en la época imperialista

del capitalismo. De la universalidad del hecho del desarrollo desigual, no se pueden deducir algunas leyes simples en virtud de las cuales la historia no sería sino una eterna repetición. Centro y periferia, acabado e inacabado son conceptos que no tienen idénticos contenidos, situados en los mismos planos, en un período o en otro. No existe pues una periodización general de la historia universal posible, para las épocas anteriores al imperialismo. La periodización específica en la historia europea que hemos vuelto a trazar hace un momento hace aparecer únicamente la manera en que el capitalismo se ha abierto camino en el conjunto de Europa, en formas diferentes y desiguales. En esta historia, el eje central del análisis lo constituyen las luchas de clases entre los tres componentes de la sociedad –feudales. campesinos y burgueses– y la articulación de estas luchas con la evolución del Estado.

21. La cuestión nacional emerge progresivamente, durante este desarrollo desigual, de la transición capitalista y de la revolución burguesa.

Las únicas naciones en el sentido moderno del término que van a aparecer, durante este proceso, en los centros en los que la conformación definitiva será coronada por la revolución burguesa, son Inglaterra y Francia. Para todos los demás países de Europa, la cuestión nacional no se ha regulado todavía en los albores del siglo XIX. Lo irá siendo progresivamente a través del proceso de desarrollo desigual particular que es el objeto del capítulo siguiente.

1. Véase cap. 111, nota 23.

2. Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973.

3. Véase Georges Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval* Flammarion, 1977. Georges Duby, *Guerriers et Paysans*, Gallimard, 1973. P. Dockes y B. Rosier, "Questions aux historiens", *Cahiers* n° 11, Analyse, Epistémologie, Histoire, Universidad de Lyon. Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973.

4. Perry Anderson, *Passages de l'antiquité au féodalisme*, Maspero, 1977.

5. Maurice Dobb, *Etudes sur le développement du capitalisme*, Maspero, 1969 (trad. cast. Siglo XXI, Madrid); M. Dobb y P. Sweezy, *Du féodalisme au capitalisme: problemes de la transition*; Maspero, 1977; Perry Anderson, *Passages de l'antiquité au féodalisme*, Maspero, 1977; Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973; Oliver Cox, *Capitalisme as a system*, New York, 1964.

6. Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973.

- [7.](#) Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973.
- [8.](#) Daniel Guérin, *La lutte des classes sous la première république, 1793-97*, Gallimard, 1969.
- [9.](#) Perry Anderson, *Passages de l'antiquité au féodalisme*, Maspero, 1977.
- [10.](#) Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, New York, 1973.
- [11.](#) Perry Anderson, *Lineages of the absolutist state*, Londres, 1975.
- [12.](#) Christopher Hill, *Le monde à l'envers*, Payot, 1977.
- [13.](#) Albert Soboul, *Précis d'histoire de la révolution française*, Ed. Sociales, 1962.
- [14.](#) Eric Hobsbawm, *The age of Revolution, Europe 1789-1848*, Londres, 1974.
- [15.](#) Maurice Dobb, *Etudes sur le développement du capitalisme*, Maspero, 1969.
- [16.](#) Estas cifras provienen de un estudio reciente del Ministerio de Investigación e Industria.
- [17.](#) Albert Soboul, *Précis d'histoire de la révolution française*, Ed. Sociales, 1962.
- [18.](#) Pierre Philippe Rey, *Les alliances de classes*, Maspero, 1973.
- [19.](#) Daniel Guérin, *La lutte des classes sous la première république, 1793-97*, Gallimard, 1969.

Capítulo V

El desarrollo desigual en los centros capitalistas

La cuestión nacional y las cuestiones regionales en el centro

El corte que representa la emergencia de naciones capitalistas centrales conformadas durante el siglo XVIII es tan importante que 1800 marca ciertamente el giro decisivo de la historia universal, la fecha de nacimiento de la historia universal.

La progresiva consolidación de la zona central del sistema capitalista mundial (Europa, América del Norte, Japón, Australia) y la división definitiva del sistema entre esta zona y la zona periférica (Asia, África, América Latina) se extienden sin embargo a lo largo de todo un siglo. Durante este siglo, la cuestión nacional irá siendo progresivamente regulada en Europa, paralelamente a la emergencia de las formaciones capitalistas centrales concernidas. Una serie de cuestiones, llamadas regionales, quedarán no obstante pendientes, cuestiones que asimismo dependen de la problemática del desarrollo desigual. Vamos a tratar sucesivamente en este capítulo de estas dos series de cuestiones.

I. La cuestión nacional en la emergencia de las formaciones capitalistas centrales

En 1848, la revolución estalla en Francia y parece extenderse para abrazar a toda Europa. El manifiesto comunista anuncia la revolución socialista. Sin embargo, durante los tres cuartos de siglo que seguirán, con la excepción de la Comuna de París, y hasta las revoluciones rusas de 1905 y 1917, el capitalismo no se verá amenazado. Luchas muy violentas sacudirán a Europa, transformándola, pero estas luchas serán todas ellas luchas nacionales.

En 1848, así pues, no había apenas más que tres estados-nación constituidos como formaciones capitalistas más o menos conformadas: Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

De la larga historia de la maduración del capitalismo y del desarrollo desigual en las épocas feudal y mercantilista, habían emergido estos tres Estados más o menos nacionales. En Francia y en Inglaterra, la lucha de clases se desarrolló entre tres conjuntos – la feudalidad, la burguesía y el campesinado– incluso tres y medio, en la medida en que el proletariado embrionario consigue, en los momentos excepcionales (Cromwell, 1793), hacer oír una voz discordante. En los Estados Unidos nació (al menos en los Estados del Norte), una formación capitalista sin antecedente feudal. Después de la revolución industrial, los compromisos salidos de la serie de revoluciones burguesas y de las restauraciones que les sucedieron se estabilizan y la lucha burguesía/proletariado alcanza el primer plano de la escena. Esta lucha de clase ha conseguido desembarazarse de cualquier lastre en el plano nacional. Burgueses y proletarios pertenecen a la misma nación, una nación satisfecha de sí misma, formada progresivamente durante los tres siglos precedentes. Existen problemas nacionales no regulados –el de Irlanda en primer lugar– que emergerán más tarde, repercutiendo en las luchas de clase. Pero se trata de problemas menores, en el sentido de que no determinan la forma principal en que se expresa la cuestión número uno, la cuestión social, para emplear la expresión de la época. Testimonio: el cartismo inglés y la comuna de París.

Pero, dejando a un lado estas tres naciones, ¿cómo se presenta la Europa de la época? Hay pequeñas naciones burguesas – Holanda, Dinamarca, Suecia– que no han entrado todavía en la era industrial. Está Portugal, nación bloqueada en la etapa mercantilista. Está España, estado nacional solo a medias, en la que el mismo bloqueo arruinó la posibilidad histórica de una fusión, aunque fuera “a fuego y hierro”, de los castellanos, de los catalanes y de los vascos (del mismo modo que en Francia había sido afrancesada la Occitania). Pero, más allá del Rin y de los Alpes, existe un conglomerado de principados y de imperios que no son ni nacionales ni capitalistas. La emergencia tardía del capitalismo en este caso va a coincidir con la emergencia de las naciones, en lugar de sucederle. Y, por este hecho, las luchas de clases en esta

Europa (que constituyen la motivación en último análisis de todos los combates que allí tienen lugar) va a entremezclarse con las luchas nacionales. Para decirlo más exactamente, las luchas de clase, en gran medida, van a tomar la forma de luchas nacionales. De tal manera que los veinticinco años que siguen a 1848 van a ser ocupados principalmente por las unificaciones alemana e italiana, y los cuatro decenios siguientes por la dispersión de los imperios ruso, austro-húngaro y otomano. Desde luego, la unidad alemana, la unidad italiana, la constitución de los Estados nacionales danubianos y balcánicos son revoluciones burguesas. Pero muy encubiertas...

Existe una abundante literatura que trata de estas cuestiones, sobre todo basada en Marx y Engels, analizados y comentados seriamente en estudios que no provienen de la marxología o de la exégesis laudatoria pura y simple, y también de los marxistas de las regiones implicadas: Kautsky, Rosa Luxemburg, Otto Bauer y todos los austromarxistas (Karl Renner, Josef Strasser, Otto Strasser) Anton Pannekoek, Lenin, Trotski y Stalin, etc, en estudios bien presentados y comentados.¹ Solo queríamos aquí llamar la atención sobre los siguientes puntos.

1. La historia europea de los decenios que van de 1850 a 1914, adquirió, de hecho, el aspecto principal de una historia de luchas nacionales. Es cierto que Marx y Engels no solo escribieron mucho sobre estas cuestiones, sino que sobre todo creyeron necesario, para el movimiento del proletariado, adoptar una postura. Tenían razón en principio, aunque las posiciones que adoptaran sean discutibles.

Marx y Engels daban primacía a las clases sobre las naciones, adoptaban de esta forma una actitud pragmática en las luchas nacionales y subordinaban la autodeterminación a las exigencias de lo que según ellos creían era el interés a más largo plazo del proletariado.

En alguna ocasión, ante la ausencia de luchas de clase claras y la violencia de las luchas nacionales, introdujeron un deslizamiento sustituyendo las clases por las naciones, “otorgándole a las

naciones el papel de las clases”,² es decir, hablando de naciones progresistas y de naciones reaccionarias. Es cierto, como hemos de ver, que las naciones progresistas en cuestión lo son por su contribución, juzgada como posible, a la revolución burguesa, mientras que las naciones reaccionarias son feudales. En este debate, no existen las naciones proletarias.

Por el momento, hagamos estas observaciones sin comentarios. Marx y Engels no trataban aquí de la división del mundo en naciones imperialistas y naciones dominadas por el imperialismo, pues se trata de una división que aparecerá más tarde. Pero si, *mutatis mutandis*, se empleara hoy el lenguaje de Marx y se declarara a Inglaterra o Francia, Alemania o Estados Unidos naciones reaccionarias, para otorgarle a la nación egipcia, o árabe, cubana o vietnamita, un papel revolucionario, escucharíamos numerosas protestas...

2. Marx y Engels fundamentan su distinción en aquella famosa frase de “naciones sin historia” y “naciones históricas”.

Las últimas son las que fueron capaces de formar su Estado, es decir, aquellas cuyas clases dirigentes son las propias. Se trata pues de naciones nobiliarias (tipo los rusos, los polacos, los húngaros) o burguesas (los franceses, los ingleses, los alemanes, los italianos...). Las primeras son aquellas que no lo consiguieron, y se hallan por tanto dominadas por unas clases explotadoras extranjeras (feudales): son las naciones campesinas (los checos, dominados por señores feudales y burgueses alemanes; los croatas, por los feudales húngaros; los pueblos balcánicos por los feudales otomanos...). Se introducen, en este plano, algunas simplificaciones, e incluso algunos errores: existe una feudalidad croata en Croacia, por ejemplo. Pero poco importa. Existe a veces una burguesía local naciente (checa, griega...) pero es muy débil.

Las naciones “sin historia” son así pues unas naciones campesinas, en la medida en que responden realmente al criterio de clasificación de Marx y Engels.

Ahora bien, Marx y Engels no tienen ninguna simpatía por estas naciones campesinas, a las que juzgan incapaces de hacer una

revolución burguesa, *a fortiori* proletaria, que son, por este hecho, unas tropas manipuladas por la peor reacción feudal. El ejemplo, que aparece repetidamente en Marx, es la conducta de los ejércitos (en su mayor parte checos y croatas) que sirvieron para masacrar a los revolucionarios de 1848 en Austria. Por este hecho, Marx y Engels estarán persuadidos de que los pueblos eslavos campesinos del Danubio y de los Balkanes no podrán sino ser manipulados por el zar, a través del paneslavismo, en beneficio de la peor reacción, contra el pueblo alemán más avanzado, al estar constituido por burgueses y proletarios.

El error de juicio resulta hoy fácil de descubrir. Marx enfoca bien el deslizamiento por etapas de la revolución burguesa a la revolución socialista en Alemania (y más tarde en España), teniendo la intuición genial del desarrollo desigual, que Lenin habrá de desarrollar. Pero no tiene la intuición de un deslizamiento por etapas de una revolución campesina a la revolución socialista –cuando se trata de una revolución más campesina que burguesa la que estallará en Rusia. Sin embargo, por otra parte, en Francia, Marx comprendió que la revolución burguesa solo fue radical en la medida en que fue fuerte su componente campesina.

A pesar de que las revoluciones burguesas del 1848 no comportan una componente campesina fuerte, no pueden radicalizarse, pues la burguesía tiene ya miedo del proletariado y procura sofocar la componente campesina. Marx se tendría que haber planteado la cuestión de saber si la razón por la que los checos y los croatas no apoyaron la revolución austro-alemana no es la de que sentían que ésta revolución no les ofrecía nada a los campesinos que ellos eran. Pero no se planteó esta cuestión.

Vemos en ello dos razones. La primera, circunstancial, es la verdadera fobia antirusa de Marx. Le transtorna la mente de tal modo que, *mutatis mutandis*, algunos juicios de política exterior de la China contemporánea parecen matizados comparados con las meteduras de pata de Marx en cuanto interviene la diplomacia rusa. Marx ve en Palmerston un agente ruso y acusa a Inglaterra de hacer el juego a San Petersburgo en el Oriente otomano. Llega a preferir el yugo otomano a unos Estados independientes a sueldo de los

rusos. Incorre en error cuando en el congreso paneslavo de Praga (y, en este punto, Bakunin tiene razón en su contra)³ otorga a los polacos, por el hecho de ser anti-rusos, virtudes revolucionarias de las que carecen, y se les niega a los checos.

La segunda es más grave, por menos circunstancial. Marx, a pesar de su notable análisis referente a los componentes campesino y burgués en la revolución francesa (la oposición que hace entre la vía revolucionaria y la vía no revolucionaria en el desarrollo del capitalismo) cree que la revolución campesina no puede llevarse a cabo más que bajo la dirección de la burguesía. No ve que, en la imposibilidad de actuar bajo esta dirección (y esto lo dice), debe hacerse bajo la del proletariado, incluso allí donde es embrionario. Es preciso no obstante excusar a Marx en este punto; en su época, el proletariado es menos que embrionario en las sociedades campesinas (excepto en Bohemia). Cincuenta años más tarde, Lenin sabrá no dudar en separarse de Marx sobre este problema vital.

En estas condiciones, Marx prefiere la burguesía a los campesinos. Esa es la razón de algunas apreciaciones curiosas. Una especie de elogio de la “misión civilizadora” de la burguesía: alemana en el este (con una tonalidad casi pangermanista en Engels), inglesa en la India, americana: Marx se alegra de la anexión de Texas por los “civilizados” americanos contra los “salvajes” mexicanos, cuando en realidad, la abolición de la esclavitud por parte de éstos en 1823 molestaba a los sudistas americanos. Ilusiones sobre las ventajas del Estado centralizado, pero sobre este problema, donde Bakunin lo centra con agudeza Marx cambió cincuenta veces de opinión; véase su elogio de la Comuna⁴ y la firme convicción de que no hay nada que esperar del pueblo (campesino) ruso, el cual, aun en el caso de que llegara a producir una revuelta, no podrá ir muy lejos, a no ser que la revolución en Occidente llegue para apoyarla; Trotski heredará este error de juicio. Dos conclusiones erróneas que la historia debía desmentir, se obtienen de los juicios de Marx y Engels sobre estas cuestiones.

Primeramente, Marx y Engels no prevén que serán precisamente estas naciones campesinas las que se revelarán mucho más revolucionarias en la transición socialista, más que muchas otras. Así por ejemplo los yugoslavos, los griegos, los albaneses y los checos, por oposición a los húngaros o a los polacos... La contradicción que se le escapa consiste en que en las naciones históricas en las que la feudalidad nacional, y luego la burguesía, son fuertes, el campesinado tendrá muchas más dificultades para ponerse del lado del proletariado que en las naciones sin historia en las que precisamente estas clases explotadoras son más débiles, en tanto que extranjeras.

En segundo lugar, Marx y Engels creían que las naciones sin historia iban a ser progresivamente asimiladas por la cultura, superior, de sus conquistadores. Les ocurriría lo que ya les había ocurrido a otras etnias (bretones, escoceses...) asimiladas y absorbidas por las naciones francesa e inglesa para en adelante no constituir sino fragmentos etnográficos sin importancia política. Estudiaremos más adelante la cuestión de los regionalismos en los centros desarrollados. Pero, lo que Marx y Engels subestimaban era el tiempo muy largo que será preciso para que lleguen a producirse estas asimilaciones (y además, siempre parciales) en la historia de los centros mercantilistas más avanzados. Por otra parte, el hecho de que, en lo concerniente a los pueblos del Este y del Sudeste europeo, el ritmo del desarrollo capitalista iba a ser mucho más rápido que el de cualquier eventual asimilación.

Hemos descubierto en Alexandre Koyré⁵ que las expresiones de naciones históricas y naciones no históricas habían sido utilizadas desde 1837 por el ruso Polevoi, que se había servido de ellas para tratar de justificar, con espíritu eslavófilo, el destino de Rusia.

Como quiera que sea, las evoluciones ulteriores, contrarias a las previsiones de Marx, ilustran una vez más la universalidad del desarrollo desigual. Ya que estas naciones campesinas retrasadas en la fase burguesa de su desarrollo, aparecerán más avanzadas en la lucha ulterior contra el capitalismo, cuando este les haya sido

impuesto, abordando eventualmente la transición socialista en unas condiciones más favorables.

3. Sin embargo, Marx vio perfectamente claro en la cuestión irlandesa. Si, en un primer momento, exhortó a los irlandeses para que renunciaran a su nacionalismo y se unieran al movimiento del proletariado inglés, el cartismo, posteriormente no dudó en tomar partido de un modo incondicional a favor de la Irlanda oprimida, y en afirmar que, en tanto el proletariado inglés no se desembarazara de su chauvinismo, no se podía esperar nada de él. Esta posición resulta tanto más notable cuanto los irlandeses no se hallaban oprimidos por un zar bárbaro, sino por la Inglaterra liberal.

Este juicio de Marx compensa ampliamente todos sus errores sobre la Europa del Este y del Sudeste. Pues aquí, en Inglaterra, Marx se encuentra en una situación de militante cuyas posiciones afectan directamente al movimiento. De entrada, siente el problema y adopta la actitud precisa, mientras que no se siente implicado en las luchas de aquel momento de los países del Este y del Sudeste europeos –donde, por otra parte, el movimiento obrero es todavía inexistente en esta época– que observa desde el exterior, como periodista, sobre la base de informaciones de segunda mano y lo más frecuentemente de origen reaccionario.

4. Los debates prosiguieron tras la muerte de Marx y Engels, adquiriendo un nuevo carácter con la emergencia de los partidos socialistas. Sobre estos debates haremos las siguientes cuatro observaciones.⁶

En primer lugar, la gran mayoría de los socialistas de la región se hallan muy preocupados por el peligro de que los grandes estados estallen en micronaciones calificadas de no viables. Para evitar esta explosión Otto Bauer y Karl Renner inventan la estrategia de la “autonomía personal y cultural”. Les parece importante salvaguardar para la sociedad socialista, que no tardará en llegar, un marco adecuado para las fuerzas productivas. Ahora bien, ya en esta época, como lo hace observar Rosa Luxemburg, el marco que corresponde a la necesidad de las fuerzas productivas no es ya el Estado nacional, sino el Estado conquistador, imperialista. Esta

misma lógica es la que lleva a Otto Bauer a reivindicar la libertad de emigración para los trabajadores.

En segundo lugar, un gran número de socialistas de la región continúan pensando que el proceso de asimilación de los pueblos alógenos atenuará rápidamente la acuidad de la cuestión de las nacionalidades. Kautsky estima que el checo, convertido en una lengua de campesinos, desaparecerá paralelamente al crecimiento de la urbanización; los obreros, como los burgueses, adoptarán el alemán. Llega además a felicitarse por ello en nombre de la universalización de la cultura, obra progresista comenzada por la burguesía, que será concluida por el proletariado. Otto Strasser, sobre esta base, considera que la cuestión nacional no reviste ninguna importancia para los trabajadores manuales, se trata de una cuestión específicamente importante para los sectores de la pequeña burguesía que “viven del lenguaje” (profesores, abogados, etc.). Para ellos la lengua es un medio de producción, mientras que para el obrero se trata solo de un accesorio, siendo el medio de producción la herramienta.

En tercer lugar, y sobre estas mismas bases, Rosa Luxemburg vuelve a poner en cuestión las posiciones de Marx referidas a Polonia. Ella, que defiende a los pueblos balcánicos contra el opresor turco atrasado, no ve ningún interés en defender la independencia polaca contra los alemanes o incluso los rusos, pues, en su opinión, el movimiento polaco se encuentra lejos de ser la única manifestación revolucionaria seria en Rusia: la autocracia rusa será destrozada por una revolución en la misma Rusia.

En cuarto lugar, y un poco a contracorriente, emerge la posición leninista, fundada en la distinción fundamental entre naciones opresoras y naciones oprimidas que se acostumbra a olvidar frecuentemente. Por esta razón Lenin no adopta la posición de Rosa Luxemburg sobre Polonia, aunque sepa muy bien que el movimiento revolucionario ruso no es ni mucho menos despreciable.

5. La definición del concepto de nación emerge progresivamente de la historia europea del siglo XIX. Marx no se había preocupado especialmente por él. Los austromarxistas, por el contrario, se ven obligados a plantearse esta cuestión en la siguiente forma:

burgueses y proletarios, cuando hablan el mismo idioma, ¿tienen la misma cultura, una cultura común que definiría precisamente a la nación? Algunos (Otto Strasser, por ejemplo) lo niegan, pretendiendo que los explotadores son demasiado diferentes como para hablar de cultura común, y casi de nación; son estos, evidentemente, los que reducen la significación del hecho nacional. Otros (Pannekoek, por ejemplo) creen que por el contrario el hecho nacional es innegable porque las clases de una nación comparten una experiencia común, aunque fuera solo la lucha.

Kautsky llegó a sugerir, aunque sin llevar muy lejos el análisis, que el concepto de nación aparecía con el capitalismo. Hablar de nación campesina era, para él, una contradicción en los términos. A Stalin le corresponderá explicitar lo que aquí estaba únicamente implícito: el elemento unificador del mercado de los capitales, de las mercancías y de la fuerza de trabajo. Como hemos dicho, la coincidencia de la emergencia de las naciones y del capitalismo es propia de la historia europea (aunque en el Tercer Mundo contemporáneo podamos encontrar un problema análogo) salida del desmembramiento del feudalismo por el capitalismo. Pero no se trata de algo necesario.

II. Las cuestiones de los “regionalismos” en los centros avanzados

En todas las sociedades de clases, el desarrollo ha sido siempre desigual. La misma revolución burguesa ha engendrado, debido al carácter de las alianzas y compromisos que ha concertado a lo largo de su desarrollo, desigualdades ulteriores en el desarrollo de los capitalismo. Estas desigualdades se han desarrollado en distintos planos simultáneamente: en el plano interno (en un Estado nacional o multinacional), en el que han tomado la forma de desigualdades regionales, coincidentes o no con los contrastes nacionales; en el plano internacional, en el que se han manifestado por medio de los ritmos desiguales de la acumulación del capital en cada país, en el seno del grupo de las formaciones capitalistas centrales; en el plano mundial, en el que, a partir de finales del siglo XIX la división del planeta en formaciones imperialistas dominantes y formaciones

capitalistas inacabadas dominadas, coloniales o semi-coloniales, adquiere su forma contemporánea definitiva.

Este carácter absolutamente general del desarrollo desigual puede inducir a algunas confusiones. Un análisis en términos demasiado imprecisos, que asimilaría todas las manifestaciones del desarrollo desigual sin situarlas en su contexto (desigualdad centro/periferia, o entre centros, o en el interior de un centro) que procediera por medio de analogías, escamotearía las especificidades de cada caso. Estas se sitúan en el plano de la estructura de los bloques de clases particulares de cada situación: alianzas en el interior de los bloques, clases que aseguran la dirección de los bloques, determinación de las clases subalternas, articulación con las alianzas y oposiciones de clases extranjeras en un sistema en formación. Esta estructura no es de ningún modo algo fijo, evoluciona bajo el efecto de sus contradicciones internas y externas. Es conveniente pues, en cada caso: 1) analizar la constitución histórica de los bloques que ha engendrado la situación estudiada, a partir de las luchas de clases pertinentes; 2) analizar la dirección en la que esta estructura evolucionaría por sí misma, es decir, si la iniciativa correspondiera a las clases dirigentes, cuyas relaciones se modifican durante la acumulación; 3) definir (se trata del objetivo de la operación) la estrategia de las clases explotadas para hacer evolucionar de modo diferente la estructura, para hacerla estallar, para constituir en su lugar un bloque eficaz de las clases explotadas que permita abrir una perspectiva de derrocamiento de la explotación.

Este es el sentido de nuestros análisis precedentes sobre la formación desigual de los centros capitalistas por un lado, y sobre la formación desigual en el seno del sistema mundial por otro lado (teoría del centro y de la periferia y de las alianzas y contrastes de clases a escala mundial en la época imperialista). La historia del desarrollo desigual no se detiene, así pues, con la revolución burguesa. Se prosigue a lo largo de la revolución industrial del siglo XIX, para finalmente adquirir su forma contemporánea acabada en la época imperialista. El contraste entre centros imperialistas dominantes y periferias dominadas subdesarrolladas se convierte

entonces en la forma predominante del desarrollo desigual. La puerta de acceso a la constitución de nuevos centros capitalistas se encuentra a partir de entonces cerrada, en tanto se abre a la era de las etapas de la revolución socialista.

Lo que sigue no tratará de esta forma determinante de la división del sistema imperialista, sino de la emergencia y del desarrollo desigual en el seno de las formaciones sociales centrales a lo largo de la industrialización premonopolista.

El caso italiano

El caso italiano es ejemplar por dos razones. En primer lugar porque se trata de un caso particularmente señalado. Luego, porque ha ocasionado, mucho más que los otros, un debate de gran altura científica. La figura de Gramsci (*La cuestión meridional*) domina sin duda este debate: pero es preciso señalar que su gran tesis ha sido objeto de replanteamientos o de complementos importantes por parte de autores como E. Sereni, Rosario Roméo, Sergio Romano, Benedetto Croce, Nicole Zitará, Capacelatro y Antonio Carlo.⁷

1. *Primera tesis*: Italia, amenazada globalmente por la periferización en los albores del siglo XIX, a causa de su bloqueo en épocas anteriores (pierde su avance sobre el resto de Europa desde los siglos XIII y XIV y acumula retrasos durante todo el período mercantilista), escapa a esta suerte mediante la iniciativa de la burguesía agraria del Norte y particularmente del Piamonte.

El Risorgimento y la unidad, hasta el establecimiento de la tarifa proteccionista de 1887, son la obra de esta burguesía agraria del Norte. No basta con caracterizar esta unidad, como se hace frecuentemente, por medio del compromiso que consolida la alianza de clase entre la burguesía del Norte y los feudales del Sur, excluyendo el componente campesino (sobre todo del Sur) de la revolución burguesa. Es preciso también recordar que lo que se llama la burguesía del Norte, es todavía, en la época de Cavour, principalmente una burguesía agraria. Tiene su origen en un doble proceso: de transformación interna de la antigua feudalidad en *gentlement farmers* capitalistas, y de diferenciación-kulakización en el seno del campesinado, liberado en parte por la revolución

francesa. La burguesía de la época no es todavía industrial. También su dimensión mercantil se encuentra debilitada por el largo retroceso de Génova y Venecia, esta última integrada en el sistema feudal austríaco.

La burguesía agraria teme un movimiento campesino anti-feudal que, a causa de su radicalismo, tendría el peligro de cuestionar su poder bien establecido en el Piamonte. Esta es la razón por la que prefiere la alianza cómoda con los feudales del Sur.

Se trata de una burguesía librecambista. No solo porque la libertad de comercio le ha permitido emerger como tal, negando las relaciones feudales u obligándolas a modernizarse; sino también y sobre todo porque aspira a su inserción en el sistema europeo (capitalista joven) como burguesía agraria. De haber perseverado en esta vía, Italia habría sido periferizada como lo fue Hungría.

Resulta interesante comparar esta historia con la de Prusia o la de Rusia. También aquí es la burguesía agraria latifundista la que predomina. En Prusia, al Este del Elba, se llama Junker y monopoliza el poder de Estado. Pero la anexión de Renania por Prusia, sin modificar el contenido de clase del Estado, le da una base económica industrial naciente que contribuirá a orientar al Estado alemán bismarckiano por la vía de la industrialización acelerada y autónoma. En Rusia, si bien el poder de Estado es igualmente por completo aristocrático (latifundistas en vías de inserción en el sistema capitalista, sobre todo después de 1861) la industria será favorecida por el Estado para reforzarse a sí mismo; de ahí el carácter mixto de la evolución rusa ulterior: ni periferizada totalmente (como exportadora de trigo), ni en franca evolución hacia el predominio de una industrialización autocentrada. Como contraste, lo que se puede llamar la burguesía agraria de los Balcanes y del imperio otomano se inscribirá en el sistema mundial como clase explotadora periferizada. El caso más típico es sin duda el de la gran propiedad egipcia, que se convirtió a sí misma en productora de algodón para Inglaterra, tras el fracaso de la industrialización autocentrada de Mohamed Ali, bajo el Jedive Ismail, durante la guerra de Secesión.⁸ Las burguesías agrarias

griega y turca reaccionaron de la misma manera, sobre todo en torno al tabaco.⁹ La combinación gran propiedad latifundista capitalista (o, en Grecia, pequeña propiedad capitalista) – burguesía mercantil y financiera, que se convertirá en compradore, es típica de la evolución de estas formaciones que para Italia fue una amenaza.

2. *Segunda tesis*: la industrialización autocentrada de Italia fue emprendida por el Estado italiano, y financiada por medio de una deducción introducida en la renta rural en el Norte y sobre todo en el Sur del país. Aquí se plantean cuatro cuestiones: a) la tarifa proteccionista de 1877, mantenida hasta la adhesión a la perspectiva europea y a su mercado común a partir de 1950-58, ¿fue favorable o no para esta revolución?; b) la sangría llevada a cabo en el sur, ¿se halla en el origen del desarrollo desigual nuevo y en aumento entre el Norte y el Sur?; c) esta forma de industrialización, ¿ha sido más o menos rápida de lo que pudiera haber sido otra posible forma, fundada en una revolución campesina en el Sur?; y d) ¿la integración europea contemporánea modifica las perspectivas?

3. Los historiadores italianos son unánimes en convenir en que la industrialización de Italia se llevó a cabo por el apoyo sistemático del Estado, suscitando la formación de un capital financiero. Que el Estado tomara a su cargo la construcción rápida de una red ferroviaria y de carreteras, la introducción de un sistema monetario y de una red de crédito, la creación de una marina mercante importante subvencionada por el Estado, dio al capitalismo italiano unas estructuras de centralización relativamente más activas desde el comienzo, en cierto modo como en Rusia, permitiendo que Italia hiciera su entrada en la etapa monopolista sin haber conocido verdaderamente la anterior. La acentuación de este carácter con posterioridad a la crisis de 1930 (la creación del IRI y de sus filiales) ha dado al capitalismo italiano contemporáneo una fuerte impronta estatal.

El proteccionismo fue un medio esencial, una condición de este proceso de industrialización, que no habría sido capaz de imponerse por sí mismo ante la concurrencia de los países más avanzados en

su propio mercado nacional. El discurso liberal de los ideólogos del imperialismo contemporáneo, que pretenden que el proteccionismo frenó el desarrollo por medio de los costes que imponía y las distorsiones desfavorables para los óptimos resultados que suscitaba, carece totalmente de dimensión histórica.¹⁰

4. ¿La industria italiana fue financiada mediante una sangría llevada a cabo en el sur? El análisis de Gramsci no lo excluye, contrariamente a algunas deducciones tal vez demasiado rápidas. Gramsci se limita a constatar que la burguesía del Norte (agraria y luego industrial) hizo la unidad sin tener en cuenta a los campesinos del Sur, concluyendo una alianza con sus propietarios rurales, de estilo feudal. El hecho de que estos propietarios fueran feudales o no ha sido objeto de una polémica de la que me he enterado recientemente. Pero no es esa la cuestión esencial de Gramsci. Su tesis se limita a decir que una revolución agraria en el Sur hubiera 1) acelerado el desarrollo capitalista y 2) hecho menos desigual este desarrollo entre el Norte y el Sur. Por lo que hace a la segunda conclusión, nada tenemos que objetar, pero tenemos alguna duda antes de seguir a Gramsci en la primera.

Correspondía a los historiadores meridionales contemporáneos demostrar que la industrialización había sido ampliamente financiada gracias a la sangría del Sur, llevada a cabo por el Estado monopolizado por la burguesía del Norte, al unificar el sistema fiscal y el del gasto público. Nicola Zitara, Capecelatro y Carlo¹¹ compararon, para establecerlo, la carga fiscal sufrida respectivamente por el Norte y por el Sur y la distribución del gasto público, estudiaron los efectos de la liquidación del Banco di Napoli en beneficio del sistema centralizado del crédito, etc.

La cuestión del proteccionismo se mezcla de nuevo con la de la sangría. Sereni¹² prolonga lo que estaría únicamente implícito en Gramsci al pretender que el proteccionismo traducía la convergencia de los intereses industriales del Norte y agrarios del Sur, ya que habría permitido un aumento de la tasa de la renta rural. Se trata de algo bastante discutible ya que los intereses agrarios protegidos en ese caso son los del Norte en lugar de los del Sur. Zitara,

Capecelatro y Cario han mostrado en efecto que la unidad destruye la agricultura cerealista autosuficiente del Sur, que no resiste la concurrencia de la moderna agricultura cerealista y animal del Norte e impone al Sur la especialización en la agricultura de exportación (vino y aceite).

¿Es posible entonces hablar de verdadera conquista/colonización del Sur por el Norte? La colonización, en la época contemporánea (imperialista), cumple una función precisa; favorecer la aceleración de la acumulación en los centros dominantes por medio de la sangría de un volumen considerable de sobretrabajo obtenido lo más frecuentemente mediante el mantenimiento/reproducción de formas de explotación precapitalistas de origen, pero a partir de entonces sometidas. La distorsión extravertida del desarrollo dependiente que resulta de ello condiciona la reproducción de esta sobre-explotación. Este tipo de análisis, que es el nuestro, no es incompatible con la tesis de Gramsci. Pero la prolonga de una manera que Gramsci no podía hacerlo, al ignorar lo que ocurría con la problemática de la dominación formal por medio de la cual el sobretrabajo de modos precapitalistas se transforma en plusvalía y beneficio del capital dominante. En este sentido, la Italia del Sur cumplía exactamente esta función y la tesis de los meridionalistas nos parece correcta.

El caso italiano no nos parece por otra parte único en su género. ¿No dispuso Nueva Inglaterra de una colonia interna análoga, el Sur esclavista, especializado en el algodón de exportación gracias a la sobre-explotación del trabajo de los esclavos?

5. Volviendo a Gramsci, ¿podemos afirmar que una revolución agraria en el Sur habría acelerado el desarrollo del capitalismo italiano?

Rosario Romeo¹³ sostiene lo contrario. Su tesis, que es la de Hobsbawn,¹⁴ es que la supervivencia de las relaciones feudales permitió el mantenimiento de una presión sobre los ingresos de los campesinos y que el sobre-producto, pasando por el canal de la renta, se vio destinado a una acumulación rápida a través de la

fiscalidad. Una revolución agraria habría arruinado este modelo de acumulación acelerado.

Ya hemos dicho que la revolución agraria puede tener el efecto de un acicate en el desarrollo capitalista porque la diferenciación en el seno del campesinado sometido a los intercambios mercantiles puede ser muy rápida, y que si la industrialización fue frenada en Francia, fue por otra razón: la alianza anti-obrera burguesía/campesinos.

Hagamos justicia a Gramsci. Este no se preocupa del ritmo del crecimiento del capitalismo (se trata de una preocupación de burgueses), sino del estilo de ese desarrollo, por lo que tiene de interesante para la lucha anticapitalista. Ahora bien, en este plano, tiene toda la razón: la vía adoptada por la unidad italiana tuvo como consecuencia un desarrollo desigual Norte-Sur, mientras que la revolución agraria hubiera creado las condiciones de un desarrollo distinto, homogéneo, y por ello mismo realmente unificador. Pero, en esto, la tesis de Gramsci no se halla de ningún modo en contradicción con la de los meridionalistas. Gramsci constata que el desarrollo desigual es un handicap para la lucha anti-capitalista, porque mantiene a las masas rurales del Sur al margen de la batalla proletaria. ¿Y cómo llevarle la contraria cuando es conocido el apoyo que el fascismo obtuvo en la Italia meridional?

Los meridionalistas van hoy solamente un poco más lejos en el mismo razonamiento. ¿Por qué las masas del Sur apoyan a la derecha? ¿No será que lo que les ofrece la izquierda de base nórdica no responde a sus aspiraciones? Al transponer a las relaciones Norte/Sur la problemática centro/colonia, y al recordar en esta última la naturaleza de la alianza socialdemócrata y la complicidad del proletariado nordista, solidario con su burguesía en la sobre-explotación del “proletariado externo” sudista, un proletariado de pequeños productores sometidos a la dominación formal del capital, los meridionalistas no traicionan a Gramsci; pero molestan a algunos...

6. Historia antigua. La inmadurez del proletariado del Norte socialdemócrata (y/o en reacción de impotencia, ¡dirán algunos, anarco-sindicalistas!), su fracaso en 1920-32, han sido superados

después de 1945. Por añadidura, la opción europea de Italia, a partir de entonces irreversible, puso término a los viejos proteccionismos. Por fin, la emigración masiva del Sur hacia las fábricas del Norte, la implantación de la industria en el Sur, comenzada a gran escala con la modernización rápida del último cuarto de siglo, han cambiado los datos del problema; la vieja alianza risorgimentista se ha vaciado de contenido, las condiciones de la unidad proletaria panitaliana han sido creadas.

Dudamos ante tanto optimismo. ¿Se equivoca Zitara cuando analiza el discurso obrero para poner de manifiesto en él su carácter burgués: la apología del desarrollo de las fuerzas productivas (capitalistas en este caso)? Ayer, nos recuerda, la clase obrera no hizo nada (excepto en el plano verbal) para apoyar una revolución agraria en el Sur; se sugiere que fue así porque se temía, como Roméo, un retroceso de las fuerzas productivas. Hoy, ve en la implantación industrial en el Sur el medio para la creación de una clase obrera sudista. Zitara detecta en ello una apropiación del espacio sureño por el gran capital, actuando en unas condiciones análogas a las de la exportación imperialista de capitales. Añadamos que el discurso europeo (¿se somete a él el eurocomunismo?) inquieta siempre. Ya que, una vez más, en nombre del desarrollo de las fuerzas productivas, que es un asunto de la burguesía, ¿qué no se aceptará? ¿Y cómo salir de las garras de la Europa “germano-americana” nutriéndose con ese discurso?

7. Tercera tesis. La Italia del Sur no se encontraba más atrasada que la del Norte en 1860. Su retraso es enteramente el resultado de su colonización. Sería preciso estudiar muy profundamente la historia de Italia para pronunciarse sobre esta tesis de Capecelatro y Cario. Pero las devastaciones de la historiografía occidentalocentrista en otros lugares incitan a tomar sus argumentos en serio.

Estos autores pretenden que la agricultura de Sicilia, en la segunda mitad del siglo XVIII, había dejado de ser feudal. Como efecto de la afluencia de dinero de América, vía España, la gran propiedad se había modernizado para producir trigo comercial a gran escala, la renta era pagada con dinero; la proletarización rural

avanzada había permitido cierta urbanización y el establecimiento de manufacturas como lo testimonian las exportaciones de Palermo. La abolición de la feudalidad llevada a cabo por Murat en Palermo, al responder a fuerzas internas, hizo que los Borbones a su vuelta se vieran obligados a no dar marcha atrás. La Italia del Sur se integraba no obstante en el sistema mundial como periferia, en la órbita de Inglaterra: las importaciones habían acabado con la industria de la seda, pero habían favorecido las exportaciones de trigo. Ocurría lo mismo por otra parte en esa época en el Norte, cuya burguesía era todavía exclusivamente agraria. El Sur reaccionaba no obstante para evitar convertirse en una colonia inglesa. Ese es el sentido de la revolución de 1820-21, seguida de la política de lanzamiento de la industrialización de los Borbones: proteccionismo y recurso a los capitales extranjeros. La caída de los Borbones se debió a la actitud de la burguesía agraria, libre-cambista, que abandonó a su rey dando apoyo al de Saboya. De este modo, las fuerzas reaccionarias del Sur fueron las que acogieron favorablemente la unidad.

Estas tesis, de estar fundadas, ¿contradicen a Gramsci? Pensamos que no. De hecho, Gramsci no confundió de ningún modo capitalismo e industria ni creyó que la burguesía del Norte fuera ya industrial cuando hizo la unidad. Pero llegaría a serlo. Ciertamente, Gramsci subestimaba la contribución que la sobre-explotación del Sur iba a aportar a la acumulación industrial, puesto que ignoraba la problemática de la dominación formal. Pero este desarrollo lo que hace es prolongar a Gramsci más que contradecirlo.

De cualquier modo, aunque la Italia del Sur estuviera tan avanzada como la del Norte en 1860 o no, los efectos devastadores de la unidad tal como se produjo, apenas pueden ser objeto de discusión. En China o Congo, las consecuencias del imperialismo han sido en todas partes idénticas.

8. El desarrollo desigual de la Italia capitalista, así pues, se parece en algunos aspectos a la problemática más general del desarrollo desigual centros/periferia en la época imperialista. Sin embargo no aplicaremos esta conclusión a todas la formas del desarrollo

desigual en el interior de los centros. Sería preciso previamente examinar más en detalle otros ejemplos, como los del regionalismo en Francia (Bretaña, Occitania), los de Irlanda y del Sur de los Estados Unidos y plantearse la cuestión de saber si los negros constituyen o no una nación...

El caso bretón

9. La historia de Bretaña representa, a pesar de todo, un caso interesante de desarrollo desigual en el seno de una formación avanzada constituida en nación durante el largo proceso del paso del feudalismo a la forma tributaria absolutista-mercantilista, paso coronado por una revolución burguesa radical que abre la perspectiva de una acumulación acelerada tras la revolución industrial.

Resultaría útil considerar a continuación el otro caso salido de un desarrollo en el seno de la misma familia de condiciones históricas: el caso de Irlanda, que ha tenido un desenlace diferente.

Si la nación francesa a la cabeza de la Federación de 1790 no era todavía una realidad totalmente acabada, se hallaba ya muy avanzada en el proceso de su constitución. Occitania, el País Vasco, la Bretaña e incluso Córcega y Alsacia-Lorena se hallaban ya en vía de afrancesamiento, en algún caso desde hacía mucho tiempo. Que los campesinos siguieran conservando todavía un siglo el uso de sus idiomas de origen, hasta que la escuela primaria de la III República les impuso el francés, que Alsacia-Lorena viera su proceso de afrancesamiento interrumpido por su integración en Alemania entre 1871 y 1918, que en la Baja Bretaña y en Córcega el bretón y el corso no hayan desaparecido todavía, demuestra solamente que, incluso en los centros capitalistas avanzados, la asimilación es menos rápida de lo que pensaban algunos austro-marxistas. Las clases burguesas y los mundos urbanos están ya afrancesados en 1790.

El bloque dominante que se establece a nivel nacional durante la revolución y los compromisos que le siguieron no es una abstracción. Se reproduce concretamente en los diferentes niveles,

regionales y locales, de la realidad nacional, y se tiñe con los matices particulares que le impone su funcionamiento local.

Resulta pues útil, como lo hace Yannick Guin,¹⁵ analizar su funcionamiento en Bretaña. El análisis que nos propone de las luchas de clase y su articulación con las luchas de clase a escala del conjunto de Francia parece convincente en líneas generales.

El feudalismo en Bretaña en 1789 es de tipo pobre: relativa fragmentación de una pequeña aristocracia rural, zonas importantes de pequeña propiedad... La Iglesia, que no dispone aquí de tierras importantes, proporciona, en forma de curas rurales, los intelectuales orgánicos de esta formación feudal. La burguesía mercantil y marítima, volcada al mar (en relación con el mercantilismo y el esclavismo de las Antillas), girondina, penetra menos en los campos que en otros lugares de Francia. En estas condiciones, la burguesía, que en el conjunto francés había conseguido llegar a la unión con los campesinos en contra de la feudalidad, fracasa en Bretaña. Se enfrenta con la doble circunstancia de la revuelta campesina y de la contrarrevolución aristocrática. Las restauraciones que siguen al 93 establecen un compromiso: en Bretaña permiten la hegemonía del bloque rural (aristocracia y campesinos), con la condición de que éste acepte a escala de toda Francia la hegemonía de la alta burguesía.

Durante un siglo funciona de este modo una alianza de clases particulares. En la parcela bretona, el bloque rural (los Blancos) domina, aislando al bloque urbano constituido por los Azules (la burguesía local) y por los Rojos (la pequeña burguesía local). La hegemonía de la burguesía industrial en el conjunto de toda Francia ayuda y obliga al mismo tiempo a la propiedad rural aristocrática a modernizarse (producir para el mercado, equiparse, etc.). Esto lo hace sin perder el *leadership* rural que funciona en el plano ideológico gracias al Concordato, por medio de fórmulas paternalistas (democracia cristiana...)

El desarrollo capitalista que resulta de este compromiso, al acelerarse a partir de 1914 y sobre todo de 1945, termina por hacer volar en pedazos las alianzas que lo fundaron. La industria y la

aparición de un proletariado obrero apartan progresivamente a los herederos de los Rojos de su dependencia tradicional respecto de los Azules, que, por su parte, hacen la paz, ante el peligro socialista, con los Blancos (abandono del anticlericalismo). En los campos, el proceso de modernización acelera la desintegración del mundo rural (emigración masiva) y sustituye al antiguo campesinado, relativamente cerrado sobre sí mismo (policultivos de autosubsistencia), por una pequeña propiedad modernizada y especializada, fuertemente sometida a la dominación del capital agroindustrial (dominación formal). La gran propiedad capitalista perdió su importancia política como medio de encuadramiento de los campesinos; la preponderancia electoral pasa a las zonas urbanas; la alianza Blancos-Azules es sustituida por la alianza entre Azules y Rojos; el capital industrial interviene directamente en la economía de los campesinos sin pasar por el papel intermediario de los aristócratas. De esta desintegración de las viejas alianzas emerge el movimiento autónomo del pequeño campesinado sometido a la dominación formal.

La ideología bretona que sirvió en el siglo XIX para cohesionar al bloque rural (en el que los aristócratas se presentan, en una defensa verbal del regionalismo, como defensores del mundo rural contra la miseria de la industria capitalista), cambia de contenido. Pasa a ser la expresión ideológica de la revuelta campesina, con las ambigüedades que esta revuelta de pequeños productores comporta necesariamente, encontrando por esta razón un eco favorable en la parte burguesa (estudiantes) que oscila entre el capital y el trabajo... La regionalización que propone corresponde a la estrategia deseada por la alta burguesía.

10. Si estamos convencidos de la certeza del análisis de las luchas de clase propuesto por Yannick Guin y de su articulación con las luchas regionales, no nos parecen sin embargo tan convincentes las conclusiones que de ese análisis saca.

La resistencia contra-revolucionaria de los *Chouans* (el fracaso de la burguesía para separar a los campesinos de la aristocracia) ¿no resulta acaso de la voluntad misma de las fracciones dirigentes de la burguesía (antes de Termidor y sobre todo después) de no apoyar

una revolución campesina radical cuyos gérmenes existían? En ese caso, ¿no resulta unilateral calificar a la *chouannerie* de contrarrevolucionaria?

¿Acaso no se impone una analogía con los checos y los croatas, que no esperaban nada de la revolución burguesa indecisa de 1848, o con los campesinos del Norte de Portugal que no esperan ya nada de los socialistas y de los comunistas del gobierno de Lisboa?

Pero, así son las cosas: la revolución francesa no puede volverse a hacer. No se puede sino constatar la carencia del embrión del proletariado, carencia que tendría su razón en la inmadurez objetiva de las relaciones capitalistas de la época. Este proletariado, a pesar de su valor, fue aplastado por la burguesía y no consiguió hacer de puente con los campesinos pobres de Bretaña.

¿Pero, y posteriormente? ¿Por qué desde 1914 hasta nuestros días los Rojos no llegaron a aliarse con los campesinos para separarlos de la aristocracia burguesa?

¿No tendría que haber sido esta la estrategia del movimiento obrero? ¿Por qué dejó éste la iniciativa a la burguesía y volvió a unirse con *Gros-Jean* cuando los Azules le abandonaron para ir a reunirse con los Blancos?

Y cuando los campesinos, por su parte, abandonados por los Blancos, que habían optado por el capitalismo, sometidos a su dominación formal, comenzaron a rebelarse, ¿no era la tarea del movimiento obrero aliarse con ellos, ya que se trataba de una lucha contra el capital? ¿Resulta correcto juzgar esta lucha como perdida de antemano porque iría contra el “desarrollo de las fuerzas productivas”? ¿No va también la lucha de la clase obrera, al reducir el beneficio, contra la acumulación máxima?

¿Consiste acaso el papel de los explotados en facilitar a los explotadores, por medio de su silencio, la gestión de un máximo desarrollo de las fuerzas productivas?

¿No habrá también que mirar de modo diferente el apoyo de la pequeña burguesía a esta revuelta campesina? ¿De qué pequeña burguesía se trata? ¿De los pequeños productores (artesanos, comerciantes) amenazados por el capital o de esa nueva pequeña burguesía de trabajadores no manuales, empleados proletarizados,

explotados ya por el capital? Si ello es así, ¿no es acaso justa su alianza con los campesinos, en lo sucesivo igualmente explotados por el capital? ¿Y por qué la clase obrera no se uniría a ellos?

¿Prioridad del desarrollo de las fuerzas productivas o de la lucha de clases? ¿Será la tarea del proletariado la de no hacer nada que se oponga objetivamente al desarrollo de las fuerzas productivas? ¿No se trata de una manera socialdemócrata de ver esta tarea? ¿No debe traerle sin cuidado al proletariado este objetivo que es el de las clases explotadoras, y ocuparse exclusivamente de movilizar las contradicciones dentro de ese desarrollo para constituir un bloque revolucionario eficaz?

¿Puede ser considerada la reivindicación de regionalización unilateralmente como la estrategia nueva de la alta burguesía? ¿No es esta reivindicación, como tantas otras, ambivalente? Ciertamente puede ser recuperada por la burguesía, al menos si se inscribe en una estrategia global social-demócrata. ¿Pero no puede ser una palanca de movilización anticapitalista?

¿Es posible calificar la ideología bretona hoy, aunque ayer estuviera al servicio del bloque agrario, unilateralmente de reaccionaria en las condiciones de luchas anticapitalistas que enmarcan su renacimiento? ¿Por qué? ¿Por qué se opondría al desarrollo de las fuerzas productivas y a la apisonadora de la homogeneización cultural que no es sino la generalización de la ideología burguesa del *homo consumens universalis*? ¿Se trata de resucitar a un muerto, o a un moribundo (la lengua bretona)? ¿O de una protesta contra la ideología burguesa, que se oculta tras la cortina de humo del universalismo?

El caso irlandés¹⁶

11. La suerte de Irlanda es muy diferente de la de Bretaña. El recurso al factor religioso para dar cuenta de él no resulta convincente: en Alemania, católicos y protestantes no se matan entre ellos.

En realidad, si el desenlace del problema irlandés ha sido muy distinto del bretón, (independientemente de una relación de fuerzas diferente: durante mucho tiempo Irlanda estuvo tan poblada como

Inglaterra) es porque en Inglaterra la burguesía estableció con la aristocracia feudal un compromiso mucho más favorable que en Francia. En ningún momento la burguesía inglesa se propuso aliarse con el levantamiento irlandés contra los propietarios ingleses. Es incluso posible que fuera la fuerza que la aristocracia inglesa obtenía de su dominación en Irlanda lo que obligó a la burguesía inglesa al compromiso inaugurado en 1688.

Posteriormente la burguesía transmitió al proletariado inglés su desprecio, es lo menos que se puede decir, por la suerte de los campesinos irlandeses explotados. Esta ausencia total de solidaridad hizo que se pudriera muy pronto el movimiento obrero inglés, como ya observara Marx, y lo preparó para seguir la ideología imperialista de exportación de la cuestión social que Cecil Rhodes también había de formular.

El caso de Cataluña y del País Vasco¹⁷

12. El interés de este caso consiste en que invierte los términos de la problemática corriente del desarrollo desigual. En este caso las nacionalidades oprimidas son las de las regiones más avanzadas en el desarrollo capitalista.

Un fenómeno de este tipo no es comprensible si se ignora la formación del desarrollo desigual en España en las épocas feudal y mercantilista. Es imposible saber cómo se hubiera constituido la nación española si el desarrollo de la península no se hubiera bloqueado en esta etapa, ya que el país se pudrió a causa de la riqueza obtenida demasiado fácilmente de América. España jugó el papel de un intermediario rentista que percibía su diezmo entre América y la Europa del Noroeste, hasta que perdió su posición, convirtiéndose desde entonces en inútil. La acumulación interna, de haberse proseguido, no cabe duda de que hubiera dado lugar a una nación española, de la que no se puede saber si hubiera resultado de la castellanización de Cataluña, de la catalanización de Castilla o de una síntesis de las dos cosas. En todo caso, como en Francia, la Occitania fue afrancesada, y España habría podido evolucionar hacia la formación de una nación capitalista, acabada tanto en el plano económico como en el de su homogeneización lingüística.

Durante dos o tres siglos España se detuvo en este estadio, durante el cual el poder central dejó de oprimir a las minorías catalana y vasca... Y cuando a partir de los años 50 de este siglo el brutal despegue industrial la condujo a recuperar su retraso, se vuelve a encontrar con su problema nacional. Pero este se ha convertido, por esa razón, en el problema de un centro avanzado multinacional.

El caso de los centros avanzados multinacionales: Bélgica, Suiza, Canadá

13. ¿Qué es lo más importante de la nación (la cuestión de las relaciones entre los diferentes pueblos de un país), o del Estado, en el marco del cual opera la regulación de la acumulación del capital?

La constitución de los bloques de clases tiene en efecto como marco el Estado, porque esta constitución opera a través de los medios de la política interior de Estado (crédito, coyuntura, gestión de la fuerza de trabajo, política económica nacional...) y exterior (lugar en la división internacional del trabajo y medios de la política económica exterior). Ahora bien, este Estado puede ser nacional o plurinacional.

El funcionamiento de un Estado multinacional burgués no es imposible.

La confederación suiza funciona bien, a pesar de los choques nacionales reales, que el sistema confederal consigue inscribir en el marco cantonal. Es cierto que Suiza constituye una excepción a causa de su posición en el sistema mundial, y que ha conseguido esta obra maestra de la política burguesa consistente en cantonalizar la política al mismo tiempo que consigue la centralización de la política económica confederal integrada. Por esta razón, Suiza prueba, como los Estados Unidos, que la regionalización puede ser un medio de reducir el nivel de la conciencia política.

Es cierto que un Estado multinacional raramente consigue igualar la balanza entre sus naciones componentes. Bélgica ha estado durante mucho tiempo dominada por la burguesía valona, que no ha cesado de oprimir al pueblo (campesino) flamenco. Cuando, en una

época reciente, el proceso de acumulación condujo a la industria moderna a desarrollarse preferencialmente en el país flamenco y la nueva clase obrera, flamenca, adquirió importancia, a través de ésta, socialdemócrata (en unas formas políticas atrasadas, sobre todo cristiano-demócratas), la cuestión lingüística comenzó a plantearse.

Hay que decir otro tanto del Canadá, cuya burguesía, exclusivamente inglesa, reinó como señor sobre el pueblo québécois, campesino y conquistado. La emergencia de la reivindicación nacional québécoise resulta de la industrialización de la provincia. Si esta reivindicación adquiere unas dimensiones particulares es porque se enfrenta a la dominación de los Estados Unidos, que no había encontrado resistencia en el Canadá inglés, absorbiendo, al someterla, a la burguesía local como una burguesía provincial norteamericana cualquiera.

El caso de los Estados Unidos

14. Recordemos aquí algunas cuestiones:

¿Pertenece blancos y negros a la misma nación? ¿Qué puede significar una nación (burguesa) si existe en su seno una discriminación real (legal durante mucho tiempo, hoy factual) aparte de la fundada en la estricta y exclusiva pertenencia de clase? ¿Un problema análogo al de los judíos en los países capitalistas en los que son objeto de discriminación? Marx invitaba a los judíos a renunciar a su judaísmo.¹⁸ El Partido Comunista americano, durante los años treinta apuntó la tesis de una nación negra con su territorio, el Sur, sus ocupantes extranjeros, los Blancos, y sus emigrados, los Negros de las ciudades del Norte.¹⁹ ¿Qué ocurre hoy, cuando la mayoría de los Negros han roto todos sus vínculos con el Sur de origen y con su estatuto de campesinos, oprimidos y mayoritarios?

Por encima de esta cuestión, ¿existe la nación americana? El Estado sin ninguna duda. Los Estados federados no son unos estados nacionales a pesar de su extensión, no son algo distinto de los cantones suizos, es decir, medios de reducir la cuestión política al nivel de las rivalidades entre aldeas. Pero, aparte de esto, existen dos tesis, tal vez complementarias. Por una parte que la nación

americana existe precisamente porque todos los orígenes han sido trascendidos, no étnicamente (el *melting pot* es un mito) sino culturalmente. Por otra, que esta transcendencia opera a través de una nivelación en el más bajo denominador común, la cultura que por excelencia conviene al capitalismo, la del *homo consumens*.

La cuestión regional y la problemática del “subdesarrollo”

15. Saquemos algunas observaciones generales de esta rápida ojeada que acabamos de efectuar.

No hay que confundir desigualdades de desarrollo en los centros y desigualdades nacionales. Estas pueden coincidir con aquellas, pero también pueden existir separadamente, no coincidir, incluso ser inversas unas con respecto a otras.

A *fortiori*, no se debe asimilar la problemática de estas desigualdades en los centros con la de la oposición centro/periferia en el sistema imperialista. La analogía tiene sus límites. En un caso —el de Italia—, nos hallamos muy próximos de una problemática idéntica. Pero se trata de un caso excepcional.

La desigualdad no es un problema de ordenación del espacio. Esta división tecnocrática contemporánea tiene por objeto ocultar la naturaleza del proceso de desarrollo desigual, inherente al capitalismo: el funcionamiento de los bloques en los niveles estatal, global y locales.

Las luchas y los debates concernientes a los problemas regionales plantean todos ellos la cuestión de la universalidad de la cultura en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin duda, las desigualdades regionales de desarrollo expresan el desarrollo desigual de las fuerzas productivas. Pero la relación no es unilateralmente de causa a efecto en un sentido y en otro. Es dialéctica: la desigual madurez de las fuerzas productivas en su origen explica las modalidades diferentes de los bloques hegemónicos, que, a su vez, acentúan la opción en el desarrollo de las fuerzas productivas. En este sentido general, las diferentes desigualdades de desarrollo en la época capitalista, regionales y nacionales, presentan analogías y deben ser estudiadas de la

misma manera, por medio del análisis de la dialéctica luchas de clase/relaciones de producción y fuerzas productivas.

Una diferencia importante prohíbe no obstante transponer el análisis general de la articulación centro/periferia en la escala del sistema imperialista mundial a los problemas regionales: las desigualdades regionales actúan en el marco de un Estado capitalista unificado. Ahora bien, como hemos visto, la reproducción social de un sistema capitalista actúa por medio de las políticas de Estado, tanto por lo que se refiere a las condiciones internas de esta reproducción (políticas interiores de Estado) como a las condiciones exteriores (políticas exteriores). No existe ni instancia supraestatal, ni superimperialismo económico autónomo en relación con los Estados nacionales. La articulación de los bloques de clases internos y la articulación de las alianzas internacionales no son de la misma naturaleza. Los bloques internos locales se ordenan todos con relación a un bloque hegemónico nacional, que se expresa en y por medio del Estado.

1. Miklos Molnar, *Marx, Engels et la politique internationale*, Idées, 1975; Yvon Bourdet, *Otto Bauer et la révolution*, EDI, 1968; G. Haupt, M. Lowy, C. Weill, *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*, Maspero, 1974; *Histoire du marxisme contemporain*, 4. vols. Instituto Feltrinelli, 1977; Solomon F. Bloom, *The World of Nations. A study of the National implications in the work of K. Marx*, Columbia University Press, 1941; Horace B. Davis, *Nationalism and Socialism*, M. Press, 1967; Eric Hobsbawm, *The Age of Capital, 1848-1875*, Londres, 1975.

2. Como lo observa Miklos Molnar en *Marx, Engels et la politique internationale*, Idées, 1975. pág. 122.

3. Arthur Lehning, *Archives Bakounine*, Leyden; Fernand Rudé, *De la Guerre a la Commune*, Anthropos.

4. *Ibidem*.

5. Alexandre Koyré, pág. 234.

6. Para los autores citados más arriba, sobre todo austromarxistas, ver nota 1.

7. Para los autores italianos citados, ver Gramsci, *La question meridionale*, Einaudi; E. Sereni, *Il capitalismo nelle campagne 1860-1900*, Turín, 1968, Rosario Romeo, *Risorgimento e capitalismo*, Bari, 1963, Sergio Romano, *Histoire de l'Italie du Risorgimento a nos jours*, Points, 1977, Nicola Zitara, *L'unità d'Italia, nascita di una colonia*, Jaca, 1970; *Il proletariato esterno*, Jaca, 1972, Capecelatro y Cario, *Contra la questione meridionale*, Savelli, 1972; Benedetto Croce, *Histoire de l'Europe au XIX siècle*, Idées, 1973.

8. Véase: Hassan Riad, *L'Égypte nassérienne*, Minuit, 1964

9. K. Vergopoulos, *Le capitalisme difforme et la nouvelle question agraire*, Maspero, 1977.

10. Por ejemplo, Alexander Gerschenkron, *Economic Back wardness in Historical Perspective*, N.Y., 1962.
11. Capecelatro y Cario, *Contra la questione meridionale*, Savelli, 1972.
12. E. Sereni, *Il capitalismo nelle campagne 1860-1900*, Turin, 1968.
13. Rosario Romeo, *Risorgimento e capitalismo*, Bari, 1963.
14. Eric Hobsbawn, *The Age of Capital, 1848-1875*, Londres, 1975.
15. Yannick Guin, *Histoire de la Bretagne de 1789 a nos jours*, Maspero, 1977.
16. Maurice Goldring, *L'Ir/ande, idéologie d'une révolution nationaliste*. Ed. Sociales, 1975.
17. Pierre Vilar, Pierre Vilar, *Catalogne et régionalisme en Espagne*, Flammarion, 1969; Gerald Brenan, *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, París, 1962.
18. Karl Marx, *La cuestión judía*.
19. Elise Marienstras, *Les mythes fondateurs de la nation américaine*, Maspero, 1975.

Capítulo VI

Centro y periferia en el sistema capitalista

La cuestión nacional hoy

El tema de este capítulo reposa sobre el conjunto de nuestros trabajos, dedicados principalmente al análisis de la base material de la reproducción del sistema capitalista contemporáneo como sistema mundial.

No vamos a volver aquí sobre este análisis, únicamente sobre sus conclusiones a propósito de la división internacional desigual del trabajo (sección I) para, a partir de ahí, describir y analizar la estructura de clases del sistema imperialista contemporáneo (sección II) y situar, en ese marco, la cuestión nacional en la época contemporánea (sección III).

I. La división internacional desigual del trabajo, base material del sistema imperialista contemporáneo

El análisis conduce a la puesta de relieve de una diferencia fundamental entre el modelo de la acumulación autocentrada y el que caracteriza al sistema capitalista periférico, rechazando al mismo tiempo cualquier teoría lineal de las etapas del desarrollo. Excluye la perspectiva de un capitalismo acabado, autónomo, en la periferia. Afirma que la ruptura socialista es aquí objetivamente necesaria. En ese sentido muy preciso, pretende pues que el movimiento de liberación nacional constituye un momento de la transformación socialista del mundo y no una etapa del desarrollo del capitalismo a escala mundial. Se trata de una cuestión permanente, pero que se plantea continuamente en términos nuevos. Estos términos nuevos son los que aquí nos proponemos examinar.

Recordemos que los conceptos de centro y periferia, esenciales en este análisis, que son rechazados por todas las corrientes pro-imperialistas en el seno del marxismo, fueron introducidos por Lenin, en relación directa con su análisis del sistema imperialista¹.

1. La articulación determinante en un sistema capitalista autocentrado es aquella que une el sector de la producción de bienes de consumo de masas con el sector de la producción de bienes de equipamiento. Esta articulación determinante caracterizó efectivamente el desarrollo histórico del capitalismo en el centro del sistema (en Europa, en América del Norte, y en Japón). Define, así pues, abstractamente el modo de producción capitalista puro y fue analizada, como tal, en *El Capital*. Marx señala en efecto que en el modo de producción capitalista existe una relación objetiva, es decir, necesaria, entre la tasa de plusvalía y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. La tasa de plusvalía determina en lo esencial la estructura de la distribución social de la renta nacional, su división entre los asalariados y los beneficios, y por ello, la de la demanda: los salarios absorben lo esencial de la demanda de bienes de consumo de masas, los beneficios son en su totalidad o en parte ahorrados con objeto de ser invertidos. El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas se expresa en la división social del trabajo: la asignación de la fuerza de trabajo, en las proporciones adecuadas, a cada una de las dos secciones.

2. Aunque este modelo resulte muy esquemático, no por ello deja de traducir lo esencial del sistema. Hacemos aquí abstracción de las relaciones exteriores, lo que significa, no que el desarrollo del capitalismo se haya producido en un marco nacional autárquico, sino que las relaciones esenciales en el sistema pueden ser consideradas haciendo abstracción de esas relaciones. Dicho más precisamente, las relaciones exteriores se encuentran sometidas a la lógica y a las exigencias de la acumulación interna autocentrada. Por otra parte, el carácter históricamente relativo de la distinción entre el consumo de masas y el de lujo aparece claramente aquí de la misma manera. En el sentido estricto del término, deben ser considerados como productos de lujo aquellos cuya demanda proviene de la fracción consumida del beneficio, mientras que la demanda que procede de los salarios se amplía con el progreso de las fuerzas productivas. Sin embargo, esta sucesión histórica del tipo de los productos de masa tiene una importancia decisiva para la comprensión del problema que nos preocupa. La estructura de la demanda en los comienzos del

sistema favorece la revolución agrícola, al ofrecer una salida a los productos alimenticios para el mercado interior. El capitalismo agrario es así pues anterior a la expansión y al perfeccionamiento del modo capitalista en la industria.

3. De las elecciones de este esquema retendremos tres conclusiones importantes:

a) La aparición del modo de producción capitalista, en las regiones que llegarán a ser los centros del sistema capitalista mundial, procede de un proceso interno de desagregación de los modos precapitalistas (feudal en este caso). Esta desagregación de las relaciones de producción feudales en el mundo rural europeo constituye el marco social que permite la revolución agrícola, la cual precede y hace posible la revolución industrial. El aumento previo de la productividad en la agricultura hace posible la expulsión fuera del mundo rural de un excedente de población proletarizada y libera simultáneamente el excedente alimenticio comercial necesario para la producción de este proletariado.

b) La articulación en el tiempo y en el espacio de las alianzas de clases que permiten a las nuevas relaciones capitalistas ensancharse en la industria, aunque reviste formas diversas, expresa siempre la misma condición principal: la alianza de la nueva clase dominante (la burguesía industrial) y de la propiedad de la tierra (ya sea campesina, después de una revolución como la francesa, ya sea latifundista, mientras la antigua propiedad feudal se transforma para integrarse en el mercado, como en Inglaterra o en Alemania), en el marco de un Estado nacional acabado y poderoso.

c) De este modo, la sumisión de las relaciones externas (económicas y políticas) a las exigencias de la acumulación interna va dando forma progresivamente al sistema capitalista mundial. Este emerge como un conjunto de formaciones centrales, autocentradas e interdependientes (aunque estén desigualmente avanzadas) y de formaciones periféricas sometidas a la lógica de la acumulación en los centros que las dominan.

De esto hay que concluir que, si bien la visión de un desarrollo por etapas (con solo algún retraso histórico de unos con respecto a otros) es, en líneas generales, válido por lo que se refiere a la

constitución progresiva de los centros, no lo es sin embargo para la de las periferias.

Esta conclusión es el objeto esencial de las divergencias explícitas o implícitas en todos los debates a propósito del porvenir del Tercer Mundo. La tesis contraria mantiene en efecto implícita o explícitamente que, a pesar de su origen extravertido, las economías subdesarrolladas, a través de las etapas específicas de su evolución, progresan hacia la constitución de economías autocentradas acabadas, capitalistas o socialistas según cada caso, por unas razones que se sitúan en terreno independiente del que define nuestro método de análisis.

4. Consideremos las etapas de la evolución de las periferias del sistema capitalista mundial por lo menos desde mediados del siglo pasado. En este modelo de la acumulación en la periferia del sistema mundial tenemos en su origen, bajo el impulso del centro, la creación de un sector exportador que va a jugar el papel determinante en la creación y la conformación del mercado. Para conocer la razón última que hace posible la creación de este sector exportador, es preciso pensar en las condiciones que hacen a ese establecimiento rentable. El capital central nacional no se ve obligado a emigrar como consecuencia de una insuficiencia de salidas posibles en el centro: emigrará hacia la periferia si allí puede obtener una remuneración mejor. La perecuación de la tasa de ganancia redistribuirá los beneficios de esta mejor remuneración y hará aparecer la exportación de capitales como un medio de combatir la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Obtener en la periferia productos que constituyan elementos constitutivos del capital constante (materias primas) o del capital variable (productos alimenticios) con precios de producción inferiores a los que caracterizaban la producción en el centro de productos análogos (o de sustitutivos cuando se trata de productos específicos), esa es la verdadera razón de la creación de este sector exportador.

5. Aquí es donde se inserta la teoría necesaria del intercambio desigual. Los productos exportados por la periferia son interesantes en la medida en que la diferencia de las remuneraciones del trabajo es mayor que la de las productividades. Y puede serlo a partir del

momento en que la sociedad se encuentra sometida por todos los medios, económicos y extraeconómicos, a esta nueva función: proporcionar mano de obra barata para el sector exportador. Desde ese momento, la articulación principal que caracteriza el proceso de acumulación en el centro –el cual se traduce en la existencia de una relación objetiva entre la remuneración del trabajo y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas– desaparece completamente. La remuneración del trabajo en el sector exportador será tanto menor cuanto lo permitan las condiciones económicas, sociales y políticas. En cuanto al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, será heterogéneo (mientras que, en el modelo autocentrado, era homogéneo), avanzado en el sector exportador, atrasado en el resto de la economía –siendo este retraso, mantenido por el sistema, la condición que permite al sector exportador beneficiarse de una mano de obra barata.

6. En estas condiciones, el mercado interior engendrado por el desarrollo del sector exportador será limitado e inducido. El carácter restringido del mercado interno explica el hecho de que la periferia solo atraiga un volumen limitado de capitales procedentes del centro, cuando les ofrece una remuneración mejor. La contradicción entre la capacidad de consumir y la de producir es superada en la escala del sistema mundial como conjunto (centro y periferia), a través de la expansión del mercado en el centro; la periferia solo desempeña una función subalterna y limitada. Esta dinámica conduce a una polarización ascendente de la riqueza en beneficio del centro.

No obstante, a partir de un cierto nivel de expansión del sector exportador, aparece un mercado exterior. Con relación al mercado engendrado en el proceso central, éste es inducido en detrimento de la demanda de bienes de consumo de masas, en favor del de lujo. Si todo el capital invertido en el sector exportador fuera extranjero y si todos los proyectos de este capital fueran reexportados hacia el centro, el mercado interno se limitaría de hecho a una demanda de bienes de consumo de masas tanto más limitada cuanto más débil fuera la remuneración del trabajo. Pero, en efecto, una parte de este capital es local. Por otra parte, los métodos puestos en funcionamiento para asegurar una remuneración débil del trabajo

están fundados en el reforzamiento de capas sociales locales diversas que cumplen la función de correa de transmisión: latifundistas aquí, kulaks allá, burguesía comercial compradore, burocracia estatal, etc. El mercado interno estará fundado pues principalmente en la demanda de lujo de estas capas locales.

Este esquema corresponde efectivamente a la realidad histórica que caracteriza la primera fase del sistema imperialista. Esta fase conoció sin duda su edad de oro entre 1880 y 1914, aunque comenzara algo antes en América Latina, y se prolongara a veces en otros lugares, hasta los años 50 de nuestro siglo, sobre todo en África tropical. Es esta la era del pacto colonial, de la forma colonial o semicolonial de la dominación ejercida sobre las periferias.

7. En oposición al modelo central, este modelo manifiesta tres caracteres cualitativamente diferentes:

a) El modo capitalista es en este caso introducido desde el exterior, por medio de la dominación política. No existe desagregación de las relaciones rurales precapitalistas, sino algo muy diferente, deformación por sumisión a las leyes de la acumulación del modo capitalista central que las domina. Esto se expresa a través de la ausencia de revolución agrícola previa, es decir, a través del estancamiento de la productividad en la agricultura.

b) Las alianzas de clase que proporcionan el marco político para la reproducción del sistema no son principalmente unas alianzas de clases internas, sino una alianza internacional entre el capital de los monopolios dominantes y sus aliados (subalternos), a grandes rasgos: los feudales (léase: la gama variada de las clases dominantes en los sistemas rurales precapitalistas) y la burguesía compradore. No existe un Estado nacional realmente acabado independiente del servicio de estas clases locales, sino únicamente administraciones al servicio del capital de los monopolios, directamente (caso colonial) o indirectamente (caso semicolonial).

c) Las relaciones exteriores no se hallan en este caso sometidas a la lógica de un desarrollo interno, sino que son por el contrario motrices y determinantes del sentido y del ritmo del desarrollo.

8. Esta primera fase del imperialismo ha sido superada hoy. ¿Bajo el impacto de qué fuerzas y para dirigirse hacia una evolución de qué tipo?

El motor de la transformación lo constituye el movimiento de liberación nacional anti-imperialista. Este movimiento reúne en realidad tres fuerzas sociales: a) el proletariado naciente, sobre-explotado, b) la masa del campesinado, doblemente explotada por las clases locales que la dominan y el capital de los monopolios por cuenta de los cuales estos feudales se integraron en el mercado mundial, y c) la burguesía nacional, en el estadio de clase más potencial que real, que aspira a modificar los términos de la división internacional de trabajo para dotarse de una base económica. En efecto, la división internacional del trabajo del pacto colonial es simple: la periferia exporta únicamente productos primarios, con los cuales debe importar todos los productos manufacturados necesarios para la satisfacción de sus necesidades, principalmente las necesidades de consumo de lujo; la industria se encuentra prohibida. La burguesía nacional y el proletariado se disputan la dirección del movimiento de liberación nacional, es decir, la dirección de la revuelta campesina.

En conjunto, esta primera fase terminó con la victoria del movimiento de liberación nacional bajo la dirección de la burguesía. Esta victoria impuso al imperialismo una revisión de los términos de la división del trabajo, permitiendo de este modo el inicio de la industrialización del Tercer Mundo. Esta victoria puede ser fechada: es precoz en algunos lugares, por ejemplo en México, con la revolución de los años 10, en Turquía con Kemal Atatürk, en Egipto con el Wafd, en Brasil y Argentina de forma populista; tardía en otros lugares, en Asia del Sur después de la Segunda Guerra Mundial, en África, con la independencia de los años 60, etc. Excepto en Asia Oriental y en Cuba, en donde el movimiento de liberación nacional produce en este estadio una salida del sistema imperialista mundial, en todas partes la burguesía nacional triunfante se suma a una estrategia de industrialización que, en estos momentos, tiene un nombre; la estrategia de sustitución de importaciones.

9. Dado que la articulación específica, que se expresa a través de la unión del sector exportador con el consumo de lujo, caracteriza al modelo periférico, la industrialización por medio de la sustitución de importaciones comenzará por el final, es decir, por los productos correspondientes a los estadios más avanzados del desarrollo del centro, los bienes duraderos. Estos productos son altamente consumidores de capitales y de fuentes raras (mano de obra cualificada, etc.). De ello resulta una distorsión esencial en el proceso de asignación de los recursos en favor de estos productos, en detrimento de la producción de los bienes de consumo de masas. Este sector se hallará sistemáticamente desfavorecido: no suscitará ninguna demanda para sus productos y no atraerá ningún medio financiero y humano que permita su modernización. De este modo se explica el estancamiento de la agricultura de subsistencia, cuyos productos potenciales tienen poca demanda y no se beneficia de ningún medio de transformación serio en la asignación de recursos raros. Cualquier elección de estrategia de desarrollo fundada en la rentabilidad, teniendo en cuenta el carácter de las estructuras de la distribución de la renta, las estructuras de precios relativos y las de la demanda, conduce necesariamente a esta distorsión sistemática.

Visto desde el ángulo social, este modelo conducirá a un fenómeno específico: la marginalización de las masas. Entendemos por esto un conjunto de mecanismos de empobrecimiento de las masas, en formas, por otra parte, heterogéneas: proletarización, semi-proletarización y empobrecimiento sin proletarización de los campesinos, urbanización y aumento masivo del paro urbano y subempleo, etc. La función del paro y del subempleo es pues aquí diferente de la que cumple en el modelo central: el peso del paro asegura una remuneración mínima del trabajo relativamente rígida y bloqueada tanto en el sector de exportación como en el sector de la producción de lujo; el salario no aparece al mismo tiempo como coste y como ingreso creador de una demanda esencial del modelo, sino únicamente como coste, la demanda tiene su origen en otro lugar: en el exterior o en los ingresos de las categorías sociales privilegiadas.

El origen extravertido del desarrollo que se perpetúa a pesar de la diversificación creciente de la economía, de su industrialización, etc. no es una especie de pecado original exterior al modelo de acumulación periférica dependiente. Ya que se trata de un modelo de reproducción de sus condiciones sociales y económicas de funcionamiento. La marginalización de las masas es la condición que permite la integración de la minoría en el sistema mundial, la garantía de unos ingresos crecientes para esa minoría, lo cual condiciona la adopción por parte de ésta de modelos de consumo de tipo europeo. La extensión de este modelo de consumo garantiza la rentabilidad del sector de la producción de lujo y afirma la integración social, cultural, ideológica y política de las clases privilegiadas.

10. En esta fase de diversificación y de ahondamiento del subdesarrollo aparecen los nuevos mecanismos de la dominación/dependencia. Se trata desde luego de mecanismos culturales y políticos, pero también de mecanismos económicos: la dependencia tecnológica y la dominación de las firmas transnacionales. El sector de producción de lujo requiere en efecto inversiones de *capital intensivo* que únicamente las grandes firmas oligopolísticas transnacionales pueden ofrecer y que son el soporte material de la dependencia tecnológica. Pero también en esta fase aparecen unas formas más complejas de la estructura de la propiedad y de la gestión económica. La experiencia histórica nos muestra que una participación del capital local privado, o público, aunque sea subalterna, en el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, es frecuente. También nos muestra que, al menos en los grandes países, un mercado suficiente creado por el desarrollo de los sectores de exportación y de la producción de lujo puede permitir la creación de un sector de producción de bienes de equipo. El cual es frecuentemente impulsado por el Estado. El desarrollo de una industria de base y de un sector público no significa sin embargo que el sistema evolucione hacia una forma autocentrada acabada. Ya que este sector de equipamiento no está al servicio del desarrollo del consumo de masas, sino del crecimiento de la producción de exportación y de la producción de lujo.

11. Esta segunda fase del imperialismo no constituye pues de ningún modo una etapa hacia la constitución de una economía autocentrada. No reproduce una fase anterior del desarrollo central, sino que prolonga por el contrario la primera fase extravertida. Veamos:

a. La revolución agrícola no siempre ha tenido lugar. Sin duda es preciso introducir aquí algunos matices. La burguesía nacional en el poder procedió frecuentemente a la eliminación de las antiguas alianzas con el imperialismo e introdujo principalmente reformas agrarias a partir de las cuales se inició en algunos casos un cierto desarrollo del capitalismo en la agricultura (la “revolución verde”). ¿Es posible que este desarrollo pueda eliminar el retraso original de la agricultura y aproximar el modelo periférico al modelo central? Esta cuestión debe ser resuelta no en teoría sino de hecho. Ahora bien, se constata que el retraso relativo de la agricultura se acentúa hasta el punto de llegar a la paradoja de que los países del Tercer Mundo, con una mayoría de población rural, se han convertido en importadores de productos alimenticios. La razón de este fracaso es política: en nuestra época, la burguesía debe apoyarse en las clases capaces de dominar a los campesinos, aunque sean ampliadas (*kulaks* en lugar de grandes propietarios), no puede apoyarse en la masa campesina cuyos intereses se hallan en conflicto con los de la burguesía. Si las burguesías centrales dispusieron del tiempo necesario para una acumulación primitiva lenta, fundada en la alianza con los campesinos, las de la periferia se encontraron con una doble presión, la exterior de los monopolios por una parte y la de la masa interior del socialismo, por otra.

b. Las alianzas de clase dominantes siguen siendo internacionales: la burguesía es sustituida por los antiguos feudales y compradore² como aliado subalterno del imperialismo. Por esa razón, la burguesía pierde a partir de esta segunda fase su carácter nacional anterior: se convierte en “compradore”. El Estado nacional que domina sigue siendo por esta razón débil y mediocrementemente integrado.

c. La prosecución del proceso de desarrollo sigue dependiendo de las exportaciones que continúan limitándose a las materias primas. Este motor principal de financiamiento de las importaciones

necesarias de equipamiento impone en última instancia los ritmos de crecimiento, que en este sentido continúan siendo extravertidos.

12. La crisis de esta segunda fase del imperialismo se abre con la reivindicación de un “nuevo orden económico internacional”.

Reducida a su esqueleto esencial, esta reivindicación parece ser la siguiente: imponer un aumento de los precios de las materias primas exportadas por los países del Tercer Mundo para disponer de los medios suplementarios que permitan, con la importación de las tecnologías avanzadas, financiar una nueva etapa de la industrialización caracterizada por la exportación masiva, hacia los centros de productos manufacturados, procedente de las periferias que se benefician de los recursos naturales favorables y de una mano de obra abundante y barata (esa es la razón de que se reivindique el acceso a los mercados de los países desarrollados para estos productos industriales).

Esta reivindicación constituye, desde 1973, el objetivo común aparente del conjunto de los Estados del Tercer Mundo. Se presenta como la condición necesaria y suficiente para acabar de conformar la independencia política, dándole una base económica.

Se presenta igualmente como una reivindicación posible común a todos los Estados del Tercer Mundo, independientemente de sus opciones sociales y de sus simpatías internacionales.

13. Esta nueva situación plantea algunas cuestiones esenciales acerca de las cuales resulta necesario un debate totalmente abierto.

La primera cuestión consiste en saber si la burguesía local –que por lo general domina en estos Estados– puede luchar contra el imperialismo para imponer su punto de vista. Algunos autores pretenden en efecto que esta nueva división internacional del trabajo constituiría el objetivo estratégico del imperialismo, y que esta reivindicación estaría por esta causa manipulada por los monopolios, particularmente norteamericanos, de tal modo que no expresaría un objetivo propio de los Estados del Tercer Mundo en conflicto con la estrategia del imperialismo. Estos autores, la mayor parte de las veces, conceden la preeminencia a los conflictos interimperialistas (Estados Unidos, Europa, Japón) con relación a este conflicto aparente Norte-Sur. Sabido es que esta teoría fue formulada

abundantemente con motivo del aumento del precio del petróleo por la OPEP en 1973, tanto en sus versiones de derecha, como de izquierda o de ultra-izquierda. Los hechos condenan esta interpretación. En realidad, refleja únicamente las visiones ingenuas de una ultra-izquierda que, tomando sus deseos por realidades, querría que el bloque de las burguesías se presentara sin fisuras a escala mundial, con objeto de simplificar sobre el papel las tareas del proletariado.³

Ya en el pasado, la burguesía de las periferias se había enfrentado con el imperialismo. El paso de la primera a la segunda fase del imperialismo no había sido planificado por los monopolios: había sido impuesto por el movimiento de liberación nacional, cuando la burguesía de las periferias llegó a conquistar, contra el imperialismo, el derecho a la industria. Pero, como hemos dicho, la estrategia de industrialización desplegada durante esta segunda fase transformó las relaciones entre la burguesía de las periferias y los monopolios. La burguesía periférica dejó de ser nacional para convertirse en el aliado subalterno del imperialismo al integrarse en la nueva división del trabajo. Este aliado se rebela hoy para reivindicar nuevas modalidades de la división del trabajo. No es que llegue a convertirse en nacional por ello, ya que su reivindicación se sitúa en el seno del sistema, pero al menos se rebela. Si esta rebelión hubiera de tener alguna salida, inauguraría simplemente una nueva fase del imperialismo, caracterizada por una nueva división del trabajo. En teoría no cabe ninguna duda de que esta rebelión es recuperable.

Pero únicamente en teoría, ya que lo que en la historia cuenta son los accidentes de recorrido, y de estos puede haber, y graves, en las periferias y en los centros durante la transición llena de contradicciones entre la segunda y la tercera fase teórica del imperialismo.

14. La segunda cuestión consiste en saber si esta tercera fase eventual constituirá o no una etapa hacia la autonomía de las periferias. Las burguesías del Tercer Mundo lo pretenden, tal como lo afirmaron en la época de la segunda fase. Ahora bien, los hechos desmintieron estas ilusiones, compartidas en aquella época por una importante fracción de la izquierda en el Tercer Mundo.

En realidad, esta reivindicación, si tuviera algún desenlace, no sería de ningún modo una etapa a lo largo de una línea de desarrollo que condujera progresivamente a una expansión de formaciones capitalistas acabadas, análogas a las de los centros desarrollados. La razón de esto es que la nueva división del trabajo estará fundada en la exportación por parte de la periferia de productos manufacturados baratos, es decir, para los cuales la ventaja de los salarios inferiores, teniendo en cuenta las productividades comparadas, permite un aumento de la tasa de ganancia en la escala del sistema mundial. La perecuación mundial de la ganancia modificaría así los precios relativos y, por este hecho, ocultaría la transferencia suplementaria de valor de la periferia hacia el centro. Dicho de otro modo, la nueva división del trabajo perpetuaría y agravaría el intercambio desigual. Perpetuaría también en las periferias la distorsión de la estructura de la demanda en detrimento del consumo de masas, del mismo modo que en las fases precedentes. El desarrollo del sistema mundial seguiría siendo pues fundamentalmente desigual. De ese momento, la demanda externa seguiría siendo la fuerza motriz principal que impulsará este tipo de desarrollo siempre dependiente.

Precisemos que, en este marco de la dependencia renovada, el retraso de la agricultura debería también perpetuarse. Es posible introducir aquí algunos matices, sin duda, pues, a pesar de todo, el capitalismo continuaría su progresión en la agricultura, comenzada en la segunda fase del imperialismo, pero con ritmos muy inferiores de progresión en los sectores tradicionales y nuevos de exportación así como en el de la producción de lujo para el mercado interno, que se benefician de una importación masiva de las tecnologías más avanzadas.

15. En este marco general, debemos preguntarnos cuál sería la significación real de los eslogans referidos al desarrollo aut centrado y la autonomía colectiva que acompañan a la reivindicación de esta nueva división internacional del trabajo.

El primero de estos eslogans carecería verdaderamente de contenido. En realidad no se trataría de otra cosa sino de la justificación ideológica de la pretensión imposible de que un

desarrollo por etapas progresivas en el seno del sistema mundial de la división desigual del trabajo debería conducir a la independencia económica.

16. El segundo eslogan adquiere por el contrario un sentido en esta perspectiva, pero un sentido muy particular. Las primeras fases del imperialismo no implicaban ninguna cooperación entre países y regiones de la periferia. Exclusivamente extravertidos y limitados en su industrialización a la satisfacción de su mercado interno, las economías periféricas no tenían nada que intercambiar entre ellas. En principio, la tercera fase de la división desigual del trabajo no requiere una mayor cooperación positiva entre países del Tercer Mundo, excepto la de llevar en conjunto la lucha por el aumento de los precios de sus exportaciones primarias (a través de la asociación de los productores), ya que el segundo impulso de industrialización periférica estaría impulsado por la exportación hacia los centros. Hay que añadir que los países del Tercer Mundo son unos candidatos muy desiguales cuando se trata de obtener beneficios de esta nueva división del trabajo. Los que se hallan mejor situados en el plano de su potencial económico (recursos naturales abundantes, proletarización más avanzada, etc.) podrían avanzar más rápidamente por el camino de la dependencia si dispusieran igualmente de los mercados de los países menos desarrollados y si pudieran tener acceso directo a sus abastecimientos de materias primas y de productos alimenticios baratos. La problemática llamada del sub-imperialismo se inscribe aquí naturalmente.

Un ejemplo ilustrará esta división de la articulación del Tercer y del Cuarto Mundo en la nueva perspectiva global. Los países del Golfo, Egipto y Sudán serían en su conjunto –si estuvieran a punto las condiciones políticas, lo que no ocurre hoy, ni mucho menos– un buen candidato. El Golfo suministraría los capitales, la industria de exportación estaría concentrada en Egipto, y Sudán exportaría hacia este último país sus productos alimenticios. Examinemos más de cerca el mecanismo de esta articulación. Aún en el caso de que la agricultura sudanesa pudiera ser modernizada para proporcionar el excedente exportable necesario, su productividad, aún por mucho tiempo, seguiría siendo inferior a la de los países avanzados. Ahora

bien, los productos alimenticios sudaneses deberán ser competitivos con los de América del Norte en el mercado egipcio, con objeto de mantener en Egipto los salarios más bajos posibles. Esto solo sería conseguible a condición de que el campesino sudanés siguiera sobre-explotado (remuneraciones del trabajo más desiguales que la distribución de las productividades). El proletariado egipcio, por su parte, también lo estaría; su bajo salario, unido a su productividad relativamente elevada, permitirían la exportación de su producto hacia los centros. Un intercambio desigual doble y articulado actuaría en favor del centro; Sudán dejaría de estar en dependencia directa con el centro para convertirse en el *partenaire* de la periferia de primer rango, donde se concentra la industria exportadora.

17. Pero, si este es el contenido de la organización de la nueva fase del imperialismo, ¿no puede también tener un sentido totalmente diferente la triple reivindicación de autonomía nacional, autonomía colectiva y un nuevo orden mundial? ¿No puede aspirar a otros objetivos? ¿En qué condiciones?⁴

Si el eje de la interpretación neo-imperialista de este programa lo constituye la nueva división internacional desigual del trabajo a la que se someten las estrategias internas, como los objetivos de cooperación entre países del Tercer Mundo, el mismo programa adquiere un sentido totalmente distinto cuando se procede a la inversa, es decir, cuando se definen en primer lugar los objetivos internos de un desarrollo realmente autocentrado y popular y se examinan a continuación las direcciones en las que habría que actuar sobre el orden mundial con objeto de favorecer la realización de estos objetivos.

Un desarrollo verdaderamente autocentrado es necesariamente popular, ya que el desarrollo extravertido, en todas las fases de la evolución del sistema imperialista, beneficia efectivamente a las clases dominantes privilegiadas que se constituyen en alianza con los monopolios. De manera inversa y complementaria, un desarrollo popular solo puede ser nacional y autocentrado. Ya que, para servir a las grandes masas campesinas, la industrialización debe ser en primer lugar puesta al servicio de la mejora de la productividad rural. Del mismo modo que, si se quiere servir a las masas populares

urbanas, es preciso renunciar a la producción de lujo para el mercado local y a la exportación, ya que ambas están fundadas en la reproducción de una fuerza de trabajo barata. Examinaremos pues más de cerca esta estrategia doble de independencia nacional y de progreso social.

Hasta aquí, la industrialización del Tercer Mundo no ha sido destinada a servir al progreso de la agricultura. De manera inversa que en los países del centro, donde la revolución agrícola precedió a la revolución industrial, los países de la periferia importaron la segunda sin haber realizado la primera etapa. Las distorsiones que los caracterizan, y la renovada dependencia en la que se encuentran encerrados, vienen de ahí. Es preciso pues cambiar esto radicalmente. La industria del Tercer Mundo sigue siendo parasitaria, en el sentido de que nutre su acumulación a cambio de la sangría del mundo rural en términos reales (obtiene su mano de obra a partir del éxodo rural) y financieros (sangría fiscal, términos del intercambio interno desfavorables para los campesinos, etc.), sin una contrapartida que apoye el despegue de la agricultura. ¿Cómo cambiar de rumbo? Está claro que todos los criterios de rentabilidad, que están necesariamente fundados en la reproducción de las estructuras de precios y de distribución de la renta, deben ser radicalmente abandonados para ser reemplazados por otros criterios de asignación de recursos. Aquí se plantean dos cuestiones esenciales, que nos contentaremos con señalar: 1) cómo articular un sector moderno de la industria, renovado en sus orientaciones de base, con el sector de las pequeñas industrias rurales que permiten movilizar directamente las fuerzas latentes de progreso; 2) por qué la forma social que se impone aquí es la de la colectivización rural, incluso en un nivel débil de desarrollo de las fuerzas productivas, y no la forma de la agricultura privada, aunque sea remodelada por medio de una reforma agraria radical. Únicamente en estas condiciones el progreso de la agricultura, que debe en primer lugar recuperar su retraso histórico, podrá financiar una industrialización saneada y obtener un excedente alimenticio capaz de asegurar la independencia nacional.

De la misma manera, la industria debe ser puesta al servicio de las masas urbanas pobres y dejar de estar guiada por criterios de rentabilidad, que favorecen el mercado local privilegiado y la exportación hacia los centros desarrollados.

De todos modos, la industria remodelada de esta forma no puede encontrar sus modelos tecnológicos ya dispuestos en los países desarrollados. De ningún modo puede encontrarlos en el pasado tecnológico de los centros, adoptando técnicas de producción de ayer, como lo sugiere el tema de las tecnologías intermediarias. El problema que aquí se plantea es diferente, puesto que la industrialización debe permitir la revolución agrícola, mientras que en el centro ha sido edificada sobre esta. La verdadera cuestión no es pues la de las condiciones de la transferencia de tecnología sino la de las condiciones favorables para una creatividad en este terreno, no por motivos de nacionalismo cultural, sino por razones objetivas. Hay que señalar también otro problema: las tecnologías adoptadas transmiten necesariamente las relaciones de producción capitalistas, en tanto que el marco social exigido por la revolución agraria y la movilización urbana tiene que ser socialista. Se trata de una cuestión esencial, que traduce el carácter necesario del socialismo en la periferia, condición indispensable del progreso y de la independencia, sin que resulte de una simple decisión ideológica o moral; por esta razón no cesaremos de afirmar que el movimiento de liberación nacional de la periferia constituye en primer lugar un momento de la transformación socialista del mundo y únicamente a continuación una fase del desarrollo del capitalismo.

18. Un modelo de desarrollo autocentrado, si no es sinónimo en teoría de autarquía, puede conducir a ello, se quiera o no, por razones políticas internas y externas. Este puede ser el caso, no solo de países de gran extensión, como la URSS y China, sino también de pequeños países (Corea, Vietnam, Camboya, Cuba, Albania, etc.). A pesar de que la autarquía no sea por sí misma sinónimo de desarrollo autocentrado (pensemos en Birmania), en determinadas circunstancias puede ser la condición necesaria.

Pero la autarquía impuesta puede también, si es demasiado brutal, entorpecer el desarrollo autocentrado al imponerle unos costes

suplementarios que podrían en algunos casos ser excesivamente fuertes. Pues no se trata de rechazar cualquier teoría de las ventajas comparativas; es preciso únicamente constatar que, si la división internacional del trabajo es desigual, la tesis de las ventajas comparadas pierde su validez. Un país que elija la vía autoconcentrada y popular puede encontrarse en una situación tal que importar algunos *inputs* necesarios para la aceleración de su desarrollo (sobre todo, en algunos casos, la energía, o determinadas materias primas, o algunos equipamientos) le sea relativamente menos costoso que prescindir de ellos.

19. Para responder a este tipo de problemas, los Estados liberados del Tercer Mundo podrían actuar colectivamente en dos direcciones.

En primer lugar, la ayuda mutua. Estos países, ricos en recursos naturales, las más de las veces explotados en beneficio exclusivo de los países desarrollados, podrían intercambiar entre ellos las materias primas útiles para sus proyectos nacionales de desarrollo autónomo. En el momento actual, estas importaciones se realizan casi siempre a través de los centros desarrollados que controlan los mercados de las materias primas y centralizan las facilidades de pago. Mediante acuerdos de ayuda mutua (acuerdos de comercio y acuerdos de pagos multilaterales), los países liberados del Tercer Mundo podrían cortocircuitar a estos intermediarios. Por otra parte, los intercambios en materia de tecnología podrían acelerar la puesta en funcionamiento de técnicas de producción apropiadas, ya que los problemas que tienen que resolver estos países son frecuentemente análogos. Como se ve, el tipo de cooperación entre los países del Tercer Mundo es muy diferente del que tiene lugar en el marco neo-imperialista. No se trata ya de mercados comunes que no hacen sino reproducir y agravar las desigualdades de desarrollo. Proponemos las líneas generales de un acuerdo global (*package deal*) que se inscribe en el espíritu de una cooperación al servicio de un desarrollo nacional autónomo.

20. La segunda dirección de acción colectiva va encaminada a modificar la división internacional del trabajo entre países desarrollados y países del Tercer Mundo en el sentido de una reducción de la desigualdad, y no de una simple renovación sin

reducción de disparidades. Ya en estos momentos, un buen número de países del Tercer Mundo han optado por la idea de oponer al monopolio de los consumidores, unas asociaciones de productores de materias primas, reforzando estas asociaciones a través del establecimiento de fondos de apoyo colectivo. Una estrategia de desarrollo autocentrado implica todavía más. Exige, en efecto, y a título preliminar, el control nacional, estatal, de la explotación de los recursos naturales. Por esto entendemos no solamente la nacionalización formal de esta explotación, sino también y sobre todo la regulación del flujo de exportación, y su reducción al nivel de las importaciones exigidas por la estrategia interna de desarrollo autocentrado. Ya que, en la hora actual, la estrategia extravertida está fundada en una relación exactamente inversa: las exportaciones son primeramente impulsadas al máximo, únicamente en función de la demanda de los centros, para a continuación no plantear la cuestión de saber cómo utilizar los ingresos de estas exportaciones. La división internacional desigual del trabajo reposa sobre esta estrategia. La reducción de la desigualdad en la división del trabajo implica sin ninguna duda la reducción de los flujos de las exportaciones de materias primas. La formidable resistencia del mundo desarrollado a esta reducción demuestra claramente que el centro no puede prescindir del pillaje del Tercer Mundo. Si este pillaje tuviera que terminar, los centros se verían obligados a modificar sus estructuras de manera adecuada, para adaptarse a una nueva división internacional del trabajo menos desigual. Entonces, y solo entonces, podría empezar a hablarse de un verdadero nuevo orden mundial, y ya no únicamente de los términos nuevos de la división internacional desigual del trabajo.

21. Estas dos líneas generales, la de un nuevo orden imperialista y la de un orden que posibilitaría realmente un progreso en la liberación del Tercer Mundo, no constituyen dos temas abstractos, dos ramas posibles de una alternativa teórica. Se afrontan ya en los hechos, son objeto de conflictos cotidianos.

La razón de esto es ante todo el carácter contradictorio del movimiento de liberación nacional. Es este al mismo tiempo la expresión del desarrollo del capitalismo y la de su crisis.⁵ Las

tendencias del capitalismo y las del socialismo se enfrentaban, así pues, constantemente en el propio seno de este movimiento, precisamente porque las fuerzas del capitalismo son siempre aquí las de un capitalismo débil, periférico, dependiente, que objetivamente no puede realizar los objetivos de un capitalismo acabado. Estas fuerzas se enfrentan en el seno de todos los regímenes del Tercer Mundo. En aquellos de entre estos países que han roto con el capitalismo, es bien sabido que estas tendencias burguesas persisten. Pero, inversamente, los Estados capitalistas del Tercer Mundo no presentan ese carácter consumado y unilateral de los Estados capitalistas centrales. Esa es la razón de la volatilidad de sus regímenes y la matizada gama de situaciones que van desde el neocolonialismo triunfante hasta el nacionalismo en conflicto con el imperialismo, pasando por los neocolonialismos vergonzantes o en crisis.

El conflicto con el imperialismo es total. Los temas del nuevo orden internacional han sido aplazados completamente hasta el momento, como lo demuestran el fracaso de la IV CNUCED y la negociación Norte-Sur. En el plano ideológico, el Club de Roma se esfuerza por oponerles una construcción que la sustituya. Ocurre que los temas del nuevo orden vehiculizan la aspiración al control de los recursos naturales y al reforzamiento de los Estados nacionales, lo que no es admitido por el imperialismo.

En teoría, la nueva división desigual del trabajo convendría a todo el mundo, a las burguesías de la periferia y a los monopolios de los centros. Pues la transferencia de las industrias permitiría volver a crear en el centro un ejército de reserva de paro que un cuarto de siglo de crecimiento redujo hasta el extremo de hacer perder al sistema su flexibilidad normal. Este paro permitiría restablecer la tasa de plusvalía en el propio centro. A más largo plazo, el centro desarrollaría las nuevas actividades de control del conjunto del sistema –el “cuaternario” (*software*, actividades de investigación y desarrollo, etc.), las nuevas industrias motrices, el sector military–, renovando y profundizando de esta manera las condiciones de la hegemonía socialdemócrata en el centro.

Pero a largo plazo, como es sabido, todos muertos. Hoy, las resistencias a la transferencia de industrias imperan todavía ampliamente. Ahora bien, estos rechazos acorralan a las burguesías del Tercer Mundo que, como partenaires débiles, tendrían que soportar todo el peso de la crisis. Se hace entonces imposible atenuar las contradicciones sociales violentas en el Tercer Mundo: el déficit alimenticio aumenta, la implantación de las industrias de exportación se aplaza *sine die*, etc. Por esta razón, las condiciones políticas pueden evolucionar en un sentido favorable al inicio de un desarrollo autocentrado. La realidad es esta: la lucha del Tercer Mundo contra la hegemonía imperialista dominante. Por muchas razones, esta lucha sigue siendo hoy la fuerza principal de transformación del mundo.

II. La estructura de clase del sistema imperialista contemporáneo

La división internacional desigual del trabajo da cuenta de la estructura de clase del sistema imperialista contemporáneo, descrita y analizada más adelante.

A. En 1976, la población mundial había superado la cifra de 4 mil millones. De estos, 750 millones pertenecían a los centros capitalistas desarrollados (Europa: 370 millones; América del Norte: 250 millones; Japón: 110 millones), más de 2 mil millones a las periferias dominadas (Asia: 1.300 millones; África: 400 millones; América Latina: 350 millones) y 1.350 millones a los países no capitalistas (URSS y Europa Oriental: 360 millones; China, Vietnam, Laos, Camboya, Corea y Cuba: cerca de mil millones).

La población activa de los centros capitalistas, constituida en su inmensa mayoría por asalariados urbanos, se reparte en tres tercios sensiblemente iguales: la clase obrera, las viejas y nuevas pequeñas burguesías proletarizadas, las capas y clases medias (esencialmente proletarizadas) y capitalistas. De los aproximadamente 240 millones de asalariados explotados por el capital, existen hoy, con la crisis, cerca de 25 millones de parados (alrededor del 7 % de la población activa).

La población de la periferia es todavía en sus cuatro quintas partes rural (únicamente América Latina y el mundo árabe se encuentran ya fuertemente urbanizados) y se estima que el 75 % de los campesinos son pobres y/o explotados. Pero la población urbana de las periferias (400 millones) alcanza ya del orden de los dos tercios de la de los centros (600 millones), aumentando mucho más rápidamente. La cifra de los parados ya concentrados en las ciudades del Tercer Mundo alcanza por lo menos los 50 millones según las estimaciones más conservadoras, es decir dos veces la cifra de los parados en el centro en tiempo de crisis y seis o siete veces esa misma cifra en tiempos de prosperidad –la cual únicamente existe en el centro del sistema.

La distribución de las rentas de estas clases a escala mundial está indicada en el cuadro de la pág. 192. Se trata de cifras que es preciso tener presente. La cuestión fundamental de nuestra época es, en efecto, la de saber si el conjunto centro-periferia constituye un solo mundo, un solo sistema, o se trata de dos realidades relativamente autónomas entre sí.

Si se considera, como hacemos nosotros, que el sistema imperialista es la realidad primera dominante, se deben sacar algunas conclusiones:

1. La burguesía y las capas sociales privilegiadas ligadas a ella, que constituyen alrededor de la décima parte de la población del sistema, acaparan cerca de la mitad de la renta, lo que corresponde aproximadamente a una tasa de sobretrabajo arrebatado con relación al trabajo pagado del orden del 100 % (más adelante puede verse el sentido de este cálculo).

La categoría “capas medias y burguesías” agrupa a la burguesía en sentido estricto –la clase que posee y controla los medios de producción– y los cuadros de la gestión técnica y social de este control que, por esa razón, a pesar de su estatuto de asalariado, comparten en grados diversos el modo de vida y la ideología de la burguesía. Las rentas atribuidas a estas capas comprenden los beneficios de empresa no distribuidos.

La concentración de la burguesía en el centro del sistema resulta evidentemente de su carácter imperialista. El componente rural

domina todavía ampliamente entre la burguesía periférica. En la periferia, únicamente la burguesía urbana accede a estilos de vida de tipo europeo, esta clase representa apenas un uno por ciento de la población del sistema. Las capas medias y la burguesía urbana de las periferias (el componente rural de la burguesía se halla englobado en el campesinado) son todavía muy débiles numéricamente, hasta el punto de que la mitad de los efectivos y de las rentas provienen de América Latina.

2. El resto de las clases sociales proporcionan, pero en formas diversas, un sobretrabajo en beneficio, en última instancia, del capital que domina el conjunto del sistema y explota a unos y a otros. Este es el caso no solo de la clase obrera, sino también de la pequeña burguesía proletarizada (pequeños productores encadenados por los mecanismos del mercado) y de la gran masa de campesinos. Los islotes al margen del sistema –las reservas etnográficas– son en nuestros días insignificantes.

3. No es posible confundir hoy el proletariado con la clase obrera, y todavía menos con la clase obrera de los países imperialistas solamente. La clase obrera se compone por lo menos de cuatro fracciones.

Un tercio de la clase obrera ocupada es hoy explotada por el capital en la periferia del sistema rodeada por una masa de parados como mínimo igual. Produciendo en unas condiciones técnicas frecuentemente comparables, pero desprovista de los derechos más elementales, esta fracción de la clase obrera recibe unos salarios que no superan la sexta parte de los de la clase obrera explotada en el centro del sistema (la tasa de plusvalía es sin duda aquí, como media, del orden del 400 al 500 %).

En el centro, la clase obrera se encuentra, progresivamente, dividida en dos fracciones, de las cuales la más explotada aumenta en proporción relativa y se ve progresivamente desposeída de los derechos conquistados. Este tipo de división de la clase obrera sin duda no es enteramente nuevo, pero ha adquirido una amplitud más nítida y un carácter más sistemático, resultado de las estrategias globales del capital inauguradas durante la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos (cuando la población negra ocupa

masivamente el lugar de la antigua clase obrera en las metrópolis del Norte), extendidas por Europa tras la guerra con la inmigración masiva de los años 60. Ha alcanzado unos efectos políticos e ideológicos característicos: oposición de las viejas organizaciones, sindicales y partidistas, movimientos espontáneos, inestabilidad de los empleos (marginación de los jóvenes...), conjunción con el movimiento feminista (por su componente obrero), etc. Se ha establecido una barrera entre la categoría inferior y la categoría superior de la clase obrera de los centros, de tal modo que corresponde en líneas generales a un reparto de los efectivos numéricos que permite distinguir a la fracción relativamente estable de la clase obrera de la que sufre condiciones de trabajo más penosas, más inestables y peor remuneradas. Fundada en fraccionamientos nacionales (inmigrados en Europa), raciales (negros en los Estados Unidos), regionales (meridionales en Italia), sexuales (empleos femeninos temporales), esta división ha modificado ya radicalmente las condiciones de la lucha de clases con relación a las condiciones anteriores de hace solamente medio siglo. Inmigrados, minorías, mujeres y jóvenes constituyen hoy cerca de la mitad de la clase obrera de los centros.

La cifra absoluta de la clase obrera (trabajadores manuales asalariados) de la periferia ya no es algo insignificante. Pero la mayoría de estos trabajadores están empleados en pequeñas unidades, al ser limitado el empleo en las grandes unidades mineras, de transporte o en las grandes industrias de transformación, frecuentemente multinacionales. Esta característica de la clase obrera de la periferia no traduce principalmente el hecho de una productividad menor (correspondiente a la menor concentración del capital, sobre todo indígena); pues estas pequeñas empresas son frecuentemente modernas. Traduce sobre todo la estructura de la división internacional del trabajo industrial, desigual, y por ello el peso relativo más importante en la periferia de las industrias ligeras, de las subcontratas y del mantenimiento. Teniendo en cuenta las diferencias de costes de vida entre la ciudad y el campo, los salarios medios de la clase obrera son frecuentemente tan débiles como las rentas del campesinado.

Para las periferias, hemos optado por dar únicamente una indicación del paro urbano, sin tener en cuenta el subempleo rural abierto (campesinos sin tierra que solo encuentran ocupación para su fuerza de trabajo una parte del año) u oculto. La estimación es conservadora al máximo (25 % de la población urbana activa).

La fracción superior de la clase obrera de los centros no crece ya en efectivos (decreciendo por lo tanto en proporción). Sigue estando fuertemente organizada. Pero a partir de ahora comprende una importante proporción de encargados, controladores, etc.; cuyas tareas se sitúan a mitad de camino entre la producción directa y la organización del trabajo. La “aristocracia obrera”, que piensa ha de solidarizarse con el sistema social e ideológico capitalista, se recluta en esta categoría.

El ejército activo de reserva industrial nunca ha sido desdeñable, contrariamente a ciertos discursos ideológicos. No ha sido nunca inferior al 25-33 % de la clase obrera. Pero su gran masa, estructuralmente estable, se encuentra progresivamente localizada en la periferia. Una vez más, se trata de un fenómeno nuevo, posterior a 1945. Las fluctuaciones coyunturales del paro en el centro siguen siendo importantes, pero modestas en relación con el continuo crecimiento del ejército de reserva en la periferia, incluso en los períodos de prosperidad. Este es un hecho que pesa evidentemente en las condiciones comparadas de la lucha de clases, teniendo asimismo efectos ideológicos y políticos. Las tendencias nuevas de la división internacional del trabajo (el nuevo despliegue) se articulan en esta estructura.

4. Las categorías reunidas en el apartado “pequeña burguesía proletarizada” de los centros ofrecen una apariencia heterogénea. La barrera aquí ha sido colocada en un nivel de ingresos que no es significativamente más elevado que el de las categorías superiores de la clase obrera. El término pequeña burguesía resulta sin duda poco apropiado. Ya que, aunque designe bien el estatuto de los pequeños productores (artesanos y pequeños comerciantes) algunas de cuyas categorías se ven progresivamente arruinadas por la concurrencia de las empresas capitalistas modernas, resulta equívoco en lo que concierne a la nueva pequeña burguesía en

expansión numérica. Ahora bien, se trata aquí principalmente de asalariados que, al no tener otra cosa que vender que su fuerza de trabajo, son de hecho proletarios (como, por otra parte, lo testimonia el nivel de sus salarios). Además, el proceso de descualificación progresiva de estos empleos no manuales es muy rápido. Ahora bien, la aplastante mayoría de esta categoría (80 %) está constituida ⁶por asalariados, sobre todo de este tipo. Existen paralelamente, es cierto, nuevas categorías de pequeños productores, los mecánicos, por ejemplo, aunque a diferencia de los antiguos se encuentran estos frecuentemente sometidos formalmente al capital dominante. Sin duda una estratificación social fundada, en el plano empírico, en datos relativos a los ingresos comporta el defecto de esta heterogeneidad.

La masa numérica de la pequeña burguesía proletarizada, asalariada en su conjunto, es ya más importante que la de la clase obrera a escala del sistema en su conjunto. El nivel de vida de este nuevo estrato proletario –solo tiene para vender su fuerza de trabajo– no es significativamente diferente del de la clase obrera. Su concentración en el centro del sistema es el resultado en gran medida de la división internacional del trabajo, desigual, entre el centro y la periferia. Los efectos ideológicos de la formación de esta nueva capa proletaria son visibles ya: movimientos radicales americanos centrados en una problemática distinta de la de la clase obrera tradicional (problemas personalizados, modo de vida, feminismo, etc.) relacionados tal vez con la naturaleza de la integración de esta categoría en el proceso de trabajo, neoliberalismo y anarquismo europeo, etc. La cuestión está en saber cómo se cristalizará esta categoría: en clase autónoma, en fracción del proletariado, o en pequeña burguesía oscilante...

La categoría “pequeña burguesía proletarizada” de las periferias se define con objeto de reunir todas las ocupaciones del pequeño proletariado urbano cuyos ingresos apenas son mejores –lo que excluye para estos trabajadores un modo de consumo occidental; pero esta categoría es mucho más heterogénea que en el centro: la subcategoría de los asalariados del sector moderno (la análoga de la nueva pequeña burguesía) es aquí minoritaria (¿30 millones?), en

tanto que la subcategoría de los artesanos, pequeños comerciantes y servidumbre es mayoritaria.

5. La masa del campesinado pobre (minifundistas, pequeños campesinos desprovistos de medios de producción técnicos modernos) y explotado (obreros agrícolas, aparceros, etc.) de la periferia constituye la masa principal de los productores del sistema imperialista: 44% por sí sola, 55% si tenemos en cuenta los campesinos medios, definidos como aquellos cuyo producto medio por cabeza es doble. Los ingresos de esta enorme masa son insignificantes: 4% del producto total del sistema imperialista.

A propósito de esta masa campesina pobre y explotada, la cuestión fundamental, de la que volveremos a ocuparnos, consiste en saber si esta clase es explotada por el capital, y, en tal caso, en qué forma.

B. ¿Es posible utilizar el cuadro siguiente, considerado como un cuadro de la contrapartida en ingresos de la producción en el sistema capitalista, para analizar las contradicciones en el seno de este sistema (sin reducirlo al modo capitalista simple y abstracto) y obtener las tendencias de la acumulación que resultan de ellas?

1. Para el economista vulgar, no hay problema. Los precios constituyen la única realidad económica: nada existe sino la apariencia inmediata de los fenómenos, el valor, en el sentido marxista, es una categoría “metafísica” o un rodeo inútil; el capital y el trabajo son dos factores productivos distintos. Los ingresos de cada clase corresponden así pues a su contribución a la producción, la productividad de cada factor es medida por su remuneración, exceptuadas las imperfecciones de la concurrencia. Pero todo esto no es sino vulgar tautología.

ESTRUCTURA DE CLASE DEL SISTEMA IMPERIALISTA (1975)

	(1) Millones de activos	(2) Proporción de (1)	(3) Renta por activa (\$)	(4) Renta global (1000\$)	(5) Proporción de (4)	
A. CENTROS						
Campesinado						
Clase obrera	35	3%	4.350	150	6%	44%
categoría inferior	50	4%	2.900	150	6%	
categoría superior	60	4%	4.600	270	10%	
Pequeña burguesía proletarizada	110	8%	5.200	570	21%	
Capas medias y burguesía	90	7%	13.000	1.080	40%	
Parados	25	2%	—	—		
Total A	370	27%	6.000	2.220	83%	
B. PERIFERIA						
Campesinado:						
pobre y explotado	600	44%	200	120	4%	12%
medio	150	11%	400	60	2%	
propietarios y capitas.	50	4%	1.000	50	2%	
Clase obrera	50	4%	600	30	1%	
Pequeña burguesía proletarizada	80	6%	800	65	2%	
Capas medias y burguesía	20	1%	6.800	135	5%	
Parados urbanos	50	4%	—	—		
Total B	1.000	73%	460	460	17%	
Total General	1.370	100%	1.950	2.680	100%	

2. Para el marxista vulgar, este cuadro no presenta mayormente ningún problema. Su razonamiento sigue en efecto las siguientes líneas:

Si el grupo A constituyera un solo país, el valor producido se elevaría a 2 billones 220 mil millones de dólares (o sea, a 8.700 dólares por cada uno de los 225 millones de trabajadores productivos). El valor de la fuerza de trabajo sería medida por el valor pagado a los productores (1 billón, 40 mil millones de dólares). La plusvalía –forma del sobretrabajo en el modo capitalista– sería de 1 billón 80 mil millones de dólares y la tasa plusvalía del 100% aproximadamente.

Para el grupo B, no se puede hablar de modo capitalista en sentido estricto, pero puede hablarse de sobretrabajo, ya que se trata de una sociedad de clases (“semifeudal, semi-capitalista”). El valor producido se eleva a 460 millones de dólares, o sea a 520 dólares por trabajador productivo (en número de 880 millones). La productividad del trabajo sería como media del 6 % de lo que es en A. El volumen del sobretrabajo arrebatado por los explotadores –propietarios de tierras y capitalistas– se eleva a 185 mil millones (50 + 135); y la tasa de sobretrabajo con relación al trabajo necesario es de $185/275$, o sea 67% . Aunque los trabajadores de B sean más pobres que los de A, se hallan menos explotados.

Desde luego, no ignoramos en esta versión la posibilidad de transferencias de valor de B hacia A, pero en tres apartados solamente: 1) la propiedad de capitales que se explotan en B procedentes de A, beneficios visibles son transferidos de B hacia A; 2) si hay perecaución del beneficio a escala del conjunto A + B, una distorsión sistemática de las composiciones orgánicas (más fuerte en A) lleva consigo una distorsión valor/precio de producción desfavorable en B; 3) habrá que tener en cuenta por fm las imperfecciones de la concurrencia. Pero todo esto sigue siendo cuantitativamente débil.

Por nuestra parte, no aceptamos este punto de vista. Resulta de una ocultación sistemática del hecho imperialista, la cual expresa un punto de vista burgués en el seno del marxismo desfigurado, socialdemócrata o revisionista.⁷

7. Por el contrario, la misma naturaleza de este cuadro resulta problemática. Los precios en los que son contabilizados los ingresos constituyen una categoría empírica inmediata resultante de la suma de la remuneración real del trabajo, que las condiciones de su explotación permite y de un beneficio calculado en torno a una cierta tasa (o a varias). No se pueden deducir las productividades de la comparación de los ingresos (salarios + beneficios). Es preciso hacer lo contrario: partir del análisis comparativo de las condiciones de trabajo que definen las productividades comparadas y las tasas de extracción del sobretrabajo. Ya que las tendencias a las precauciones del beneficio se superponen a unas combinaciones de la remuneración del trabajo y la productividad del trabajo variables en razón de las condiciones de la explotación.

Además, el capital no domina realmente el conjunto de los procesos de trabajo en el seno del sistema: la gran masa de la producción agrícola y buena parte de la pequeña producción artesanal se encuentran únicamente sometidas a la dominación formal del capital sobre el proceso de producción, sin que éste se inmiscuya siempre en el proceso inmediato de trabajo. De tal modo es así que las clases sociales en presencia no podrían ser reducidas a dos, la burguesía y el proletariado, ni el sistema reducido al modo de producción capitalista funcionando a escala mundial.

Los campesinos de la periferia están integrados en modos de producción precapitalistas por el tipo de las relaciones sociales de producción y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que son modos de clase. Por esta razón la hipótesis de sociedades agrarias de autosubsistencia, las cuales correspondían a unos modos comunitarios anteriores a la división de la sociedad en clases (o al paso a la formación de las clases), tiene únicamente un alcance restringido y, en última instancia, equívoco: borra la integración de las sociedades agrarias de la periferia en el sistema imperialista. Ya que, por su parte, estas sociedades de clases precapitalistas se hallan completamente integradas en el sistema imperialista. El sobretrabajo proporcionado por los campesinos explotados, arrebatado por sus explotadores tradicionales, adquiere la forma de mercancía circulando en el conjunto del sistema, en el interior de los

países subdesarrollados, en los que constituye un elemento material constitutivo del valor de la fuerza de trabajo del proletariado local, y en el exterior, donde constituye uno de los elementos constitutivos del valor del capital constante y de la fuerza de trabajo del proletariado explotado en el centro. Además no podrían reducirse las formas de esta integración a una sola, llave maestra. En ocasiones la integración se encuentra situada exclusivamente en el terreno del mercado, sin intervenir del todo el capital en el proceso de trabajo inmediato.

En otras ocasiones y progresivamente, esta intromisión aparece, permaneciendo el productor aparentemente libre, pero solo aparentemente: se ve obligado a comprar abonos, insecticidas, instrumentos y máquinas agrícolas, a producir un determinado producto ante la vigilancia de los compradores, de la industria agrícola o de los servicios de encuadramiento o de difusión que le imponen unas técnicas determinadas de producción. Por esta razón, la sumisión formal al capital se va configurando progresivamente.

Tenemos, así pues, más de dos clases en presencia, porque no se trata de un solo modo de producción, el modo capitalista, sino de varios modos articulados en un sistema capitalista. Esta dominación global del capital sobre el sistema permite hablar del valor como la categoría dominante general de la forma del producto. Desde luego, el campo de la categoría de plusvalía es más limitado, y no podría, como el del sobretrabajo, ser extendido a los modos precapitalistas. Pero la dominación del capital permite la transformación del sobretrabajo de los productores explotados fuera del modo capitalista en plusvalía y finalmente en ganancia acaparada por el capital en general y su sección de monopolios en particular. Por esta razón resulta pertinente colocar la masa del sobretrabajo acaparado por el capital (masa engendrada en el modo capitalista y en los modos precapitalistas integrados y sometidos) en el valor pagado a la fuerza de trabajo explotada directa e indirectamente por el capital. Esto da una tasa de plusvalía global del sistema que rige el nivel de la, o de las, tasas de ganancia.

Ilustremos estos razonamientos referidos a la transferencia del valor (el término transferencia es discutible; se trata en realidad de la

repartición del valor entre las clases en presencia) a partir de las cifras indicativas del cuadro y de hipótesis, tan realistas como es posible, relativas a los diferentes niveles de desarrollo de las fuerzas productivas en acción en los diferentes modos de producción articulados, así como a las formas y a las tasas de explotación del trabajo. En realidad, las producciones tal como aparecen en las contabilidades nacionales no son estimaciones de los valores, sino cantidades estimadas en los precios de producción, abstracción hecha de las imperfecciones de la concurrencia. Se trata pues de transferencias con relación a los precios de producción, es decir, de distorsiones sistemáticas precios efectivos/precios de producción debidas a las diferentes condiciones de la lucha de clases y de la extracción del sobretrabajo. Tomemos la precaución de recordar que la productividad del trabajo es, en el marxismo, la del trabajo en una rama determinada que produce una mercancía con un valor de uso determinado y que no tiene sentido comparar las productividades de una rama con otra, como lo hace la economía vulgar, que confunde productividad y rentabilidad.

Podríamos sostener el siguiente razonamiento cifrado. Supongamos que los productores directos en el centro (clase obrera, campesinos, pequeña burguesía proletarizada: 255 millones de trabajadores) se encuentran todos explotados en unas condiciones técnicas tales que resulta máxima la productividad de su trabajo en cada una de las ramas de la producción interesada. Tomaremos como índice de esta productividad 100 para cada una de estas ramas. La remuneración del trabajo es de unos 4.300 \$ por trabajador y el valor creado se aproxima a 8.700, la tasa de plusvalía se sitúa alrededor del 100% .

En la periferia, tenemos 50 millones de obreros, 80 millones de pequeños burgueses proletarizados y 750 millones de campesinos que trabajan en unas condiciones de productividad y de explotación que no son idénticas a las de las ramas análogas de la producción central.

En la industria, las productividades son comparables, porque allí se ha instalado el modo capitalista. Admitamos no obstante que la productividad media en la periferia esté comparativamente en el

índice 50 (se encuentra probablemente en un índice inferior). Teniendo en cuenta esta diferencia de productividad, el valor producido por estos 50 millones de trabajadores, con la tasa de explotación media del centro (tasa de plusvalía del 100 %), sería de $0,50 \times 50 \times 8.700$, o sea 220 mil millones. Si el valor de la producción industrial de la periferia, constatado en el plano empírico, es decir, en precios corrientes, es inferior a esta cifra, es porque la tasa de explotación de estos trabajadores es mucho más elevada que en el centro (sus salarios no son la mitad que en el centro, sino siete veces menores); y porque el sobretrabajo extra que de ello resulta no es compensado necesariamente por un volumen de ganancias que supondría una tasa de éstas considerablemente más elevada que en el centro. Los precios efectivos son diferentes por esta razón de los precios de producción.

Para el producto de la pequeña burguesía proletarizada, estableceremos la hipótesis de un índice medio de productividad comparativa de 30 solamente, para tener en cuenta que la fracción de artesanos no capitalistas es aquí relativamente más importante, y la de los asalariados del terciario moderno, con estructura capitalista análoga a la del centro, más reducida. El valor producido es, siempre en estas hipótesis, de $0,30 \times 80 \times 8.700$, o sea 210 mil millones. Aquí también hay que observar que las remuneraciones del trabajo se hallan en una relación de 1 a 6,5 mientras que la productividad en la agricultura de B es diez veces inferior a lo que es en A.⁸ El producto físico por agricultor, medido en términos físicos comparables (quintales cereales, estando todas las producciones reducidas a este equivalente), está en realidad en una relación de 1 a 10. Suponiendo también que el valor producido por los campesinos de la periferia sea reducido al de su componente trabajo vivo, siendo nula la aportación de trabajo muerto (de capital), si la masa campesina no proporcionara de hecho un sobretrabajo extra en comparación con el que es arrebatado a los campesinos del centro, la remuneración por campesino sería aquí de $0,10 \times 4.300$, o sea 430 dólares, cuando en realidad es solo de 240 dólares. El sobretrabajo extra es de $(430 - 240) \times 750$, es decir, de 140 mil millones, siendo este por tanto el

valor del producto subestimado (en apariencia es de $120 + 60$, o sea 180 mil millones).

En total pues, en estas hipótesis, el sobretrabajo extra arrebatado a los productores de la periferia, a causa de las condiciones de explotación más severas que sufren, es del orden de los 290 mil millones, siendo el valor producido por estos productores del orden de 220 mil millones para los obreros, 210 para la pequeña burguesía proletarizada y $180 + 140$ o sea 320 mil millones para el campesinado, 750 mil millones en total, cuando el valor aparente, en precios corrientes, solo es de 460 mil millones.

¿Dónde va a parar este sobretrabajo extra de cerca de 300 mil millones? Si admitimos que la renta de la burguesía de la periferia (135 mil millones) resulta de una remuneración del capital que controla con la tasa normal (la misma que la de los sectores no monopolizados, por otra parte), este sobretrabajo es transferido al centro, donde aumenta de hecho las rentas de la clase capitalista (que, a falta de esto, serían solo de 780 mil millones, en lugar de ser de 1 billón 80 mil millones) siendo posible incluso que (en parte) aumenten las de los trabajadores explotados en otros lugares. Ciertamente, si la tasa de ganancia es más elevada en la periferia que en el centro, una parte de estos 300 mil millones volvemos a encontrarla en la renta global de 185 mil millones de la que se benefician la burguesía y los propietarios periféricos de la tierra.

En todo caso, la existencia de esta masa de sobretrabajo extra, cualquiera que sea su destino, permite obtener la tasa media de explotación y de ganancia a escala del sistema. Sin ella, la repartición de las rentas, en lugar de ser de 1 billón 415 mil millones para los trabajadores y de 1 billón 265 mil millones para la burguesía (tasa de extorsión, del sobretrabajo: 90%), sería de 1 billón 715 mil contra 965 mil millones (tasa de explotación correspondiente: 57%).

Esta ilustración cifrada de la naturaleza del problema imperialista no es arbitraria. Por el contrario, las cifras de base y las hipótesis mantenidas son conservadoras y tienden a subestimar la magnitud del sobretrabajo arrebatado en la periferia del sistema. Este cálculo reposa en efecto en una comparación sistemática de las productividades y de las remuneraciones reales del trabajo que

revela que la opción se halla dirigida constantemente en el mismo sentido: las remuneraciones del trabajo en la periferia son siempre mucho más débiles que las productividades comparadas, y esta opción es siempre considerable.

Esto significa que la miseria de los trabajadores de la periferia no se explica únicamente por el retraso en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Los trabajadores de la periferia están también sobre-explotados. ¿Cómo y en beneficio de quién?

C. La superexplotación de los trabajadores de la periferia –el sobretrabajo que proporcionan– puede beneficiar, en principio: 1) a las clases locales que los explotan (propietarios de la tierra y capitalistas locales); 2) al capital dominante a escala del sistema, el de los monopolios; y 3) a los trabajadores (por lo menos a algunos de ellos) de los centros imperialistas.

A priori, ninguna de las tres respuestas podría ser rechazada. Ninguna teoría puede responder de antemano a esta cuestión. Es preciso en primer lugar observar la realidad, concretamente, para a continuación tratar de comprender teórica y políticamente la significación de esta realidad, en términos de lucha de clases.

De manera manifiesta, el volumen de sobretrabajo arrebatado a los obreros, empleados y campesinos de la periferia es mucho más considerable como para que la hipótesis de su retención íntegra por parte de las clases explotadoras locales, en forma de rentas y de ganancias, pueda ser efectuada. La totalidad de los ingresos de estas clases explotadoras (185 mil millones) es en efecto inferior al sobretrabajo extra arrebatado (300 mil millones). Admitamos incluso que las rentas de las tierras sean abusivas (es sabido que no hay una altura normal de la renta, determinada por una ley económica, sino que esta altura resulta de una relación de fuerza en una lucha de clases en la que intervienen tres partes) y que la tasa de ganancia del capital indígena sea más elevada que en el centro (lo que ningún estudio empírico serio confirma: las tasas de ganancia más elevadas son relativas, no a los capitales indígenas, sino al capital de los monopolios). Hay que decir también que una proporción decisiva de este sobretrabajo, al no aparecer en la renta distribuida en la periferia, no puede corresponder más que a una transferencia hacia

el centro. Una transferencia no visible, al estar incluida en las estructuras de precios.

Si, por otra parte, este sobretrabajo fuera retenido por las clases explotadoras locales, asistiríamos a un desarrollo prodigioso del capitalismo, capaz de resolver el problema del subdesarrollo. Ya que, por antipáticas que puedan ser estas clases, no son en conjunto más parasitarias que sus homólogas del centro. Ahora bien, hasta el presente, no hay un desarrollo de tanta magnitud. La periferia es, contrariamente a la teoría burguesa del subdesarrollo, no solamente pobre, sino empobrecida por estar sobre-explotada, siendo esta superexplotación la que reproduce su pobreza y retrasa su desarrollo.

¿Cómo, y por qué razones, es posible esta sobre-explotación? El análisis de las condiciones concretas de la lucha de clases interviene aquí. La supervivencia –la reproducción, también– de las relaciones de explotación precapitalistas es el medio de esta superexplotación. La distorsión en la estructura del desarrollo fundado en la división internacional desigual del trabajo, que impone el imperialismo, acarrea una reproducción continua de una reserva industrial de paro masivo (en tanto que esta misma división del trabajo reduce esta reserva al centro, es decir, transfiere la contradicción inmanente del mundo capitalista hacia las periferias del sistema que domina) que crea en el joven proletariado, privado por otra parte de todos sus derechos (no por azar), unas condiciones desfavorables para sus luchas.

Es preciso proseguir el análisis de la lucha de clases más allá de este punto. Ya que, al haber transferencia, este sistema de sobre-explotación funciona en beneficio del capital de los monopolios. Las clases explotadoras locales no son sino intermediarios, en esta explotación, de los aliados subalternos. Ahí precisamente es donde se sitúa su responsabilidad: en su colusión con el imperialismo. La razón de que el imperialismo actúe a través de estas alianzas internacionales de clases es precisamente la de que se beneficia de esta sobre-explotación. Estas alianzas permitieron a su vez la reproducción de las relaciones precapitalistas por una parte y la distorsión en el desarrollo del capitalismo, fundado en una división

internacional desigual del trabajo, por otra. Por eso este desarrollo histórico no destruyó generalmente los modos precapitalistas (mientras que en el desarrollo en el centro los desintegró ampliamente), sino que por el contrario los reprodujo sometiéndolos. Este punto esencial escapa a los analistas superficiales que asimilan desarrollo del capitalismo periférico y desarrollo del capitalismo simplemente.

Así pues, la transferencia de sobretrabajo, ¿a quién beneficia, al capital dominante, al proletariado de los centros o a ambos?

Resultaría muy sorprendente que lo esencial de esta transferencia de sobretrabajo no beneficiara nada al capital de los monopolios. Ya que, después de todo, en la lucha de clases, él tiene la última palabra (mientras se permanece en el sistema capitalista), y es además quien define las estrategias de la división internacional del trabajo conforme a su interés, es decir, eleva la tasa global de explotación.

Lo dicho, no impide que esta transferencia conforme la sociedad en su conjunto y bajo todos sus aspectos, determinando simultáneamente las condiciones de una reproducción asimétrica, y acelerando la capacidad de acumulación en el centro, reduciéndola y deformándola en la periferia. Así pues, la transferencia reproduce las condiciones de la división internacional desigual del trabajo. Esta estructura asimétrica creó la posibilidad para los trabajadores del centro de conducir sus luchas de clase económicas en unas condiciones más favorables, permitiendo el crecimiento paralelo a largo plazo de los salarios y de la productividad, acarreando una pérdida relativa que el capital compensa por medio de la continua elevación de la tasa de extracción del sobretrabajo en la periferia. Pero, al mismo tiempo, estas condiciones creaban un terreno favorable para las ilusiones políticas del reformismo, convertido por esta causa en hegemónico entre los trabajadores de los centros. A través de estas ideologías –solidaridades nacionales interclasistas, fundadas en el reconocimiento de la importancia decisiva de las fuentes de aprovisionamiento de materias primas para asegurar el crecimiento regular de los centros, nacionalismos antiguos y nuevos (panoccidentalismo con resabios fascistas)– más que a través de la

corrupción material de la aristocracia obrera (que también existe, aunque sea imposible de calcular) es como se reproduce la hegemonía ideológica imperialista.

D. Se podrá observar cómo nuestra manera de formular las preguntas y de responderlas parte del análisis de la lucha de clases y de la explotación. El punto de partida es en efecto el inventario de los modos de producción (tipo de relaciones de producción y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas), luego, a partir de ahí, la evaluación de la productividad del trabajo en las diferentes áreas de actividad, por un lado, y de las tasas de extracción del sobretrabajo que caracterizan a estas áreas en las condiciones de las luchas de clase fundamentales, inmediatas (explotados contra explotadores directos), que le son propias, por otro lado. La única condición de validez del método es el reconocimiento de que el sistema imperialista constituye la realidad esencial, es decir, que el producto del trabajo de todos los productores directos del sistema es mercantil y tiene, por esta causa, un valor mensurable. No ignoramos que una parte de este producto es consumido directamente por los productores. Pero los campesinos dejaron de vivir en la autosubsistencia y están todos ellos, con la excepción de algunos islotes casi inapreciables, igualmente obligados a producir para el mercado.

Partimos pues del análisis de las condiciones concretas de la explotación del trabajo y de la lucha de clases, y no de las cantidades económicas inmediatas (producciones estimadas en precios corrientes, distribución de su contrapartida en ingresos). Pues estas en última instancia se derivan de la lucha de clases y no son la expresión de leyes económicas anteriores.

Es preciso, a propósito de este método, recordar lo siguiente:

a) El método no supone un razonamiento en valor, en el sentido marxista, sino solamente en precios de producción. El análisis en valor es irremplazable y responde solo a las cuestiones ante las que el análisis sraffiano permanece mudo, como lo hemos desmotrado en *La ley del valor y el materialismo histórico*.

b) El sistema mundial se halla dominado por la mercancía (y el valor) y todos los modos precapitalistas sometidos a la dominación

del capital producen por esta causa mercancías. Los términos del intercambio entre estos pueden ser pues tales que el sobretrabajo engendrado aquí sea apropiado allá: puede haber así transferencia de valor. Pero esta no puede resultar de un funcionamiento mecánico de la ley del valor (del tipo perecaución de la ganancia).⁹ ¿Se trata de una pura relación de fuerza o bien resulta de un funcionamiento real de las luchas de clase? Optamos por esta segunda línea de respuestas, más rica.

c) No nos hemos preocupado de calcular el, o los, valores de la fuerza de trabajo al discutir las necesidades objetivas de los trabajadores para reproducirla. Registramos los ingresos atribuidos aquí y allí en términos nominales sin ocuparnos de su poder adquisitivo real. Ya que, si los salarios reales son por casualidad menos malos de lo que la comparación de los salarios nominales indicaría, ello se debe a que, como lo deduce Rey, “detrás de cada obrero explotado hay diez campesinos que también lo están”.¹⁰

Por el contrario, todo método que parte de los precios ignora la lucha de clases y cae en una reducción economicista del marxismo. Concede la preeminencia a la ley del valor (que determinaría directamente los precios) sobre el materialismo histórico (la lucha de clases), de manera contraria a nuestra tesis. Ahora bien, todas las teorías que niegan la transferencia de sobretrabajo de la periferia hacia el centro suponen, implícitamente cuando no explícitamente, que se parte de los precios. Decir que la productividad en la periferia es el 6% de la del centro porque el producto por trabajador (con los precios constatados) es del 6% supone ignorar las relaciones de producción, el proceso de trabajo y la extorsión del sobretrabajo, cayendo en la economía vulgar. Poco importa entonces que estas teorías vayan acompañadas de declaraciones referidas a la preeminencia de las relaciones de producción sobre la circulación, etc. Se trata solo de añadiduras en contradicción con la esencia del método de análisis adoptado.

Hemos dicho en otro lugar lo que pensábamos de esta corriente proimperialista en el seno del marxismo, la cual no podría ser evidentemente considerada como impermeable a los efectos de la lucha de clases. Este marxismo, reservado al 4 % de los

trabajadores explotados del mundo capitalista, ha perdido la vocación de actuar como una fuerza subversiva. Ya no llega ni siquiera a imponerse a ese 4 % del que se proclama bandera. Estos abandonan progresivamente cualquier referencia, incluso verbal, al marxismo, el cual se refugia entonces en el discurso académico.¹¹ Por el contrario, nuestro análisis responde a los intereses del 90% de los hombres y de las mujeres del mundo capitalista. Funda la alianza obrero-campesina, la de todos los trabajadores explotados, sobre la base del internacionalismo, es decir, las condiciones necesarias para cambiar el mundo.

El método que rechazamos tiene como fundamento una concepción occidentalocentrista y lineal de la historia. Lleva directamente a inscribir las luchas actuales en la perspectiva del desarrollo del capitalismo y no de su caída. Si el subdesarrollo es retraso y no superexplotación, la acumulación capitalista lo superará progresivamente; el movimiento de liberación nacional es parte integrante de la revolución burguesa, siempre ascendente; la resistencia eventual de los campesinos a este desarrollo es vana y reaccionaria. Por el contrario, nuestra tesis es que la liberación nacional es parte de la crisis del capitalismo, de la revolución socialista; y la resistencia de los campesinos hoy, es decir, en la época imperialista, es revolucionaria, ya que pone los cimientos de la alianza obrero-campesina.

E. Es importante tomar conciencia del origen político de la elaboración progresiva de esta línea de reflexión. Esta, en efecto, se ha desarrollado en el seno del movimiento de liberación nacional de Asia, de África y de América Latina. La cuestión que se planteaba era la de saber si el campesinado de las periferias estaba explotado no solo directamente por los feudales locales, sino además, por el capital dominante, si, por esta causa, su resistencia al supuesto desarrollo no era el testimonio de un potencial anticapitalista, si no era erróneo considerar que sus luchas se inscribían necesariamente –como lo pretende el marxismo vulgar– en un desarrollo capitalista, sino por el contrario en la lucha contra toda sociedad de clases. No vamos a hacer aquí la historia de los debates, ricos y multiformes, inspirados por estas cuestiones. En lo que nos concierne, la reflexión

crítica sobre la experiencia nasseriana, luego de la de Malí en los comienzos de los años 60, facilitaba la apertura a la crítica del revisionismo, culminando con la revolución cultural. Esto nos llevó a explicitar una tipología para África de los modos de extorsión del sobretrabajo de los campesinos fundada en la distinción entre economía de tráfico (donde rechazábamos la idea de economía de autosubsistencia y donde la aportación de P.P. Rey debe ser señalada), economía de las concesiones (donde la aportación de Catherine Coquery fue importante) y economía de las reservas de África del Sur (este análisis proseguido en inglés algunos años más tarde por H. Wolpe, pudo así por fin penetrar en la región sudafricana). Paralelamente, la crítica del análisis tradicional de los partidos comunistas latinoamericanos conducía a plantear la cuestión de la naturaleza –feudal o capitalista– de las relaciones de producción rurales en los periodos mercantilista e imperialista en América Latina. Aunque al comienzo fueran utilizadas fórmulas tajantes –y discutibles–, la cuestión planteada, la de los efectos de la inserción asimétrica en el sistema capitalista mundial, condujo a unos resultados notables, mereciendo ser aquí destacada la aportación de André Gunder Frank, de Fernando Henrique Cardoso y de tantos otros. El retorno a una reflexión crítica sobre el feudalismo Oriental se inscribe igualmente aquí: véase la reflexión de Kostas Vergopoulos sobre la Grecia otomana moderna, la nuestra sobre el mundo árabe, y la de militantes del subcontinente indio. Resulta evidente que todas estas críticas y autocríticas eran impulsadas por el éxito, *a contrario*, de la alianza obrero-campesina en China, en el Vietnam y, más tarde, en Camboya. Progresivamente, al tomar una consistencia sistemática y al cristalizarse estos análisis, debía emerger la cuestión de la génesis y del reparto del valor y del sobretrabajo a escala mundial. El debate sobre el intercambio desigual fue el momento supremo de esta cristalización, durante la cual fue posible ver la clara constitución de los dos campos anti y proimperialistas

¿Tendremos que hacer observar aquí que esta línea de reflexión partía necesariamente del reconocimiento del sistema imperialista como constitutivo de la base fundamental en cuyo marco la lucha de

clases tiene lugar en nuestra época? La preocupación histórica eventual concerniente a la emergencia de las clases sociales (en los modos comunitarios) estaba totalmente sometida a la concerniente a la inserción de estas clases en el sistema imperialista. Por esa razón aquellos antropólogos que se preocupaban sobre todo del pasado, al insistir en el modelo de autosubsistencia, por rica que haya sido su aportación en este plano (así la intuición de Meillassoux a propósito del papel de la circulación de las esposas y de los bienes de prestigio), corrían el riesgo de desarrollar una línea de investigación a la larga engañosa, borrando los efectos de extorsión de sobretrabajo en el sistema imperialista (cf. capítulo II). A lo largo de los debates, fueron avanzadas diferentes tesis: la explotación de los pequeños campesinos procedente de un modo mercantil simple por el canal exclusivo del mercado, la intromisión del capital en el proceso de producción y la emergencia de su dominación “formal”, etc. A la cuestión de la formación y del destino del sobretrabajo campesino se dieron respuestas variables. Resultaría pretencioso optar por unas opiniones definitivas. Somos suficientemente conscientes de la importancia en última instancia del test de la praxis para no hacerlo. Pues, de todas formas, estas cuestiones son pertinentes y el solo hecho de plantearlas, cuando el marxismo vulgar las oculta, es la prueba de la importancia que se les concede. Pero de pasada haremos observar que estas cuestiones no son tan nuevas como a veces parece; hemos encontrado en Kautsky un primer ejemplo, embrionario, pero claro, de este tipo de análisis, que fue efectivamente enterrado a continuación, en el triunfo del obrerismo reformista del movimiento.

La síntesis crítica de estos debates permite avanzar hoy las cinco proposiciones que siguen:

1. Las relaciones aparentemente internacionales entre centros y periferias deben ser analizadas en términos de relaciones entre modo capitalista y modo(s) precapitalistas(s) sometido(s).
2. La sumisión/dominación formal implica una relación de extorsión de sobretrabajo que no esté solamente fundada en el intercambio comercial, pero supone la intromisión del capital en el proceso de

producción, el cual debe ser pues cuidadosamente distinguido del proceso de trabajo.

3. El sobretrabajo transferido no resulta de un funcionamiento mecánico de la ley del valor. El precio del excedente transferido no depende pues más que de una relación de fuerza entre burguesías (o clases explotadoras en general). Nuestro análisis de la renta minera en el sistema imperialista contemporáneo confirma plenamente a esta tesis (véase *La ley del valor y el materialismo histórico*). Recordemos que esta relación de fuerza se funda en las relaciones de explotación que la subyacen.

4. En consecuencia, “al mismo tiempo que a cada uno de sus obreros, el capital explota simultáneamente a diez campesinos que proporcionan el excedente agrícola necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo de este obrero”.¹² Esta estimación cuantitativa no es arbitraria: corresponde casi exactamente a las proporciones efectivas de nuestro cuadro.

5. Esta sobreexplotación es la que impide el desarrollo de las fuerzas productivas en la periferia. Resulta de ello que la revolución campesina necesaria no es burguesa, sino que se inscribe en la lucha por la caída del capitalismo, pues ya no puede efectuarse bajo la dirección de la burguesía. Se hará bajo la dirección de la ideología proletaria o no se hará.

F. Se han producido diferentes tentativas de medida de la transferencia de valor de la periferia al centro, entre ellas la nuestra, la de Hosea Jaffe y la de André Gunder Frank.

Podría parecer curioso que, desde *El Imperialismo* de Lenin, tan pocos investigadores se hayan asomado a la cuestión de los mecanismos de la explotación de la periferia. Sin duda resulta difícil aislar estos problemas de los otros y el análisis de la acumulación a escala mundial no podría descuidar el de los mecanismos del funcionamiento del capitalismo en el centro. Pero este argumento no justifica la ausencia de análisis de aspectos particulares de la explotación en la periferia, comprendidos los análisis factuales parciales, cuantitativos, tanto como sea posible. En este terreno, el silencio cómplice de la literatura burguesa y de la corriente

predominante de la literatura marxista refleja simplemente la fuerza de la alianza imperialismo/socialdemocracia.

El estudio de André Gunder Frank sobre los “desequilibrios de intercambios multinacionales de mercancías y el desarrollo económico desigual” aporta una información cuantitativa preciosa sobre la contribución de la periferia al financiamiento de la acumulación en el centro.

Este estudio, el primero en su género, trata de evaluar el excedente de la balanza comercial de la periferia, en otros términos, el tributo pagado por la periferia a la acumulación del capital en el centro. Para 1928, este excedente era de 1.490 millones de dólares, que representaba el 18 % de las exportaciones de la periferia, elevándose este porcentaje al 28 % cuando se excluye a China y África del Norte. A este tributo se añaden los pagos del apartado de los transportes referidos al comercio centro-periferia (o sea 1.320 millones de dólares). Además, Frank nos recuerda que estas sumas, evaluadas en precios corrientes, solo constituyen la parte visible de la transferencia de valor, al ocultar la parte sumergida del iceberg la estructura de los precios, fundada en la desigualdad de los intercambios. Este excedente permitió a la Gran Bretaña y a Europa cubrir su déficit (2.900 millones de dólares, la mitad en provecho de Gran Bretaña y la mitad en provecho de la Europa continental), teniendo en cuenta el excedente de los Estados Unidos y de los Dominios (1.410 millones de dólares). Frank insiste en este punto, esencial y nuevo: el excedente de la periferia permitió a Europa financiar sus inversiones en los centros jóvenes (Estados Unidos y Dominios). Una iluminación semejante responde al argumento de que las inversiones de los países imperialistas se dirigieron antes hacia los centros jóvenes que hacia los países dominados.

Frank observó que esta misma estructura caracteriza al comercio mundial durante toda la fase imperialista. Así, para el periodo 1881-85, el déficit anual medio de Gran Bretaña se elevaba a 507 millones de dólares, el de la Europa continental a 381 millones, mientras que el excedente de los Estados Unidos era de 108 millones y el de los países subdesarrollados de 780 millones. Para el periodo 1911-13, estas cifras eran respectivamente de 652, 1.142, 536 y 1.258 millones

de dólares corrientes. Por fin, Frank adelanta que sin duda ocurría lo mismo durante la primera parte del siglo XIX, habiendo pasado el comercio mundial de 500 millones de dólares en 1.820 a 5.000 en 1870 y a 20.000 en 1913, mientras que el déficit británico pasaba de 10 millones de libras a 100 y luego a 140.

Queda todavía una cuestión importante que Frank no aborda. Si esta misma estructura caracteriza tanto al periodo preimperialista (1820-1870) como al periodo imperialista, ¿cuál es el sentido del corte imperialista? Es sabido que existe una tendencia muy fuerte a reducir la significación de este corte y que ha sido introducida mucha confusión en esta cuestión por todos aquellos que han querido asimilar la oposición centro/periferia en el seno del sistema capitalista en las diversas etapas de su evolución (fase mercantilista, fase preimperialista, fase imperialista) a la oposición países imperialistas/países dominados por el imperialismo. Creemos necesario hacer claramente esta distinción. El hecho de que la misma estructura del comercio caracterice a todas las fases del capitalismo en lo que concierne al comercio centro/periferia significa simplemente que la periferia ha pagado tributo a la acumulación en el centro en cada una de las fases de su evolución.

La naturaleza del corte imperialista se sitúa en otro plano. En el plano cuantitativo en primer lugar, al hacerse posible la exportación del capital con los monopolios, permite la implantación directa del modo de producción capitalista en la periferia y, con ello, la acentuación de la explotación: a las formas de la dominación formal y de sangrías diversas en el nivel de la circulación, se yuxtaponen las formas nuevas de la dominación real que, a su vez, refuerzan las primeras y extienden su campo. Pero, más allá incluso de este salto cuantitativo, lo esencial del corte se halla por completo situado en un plano cualitativo decisivo y nuevo. A partir de entonces, con el imperialismo, la sección hegemónica del capital, la de los monopolios, al explotar la fuerza de trabajo simultáneamente en el centro y en la periferia del sistema, adquiere la capacidad de compensar unas concesiones allí con unas sobreganancias aquí: ese es el fundamento de la política socialdemócrata, que es pues siempre socialimperialista. Al mismo tiempo es la base del

intercambio desigual. Insistamos en la importancia decisiva de este corte, particularmente en el plano de la estrategia de la transformación socialista.

Otro estudio de Frank, "Limitación de la extensión del mercado interno por la división internacional del trabajo y por las relaciones de producción", recuerda la estrecha relación que existe entre la división internacional desigual del trabajo y la estructura social interna. Frank constata que la división desigual del trabajo y el desequilibrio de los intercambios actúan a lo largo de los dos últimos siglos en detrimento de la periferia, independientemente de los términos del intercambio, de que se hayan mejorado (en el siglo XIX) o deteriorado (en el siglo XX). El intercambio desigual en el sentido riguroso que hemos delimitado, propio solo de la fase imperialista, corona pues una larga historia de relaciones asimétricas. Esta asimetría no tiene que ver con la naturaleza de los productos intercambiados: Frank nos recuerda las razones de ello. La ausencia de efectos de atracción capaces de generar un desarrollo capitalista autónomo en la periferia reside en la estructura social de ésta; también aquí, la alianza de clases imperialismo/burguesías locales será la que conformará las condiciones sociales que permitan la reproducción de las condiciones de la explotación imperialista con unas modalidades que evolucionarán paralelamente a las que definen los términos de la división internacional desigual del trabajo en conjunción con las fases del imperialismo regidas por el desarrollo de las luchas de liberación nacional.

III. La cuestión nacional en la periferia del sistema imperialista

La cuestión nacional, que en el siglo XIX era principalmente la de las naciones europeas oprimidas, se transfirió, en el siglo XX, a Asia y a África, donde se convirtió en la cuestión colonial.

Esta transferencia no es únicamente geográfica. Correlativa a la formación del sistema imperialista, implica un cambio en la propia naturaleza de la cuestión nacional. La antigua cuestión nacional, la de las nacionalidades europeas oprimidas por unos regímenes de absolutismo feudal, había partido de la revolución burguesa inacabada. La nueva cuestión nacional, la de los pueblos oprimidos

por el capitalismo imperialista, partió de la revolución socialista ascendente. Más exactamente, se trata de una de las reivindicaciones de naturaleza “burguesa democrática” (como la reivindicación campesina de la reforma agraria) que no pueden ser satisfechas más que durante la etapa burguesa de una revolución ininterrumpida bajo la dirección del proletariado.

El eje principal de la nueva cuestión nacional se define pues por su carácter antiimperialista. El objeto de lo que sigue no es el de retomar estos debates generales concernientes a la naturaleza del imperialismo, la significación y las perspectivas del movimiento de liberación nacional, etc., y el de retomar las tesis que ya hemos adelantado en estos terrenos. Se trata únicamente de precisar aquí la naturaleza de las naciones oprimidas por el imperialismo, sus características particulares hoy, por oposición a las que definían ayer a las naciones oprimidas de Europa.

2. No basta con proclamar que el desarrollo capitalista engendra necesariamente la transformación de las etnias en naciones (este desarrollo no ha sido, por lo demás, la única vía de constitución de las naciones).

Es preciso también precisar que solo la constitución de un capitalismo central permite a la formación nacional adquirir consistencia. Por el contrario, el desarrollo capitalista en sus formas periféricas desagrega la sociedad y se opone a su constitución eventual en nación. La razón de ello es que este capitalismo no está fundado en el reforzamiento sistemático del mercado local de mercancías, del capital y del trabajo como eje de su desarrollo, de un desarrollo autocentrado.

La integración en el sistema internacional sobre la base de una división internacional desigual del trabajo y el carácter extravertido de la economía modernizada a partir de sus sectores exportadores nuevos, no da lugar a un mercado interior decisivo. En la medida en que éste se constituye, se convierte en la base de una industria de sustitución de importaciones centrada exclusivamente en la demanda de las clases explotadoras. La producción para la satisfacción de las necesidades de las amplias masas sigue estando en lo esencial organizada en el marco rural de la autosubsistencia, como

consecuencia de las modalidades de la dominación formal predominantes.

La dominación aplastante del capital extranjero vacía de toda significación a la expresión “mercado de capitales”. El capital local, desmembrado y subalterno, no consigue alcanzar la masa crítica para constituir un mercado de capitales. El sistema monetario y financiero permanece también extravertido, parcial y limitado en sus funciones.

La predominancia de la dominación formal prohíbe igualmente hablar de un mercado generalizado de la fuerza de trabajo, a pesar de la importancia relativa del ejército de reserva del paro urbano.

Todos estos fenómenos bien conocidos de desarticulación de la economía y de la sociedad subdesarrollada constituyen un handicap para la formación nacional. También modifican, de la misma manera, el sentido y el contenido del Estado. La tesis más extremista en este terreno pretende que el Estado en la periferia no es sino una administración, excrecencia del Estado imperialista dominante, que no se podría transponer a este caso el análisis marxista clásico que define el Estado a partir del bloque hegemónico de las clases locales explotadoras. Pero esta tesis, unilateral y simplificadora, no permite comprender las diferencias que separan al Estado feudal-compradore (imperial chino, por ejemplo), del Estado burgués dependiente (del Egipto moderno), del Estado neocolonial (gobernado por una burocracia compradore próxima a la administración colonial), del Estado populista, nacionalista, etc. Sustituye el análisis en términos de alianzas (capital imperialista dominante/clases explotadoras locales subalternas correas de transmisión) variables (ayer la alianza feudal-compradore, hoy la alianza burguesa dependiente) por un análisis en términos de “agentes del extranjero”. Pero, por excesiva que sea esta tesis, llama la atención sobre la sumisión de las clases explotadoras en la alianza internacional y la representación directa de los intereses de clase extranjeros.

La tesis correcta que concierne al Estado del capitalismo periférico contemporáneo debe partir del análisis concreto del bloque local hegemónico –correa de transmisión de la dominación imperialista.

Porque este bloque es subalterno y débil, los países de la periferia constituyen eslabones débiles de la cadena imperialista. Por esta razón, el bloque revolucionario puede constituirse más fácilmente y, en el marco de la estrategia general de la revolución ininterrumpida por etapas, llegar a alianzas tácticas eficaces, susceptibles de desmoronar el bloque hegemónico.

3. Una de las características por las cuales la ausencia de construcción nacional se manifiesta es la naturaleza profundamente extranjera de la cultura de la burguesía local. Desnacionalizadas, aculturalizadas, estas clases dominantes adquieren progresivamente el aspecto de extranjeros en su propio país por su estilo de vida cotidiano, calcado del *homo consumens universalis*. En el colmo ya, se llega a la caricatura del bilingüismo: la clase dirigente utiliza el idioma de los antiguos amos coloniales, mientras el pueblo continúa hablando lenguas vernáculas. ¿Cómo es posible hablar de nación y de cultura nacional en estas condiciones?

4. Los pueblos de la periferia, separados por fronteras frecuentemente arbitrarias y artificiales, no constituyen pues, en el marco de la mayoría de los Estados que definen su existencia internacional, ni una ni varias naciones. Están formados por una o varias etnias en ocasiones próximas (en el plano lingüístico, por ejemplo), en otras alejadas, ya sea separadas geográficamente de una manera clara, ya entremezcladas y viviendo en simbiosis (ejemplo: agricultores y pastores de etnias diferentes coexistiendo en el mismo territorio), muy desiguales también por la cifra de su población. Estas etnias conservaron en algún caso, para la totalidad de sus miembros o algunas fracciones, unas formas de organización social más o menos antiguas (ciánicas, tribales, etc.), en otras ocasiones están constituidas por etnias precapitalistas tributarias avanzadas (“casi naciones”).

Diversas modalidades de opresión de origen lejano o reciente caracterizan las relaciones entre estas etnias. Existen los pueblos conquistados y los pueblos conquistadores de épocas anteriores, los mayoritarios y los minoritarios, los favorecidos por el desarrollo capitalista periférico y los no favorecidos por él, los que predominan en las élites urbanas y los excluidos de ellas, etc.

El conjunto de estas realidades crea unas condiciones desfavorables para la maduración de la conciencia de clase. Las luchas de clase se manifiestan frecuentemente como luchas étnicas; pudiendo ser por esta razón manipuladas desde el interior y desde el exterior por las clases reaccionarias y por las fuerzas imperialistas.

5. El movimiento de liberación nacional es frecuentemente, en estas condiciones, un “movimiento nacional sin nación”.

La unidad de las clases antimperialistas en un momento dado puede ser el medio de superar estas divisiones. El panafricanismo de N’Krumah, de donde salió la OUA, la unidad panindia y también, a *contrario*, la unidad artificial del Pakistán, son otros tantos testimonios de esta posibilidad. Pero este género de unidad nacional o pseudonacional sobrevive difícilmente a las circunstancias que lo hicieron posible en un momento determinado. Una vez conquistada la independencia, las contradicciones internas pasan a primer plano. Un estudio sistemático de estas contradicciones merecería mayor atención de la que hasta el momento han recibido: el estallido del Pakistán, la amenaza permanente que pesa sobre la India, las guerras civiles del ex Congo en los años 60, la guerra civil en Nigeria, los actuales acontecimientos en el cuerno oriental de África y en el Sahara occidental, los levantamientos tribales (por ejemplo en el Sudán meridional) demuestran la fragilidad de estas unidades estatales no nacionales.

¿Cuál ha de ser, en semejantes condiciones, la actitud de la vanguardia popular ante los problemas de las nacionalidades? No puede ciertamente negar su existencia como es el caso de tantas posiciones oficiales. No puede contentarse con el objetivo de la abolición de la explotación de las clases; debe explícitamente inscribir en su programa la lucha efectiva e inmediata contra todas las formas de discriminación, de desigualdad y de opresión fundadas en la etnia, la lengua, la religión o las costumbres. ¿Pero debe llegar incluso a proclamar el derecho a la libre disposición de todas las naciones hasta la secesión? Esta pregunta no podría ser eludida. Dos principios deben ser mantenidos. El primero es que, efectivamente, el derecho de libre disposición debe ser reconocido, en principio hasta la secesión. El segundo es que la secesión no

debe ser aceptada más que como último recurso, cuando no hay ya otro medio de actuar, cuando la vanguardia no haya conseguido hacer aceptar por parte de las masas explotadas la perspectiva de una lucha por una autonomía local verdadera en el marco de un Estado unificado tan amplio como sea posible. Ya que la lucha anti-imperialista no tiene nada que ganar del debilitamiento de los Estados de la periferia por una balcanización, que corre el peligro de no terminar nunca.

6. Los Estados del Tercer Mundo son siempre frágiles. Pero lo son en grados diversos, según los caracteres de sus antecedentes precapitalistas y la naturaleza del bloque hegemónico en el poder. Estos antecedentes son tanto los de las naciones, de las cuasi naciones tributarias o de etnias compactas, como los de desmembramientos tribales sin unidad histórica y lingüística. El bloque en el poder puede estar constituido en torno a clases latifundistas que hunden sus raíces en la historia nacional precolonial, u organizado en torno a una burguesía industrial claramente constituida, aunque sea reciente, o puede estar, por el contrario, formada casi exclusivamente por una capa burocrática compradore ligera, sin raíces locales, fabricada por el colonizador.

La conjunción del desmembramiento étnico y del poder burocrático compradore define un tipo de Estado de una fragilidad particularmente acentuada. No es una casualidad que esta conjunción, predominante en el África subsahariana, venga acompañada por la ausencia de lenguas nacionales y por una alienación cultural en sus formas más violentas. El triste pasado de regiones enteras del continente formadas en la época de la trata negrera agrava todavía más la debilidad de estas sociedades. La trata de esclavos no solo esquilmó pueblos enteros; también engendró la constitución de Estados militares traficantes costeros y produjo una ideología local de despotismo corrompido interesado en este tráfico. La cristianización ulterior de estas sociedades perpetuó la dependencia cultural respecto de Europa, en tanto que el poder burocrático compradore podía reproducir los modelos ideológicos despóticos y corrompidos de la trata. El nuevo Estado, constituido sobre estas bases, ¿conseguirá engendrar la nación y la sociedad

civil? Atascado entre el imperialismo dominante, capaz de intervenir eficazmente con sus medios reducidos (golpes de Estado, penetraciones militares llevadas a cabo por algunos cientos de mercenarios, etc.), y la disgregación tribal, el Estado no llega a estabilizarse. Las luchas campesinas, que en ese caso revisten siempre dimensiones tribales, pueden amenazarlo, ser manipuladas desde el exterior y desde el interior engendrando el estallido de la burocracia compradore. Estas conjunciones explican en gran parte las regresiones que con una cada vez mayor frecuencia se extienden por el continente. Sin duda la formación de una sociedad civil, separada del Estado, concomitante al desarrollo capitalista acabado, es en todo el Tercer Mundo embrionaria. Pero ha empezado ya más o menos a existir, aunque apenas pueda desarrollarse en las situaciones más frágiles.

Pocos pensadores políticos que hayan adquirido consciencia de estos problemas se atreven a abordarlos. La grandeza de N'Krumah consistió sin duda en haber tratado de superar esta situación por medio del panafricanismo. Una utopía, sin duda. Pero una utopía que tuvo en su momento efectos fuertes y reales sin los cuales tal vez la aparición de los Estados contemporáneos hubiera sido menos aleatoria.

7. El movimiento de liberación nacional ha actuado no obstante en el seno de una situación diferente, en las verdaderas naciones precapitalistas (tributarias acabadas) o cuasi naciones de este tipo, fuertes y homogéneas (China, Corea, Vietnam, Camboya entre los países liberados, Egipto, Marruecos, Irán, Madagascar, Sri Lanka, Birmania, Tailandia, e incluso Indonesia, entre los países todavía en el regazo imperialista). Problemáticas específicas relativas a la cuestión nacional se superponen a veces a las de la nación local, como la problemática de la nación árabe, o la del panhispanismo latinoamericano.

Resulta evidente que estas condiciones han constituido generalmente un factor favorable para la radicalización de las luchas de clases. En Asia oriental, hemos asistido a una conjunción particularmente favorable de los tres elementos confluyentes: en primer lugar, el acentuado carácter de la diferenciación de las clases

rurales sobre la base de un feudalismo crudo, que fue el fundamento del levantamiento revolucionario de los campesinos; en segundo lugar, la existencia de un núcleo proletario y de una intelligentsia que hundía sus raíces culturales en la historia nacional, confrontados con la realidad social, política e ideológica de la explotación imperialista; y en tercer lugar, el acentuado carácter de una existencia nacional homogénea de los pueblos (chino, vietnamita, camboyano, coreano). No es algo casual que precisamente en esta región la liberación nacional abrió la vía a la constitución de Estados nacionales potentes, populares, en los que el camino emprendido de la larga transición socialista tiene las máximas posibilidades favorables. No es algo casual que, en el Congo de 1960-63, o en Etiopía en estos momentos, las luchas antiimperialistas y sociales de gran magnitud fracasaran o no consigan, con dificultades mucho mayores, radicalizarse y cristalizarse en torno de una estrategia correcta.

Así pues, en otra ocasión, será preciso reflexionar sobre una estrategia que tenga en cuenta conjunciones totalmente diferentes de las del Asia oriental.

8. Los debates marxistas concernientes a la cuestión colonial y nacional se hallan todavía poco avanzados.

Los puntos de vista expresados por Marx y Engels no constituyen un conjunto suficiente para sacar de ellos conclusiones generales útiles hoy. Los puntos de vista desarrollados ulteriormente en el congreso de la II y III Internacional, los de Rosa Luxemburg, Lenin, Trotski, Stalin abordan dos series de cuestiones: las concernientes a los modos de producción precapitalistas (sobre todo los debates en torno al modo asiático, el esclavismo y el feudalismo), los concernientes a la naturaleza del sistema imperialista y de la liberación nacional en general. Los primeros de estos debates fueron con mucha frecuencia decepcionantes, porque los principales interesados, los pueblos de Asia y de África, estaban casi por completo ausentes de ellos. La exégesis hasta el infinito de algunos textos dispersos de Marx y de Engels (*Grundrisse*, artículos periodísticos, correspondencia), predilección de la marxología, sigue siendo totalmente insuficiente. Los segundos proporcionaron, en la III

Internacional, un marco global leninista justo. Pero no pueden paliar la falta de análisis concretos.

9. Hoy, la situación impone una reflexión concreta y sistemática sobre la articulación de las luchas de clase y de las luchas nacionales. Esta reflexión debe fundarse en los cinco principios siguientes:

En primer lugar, la lucha por el socialismo en la periferia del sistema imperialista no puede ser ajena, mucho menos todavía opuesta, a la lucha de liberación nacional. El hecho imperialista impone comprender la transición al socialismo como la resultante de la fusión histórica de los objetivos de liberación social y los de liberación nacional.

En segundo lugar, esta doble lucha no puede ser llevada realmente hasta el fin –en lo concerniente tanto a la liberación nacional como a la liberación social– más que por el bloque popular bajo la dirección ideológica del proletariado. La autonomía de la estrategia popular debe afirmarse en la teoría y en la práctica. Esta autonomía garantiza el éxito posible de una estrategia de revolución ininterrumpida por etapas. Su ausencia reduce las fuerzas populares al papel de ayuda a unas estrategias burguesas que no son sino callejones sin salida.

En tercer lugar, el bloque popular debe dedicarse a superar las contradicciones nacionales en el seno del pueblo, preservando para ellas el marco estatal más amplio posible.

En cuarto lugar, el bloque popular debe adoptar una táctica flexible, fundada en un análisis correcto de la naturaleza del bloque hegemónico del Estado local, de las debilidades y contradicciones que lo atraviesan. Debe saber distinguir las ocasiones que se ofrecen de debilitar este bloque hegemónico.

En quinto lugar, el bloque popular debe ejercer una vigilancia total frente a las potencias extranjeras y particularmente frente a las superpotencias que tratan de manipular, en beneficio de su estrategia planetaria global, todas las fuerzas que actúan en la confusión. Siempre que teórica o prácticamente los principios aquí recordados son olvidados, los movimientos, aunque sean populares, se convierten objetivamente en juguetes en las manos de estas superpotencias.

A la luz de estos principios podríamos emprender un examen crítico de las estrategias y de las tácticas aparecidas durante el último periodo, aquellas cuyas lecciones resultan positivas (como en Asia oriental) y aquellas que lo son menos, o incluso francamente negativas: Chile, Argentina, Brasil o Perú y América Latina en general, oscilando entre el revisionismo y el guevarismo, Palestina y nasserismo, movimientos comunistas de la India, de Bangladesh y del Asia del Sudeste, movimientos populares del Lumumbismo y del África negra y de Madagascar en general, movimientos del África del Sur, etc.

-
1. Alain Lipietz. 82-1 O. recuerda este origen leninista de los términos centro y periferia. pág. 63.
 2. N. de T.: Como ya se ha indicado anteriormente, con la palabra *compradore*, de origen turco, se designa a las burguesías nacionales que privilegian –en su beneficio– los intereses extranjeros.
 3. Véase *La loi de la valeur et le matérialisme historique*.
 4. Se trata de la estimación de la FAO, reproducida por Klatzman, *Nourrir dix millions d'hommes*, PU F, 1 977.
 5. Véase el capítulo VII.
 6. Véase P.P. Rey, *Le transfert de surtravail de la paysannerie vers le capitalisme*, L'homme et la Société. 1977.
 7. Véase *La loi de la valeur et le matérialisme historique*, sobre todo las págs. 104 y ss. (críticas del “marxismo occidental” de Perry Anderson, de la teoría imperialista del “subdesarrollo” y de sus avatares “marxistas” en G. Kay. etc.).
 8. Destaquemos la notable síntesis crítica de estos debates hecha por P.P. Rey, *Le transfert du surtravail de la paysannerie vers le capitalisme*, L'Homme et la Société, 1978.
 9. S. Amin. *El desarrollo desigual*; 5. Hosea Jaffe, *Proceso capitalista e teoría dell'accumulazione*, Jaca, 1973; André G. Frank, “Désequilibres des échanges multinationaux de marchandises et développement économique inégal; limitation de l'étendue du marché interne par la division du travail et par les relations de production, en Amin y Frank, *L'accumulation dependante*, Anthopos, 1978.
 10. Véase sobre este punto: S. Amiin. “A propos de la critique”. *L'Homme et la société*, n. 39-40. 1976; S. Amín. “La stratégie de la révolution socialiste dans le Tiers Monde” en *Connaissance du Tiers Monde*, 10-18. 1977.
 11. Esa es la tesis de la III Internacional después de Lenin, 70 c.
 12. Véase nuestra Presentación en Pascal Lissouba, NEA, 1976.

Capítulo VII

La liberación nacional y la transición socialista

¿Es la burguesía una clase ascendente todavía?

La cuestión fundamental de nuestra época, en la que se articulan todas las demás cuestiones, mayores y menores, es la de saber si la burguesía es todavía una clase ascendente.

Caso de que lo fuera, ¿cuáles serían las manifestaciones determinantes? ¿El progreso continuo de las fuerzas productivas en los centros imperialistas hegemónicos y su papel motor a escala mundial en la formación de las sociedades bajo todos sus aspectos? ¿O también el extraordinario desarrollo del capitalismo en las regiones de América Latina, de Asia y de África, que después de todo hasta el presente solo habían sido rasguñadas superficialmente? ¿O, en fin, la emergencia (o la reemergencia) de formas neocapitalistas (o simplemente capitalistas) en las regiones que habían roto con el capitalismo para emprender una transición socialista: URSS y también, tal vez, Cuba, China, Vietnam, etc.?

Si, por el contrario, suponemos que la burguesía ya no es una clase ascendente, ¿cuáles serían las manifestaciones determinantes de la crisis del capitalismo? ¿El cuestionamiento; aunque fuera puramente intelectual y marginal, de la civilización en sus centros avanzados; la crisis de valores y la emergencia de una nueva conciencia obrera autogestionaria? ¿O quizá los *impasses* del desarrollo capitalista en América Latina, en Asia y en África; la posibilidad –¿la necesidad?– de una radicalización a partir de la lucha de liberación nacional que abra la transición socialista? ¿O, en fin, los *impasses* de la restauración del capitalismo tras la ruptura socialista y el progreso, a pesar de todo, en avances sucesivos y desiguales, de las experiencias de la transición socialista?

Por otro lado, la cuestión de saber si el capitalismo únicamente puede ser superado mediante el comunismo al que conduce la transición socialista, sigue estando planteada. ¿Podría ser seguido

el capitalismo por un nuevo modo de producción de clase todavía necesario (o cuando menos posible) para asegurar un desarrollo de las fuerzas productivas que permitiera hacer de la abolición de las clases una exigencia implacable de progresos ulteriores?

Los elementos de la realidad inmediata son suficientemente contradictorios como para autorizar, si se quiere, respuestas polémicas tanto en un sentido como en otro. Y los textos de los grandes clásicos del marxismo, Marx, Engels, Lenin, Mao, son suficientemente ricos como para fundar tales respuestas en la marxología.

Hemos preferido apoyarnos en una doble reflexión sistemática, por un lado en la historia del desarrollo del capitalismo a escala mundial y, por otro, en la herramienta conceptual marxista elaborada para comprender esta historia. Desde el momento en que solo se trata de comprender para actuar, ya no es posible pretender –como lo hacen los teóricos burgueses– separar la ciencia de la ideología. Habíamos comenzado ya a dar esta respuesta en lo que precede: 1) proponiendo una explicación histórica y teórica de las razones por las cuales apareció el capitalismo y se desarrolló y combatiendo en este terreno las proposiciones teóricas animadas por una filosofía occidentalocentrista y lineal, y 2) proponiendo un análisis más detenido de las contradicciones de la época contemporánea, que se manifiestan a través de la oposición centro/periferia en el seno del sistema capitalista mundial en las diferentes fases del imperialismo, ya que esa es la base a partir de la cual puede ser establecida una apreciación correcta del movimiento de liberación y de sus perspectivas.

Trataremos ahora de ir más lejos, trasladándonos desde estos planos históricos a los más generales, por una parte, de la naturaleza ambivalente y contradictoria del movimiento de liberación nacional y, por otra parte, de la naturaleza ambivalente y contradictoria de la transición socialista.

I. La naturaleza contradictoria de la liberación nacional

1. Todas las expresiones occidentalocentristas atribuyen al análisis de las funciones de la periferia del sistema capitalista un lugar

marginal, decorativo.

El análisis occidentalocentrista de la transición al capitalismo descuida el papel decisivo que la periferia cumple desde los orígenes. Pretende que son las contradicciones internas del feudalismo las que explican por sí solas este paso. Erige incluso esta posición en principio del marxismo. La discusión sobre la transición europea al capitalismo es un buen ejemplo de ello. Los revisionistas de nuestra época, inspirados en los esquemas de Tokei, fundan en este principio la conclusión de que solo Europa podía inventar el capitalismo, estando Asia condenada a estancarse indefinidamente en la fase anterior.¹

En realidad, las contradicciones internas son previas y decisivas. Son las mismas en todos los sistemas tributarios e implicaban el paso necesario al capitalismo en todos sus casos. Podían, por sí mismas, y sin ningún efecto externo, engendrar el capitalismo en Europa como en cualquier otra parte. Pero no hay que confundir esta proposición general y la explicación concreta de la transición tal como tuvo lugar efectivamente. Si esta fue comenzada más rápidamente y con anterioridad en Europa, no es porque Europa fuera la única en poder inventar el capitalismo, sino a causa del carácter primitivo del feudalismo. En la formación concreta, histórica, del capitalismo, Europa se constituyó y sometió, desde los orígenes mercantilistas, a una periferia, cuya explotación, por una parte, aceleró el ritmo de su propio desarrollo y, por otra parte, detuvo y luego desvió el de las regiones sometidas. Lo que hacen los ideólogos del imperialismo, aún cuando se reclamen del marxismo, es confundir unas proposiciones metodológicas fundamentales y el desenvolvimiento concreto efectivo de la historia, reduciendo de este modo los hechos a un simple esquema. Si una epidemia hubiera hecho desaparecer a toda la población de Asia, África y América, el capitalismo europeo a pesar de esto se hubiera constituido, pero sin periferia. Del mismo modo, si la epidemia hubiera hecho desaparecer a toda la población del globo a excepción de la de China, el capitalismo se habría constituido en China. Pero no ha habido tal epidemia. Y el capitalismo se ha

constituido de hecho explotando a la periferia. Es preciso pues dar cuenta de este hecho y no eludir su molesta presencia por medio de un discurso supuestamente teórico. Un paralelo: el debate sobre el imperialismo. Rosa Luxemburg creía poder demostrar que el mecanismo de la acumulación no podía funcionar, ni siquiera teóricamente, sin periferia. Se equivocaba. Lenin recordó cómo los esquemas del libro II establecían la posibilidad de una acumulación sin medio exterior. Pero Lenin no sacaba de ello la conclusión de que la periferia no existiera. Antes al contrario.²

2. Por otra parte, cuando se rechazan los “efectos externos”, ¿se trata verdaderamente de efectos externos? ¿Externos a qué? Si consideramos el sistema capitalista mundial, las relaciones centro/periferia no son externas, sino muy internas al sistema; y las contradicciones del capitalismo deben ser consideradas en este nivel, en todo el campo de la realidad capitalista concreta. Para eliminar las contradicciones más incómodas, se procede a una reducción previa del sistema capitalista al modo de producción (en su pureza abstracta). Las innumerables “lecturas de *El Capital*” son entonces sustituidas por las lecturas del capitalismo; y la rigidez dogmática erigida en principio fundamental.

La lógica de este comportamiento conduce directamente a salir del marxismo. Llevando hasta sus últimas consecuencias esta separación efectos internos/efectos externos, despreciando toda dialéctica, se debería llegar a la conclusión de que las contradicciones no deben ser ni siquiera consideradas en el nivel de la formación nacional, sino exclusivamente en el nivel de la unidad de base donde nace la explotación capitalista, la empresa. ¿No se excluye en efecto la circulación de este análisis empobrecido, supuestamente marxista, para obnubilarse indefinidamente con la génesis de la explotación en las relaciones de producción? Con el pretexto de que, en el marxismo, la producción rige la circulación, se tacha de “circulación” toda reflexión sobre la circulación, se deja así de hecho de observar la realidad, se esteriliza toda reflexión, se prohíbe toda acción. La redistribución de la plusvalía por la circulación del capital (el libro III de *El Capital*), el análisis de las

relaciones trabajo productivo/trabajo improductivo, la definición correcta del trabajador colectivo, el análisis de las alianzas de clase propias de una formación, todo esto es arrojado fuera del campo de estudio y llegándose así a una posición política que tiene un nombre, el anarco-sindicalismo, que invita además a los trabajadores a desinteresarse de la política. Una cierta corriente autogestionaria, en su versión ingenua, se alimenta de esta reducción teórica.

Es preciso observar la visión de la totalidad. Esta —el sistema capitalista mundial, en este caso— no puede ser reducida ni al modo capitalista puro, ni siquiera a una constelación de formaciones nacionales desiguales. Es necesario precisar el contenido de esta desigualdad, que no adquiere su dimensión más que en relación con la totalidad y no en relación con cada una de sus partes. La desigualdad, cualquiera que sea su origen, permite una jerarquización organizada que no solo la reproduce estatalmente, sino que la renueva dinámicamente.

El sistema capitalista ha sido siempre mundial. Y no se puede entender nada de él si se excluye la interacción entre los efectos internos de una de sus partes y los efectos externos a esa parte. Por esa razón, la aportación de quienes colocaron el acento en el papel de la periferia en la constitución del capitalismo desde sus orígenes no es ni escasa ni tampoco solamente complementaria. Restablece la historia en su verdadera dimensión. No sería posible, así pues, reprocharles el haber “descuidado” los efectos internos: otros ya habían agotado su estudio y nuestros autores utilizaron su aportación, pero en una perspectiva que, al unir los efectos internos con los supuestos efectos externos, daba al capitalismo su plena dimensión. A partir de estos trabajos, es necesario reformular unas cuestiones fundamentales para la comprensión del capitalismo, entre otras la articulación producción/circulación (y la problemática del comercio lejano en los sistemas precapitalistas y en la transición al capitalismo), la división internacional del trabajo y el intercambio desigual, es decir, la organización del proceso productivo a escala mundial, la acción de la superestructura política e ideológica, etc. Dicho de otro modo, todas las cuestiones que la reducción

dogmática del capitalismo al modo capitalista puro se dedica a eliminar.

3. En este marco, la cuestión del fracaso de la transición al capitalismo de las sociedades tributarias más evolucionadas y del éxito europeo puede ser planteada en términos científicos.

Son precisas cien tentativas en la historia antes de que una abertura decisiva permita alcanzar el punto de no-retorno. Hemos mostrado por qué razones concretas el mercantilismo árabe había abortado. El mercantilismo egipcio de Mohamed Alí había emprendido un desarrollo capitalista que no fue detenido por otra cosa sino por la agresión europea. También en Occidente, cuando se observa desde más cerca, se descubre que antes de la abertura inglesa, el intento abortó en Italia y en España. ¿Se va a hacer volver el milagro europeo a las dimensiones de la Europa del Norte? ¿Partir de Marx para llegar a Max Weber?

Esta serie de fracasos de sociedades no europeas no tiene nada de sorprendente. ¿Acaso no se ve cómo, de la misma manera, las tentativas del socialismo abortan con una frecuencia mucho mayor de la que ninguna teoría general podría sugerir? ¿Se llegará a concluir del fracaso de la Comuna de París que la formación francesa no podrá nunca engendrar el socialismo? ¿Y qué decir del fracaso del cartismo inglés en el siglo XIX o de la radicalización del movimiento obrero en los Estados Unidos en el siglo XX? Es cierto que todavía los hay que pretenden que el socialismo era imposible en Rusia (salvo que la revolución alemana corriera en su ayuda), que está condenado de antemano en China, en Vietnam y cualquier otro lugar excepto en Europa y en Estados Unidos.

4. Si bien siempre fue mundial, el sistema capitalista no dejó de atravesar por ello algunas etapas. En esta periodización, el corte imperialista resulta esencial.

Este corte marca en efecto el fin de la periodización ascendente del capitalismo a escala mundial y el debate de su crisis. En este sentido, es con razón la “fase suprema” del capitalismo. Naturalmente, el capitalismo continuó desarrollándose después de 1880 incluso con ritmos muy superiores a los del pasado. Pero este desarrollo no permitió nunca la emergencia de nuevos centros: a

partir de ese momento, el desarrollo del capitalismo es simultáneamente desarrollo del imperialismo y del subdesarrollo.

La tesis de los “límites absolutos”, que podríamos atribuir a Rosa Luxemburg, descuida este punto decisivo, que el desarrollo del capitalismo en la periferia sigue siendo desarrollo de un capitalismo dependiente e inacabado. El error de algunas tentativas de periodización proviene también de una apreciación insuficiente de la naturaleza del corte imperialista.

5. Este corte abre el periodo de transición socialista a escala mundial en el marco de un modelo de desarrollo desigual. En eso consiste la esencia de la tesis que defendemos. Ya que el imperialismo transfirió el centro de gravedad de las contradicciones del capitalismo, relegó las contradicciones mayores de ayer al rango de contradicciones secundarias, moduladas por nuevas contradicciones. La lucha de la clase obrera de los centros ha dejado de ser el motor principal de la historia. Cecil Rhodes había comprendido que la guerra civil podía ser evitada en Europa a condición de transferir las contradicciones del capitalismo por medio de su expansión exterior. La hegemonía socialdemócrata no tiene otro sentido que ese. Pero, al mismo tiempo, el imperialismo promovió al primer plano de la escena a una nueva fuerza anticapitalista, la de las naciones de la periferia, cuya lucha se convirtió en el motor de la historia. Una lucha gigantesca se emprende en el transcurso de la cual se enfrentan la burguesía y el proletariado de estas naciones, una lucha cuyo desenlace es decisivo para el socialismo. Como la liberación nacional no puede ser acabada bajo la dirección de la burguesía, debe proseguirse de una etapa a otra del desarrollo del sistema imperialista, hasta el momento en que el proletariado, habiendo conseguido arrebatarse su dirección, una vez terminada la liberación nacional, plantee los problemas nuevos de la transición socialista. El socialismo abre de este modo su vía, una vía que no podía ser prevista de antemano.

Resulta de esta situación que el análisis de las contradicciones del capitalismo contemporáneo debe tomar de entrada todo el sistema mundial como campo de aprehensión. No se sacará nada de la cienmilésima lectura de *El Capital* que permita comprender

estas contradicciones. Recordando indefinidamente la preeminencia del análisis de la explotación capitalista en su fuente, en las relaciones de producción capitalistas, se rellenarán manuales elementales, en ocasiones tesis académicas de marxología, pero no se avanzará ni un milímetro. Todo marxista que considera que el análisis de las contradicciones a escala mundial es un ejercicio decorativo, todo marxista que, en consecuencia, considera que la lucha antiimperialista corresponde a lo accesorio, por no decir a la caridad, se priva del medio de actuar en favor de la transformación de la realidad.

Pero afirmar por otro lado que el análisis de la acumulación a escala mundial debe ser conducido a escala mundial y no a partir únicamente de la periferia, es expresar un deseo que seguirá siendo vano mientras no se haya abandonado radicalmente la visión occidentalocéntrica que hace derivar, con desprecio de cualquier dialéctica, las transformaciones de la periferia de las del centro. Teniendo en cuenta que el noventa y nueve por ciento de los análisis de la acumulación ignoran el campo mundial para fijarse exclusivamente en los centros –como el noventa y nueve por ciento de los análisis de la transición al capitalismo ignoran la periferia mercantilista– y teniendo en cuenta que estos análisis son, no solo incompletos, sino que proceden de un error fundamental, es preciso comenzar ya por el otro lado. De este modo se crearán las condiciones para un análisis de conjunto correcto.

La liberación nacional y el socialismo

1. Abordamos ahora el problema desde el ángulo más amplio, el del debate marxista sobre el imperialismo, para tratar de definir la estrategia de la transformación socialista a escala mundial y las relaciones entre las diferentes fuerzas políticas y sociales que actúan en grados diversos, en el seno de diferentes contextos, en esta dirección.

Existen sobre este punto dos visiones fundamentalmente diferentes. Ambas se pretenden marxistas y pretenden que la otra no lo es.

2. La primera considera que el imperialismo constituye un corte cualitativo absolutamente esencial en la historia del capitalismo: el resultante, a finales del siglo XIX, de la constitución del imperialismo, del paso del capitalismo clásico competitivo (por darle un nombre, pero sin ilusiones acerca de la naturaleza de esta competencia) al capitalismo imperialista. Antes y *después* del imperialismo, todos los problemas se plantean de diferente modo.

El imperialismo no es únicamente, ni siquiera principalmente, una transformación de tipo económico en el interior de los centros imperialistas, un paso de lo cuantitativo a lo cualitativo en la centralización, la concentración del capital, descubierta, antes incluso que los revolucionarios como Lenin, por los socialdemócratas. Ciertamente, hay ahora centralización, concentración, monopolios, interpenetración del capital bancario y del capital industrial, etc. y, en concomitancia, sumisión a estos imperialismos por parte del conjunto de las sociedades no capitalistas. Pero las raíces de esta sumisión son anteriores y el capitalismo no esperó a finales del siglo XIX para tener un carácter mundial. La acumulación primitiva misma, antes de la revolución industrial, tiene ya una dimensión de tipo mundial. La manifestación de los fenómenos políticos, incluso del fenómeno colonial, en algunas regiones y bajo determinados aspectos, son anteriores al imperialismo.

Si el imperialismo constituye sin embargo un corte cualitativo, es porque la centralización-concentración del capital de los monopolios hace aparecer la posibilidad de exportar el modo de producción capitalista por medio de la inversión de este capital en el exterior de los centros de origen. La implantación de segmentos del proceso productivo fuera de la nación de origen, muy lejos, en unas condiciones sociales diferentes, se hace posible. Los procesos de integración y de sumisión de las sociedades con modo de producción de origen precapitalista adquieren así una dimensión totalmente nueva y, aunque esta implantación sea todavía cuantitativamente esporádica, es determinante. Más tarde, esta expansión a escala mundial del capitalismo en la fase imperialista provoca unas transformaciones fundamentales. Ahí está el punto

crucial del debate: el de las transformaciones fundamentales, el del lugar de las diferentes clases sociales en el centro y en la periferia. No se pueden considerar estas transformaciones en las relaciones entre las clases sociales, en el interior del centro, de la periferia y a escala mundial, y el lugar de las diferentes clases sociales en la lucha de clases, aislando los países, ya sean imperialistas o dominados por el imperialismo; no pueden ser considerados más que en sus relaciones mundiales, en una estrategia global.

Ciertamente, la contradicción fundamental del modo de producción capitalista, y por lo tanto del sistema capitalista mundial, es la que opone a la burguesía y al proletariado. Pero, una vez hemos enunciado esta trivialidad, no nos hemos decidido todavía sobre la estrategia: es decir, sobre las relaciones entre los diferentes proletariados, entre las diferentes burguesías y las otras clases – sobre todo, en la periferia, en relación con los modos de producción precapitalistas–, sometidos al imperialismo, y la manera en que se sitúan, en una estrategia revolucionaria de conjunto, unas en relación con otras.

Con la entrada del capitalismo en la fase imperialista, tienen lugar importantes transformaciones que podemos resumir de la manera siguiente:

El centro de gravedad de la explotación capitalista se desplaza, en relación con el hecho de que la masa relativa de la plusvalía centralizada en la ganancia de los monopolios de los países imperialistas aumenta, en términos relativos y absolutos. Esta proviene progresivamente de la explotación de los pueblos de la periferia. Se trata, o bien de una plusvalía generada directamente por el proletariado de la periferia, o bien, y es aún más importante en volumen, de excedentes generados en modos de producción variados, procedentes de clases explotadas, que circulan a través de intermediarios locales bajo formas particulares, transformados en plusvalía en la ganancia de los monopolios por la sumisión formal de estos modos de producción precapitalistas campesinos, feudales, etc. y la explotación de amplias masas campesinas.

El hecho de que el centro de gravedad se desplace de esta manera no resulta de la medida cuantitativa de la masa de la

plusvalía generada aquí o allá y en el interior del conjunto del sistema; en el plano cuantitativo, la masa de la plusvalía sigue siendo generada sobre todo en el centro; pero el centro de gravedad, el punto sensible, se desplaza hacia la explotación de la periferia.

El capitalismo de los monopolios proporcionó así una base objetiva a la hegemonía de la socialdemocracia en las clases obreras de Occidente. Esta hegemonía, visible e indiscutible en la II Internacional, fue denunciada por Lenin, en relación precisamente con el fenómeno imperialista. Complementariamente, la extensión del capitalismo imperialista a la escala mundial del planeta acaba con la vía de expansión del capitalismo por medio de revoluciones burguesas en los países atrasados.

La burguesía no se desarrolla ya en la periferia más que en el regazo del imperialismo, y no es ya capaz de llevar adelante una revolución burguesa más o menos radical, lo que no significa evidentemente que el capitalismo ya no se desarrolle. Se desarrolla, pero en el marco imperialista. Mientras que, por el contrario, el movimiento campesino que históricamente ha sido en el centro parte integrante de la revolución burguesa, se convierte en parte de la revolución socialista. Las reivindicaciones campesinas no pueden pues conducir a revoluciones burguesas, pero deben, objetivamente, integrarse en la revolución socialista a escala mundial. Lo que no quiere decir que conduzcan a ella automáticamente: para ello es preciso que exista una dirección proletaria y una perspectiva en ese sentido. Dicho de otro modo, el desarrollo del capitalismo en la periferia, en el regazo del imperialismo, y la ascensión del movimiento de liberación nacional, no se inscriben en la perspectiva de desarrollo del capitalismo y de la burguesía, sino en la perspectiva de su crisis.

Para definir los grandes campos de las fuerzas sociales y determinar a continuación lo que, según esta tesis, es principal y secundario, no basta con recordar que, del lado de las fuerzas del socialismo, están los proletariados del centro (a pesar de que exista hegemonía de la socialdemocracia) y de la periferia y, para simplificar, el campesinado explotado de la periferia y que, del otro

lado, en el campo de las fuerzas del capitalismo, están el capital de los monopolios y todas las burguesías dependientes y las clases explotadoras aliadas de la periferia. Ya que, en esta alianza de clases a escala internacional, la punta de lanza de las fuerzas del socialismo se ha desplazado del proletariado de Occidente hacia los núcleos proletarios de la periferia, en relación con el fenómeno imperialista; esa es la razón de la hegemonía socialdemócrata en el proletariado de Occidente y de la posibilidad de una alianza revolucionaria obreros-campesinos en la periferia.

El argumento de aquellos que constantemente recuerdan la contradicción fundamental burguesía/proletariado apenas hace avanzar el debate; el proletariado existe a escala mundial aquí y allá. Ahora bien, en un momento dado de la historia, algunos sectores del proletariado son más avanzados que otros.

Las citas a base de Marx no permiten explicar este fenómeno puesto que este fenómeno es posterior a él; a base de Lenin, tal vez un poco más, puesto que Lenin fue el primero que analizó de una manera decisiva el imperialismo... Pero, en fin, murió en 1924; el sistema continuó, las luchas se desarrollaron, las cosas se transformaron y Lenin estaba preocupado ante todo por la lucha en el interior de la II Internacional contra el revisionismo y la preparación de la revolución rusa; lo situó en un marco correcto, que es el del imperialismo, pero no dio respuesta a todo lo que ocurrió en su tiempo, y *a fortiori* después.

En realidad nos encontramos con que las revoluciones socialistas no han tenido lugar más que en la periferia del sistema (China, Vietnam, Corea, Camboya, Laos, Cuba), que a pesar del desarrollo del capitalismo en la periferia y de la ausencia de perspectivas inmediatas, las masas populares obreras y campesinas se han situado allí raramente bajo la dominación ideológica de la burguesía y del imperialismo y que, por esta razón, el potencial revolucionario allí es enorme. Existen pues muchas probabilidades de que el movimiento continúe en el mismo sentido. En cambio, las clases obreras de Occidente están, hasta el presente, dominadas por la hegemonía socialdemócrata o revisionista (que cada vez más claramente se convierten en una misma ideología), lo que no impide

ni luchas de clases, ni combates a veces violentos, comprendidos los políticos, pero privan a éstos de la perspectiva socialista.

Sin embargo, estos hechos pueden siempre ser discutidos, en la medida en que lo que es cierto un día no lo es necesariamente al día siguiente y que, de otro lado, las revoluciones llamadas socialistas en la periferia plantean una serie de problemas después de su realización: no se trata de una transición sosegada, sin problemas hacia el comunismo, es decir, hacia la abolición de las clases sociales, de las relaciones mercantiles, de la división del trabajo, etc. El objetivo final está lejano todavía, extremadamente lejano.

De tal manera, estos argumentos, ya se trate de citas de Marx o de Lenin, o de los mismos hechos, dejan siempre el debate abierto; es preciso observar las luchas reales, analizar cómo se articulan y su significación.

Evitemos aquí un malentendido suplementario: no existe ninguna profecía posible sobre el desenvolvimiento de la historia. Debemos simplemente colocar el acento en una relación dialéctica entre las luchas en el centro y las de la periferia. En tal situación fechada, ¿cuáles son las principales? ¿Cuáles secundarias? Dicho de otro modo, ¿qué luchas actúan cualitativamente sobre las otras?

En la medida en que el imperialismo puede trasladar la explotación a la periferia, puede ahondar esta explotación, adquiere los medios objetivos de reforzar la ideología socialdemócrata en el centro y, como consecuencia, consigue dividir a la clase obrera, arrebatándole su perspectiva política autónoma e integrar sus luchas en proyectos que sigue dominando.

En la medida en que la periferia resiste en grados diversos, siendo el más avanzado la liberación, es decir, la salida del sistema imperialista, en la medida en que el movimiento de liberación nacional dirigido por el proletariado se extiende llevando consigo realmente a la gran masa de los campesinos explotados, existe la posibilidad de un corte cualitativo. No se trata del socialismo, sino solamente de un corte hacia el socialismo, el punto final a la explotación imperialista, pero no necesariamente hacia el desarrollo de las fuerzas capitalistas autóctonas. Ahí reside la significación del

grado máximo de resistencia a la explotación imperialista. El grado mínimo es el de las burguesías dependientes que, en una coyuntura determinada, dirigen el movimiento de liberación nacional y, *de facto*, a través de estas luchas, obtienen un reparto más favorable para ellas que, por eso mismo, limita las ganancias del capital de los monopolios.

En la medida pues en que la periferia resista, en diferentes grados, el capital imperialista está obligado a trasladar la contradicción al interior de las metrópolis, reduciendo como consecuencia la base objetiva de la socialdemocracia y reforzando las tendencias a una recuperación revolucionaria.

Hasta el presente (es decir entre 1870 y 1978), la tendencia principal ha sido que las luchas de liberación nacional, en diferentes grados –del más fuerte, control del proletariado y ruptura con el imperialismo, al más débil, dirección de la burguesía obteniendo concesiones recuperadas por el reajuste del sistema imperialista– son el motor de la historia contemporánea. Así pues, la ampliación o el estrechamiento de la base objetiva de la social-democracia en el centro ha dependido en lo esencial de estas luchas de liberación a lo largo de ahora hace un siglo, con altibajos, desde luego, puesto que estas resistencias y estas luchas no se han desarrollado de manera lineal, sino acumulando tanto victorias como derrotas, ya estuvieran dirigidas por el proletariado o por la burguesía.

3. ¿Es el movimiento de liberación nacional lo que pretendemos, el motor de la historia y la fuerza principal de emergencia del socialismo?

Cuando, por una grosera simplificación, se reduce este movimiento al de la lucha por la independencia nacional política de Asia y África, tenemos la tentación de contestar que este movimiento no ocupa en realidad más que una fase relativamente breve de la historia contemporánea: de 1945 a 1965-70, tal vez.

Volvamos pues al desenvolvimiento de la historia contemporánea. Desde 1880, el hecho imperialista rige todos los acontecimientos importantes, pesa sobre todos los enfrentamientos determinando sus soluciones. Simultáneamente, desde 1880, la lucha de liberación nacional emerge, y se amplifica progresivamente.

En una primera fase, de 1880 a 1914, la lucha de liberación nacional no es todavía el motor inmediato de la historia, pero la revuelta de las clases obreras en el centro del sistema ha dejado de serlo. Por esa razón esta fase es la edad de oro del imperialismo. Las clases obreras están ya subordinadas a sus burguesías imperialistas y, habrá que esperar hasta 1914 para darse cuenta de su alcance catastrófico; la II Internacional aparece ya, con el paso del tiempo, como el instrumento de esta subordinación. Los movimientos de liberación comienzan solamente a constituirse, pero no han salido todavía de la era precapitalista; se proponen más resistir la agresión que liberar algo. Por eso, durante esta fase, las contradicciones interimperialistas ocupan el primer plano de la escena: estamos en la Belle Epoque, cuando la diplomacia de las Potencias es el motor inmediato de la historia. Esta fase se cierra con la Gran Guerra, la revolución rusa, el movimiento del 4 de mayo en China, Kemal Ataturk, el Wafd egipcio y el Congreso indio.

De 1918 a 1945, el primer plano de la escena ya no está ocupado exclusivamente por las contradicciones interimperialistas, que subsisten todavía y oponen a vencedores y vencidos de 1918. Paralelamente, la época ve la ascensión de la revolución rusa, luego sus estancamientos y sus retrocesos, la ascensión de la revolución china, la ascensión de los movimientos de liberación en los tres continentes: populismo latinoamericano, revueltas y revoluciones independentistas modernas reprimidas en Asia y en África. Este complejo de fuerzas ascendentes acusa de nuevo las contradicciones internas en los centros y las crisis de la primera postguerra, a partir de 1930, ponen en evidencia estas contradicciones sociales. El periodo se cierra con la segunda guerra mundial, que señala el fin del ascenso del movimiento obrero occidental, mientras que se prosigue el desarrollo de otras fuerzas, las de la Unión Soviética y las de la liberación nacional.

A partir de 1945 se abre un tercer periodo, durante el cual se afirma el predominio del movimiento de liberación nacional. Las contradicciones interimperialistas se ven atenuadas por la hegemonía americana, hasta el punto de que la tesis del superimperialismo parece confirmarse. "Parece" solamente, porque

esta tesis, presentada por Kautsky, y muy de moda en los Estados Unidos, procede de una reducción economicista: el Estado se convierte en el instrumento pasivo de las multinacionales que conforman el mundo a su imagen. No compartimos este punto de vista, pero no es esa la cuestión. Ya que, de todas formas, el movimiento obrero occidental no se recupera de la derrota de los años 30 y 40; con el transcurso del tiempo aparece tan subordinado como lo estaba antes de 1914. La Unión Soviética, confinada en las fronteras de su zona de influencia, no aparece en la escena mundial más que en relación con el movimiento de liberación, y a través de las alianzas que establece con este movimiento llegará a adquirir una dimensión mundial. Durante este cuarto de siglo, la liberación nacional se acaba en Asia Oriental y en Cuba, dando paso a unas transiciones socialistas posibles, mientras que en otros lugares el movimiento alcanza su primer objetivo, la independencia política, sin haber iniciado esas transiciones.

La terminación de esta fase, ¿pondrá término al movimiento de liberación nacional y a sus potencialidades de transformación socialista? Esa es la tesis de Gérard Chaliand.³ Parece confirmada por los hechos inmediatos de los últimos años, siendo esto lo que le proporciona su éxito temporal. Y sin embargo es falsa, ya que reduce el objetivo de la liberación nacional a la independencia. Ahora bien, esta no resuelve las contradicciones del capitalismo periférico. Sin duda, crea condiciones nuevas, de ahí la pausa. La superación de la fase del capitalismo periférico embrionario impuesto por la dominación política (“el modo de producción colonial”, como lo llama Rey⁴) por la reproducción espontánea del capitalismo dependiente (el modo de producción neocolonial) a través de la hegemonía de la burguesía local y por los propios mecanismos económicos del sistema capitalista, modifica la naturaleza de los objetivos, los métodos de lucha y el dispositivo de los campos. Por estas razones Chaliand propone considerar el tiempo del movimiento de liberación cerrado y llamar por su nombre, lucha interna de clases, a la época que se abre en el Tercer Mundo. El error está en no ver que esta lucha de clases continúa actuando

en el marco de la liberación nacional, que está por terminar. Las burguesías del Tercer Mundo tratan de proseguir esta lucha, conservando la dirección, como lo hemos señalado al analizar la estrategia que proponen para alcanzar la independencia económica. Las clases populares no deben ignorar esta lucha como tampoco debían ignorar ayer el objetivo de la independencia. Pero, gracias a la autonomía de su movimiento deben imponer su dirección y, por medio de ella dar paso a la transición socialista. Por eso la liberación nacional continúa ocupando el primer plano de la escena. La historia, y solo la historia –no la teoría y todavía menos la marxología– dirá si va a coincidir con una nueva emergencia del movimiento obrero en Occidente.

4. Situados de nuevo en este marco, el de la revolución ininterrumpida y por etapas, los debates que conciernen a la estrategia de la nueva fase de liberación nacional alcanzan una dimensión práctica. Se trata de los verdaderos debates en el interior del movimiento y de la lucha, cuyo alcance real rompe con la ausencia de alcance de las teorías en las que la afirmación de la primacía de la lucha de clases esconde, detrás de su trivialidad, una ignorancia de las condiciones concretas de la lucha de clases a escala mundial.

El carácter contradictorio de la liberación nacional se expresa en esta doble realidad de que, por una parte, cada victoria parcial de la liberación nacional crea las condiciones de un ahondamiento nuevo del desarrollo del capitalismo, pero que, por otra parte, este desarrollo, al ser el capitalismo periférico dependiente, no atenúa las contradicciones entre las masas populares, el imperialismo y sus aliados, sino que por el contrario las agrava.

¿Es posible que este movimiento se prolongue indefinidamente, atravesando etapas sucesivas sin que nunca se llegue a la ruptura cualitativa que da paso a la transición socialista? En tal caso, ¿no se llegará finalmente a la culminación del proceso de desarrollo capitalista, es decir, a la desaparición de la contradicción centro/periferia? Marx había expresado esta posibilidad de que Europa, engordada por la revolución socialista, tuviera que hacer frente al capitalismo ascendente, salido de ese “pequeño rincón del

mundo”.⁵ Pero esto lo escribía antes del imperialismo y hacía pues la doble suposición de la prosecución de la radicalización del movimiento obrero europeo y del carácter no dependiente del desarrollo del movimiento capitalista en Asia.

Posteriormente, la hipótesis de un desarrollo acabado del capitalismo en las periferias sometidas al imperialismo no se ha realizado. El marxismo se prohíbe razonar sobre los “si” contrarios a la realidad considerada en su movimiento verdadero. Ahora bien, la nueva fase del imperialismo que se dibuja, fundada en las fuerzas sociales reales del capitalismo contemporáneo, no se dirige en la dirección de una culminación del capitalismo (el objetivo de la independencia económica proclamado por las burguesías del Tercer Mundo no puede ser alcanzado por las estrategias que se proponen), sino que prolonga la línea del desarrollo dependiente, inacabado.

Claro está, *si* las fuerzas populares no actuaran en la periferia y *si* de esa manera el proceso continuara más allá de esta nueva fase, es decir, *si* el capitalismo sobreviviera todavía, pongamos mil años, acabaría por encontrar la solución a sus contradicciones. En esta hipótesis de ciencia-ficción, el imperialismo habría desaparecido al haber agotado su papel histórico, que habría consistido en transferir el capitalismo de ese “pequeño lugar de Europa” al conjunto del mundo. El imperialismo no habría sido la fase suprema del capitalismo, sino únicamente una modalidad transitoria de su despliegue. Incluso en esta hipótesis, cuyo examen carece de interés político, la cuestión del comunismo seguiría planteándose. En un modo totalmente homogeneizado, donde el capitalismo habría ya suprimido naciones y desigualdades nacionales, la lucha de clases adquiriría por fin la pureza soñada por algunos. A menos que en este mundo de ciencia ficción no fuera ya demasiado tarde, que el régimen del Hombre unidimensional no hubiera vuelto allí caducas las leyes descubiertas por el materialismo histórico. Si nos autorizamos un marco de razonamiento de esta naturaleza, es preciso ir hasta el final, abandonar el terreno sólido de las luchas

efectivas entre unas fuerzas reales actuando en un mundo no menos real, para combinar libremente todas las hipótesis.

5. Como prueba suplementaria de que la contradicción centro/periferia sigue siendo el aspecto principal a través del cual se manifiesta el conjunto de las contradicciones (fundamentales y secundarias) del sistema, volvemos a considerar la crisis actual. Constatamos en efecto que una serie de victorias de los movimientos de liberación nacional ha caracterizado la última fase; las mayores fueron las de los pueblos de Asia oriental; más modestas son las de las burguesías del petróleo, que obtuvieron un nuevo reparto de las ganancias, al utilizar las contradicciones interimperialistas en un momento dado. Todo esto jugó un papel decisivo en la crisis actual del imperialismo, es decir, en la obligación en que se encuentra de reajustarse a esta resistencia de la periferia.

La consecuencia de esto es, de manera evidente, un recrudecimiento de las luchas en el centro, bien en el plano ideológico, bien en el económico, ya que la relación entre los dos sigue siendo muy fuerte. Sin la revolución cultural china, se entenderían mal muchas cosas que ocurren en Occidente. La crítica del revisionismo en Occidente nació de pequeños grupos relacionados con las luchas antiimperialistas (Argelia, Vietnam, Palestina). También en este nivel, el efecto es decisivo.

En otro nivel, la resistencia victoriosa de la periferia trajo consigo la aceleración de la caída de la tasa de ganancia en el centro, parcialmente encubierta por medio de los mecanismos de la *stagflation*, la postergación de la contradicción sobre las clases obreras del centro, la tentativa de una política económica destinada a volver a crear allí, al menos parcialmente, un ejército de reserva. Simultáneamente, el imperialismo escogió cerrar filas: las burguesías imperialistas de las metrópolis subalternas se colocan de nuevo bajo la dirección de la fracción dominante americana, para constituir un frente común que les permita limitar al máximo las victorias de los movimientos de liberación nacional de la periferia y atenuar así las contradicciones en el centro. El fracaso, tanto de la 4ª conferencia de la CNUCED como del “diálogo Norte-Sur” son

testimonios de la negativa del imperialismo a hacer concesiones a las burguesías de la periferia.

Precisemos una vez más que este análisis no tiene ninguna pretensión de profecía y que los puntos débiles en un momento dado pueden desplazarse. Es preciso sin embargo insistir en esta realidad: la tendencia principal, a lo largo de un siglo es que la lucha de liberación nacional ha sido el motor de la historia; esto significa que todas las luchas, incluso en el centro, estuvieron determinadas en relación y concomitancia con esta lucha principal en el sistema capitalista mundial. Por supuesto, una lucha de clases a esta escala no debe ser comprendida como yuxtaposición de luchas de clases en países diferentes, de modos de producción diferentes, que solo mantendrían relaciones episódicas o casuales. Están organizadas en relación con una alianza de clases a escala mundial, y en relación con la posición de las diferentes fracciones de clases en esta alianza mundial que determina cuáles son las fracciones de vanguardia, el grueso de las tropas, el enemigo principal, etc.

6. Acabamos de considerar un punto de vista. Pero existe una segunda visión, diametralmente opuesta. Constatamos en efecto que la primera no es generalmente aceptada en Occidente.

La tesis del campo adverso es que la contradicción que opone al proletariado a la burguesía en el centro del sistema sigue siendo la contradicción principal de todo el sistema. Esta tesis considera también que el movimiento de liberación nacional forma parte integrante de la revolución mundial burguesa. Esta tesis, predominante no solo abiertamente en las corrientes obreras socialdemócratas, sino también en las del comunismo revisionista e incluso –implícita, y aún explícitamente– en la oposición de izquierdas en Occidente, es testimonio de la hegemonía socialdemócrata.

Esa era ya la tesis de la II Internacional, que justificaba de ese modo su adhesión a la ideología imperialista. Se habría podido pensar que Lenin había eliminado a los movimientos situados a la izquierda de la socialdemocracia. De ningún modo. Los partidarios de esta tesis continuarán obnubilándose a propósito del desarrollo del capitalismo en la periferia. Pero no ven –puesto que su tesis

debe negar el imperialismo— que se trata de un capitalismo dependiente, incapaz de realizar el objetivo de la liberación nacional, dejando como consecuencia intactas todas las potencialidades de una revolución socialista. En cambio, al tratarse de la hegemonía socialdemócrata de Occidente, persistirán en atribuirla a factores subjetivos y circunstanciales. Esa es la razón por la que pretendemos que esta segunda visión desarrolla una variante de la ideología imperialista que puede adoptar la forma ingénua de la socialdemocracia o del revisionismo, pero también formas izquierdistas.

7. La oposición entre estas dos visiones volvemos a encontrarla siempre y en todas partes, abierta o en filigrana. Sobre este punto, el debate sobre el intercambio desigual ha sido revelador. Se ha visto cómo en efecto las posiciones se iban cristalizando progresivamente en función de las adhesiones ideológicas a cada uno de los dos campos. Se ha visto a los trotskistas formar coro con los revisionistas e incluso a algunos maoístas veleidosos de Occidente unirse a ese campo.

Otro ejemplo de la oposición de las dos visiones es el de los debates en torno a la crisis actual. Los unos, maoístas, ven en esta crisis en primer lugar una crisis del imperialismo, es decir, de la división internacional del trabajo y de las alianzas de clases mundiales que la dominan. En esta visión, el origen de la crisis se sitúa en primer lugar en los retrocesos del imperialismo en Oriente, que han modificado las condiciones objetivas de la lucha de clases en los centros de la misma manera que han modificado el marco objetivo de las contradicciones interimperialistas. Los otros se niegan a calificar la crisis como crisis del imperialismo. Pretenden que su causa fundamental son las luchas de clases en el centro y que estas luchas son las que determinan el marco objetivo de la acumulación a escala mundial.

A propósito, otra vez, del occidentalocentrismo

1. El occidentalocentrismo es un producto del capitalismo, particularmente de su fase imperialista, a partir de la cual penetra en

el movimiento obrero e incluso frecuentemente en el pensamiento que se reclama del marxismo.

Su manifestación inmediata es la ausencia de interés por las sociedades no occidentales, que implica fatalmente una grave deformación de la historia del propio Occidente. Ya que Occidente no puede comprenderse sin Oriente, ni ayer, en la época mercantilista, ni hoy, en la época imperialista. Los beneficios que los pueblos de Occidente obtienen, en el marco imperialista, de la explotación de la periferia constituyen la base objetiva de la penetración del occidentalocentrismo en el movimiento obrero, permitiendo de este modo que la ideología de la burguesía se convierta en la de toda la sociedad, lo que ocurría solo a medias antes del imperialismo. Estos beneficios no son ilusorios, como pretenden algunos, porque el interés verdadero del proletariado de los centros es liberarse de la explotación capitalista. Son, en el marco de funcionamiento del capitalismo, completamente reales: lo que permite el pleno empleo y el crecimiento de los salarios reales en el centro es la explotación imperialista a escala mundial.

Esta situación tendrá unos efectos importantes en el plano de la transición socialista en los centros desarrollados. ¿Estarán dispuestos los pueblos de Occidente a renunciar al imperialismo y a afrontar una larga transición necesaria antes de que las ventajas de su liberación del capitalismo no compensen las dificultades de la reconversión, si no se ven obligados a ello por la liberación de la periferia? Lo menos que se puede decir es que el occidentalocentrismo tiene como efecto ocultar esta realidad cruel a los pueblos de Occidente. Ahora bien, un momento de reflexión no parece que deba conducirnos a la conclusión de que sea precisamente eso lo que las burguesías imperialistas esperan de la izquierda. Las eventuales aberturas en Occidente corren el peligro de estrellarse contra estas dificultades.

Un ejemplo: las naciones occidentales se van convirtiendo progresivamente en naciones de pequeñas burguesías, en el sentido de que allí se concentran las capas medias, cuyas funciones solo se comprenden en la escala del funcionamiento del sistema mundial, como Poulantzas ha observado. La hipertrofia del terciario

convertido en improductivo, la concentración posible ulterior del cuaternario en la hipótesis de una nueva división internacional que relegue algunas industrias a la periferia, tienen como contrapartida la concentración de la generación de la plusvalía en la periferia, por medio de la explotación directa con tasa de plusvalía más elevada, la dominación formal sobre los sectores precapitalistas, el saqueo de los recursos naturales, etc. La reconversión que la transición socialista implicaría para las sociedades centrales creará en estas condiciones considerables dificultades.

Las ambigüedades de los movimientos populares y obreros de Occidente denotan el retroceso oportunista ante estos problemas. Se ve claramente hoy, a propósito de la batalla que los países del tercer mundo entablan por su independencia económica y el aumento de los precios de las materias primas. La cuestión consiste en efecto en saber quién soportará en definitiva las sobreganancias de los monopolios: ¿las clases obreras de los centros o los pueblos (incluidas las burguesías) de las periferias? Tenemos inquietud por ver cómo se coloca la izquierda occidental sin dudar al lado del imperialismo: invocar una coartada (el hecho de que esta batalla es conducida por los Estados, por tanto por las burguesías, del Tercer Mundo) para eludir su responsabilidad. La burguesía ha sabido perfectamente explotar esta debilidad; ha llegado a explicar sin dificultad que las naciones de Occidente tenían derecho a las riquezas naturales del Tercer Mundo, que los pueblos de Occidente no debían correr con los gastos de los apetitos de los jeques y de los burócratas del Tercer Mundo, etc. En un corto plazo, este tema imperialista ya ha dado algunos cuerpos de ventaja a la derecha, como lo testimonian las revoluciones recientes en Europa. Y una fracción importante de la extrema izquierda comparte las actitudes de las corrientes socialdemócratas y revisionistas dominantes. En cuanto a los países del Este europeo, se han incorporado claramente a este campo: véanse por ejemplo las críticas que dedican a nuestra tesis los académicos soviéticos, muy cercanas a las de algunos izquierdistas.⁶

2. El occidentalocentrismo impone una deformación sistemática del marxismo. De un instrumento revolucionario de acción, se ha convertido, a fuerza de rigidez dogmática, casi en una disciplina académica.

El debate sobre el intercambio desigual nos convenció de que la invocación de la “preeminencia de la producción sobre la circulación” no es en realidad más que una excusa ideológica. Ya que, en resumen, este debate llevó a formular los problemas en términos de relaciones de producción, de generación del excedente a escala mundial y de la circulación mundial del excedente regido por las relaciones de producción capitalista funcionando a escala mundial. En estos términos hemos llegado a establecer que las tasas de plusvalía más elevadas en la periferia, la plusvalía absoluta obtenida a través de la dominación formal, las rentas reducidas o suprimidas se ocultan tras las apariencias de los “precios relativos”. Se trata en realidad de generación de excedente y, al mismo tiempo, de la distribución que emana del propio proceso de su generación. Esta a su vez rige las formas de la acumulación: la hipertrofia improductiva en un polo, la ley absoluta de la pauperización en el otro.

El argumento anticirculacionista oculta pues una intención, la de negarse a analizar la generación del excedente a escala mundial para confinarlo únicamente a los centros. Porque se ha decretado a priori que la plusvalía se produce únicamente en los centros y sería molesto que lo fuera también progresivamente en la periferia.

No nos sorprende encontrar este argumento en los trotskistas. Es el caso de Kay,⁷ que no solo ignora los argumentos del debate, sino que además confiesa ingenuamente su intención: probar que la miseria del Tercer Mundo es debida al hecho de que no es demasiado, sino *no suficientemente* explotado por el capital. La ley de la acumulación capitalista es la elevación del nivel de vida de las masas. La prueba: la historia de Occidente. La prueba suplementaria: la miseria de la periferia. Kay nunca se plantea la cuestión de saber si la miseria del Tercer Mundo y la opulencia de Occidente guardan entre sí alguna relación. La estabilidad relativa

de la parte salarial en el producto nacional en Occidente significa por lo menos que la tasa de plusvalía es allí constante. Ya que, además, la hipertrofia de las funciones improductivas, que no generan plusvalía sino que la distribuyen, invita a pensar que la tasa ahí es decreciente. En la periferia, en cambio, la tasa y la masa de plusvalía son siempre crecientes: el crecimiento de la productividad es allí mucho más rápido que el de la remuneración del trabajo. Este enorme hecho cegador, que podríamos creer se convirtió en una evidencia desde Lenin, escapa totalmente a nuestro marxista, cuya tesis –que nos devuelve a Rostow, al ignorar que subdesarrollo y desarrollo son dos caras de la misma medulla– sería muy apreciada por la Fundación Ford.

Por el contrario, Michalet,⁸ cuya problemática es la nuestra (el sistema mundial considerado de entrada como marco de la generación de la plusvalía), escribe que la multinacionalización “permite la reproducción ampliada por el desplazamiento del lugar de explotación hacia unas zonas con tasas de plusvalía más elevadas con una composición orgánica idéntica”, “va acompañada de una estructura integrada de las esferas de la producción y de la circulación sobre una base mundial”, o “no significa la desaparición de las leyes inmanentes del capitalismo sino más bien su pronto escalonamiento a escala mundial”.

Queda ciertamente mucho por hacer para agotar la cuestión del funcionamiento de la ley del valor a escala del sistema económico mundial. Pero parece evidente que no conseguiremos avanzar si nos limitamos a repetir el ABC: la ley del valor en el modo de producción capitalista puro.

3. Habiendo renunciado de una vez por todas a interesarse en el verdadero campo de operación del capitalismo, el sistema mundial, los marxistas occidentalocéntricos se ven obligados a refugiarse en la marxología. El teoricismo y las lecturas de *El capital* sustituyen al análisis de la realidad. Como observó Michel Beaud se corre el peligro de hacer indefinidamente “derivar la teoría de la teoría”. Las superespecializaciones, contrarias al espíritu del marxismo, favorecen las tendencias académicas. Políticamente, siempre se es

revisionista de derecha o de izquierda; siempre se es insensible al problema del imperialismo, reservado para la especialidad de otros investigadores, o para los accesos de fiebre tercermundista, o para los atractivos del exotismo etnográfico, o para los desahogos del espíritu caritativo. Cuando se es historiador con este espíritu, se está preocupado por ilustrar la historia maravillosa de Occidente, y por demostrar “científicamente” que Europa era la única que podía hacer progresar a la Humanidad. ¡Qué mejor prueba de que la ideología de la clase dominante se ha convertido en la ideología de la sociedad!

4. Nada hay en el pensamiento de Marx que lo predispusiera a semejante desventura. Marx nunca quiso ser tomado por un profeta. Afortunadamente, solo fue un hombre, que no se situaba ni fuera del tiempo ni fuera del espacio. Pero el espíritu religioso de los hombres desembarazó a su heredad de esta modestia. Se ha olvidado que lo único que hizo fue poner los cimientos del materialismo histórico y descubrir las leyes esenciales del capitalismo. Se ha olvidado que careció de otras ambiciones, sobre todo de la de privar a sus sucesores de hacer avanzar la lucha en las nuevas condiciones, que apenas se preocupó de imaginar de antemano. Sus mejores sucesores, Lenin y Mao, no se privaron, por lo demás, de hacerlo así: ¿Hay algo más heterodoxo, para un dogmatismo rígido, que las aportaciones del leninismo y del maoísmo al marxismo?⁹

Para nosotros, la aportación del leninismo consiste ante todo en su aplicación del método marxista a las condiciones de la nueva época imperialista. Ese marco permitió a Lenin analizar correctamente el revisionismo de la II Internacional, reduciéndolo a su base objetiva, para, a partir de ahí, formular la estrategia de la revolución socialista en las nuevas condiciones del desarrollo desigual en el seno del sistema imperialista. En cuanto a la aportación del maoísmo, consiste ante todo en la utilización del método marxista para el análisis de las condiciones de la lucha de clases en el período de transición.

Marx apareció entre 1840 y 1880, es decir, en el momento en que la revolución burguesa se generaliza en Europa, sale de su pequeño

rincón de Inglaterra en que tuvo su origen. En el momento en que este desarrollo vuelve la página de la primera acumulación primitiva y pone fin al papel jugado por la periferia antigua en ésta. En el momento en que esta primera sumisión ha bloqueado ya, e incluso ha hecho retroceder, a América Latina, Asia y África por medio de sus genocidios de amerindios, su trata de negros, sus destrucciones de la industria india, egipcia, su tráfico de opio impuesto en China, etc. En el momento en que el movimiento de recomienzo de estos continentes todavía no se ha reemprendido, bajo el efecto de su integración como periferia de la época imperialista.

Querer ignorar esto, para transformar unos fragmentos de frases, frecuentemente sacados de borradores que Marx no consideró útiles para publicar, en otras tantas “revelaciones”, es, en verdad, infligirle la peor de las traiciones: el embalsamamiento.

El carácter contradictorio de la transición socialista

1. La experiencia soviética nos enseña que la transición socialista no conduce necesariamente al comunismo. El debate referente a la naturaleza y a las leyes de la sociedad soviética está abierto. Hemos defendido que esta sociedad de clases era de nuevo tipo porque la centralización estatal del capital constituye un cambio cualitativo. Esta suprime determinadas leyes esenciales del capitalismo, derivadas de la parcelación de su control, y en particular del predominio de la instancia económica que le va unida. Esta centralización establece nuevas relaciones entre la base económica y la superestructura nuevamente dominante. Por eso hemos creído útil poner un nombre a este nuevo modo de clase. Los maoístas chinos lo denominan capitalismo monopolista de Estado y a su clase dirigente, burguesía monopolista de Estado, reservando al Occidente el calificativo de capitalismo monopolista a secas. En base a ello, hablan de “restauración del capitalismo”. Volveremos sobre las diferencias que entrañan ambos lenguajes.

Pero no se trata solo de poner en cuestión la experiencia soviética. La reivindicación política expresada por las corrientes que dominan la clase obrera de Occidente es análoga: el deslizamiento progresivo al modo estatal, o al capitalismo monopolista de Estado (en su verdadero sentido, no el empleado por los partidos

revisionistas). Los socialdemócratas serios (por ejemplo en Suecia) no escurren el bulto –la propiedad de Estado tiene que suceder a la propiedad fraccionada del capital– ni tampoco los partidos comunistas occidentales. La herejía trotskista adopta las mismas posturas. Todos comparten el mismo culto a la determinación unilateral de las fuerzas productivas. La corriente autogestionaria aún no ha dado respuesta a la serie de problemas básicos que una transición socialista plantearía en Occidente, y navega en un mar de contradicciones, y a veces de ingenuidades. Por fin, la experiencia de los países del “Tercer Mundo” parece demostrar que cuando la burguesía aparece como clase ascendente, es siempre en forma de burguesía de Estado.

¿Podemos sacar de estas comparaciones la conclusión de que el modo estatal sería un posible estadio sucesivo al capitalismo? En este caso, las luchas de clases que oponen explotados a explotadores actuarían una vez más en beneficio de un tercero en discordia, una nueva clase en formación, surgida en parte de entre la misma clase explotada (burocracias de partidos y de organizaciones, mandos técnicos de la aristocracia obrera, etc.), y en parte paralelamente a ella (nuevos estratos de tecnócratas).

2. Poderosas fuerzas objetivas actuarán efectivamente en esta dirección en el transcurso de la transición socialista. La aportación específica del maoísmo al marxismo-leninismo consiste precisamente en haber desarrollado la teoría de las contradicciones de la transición.

Es cierto que esta aportación ha sido formulada en las condiciones concretas y específicas de China. Pero lo ha sido también a partir de una nueva valoración de la historia soviética que salía del atolladero de la falsa teoría de la degeneración atribuida por el trotskismo al carácter campesino de Rusia, definiendo positivamente las condiciones necesarias de la alianza obrero-campesina. En este sentido, el maoísmo tiene una repercusión universal.

Esta repercusión supera sin duda las futuras experiencias aisladas de transición a partir del capitalismo periférico. Pues no cabe duda de que los problemas de la eventual transición a partir

del capitalismo central no son ni menos serios ni fundamentalmente diferentes. Las mismas fuerzas que actúan en favor de una restauración, o de la emergencia del modo estatal, dentro de las situaciones periféricas, actuarán en el mismo sentido dentro de las situaciones centrales: estas fuerzas nacen de la perpetuación de las relaciones comerciales, de la infraestructura de la organización técnica y de la división del trabajo durante la transición. Pero aún no existe ninguna praxis social de esta transición, ya que la Comuna de París no tuvo tiempo de enfrentarse a ello. Así pues restringiremos nuestras observaciones a las contradicciones de la transición periférica.

3. Remitimos aquí a otros escritos, en particular a la discusión sobre el sentido acordado al desarrollo autocentrado independiente y popular, a la estrategia de la orientación de la industria al servicio del desarrollo agrícola, a las “tres revoluciones de las relaciones de producción, de la técnica, de la cultura”, etc. Quedan por aclarar cuestiones vitales, primero, a través de la práctica, claro está, pero sin que tengamos que rechazar la reflexión teórica sobre estos problemas en proceso de maduración. Cabe destacar el tema de la autarquía en los pequeños países socialistas y de la cooperación entre los mismos, incluso el tema del inicio de esta cooperación entre países ya avanzados en su liberación nacional.

Estos problemas han permitido expresar opiniones contradictorias y prácticas igualmente contradictorias, así como debates positivos, consiguiendo formulaciones más matizadas. Esto ha ocurrido en las discusiones sobre la organización social del mundo rural (cooperativas o fortalecimiento de la pequeña producción comercial), las modalidades de articulación entre la grande y la pequeña industria al servicio directo de las colectividades, sobre todo rurales, en la discusión que puso fin al mito del suicidio de la pequeña burguesía, en las controversias relacionadas con las ventajas y dificultades de la autarquía, la “neutralidad” de las técnicas importadas, etc.

Pero los dos problemas esenciales a través de los cuales se expresan las contradicciones de la transición son el problema del Estado y el problema nacional.

El mantenimiento del Estado durante la transición atestigua la persistencia de las clases que se basan en la permanencia de las relaciones mercantiles. Aquí se trata, por supuesto, no de los vestigios de las antiguas clases, sino ante todo de la nueva clase ascendente –llámese burguesía o de otro modo. Las tendencias hacia el anarquismo típicas del izquierdismo occidental desvirtúan el debate sobre este tema.

Del mismo modo, al abrirse camino el socialismo a partir de la desagregación del sistema imperialista, el fenómeno nacional conserva intacto su significado durante la transición. Por iguales razones hemos rechazado el discurso occidentalocéntrico ingenuo que, poniendo por delante a la “necesaria desaparición de las naciones”, la utiliza objetivamente como coartada para una vez más, ignorar los efectos del hecho imperialista.

4. La contradicción de la transición socialista radica pues en la alternativa de que, de la lucha de clases dentro de la transición surja, ya sea una sociedad sin clases, ya sea una nueva sociedad de clases.

¿Nueva sociedad de clases o simplemente restauración del capitalismo? Si se trata de un nuevo modo de producción, la sociedad de clases estatal puede muy bien estabilizarse por un período histórico importante, sobre todo porque se trataría de un modo que posibilitaría un nuevo empuje en el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de un modo progresivo. La clase dominante de este nuevo modo sería entonces una clase ascendente. Si por el contrario, se trata de una restauración, el modo estatal sería un modo transitorio, inestable, no progresivo, y la hegemonía de la clase dominante la expresión del último sobresalto de la burguesía decadente.

Queda abierto este debate fundamental. ¿En favor de cuál de estas dos tesis se inclinan los hechos? Todavía sabemos poco de la sociedad soviética. El análisis de sus leyes fundamentales ha sido tergiversado hasta ahora por el empeño de encontrar a priori ya sea la expresión de las leyes del socialismo (aunque fuera degenerado, lo que no significa gran cosa si se trata de una transición corta), ya sea la de las leyes del capitalismo: por ejemplo, se intenta descubrir

la expresión de la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia. Pero esa sociedad parece medianamente estable, a pesar de sus dificultades específicas: imposible liberalización, persistente retraso de la agricultura, contrastes nacionales, etc. Asimismo, en Europa del Este, Rumanía parece instalada de modo estable en el modo estatal. Pero, en sentido opuesto, las apariencias al menos no indican que Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia o Cuba hayan conseguido un punto de equilibrio estable. En Egipto, país del Tercer Mundo que ha llevado a cabo una forma de organización inspirada en el mismo modelo, aunque en una versión débil y dependiente, la experiencia parece demostrar que el modo estatal – que en este caso, nunca llegó a su forma acabada– solo sería una etapa del desarrollo capitalista.

El análisis de estos problemas se impone, y exigirá no solo que se examine de cerca el funcionamiento de las leyes económicas propias de estos sistemas, sino también que se las integre dentro de una comprensión global de las relaciones entre la base económica y las instancias superestructurales, políticas e ideológicas que las caracterizan.

La naturaleza social de la sociedad soviética

1. En el análisis de las conexiones entre relaciones de producción y fuerzas productivas, a veces se ha defendido que el desarrollo de la técnica en URSS, al ser en todo análogo al de Occidente, por el tipo de división del trabajo y de organización que impone, permite considerar que el modo de producción que predomina en la sociedad soviética es el capitalismo. Se trata de un argumento consistente en favor de esta tesis.

Sin embargo prosigamos haciendo dos preguntas. La primera se refiere a los efectos de la centralización del capital sobre el funcionamiento del sistema. ¿Acaso no borra esta centralización la característica propia del capital, su parcelación, con sus efectos (ideología economista), y sí recoge, en cambio, el funcionamiento dominante de la ideología en URSS? La segunda se refiere a la posibilidad de un desarrollo superior de las fuerzas productivas en base a esta centralización. ¿Al permitir ir más allá de los límites

impuestos por la concurrencia de los capitales, no es acaso el modo soviético nuevo y superior?

Resulta peligroso infravalorar el extraordinario atractivo que el revisionismo ejerce sobre las clases obreras de Occidente y la posibilidad de una alianza revisionista que recoja su apoyo. ¿Y acaso el objetivo de los socialdemócratas suecos es diferente en su esencia?

Bujarin había previsto este tipo de capitalismo monopolista de Estado. No me parece necesariamente convincente el que la Unión Soviética, todavía muy retrasada, no haya verificado esta potencialidad. Un nuevo modo arranca de más abajo para llegar más arriba. Si este modo permitiera superar la contradicción centro/periferia, immanente al capitalismo, ¿no sería por esto mismo superior? Una vez más, para evitar el aprovechamiento deshonesto de esta hipótesis, cabe reiterar que el modo soviético viene a ser una manera de superar –en parte– al capitalismo, siendo la otra el comunismo. Ya hemos hablado lo suficiente sobre este punto, relacionado con el carácter estable o transitorio del modo estatal, para no abordarlo más.

2. El análisis de los debates referentes a la planificación soviética debe situarse en este marco, articularse sobre el análisis de la naturaleza social de la URSS y de la lucha de clases en ella.

¿Los resultados de la expansión económica de la URSS, desiguales, más lentos de lo previsto, en disconformidad con las perspectivas de los planes, se deben achacar a la deformación burocrática de un Estado que fundamentalmente sigue siendo obrero, según la tesis del trotskismo? ¿O bien estos resultados reflejan la resistencia de las clases explotadas? Adelantamos aquí la hipótesis de que en la URSS, como en otros sitios, la lucha de clases decide el ritmo y las orientaciones del desarrollo económico. La hipótesis consiste en que al no estar sujeta la burguesía de Estado a la concurrencia de los capitales que ya controla colectivamente, los precios se establecen en función de los costes en vez de imponerse por las leyes del mercado. En estas condiciones la resistencia de los trabajadores a la intensificación del trabajo, base de la extorsión de una plusvalía relativamente

creciente, es más fácil que en Occidente. El derecho al trabajo, conquista de Octubre, constituye un arma en la lucha de clases que el régimen solo ha podido soslayar parcialmente mediante la multiplicación de medidas administrativas coercitivas. ¿Pero, será capaz de ir más allá, suprimiendo este derecho para restablecer, mediante la gestión de la reserva de parados, las condiciones normales de la venta de la fuerza de trabajo? Aunque Yugoslavia ha superado este obstáculo, ha anulado ampliamente sus efectos con el reconocimiento simultáneo de la gestión obrera.

3. Esta tesis referente a la transparencia de las relaciones de explotación en el sistema soviético de propiedad estatal generalizada del capital, y sus efectos sobre las relaciones base económica/superestructura ideológica, invita a una reflexión más sistemática sobre las funciones de la ideología nacionalista. Adelantamos la hipótesis de que el nacionalismo es el elemento de cohesión principal de esta sociedad. En Occidente, el predominio económico reduce la ideología a la del consumo y de la ciencia y la técnica como ideología. Los efectos de esta reducción son hoy evidentes: crisis de la sociedad, de los valores y de la juventud, etc. ¿En la URSS, esta crisis evitará el vínculo nacionalista?

Quedaría por precisar de qué nacionalismo se trata. Al principio, se intentó un nacionalismo que trascendiera el de las nacionalidades rusa, eslavas y asiáticas. Camuflado por la misión liberadora a escala de toda la humanidad, este nacionalismo se mezclaba con la dimensión eslavófila de la ideología tradicional. Nicolas Berdiaev y Alejandro Koyre ya habían adivinado su función. Progresivamente, este nacionalismo se ha rusificado. Se opone cada vez más al resurgimiento de los nacionalismos turco-musulmanes de Asia Central, Caucasia y Ucrania. Ahora bien, la población gran-rusa, que ya no es mayoritaria, está condenada por la demografía a ser cada día más minoritaria. La centralización estatal considerable de la Unión, a pesar de sus formas federales, ha permitido hasta ahora evitar los choques nacionalistas más sangrientos. Pero, ¿hasta cuándo? ¿Y cómo reaccionará el Estado ruso frente a estas contradicciones? ¿Mediante concesiones, incluso el abandono de Asia y su promoción en independencias neocoloniales como los

ideólogos occidentales formulan insistentemente? ¿O, al contrario, con el expansionismo y la huida hacia adelante, la agresión exterior, principalmente contra China, por un lado, y las naciones eslavas de Occidente, por otro? Aquí es indispensable un mejor conocimiento de las corrientes que atraviesan la vida soviética.

Tecnocracia y aristocracia obrera en URSS y en Occidente

1. La evolución de la URSS invita a reflexionar sobre el tema del capitalismo de Estado y de las fuerzas objetivas que actúan en dirección de una superación no socialista de las contradicciones del capitalismo contemporáneo.

Se trata de saber si el modo estatal debe necesariamente adoptar la forma soviética, y por consiguiente ser tan solo el desenlace de una revolución socialista recuperada por las insuficiencias de la lucha de clases posterior, o bien si el capitalismo de Estado podría también constituirse progresivamente a partir del capitalismo de los monopolios, bajo los efectos de la concentración progresiva del capital y de su fusión con el Estado. La tesis del superimperialismo explícitamente suponía esta posibilidad y hasta la requería como etapa necesaria en el camino de una evolución pacífica hacia el socialismo. Rizzi, y más tarde y en la misma línea Burnhan, han recogido esta tesis de Kautsky y Hilferding para asociarla a la “subida de los tecnócratas”.

2. Una respuesta a esta pregunta implica un análisis mucho más sistemático del que se dispone actualmente sobre las relaciones entre la tecnocracia y la aristocracia obrera de los países capitalistas desarrollados.

La tendencia socialdemócrata en el movimiento obrero de Occidente sigue siendo en efecto ambivalente en lo que se refiere a los intereses de las clases que representa. Sin lugar a dudas, al principio esta tendencia reflejaba la constitución progresiva de una aristocracia obrera, sustentada por la explotación imperialista, y que tomó la dirección efectiva del movimiento obrero. La historia del laborismo inglés y de la socialdemocracia alemana nos sirven de muestra.

Sin embargo, a medida que se ha ido constituyendo la nueva pequeña burguesía, la socialdemocracia ha intentado representar la forma alienada de los intereses de la nueva tecnocracia, estrato superior de ese proletariado acomodado de cuellos blancos y de mandos técnicos. El intento del capital monopolista por hacer que este nuevo estrato desempeñe el papel que los campesinos habían tenido en la etapa anterior, como reserva anti-obrera, no siempre ha dado los resultados previstos, en particular en Europa del Sur y en Escandinavia, en contraste con la Inglaterra y la Alemania contemporáneas. Debido a ello, existe una separación entre una socialdemocracia de derechas, domesticada por los monopolios, que encuadra a una clase obrera dominada por la dirección conjunta de la tecnocracia y de la aristocracia obrera, y un movimiento más ambiguo, que mantiene sus distancias frente a los monopolios. Unas veces este movimiento adopta una forma social-demócrata, como en Suecia, en la cual la aristocracia obrera parece llevar las de ganar, arrastrando consigo a la tecnocracia, otras veces, adopta una forma conflictiva, ya que el movimiento se reparte entre partidos comunistas con preponderancia de aristocracia obrera y partidos socialistas de nuevo estilo, con clientela tecnocrática, como en la Europa Latina.

3. ¿Se puede, sobre estas bases, proponer una distinción entre un proyecto propio del comunismo europeo, que sería un proyecto de capitalismo de Estado autónomo frente a Moscú, basado en la hegemonía de la aristocracia obrera dentro de un bloque que incorporase a la tecnocracia nacional, y el proyecto más tradicional de la socialdemocracia, basado en el compromiso entre el capital de los monopolios, la tecnocracia y la aristocracia obrera?

En otras palabras, ¿hace falta diferenciar el nuevo revisionismo del comunismo europeo heredado por la socialdemocracia de la II Internacional? ¿El eurocomunismo en gestación, todavía mal definido, traduce esta nueva tendencia, o es ni más ni menos que el disfraz de un deslizamiento socialdemócrata todavía difícil de confesar?

Quiérase o no el problema del porvenir socialista del mundo desarrollado plantea estas preguntas. La trasposición mecánica de

las lecciones de Octubre, rechazada ya en su tiempo por Rosa Luxemburg y Gramsci, ahora menos que nunca puede contentar a los que desean trabajar por una Europa socialista y salir de los ghettos grupusculares. En particular, el análisis de los eslabones débiles que eventualmente pueden ser los países de Europa del Sur implica respuestas a estas preguntas. Este análisis, claro está, debe recoger sistemáticamente el tema del Mercado Común y de la unificación europea.

4. Una importante etapa en el análisis de las tendencias del sistema parece haber sido superada con la propuesta de Robert Fossaert¹⁰ del concepto de “valor de desarrollo”. El valor de cambio caracteriza la etapa de desarrollo capitalista basada en la parcelación del capital y en la autonomía de la unidad de producción; implica que esta unidad, con sus límites precisos, define al trabajador colectivo, cuyo trabajo es fuente del valor creado, e implica asimismo que el tiempo de trabajo socialmente necesario es el que el capital paga a este trabajador colectivo. El desarrollo de las fuerzas productivas provoca la emergencia de una nueva forma de valor, ya que la productividad del trabajo en lo sucesivo depende ampliamente de los gastos sociales globales, los gastos de investigación y de formación que sustentan el nivel científico y técnico utilizado. El trabajo socialmente necesario viene a ser el efectuado en el conjunto del cuerpo social y los límites que definen al trabajador colectivo retroceden hasta confundirse con los de la nación, y puede que del sistema mundial.

Fossaert emplea este concepto de valor de desarrollo y lo propone para analizar la articulación de las transferencias de valor en cada una de las etapas del desarrollo capitalista: por un lado en el sistema impuestos/gasto público (donde señala que cuando las transferencias ocasionadas por este sistema alcanzan un nivel muy elevado, 40% del producto nacional, el impuesto se transforma en medio de gestión económica, y así se pasa de una gestión por el valor de cambio a una gestión por el valor de desarrollo), y por otro lado en el sistema moneda /crédito (donde señala que este paso está marcado por la interconexión y la estatalización del sistema de crédito).

La emergencia del valor de desarrollo refleja la contradicción entre el nivel logrado por las fuerzas productivas y la permanencia de relaciones de producción ya inadecuadas. Esta contradicción se supera, al menos en parte, en el nuevo modo en vías de constitución en Occidente que Fossart llama capitalismo-estatista, que constituye una segunda vía (históricamente, la primera sería la vía soviética) de superación de la contradicción sin abolición de clases.

Pero, ¿hay que ir más allá? La permanencia de la forma valor, aunque fuera en sus nuevas formas, ¿no lleva consigo necesariamente el mantenimiento de la división del trabajo y del Estado, fundamento y lugar de expresión de los antagonismos de clases? La nueva forma del valor, que conlleva la abolición, no del capital, pero sí de su parcelación, ¿no provoca la transparencia de las relaciones de explotación? Si así es, los modos capitalista-estatista y socialista-estatista deben tender al restablecimiento del predominio de la ideología en la reproducción. Las separaciones Estado/sociedad civil, poder político/poder económico, son características del único modo capitalista auténtico, basado en la fragmentación del poder económico y en la ideología economista del mercado.

En Occidente, la democracia no es concomitante con el capitalismo por casualidad, aunque su extensión a las clases trabajadoras solo haya sido posible con el imperialismo, pero tampoco esto ha sido por casualidad. La superación de la parcelación del capital mediante el valor de desarrollo anula las separaciones Estado/sociedad civil, poder político/poder económico; es decir, invalida la democracia y restablece el absolutismo ideológico, ya sea bajo la forma del hombre unidimensional de Occidente ya sea bajo la forma de la ideología nacionalista-pseudosocialista del Este. Este análisis, iniciado por la escuela de Frankfurt a partir no solo del totalitarismo hitleriano y del estalinismo, sino también del totalitarismo interiorizado de la sociedad occidental avanzada, viene al caso para recordar que la otra alternativa –la abolición del valor, de la división del trabajo, del Estado, por consiguiente de las clases– amplía y da profundidad a la sociedad

civil, y por tanto a la democracia, que se convierte en anarquía en su sentido etimológico. A partir de ahí, hay que situar el retroceso iniciado dentro de la propia escuela de Frankfurt, y en particular por Hannah Arendt, que reduce este rico análisis de la emergencia del absolutismo ideológico en relación con la evolución de la base económica al esquema politicista del totalitarismo, separado de la dialéctica base/superestructura. Esta reducción, que elude el problema del absolutismo ideológico en el Occidente avanzado, debido a degradaciones sucesivas, ha terminado rebajándose hasta llegar al nivel vacío de la ideología burguesa más trasnochada tal y como se formula en los discursos polémicos o, en Francia, en Raymond Aron y sus discípulos (Alain Besançon, los “nuevos filósofos”, etc.) que hacen suya la politicología americana más trivial.

La tesis de los “tres mundos” y la rehabilitación del fenómeno nacional

1. La tesis de los “tres mundos” clasifica a los países del sistema mundial en tres grupos: el primer mundo (las dos superpotencias, Estados Unidos y la URSS); el segundo mundo (las potencias medias: imperialismos secundarios de Europa Occidental y Japón, países de Europa del Este); y el Tercer Mundo (países de Asia, África y América Latina). Esta clasificación pretende sustituir a la antigua división jdanoviana en dos campos: capitalista y socialista. Esta última clasificación también había evolucionado con la aparición del grupo de los no-alineados.

La clasificación jdanoviana pretendía situar a los países en el doble plano de su naturaleza social (capitalista o socialista) y de su política exterior (alineación americana o soviética). Presuponía estos dos planos indisolublemente ligados. Más tarde, cuando se constituyó el grupo de los no-alineados por iniciativa de Tito, Nasser y Nehru, se aplicó la misma lógica a estos países. Se ha querido enlazar su política exterior neutralista con las particularidades de sus regímenes sociales, definidos como “democracias nacionales”. La ampliación del grupo de los no-alineados a casi todos los países

de Asia y de África (con la adhesión en bloque de la OUA) ha dejado sin contenido este pretendido análisis.

Estas tesis soviéticas son erróneas y nosotros defendemos:

— Que las llamadas sociedades socialistas no lo son sino que forman un nuevo grupo de sociedades de clases, basadas en el modo de producción estatal; como ya se sabe, la tesis china las considera como sociedades capitalistas monopolistas de Estado, mientras que las sociedades occidentales son capitalistas monopolistas.

— Que las relaciones URSS-democracias populares son relaciones desiguales, cuya naturaleza y modalidades de funcionamiento están por elucidar.

— Que las llamadas sociedades de democracia nacional son sociedades capitalistas periféricas.

— Que, si existe una relación entre la estructura social de un país, considerada en todos sus aspectos, y su política exterior, esta relación no puede reducirse a una determinación lineal simple según la cual una actitud pro o antisoviética corresponde a un determinado grado de socialismo.

—Que, de hecho, esta serie de tesis sirve para ocultar la política de superpotencia de la URSS, y las estrategias de esta política durante los sucesivos periodos de la guerra fría y de la distensión.

—Que la alineación a la que invitan (alineación total o moderada, el no alineamiento considerado como una transición) ha constituido y constituye un factor de bloqueo de la dinámica de la lucha de clases internas y de la lucha antiimperialista. Al obligar a los países a situarse en un campo o en otro, forzando por consiguiente a todas las fuerzas sociales y políticas a escoger entre el liderazgo americano o el de la URSS, quiérase o no, estas tesis han supeditado las luchas sociales a los imperativos de las alineaciones exteriores. En este sentido, han sido un factor de distorsión en el desarrollo de las luchas, reduciendo el alcance anticapitalista que podían lograr.

2. La nueva clasificación propuesta por la tesis de los tres mundos quizás curva el bastón en sentido contrario.

En efecto, está basada exclusivamente en el factor nacional, en este caso limitado a las dimensiones y al lugar ocupado por las naciones dentro del sistema. Existen las dos superpotencias, las únicas capaces de acción directa e indirecta en todas partes. Existen las sociedades desarrolladas, económicamente independientes (dentro de una interdependencia desigual), ya que históricamente se han forjado como sociedades autocentradas (capitalistas o capitalistas de Estado), pero que ya no son capaces de intervenir a escala mundial en el plano político. Existen las sociedades subdesarrolladas, económicamente dependientes, ya que se han forjado históricamente como periferias subordinadas y extrovertidas, política y militarmente débiles e inestables. La tesis no supone nada en cuanto a la naturaleza social exacta de los regímenes, salvo que no son socialistas. Se exceptúa a China (¿fuera de la clasificación o Tercer Mundo?), a los países socialistas asiáticos (Corea, Vietnam, Camboya, Laos), y quizás a Cuba, considerados a la vez como Tercer Mundo y socialistas. En cuanto a los demás países considerados como no socialistas, la tesis no incluye ningún matiz de calificación relacionado con la naturaleza del bloque hegemónico propio de cada uno de ellos.

Esta tesis rehabilita el factor nacional prácticamente silenciado en la tesis contraria. Los hechos están demostrando ampliamente la necesidad de esta rehabilitación. El hecho nacional subsiste aún en el transcurso de la construcción socialista (tengamos en cuenta las relaciones China-Vietnam-Camboya, por ejemplo, o Yugoslavia-Albania). Por otra parte, esta tesis ayuda a perder las ilusiones que podríamos seguir cultivando en lo relacionado con los Estados socialistas y la vía no capitalista.

Otros textos (*La carta en veinticinco puntos; Defensores del neocolonialismo*, entre otras cosas), que deben ser leídos paralelamente a la tesis de los tres mundos, aclaran su sentido. La rehabilitación del factor nacional precisa el sentido de la fórmula “Los Estados quieren la independencia, las naciones la liberación, los pueblos la revolución” y de paso esta fórmula señala sus límites (los pueblos quieren la revolución). El artículo “*Defensores...*” desenmascara la naturaleza de la vía no capitalista.

Esta fórmula permanecerá hermética para los que quieren reducir la lucha política al simple enfrentamiento de clases (explotadores contra explotados), como los trotskistas y todos los marxistas vulgares, incluidos los revisionistas, es decir, todos aquellos que consideran a las naciones y a los Estados como pantallas que esconden una única realidad, la de los intereses de clase. Si, al contrario, se considera que los Estados y las naciones son realidades, desde luego dependientes de las clases, aunque no reductibles a ellas de una manera unilateral, se aprecia mejor la fórmula. Los pueblos se definen por los bloques de clases anticapitalistas, estos bloques son diferentes tanto en el centro como en la periferia del sistema imperialista. Las naciones constituyen la unidad histórica de las clases antagonistas, existen. De ahí que lo que se llama interés nacional no es otra cosa que el reflejo de las modalidades que el carácter mundial del capitalismo impone a los bloques hegemónicos locales, que tienen que integrarse en unos sistemas de oposición y de alianzas de clases a escala mundial. Estas naciones actúan mediante Estados más o menos nacionales, instrumentos de la política, es decir de las alianzas internas e internacionales.

3. Pero la tesis de los tres mundos termina siendo una falsa teoría que no tiene en cuenta la realidad si se toma al pie de la letra y si se reduce toda la realidad al factor nacional, que rehabilita.

Topamos entonces con una tesis unilateral, no marxista, que sustituye a las clases por las naciones. Esta sustitución invita a ahorrarnos el análisis conciso y concreto de los contrastes y alianzas de clases internos y externos mediante los cuales el sistema actúa, se reproduce y se transforma.

La URSS y los Estados Unidos son, sin lugar a dudas, dos superpotencias y dos sociedades de clases. Pero no tienen la misma historia, no ocupan posiciones simétricas en el sistema mundial. Los Estados Unidos son la superpotencia imperialista heredera de la constitución progresiva del imperialismo en el transcurso del siglo pasado y de la desaparición parcial de los imperialistas secundarios como potencias mundiales. Actúan en el conjunto del mundo no socialista y no soviético, de conformidad con

las leyes económicas del imperialismo (inversiones de capitales, extracción del *excedente de trabajo*, etc.) La URSS se ha establecido como sociedad de nueva clase a partir de una revolución socialista, después de haber sido encerrada dentro de sus fronteras, confinada en una zona de influencia concreta. Su modo de organización interna le lleva a intervenir en otras de modo diferente. Además, las estructuras sociales internas de ambas superpotencias son diferentes, las relaciones recíprocas entre estas estructuras internas y las intervenciones externas que cada una de las superpotencias practica son específicas.

Europa del Oeste y Japón por un lado, Europa del Este por otro, tampoco ocupan posturas análogas. Difieren en el plano de sus estructuras internas (bloques hegemónicos, ideologías, etc.) así como en su posición internacional (imperialismo secundario, pequeños países...).

Los países de la periferia, por fin, tienen estructuras sociales suficientemente diferentes para que la naturaleza de su Estado sea variable (a menos que se acepte la tesis extremista criticada más arriba que niega toda autonomía a los Estados periféricos).

Los distintos Estados del Segundo y del Tercer Mundo no luchan por la independencia de la misma manera, ni por la misma independencia. Las distintas naciones del Tercer Mundo no luchan por la liberación de la misma manera. En cuanto a los bloques populares de las clases revolucionarias, por supuesto, son diferentes según los países... Los enemigos de estas independencias, de estas liberaciones de contenido diferente, y de los diversos proyectos revolucionarios, no son los mismos en todas partes, ni están organizados en bloques iguales. Nos equivocaremos nueve veces sobre diez si pretendemos dictaminar que el enemigo principal es el mismo para todos y en todas partes: está claro que no es el mismo en Angola que en Checoslovaquia.

Se puede entonces entender que la política exterior no constituye de ningún modo un campo que habría que privilegiar y que sería perfectamente coherente con la naturaleza de las clases de las distintas naciones. Basta mirar además cómo se hacen y deshacen las alianzas (ejemplo: Etiopía y Somalía) para comprenderlo.

Una vez dicho esto, podemos formular un principio general: un bloque popular autónomo que dirige la lucha con firmeza según sus propios intereses puede concertar alianzas ventajosas muy amplias, internas y externas (ejemplo: Vietnam); pero si estas reemplazan las insuficiencias del bloque popular, las alianzas convierten a las fuerzas populares en el juguete de la reacción interna y externa.

4. El análisis del funcionamiento de la trama económica, política e ideológica del mundo capitalista está hoy día bastante adelantado. Por desgracia, no ocurre lo mismo con el análisis de la trama soviética. Los trabajos referentes al funcionamiento económico de la división del trabajo dentro del COMECON son todavía superficiales y por lo general se inspiran en los ideólogos del revisionismo. En cuanto a los críticos, son todavía muy propensos a trasvasar a esta nueva realidad los resultados del análisis del sistema occidental.

5. La tesis china del social-imperialismo y del expansionismo soviético tiene la ventaja de proponer una integración de la política soviética en un marco de referencia de conjunto, que define la nueva situación internacional (a partir de la mitad de los años 60) de una manera concreta.

Según esta tesis, habríamos asistido, después de la segunda guerra mundial, a una etapa del imperialismo dotada de un determinado número de características tales como la hegemonía americana sobre el conjunto del sistema imperialista, el encierro del mundo soviético en sí mismo y el aislamiento de China. Al finalizar este periodo, se entraría en una fase en que las relaciones de modifican... En efecto, la hegemonía americana sobre el conjunto del sistema se pondría en tela de juicio: primero y fundamentalmente por las luchas de liberación nacional (para los Estados Unidos el hecho más significativo fue el fracaso de su política en Asia, en China y en Vietnam) y en segundo término por las modificaciones de las relaciones interimperialistas entre la fracción hegemónica americana y las fracciones subalternas europea y japonesa.

En este marco, el resurgir de las luchas en las partes centrales más débiles (Europa del Sur) se articularía sobre la expansión del movimiento de liberación nacional, del mismo modo que las

burguesías de la periferia intentarían recuperarse imponiendo un nuevo reparto menos desfavorable de la plusvalía mundial.

Este replanteamiento de la hegemonía y del equilibrio mundial habría llevado a la Unión Soviética a intentar sacar provecho de la decadencia americana con vistas a la constitución de un nuevo imperio sobre una zona más importante. Durante todo el periodo anterior, la URSS había estado recluida dentro de los límites de su estepa, con sus zonas de dependencia directa, pero sin bases más allá, ya que los propios partidos revisionistas estaban encerrados en su vida política local. El imperialismo americano disfrutaba de su hegemonía sobre un sistema amplio y organizado, apoyándose en el doble nexo de las burguesías imperialistas subalternas europea y japonesa (países del Segundo Mundo) y de las clases explotadoras del Tercer Mundo.

Este análisis supone una visión de la Unión Soviética a partir de una revolución, al principio socialista, que se aparta de la construcción del socialismo orientándose hacia una sociedad de clases. Esta sociedad de clases no dispondría, en este momento, de un imperio a la medida de sus ambiciones. Los países de Europa del Este, que por su nivel de desarrollo pueden ser incluidos en el Segundo Mundo, siguen siendo pequeños países. Pero el problema capital es que la URSS no tiene bases en el Tercer Mundo. En el Tercer Mundo no existe ningún sistema firmemente asentado en una alianza de clases con el sistema soviético. La URSS se ha beneficiado de alianzas esporádicas con las burguesías dirigentes de los movimientos de liberación nacional en un momento u otro, con la intención de librarlos de la hegemonía americana y consiguiéndolo temporalmente. Pero el caso egipcio ha puesto de manifiesto la fragilidad de estas alianzas. Así pues, la URSS intentaría sacar provecho de la decadencia americana para formar este imperio a través de la búsqueda de posiciones por fin bien asentadas en el Segundo y en el Tercer Mundo. En particular intentaría acaparar la transformación posible de los antiguos imperialismos subalternos en social-imperialismos subalternos. Pero ¿no podría ser que “el eurocomunismo” haga fracasar esta perspectiva?

En este marco, el social-imperialismo persiguiría objetivos más o menos análogos a los del imperialismo clásico: búsqueda de fuentes de explotación exteriores que permitan el fortalecimiento de la alianza revisionista (sujeción de la clase obrera a su clase dominante en el marco de la hegemonía de una ideología nacionalista) que reemplazaría a la alianza social-demócrata. Por supuesto que esta búsqueda debe adoptar formas específicas adaptadas a la situación concreta. Por ejemplo, la búsqueda de materias primas quizás es secundaria, teniendo en cuenta el desarrollo autárquico de éstas en el marco de un país muy extenso forjado en sus inicios por una revolución socialista. El intento de someter a países industrializados más adelantados que permitiera proporcionar una tecnología más eficaz correspondería quizás mejor a la situación soviética concreta. En esta perspectiva, también habría que separar los objetivos estratégicos de los medios tácticos. La búsqueda de bases lejanas puede no ser más que un medio táctico en la lucha contra el imperialismo, principal rival, para imponer un nuevo reparto más satisfactorio en otros lugares. Los mundos árabe, indio y africano, a diferencia de América Latina, mucho más dependiente de la hegemonía norteamericana —donde se enfrentan movimientos de liberación nacional, intereses del imperialismo hegemónico, intereses de los imperialismos segundos que controlan la zona, conflictos locales importantes—, pueden ser, por eso mismo, los principales campos del “conflicto del siglo” sin llegar a ser un objetivo final real o principal.

Queda por ver si este análisis es correcto, es decir, si corresponde, no a los objetivos plausibles para los que los chinos llaman los “nuevos zares”, sino a sus intenciones reales. Escritos como los de Amalrik, aunque no tengan ningún valor científico, al menos tienen la ventaja de recordar que hay corrientes ideológicas en la URSS que ven en el belicismo antichino un medio para superar la crisis interna y en particular la rebelión de los pueblos asiáticos oprimidos de la Unión. Los dirigentes de Pekín siguen con atención estos hechos, poco conocidos en Occidente, y de ninguna manera pueden tolerar un eje Moscú-Washington dirigido contra ellos. Pero la experiencia ha demostrado que a menudo, temores de

este tipo, por muy justificados que sean, en vez de ayudar, dificultan un análisis frío y correcto de la estrategia del adversario.

La línea burguesa y la línea proletaria en la cuestión nacional. Ideología y base material

La línea burguesa (que es la línea de todas las clases explotadoras) reconoce la existencia de todos los grupos sociales (naciones y grupos étnico-lingüísticos, razas, tribus, grupos religiosos, incluso grupos de edad, sexo, etc.), excepto de clases. De este modo, la sociología decreta, a partir de una serie de definiciones puramente empíricas (derivadas de la observación de las realidades inmediatamente aparentes) que solo existen categorías socio-profesionales (definidas por el oficio, el sector de actividad ...) que no son ni más ni menos importantes que las categorías basadas en realidades sociales no económicas. En un segundo momento, trata de establecer las eventuales correlaciones existentes entre los diversos fenómenos sociales aparentes. Y decreta como “metafísica”, “confusa” o “ilocalizable” la distinción de clase basada en el análisis de un modo de producción, de modo similar a como la economía burguesa vulgar no conoce más que los precios y decreta la inutilidad de dar un “rodeo” por la categoría “metafísica” del valor.

Frente a los diferentes problemas prácticos que plantea la existencia de todas estas diversas categorías, la línea burguesa se subdivide en dos actitudes. La actitud reaccionaria niega la necesidad de derechos y libertades específicas que posibiliten el completo desarrollo de las diferencias categoriales. Considera que la libertad, formal e individual (todos los hombres son iguales) es suficiente. La actitud democrática admite la necesidad de derechos y libertades específicas, como por ejemplo el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, el derecho de las mujeres a la igualdad real con los hombres, el derecho de las minorías a expresarse en su lengua, etc...

La línea proletaria (que es la línea de todas las clases explotadas) consiste en señalar, más allá de todos los grupos inmediatamente visibles (naciones, religiones, sexos, etc.) la división de clase esencial, basada en el modo de producción, que enfrenta a la clase

o clases explotadas (obligadas a proporcionar un sobretrabajo) con la o las clases explotadoras (que acaparan los frutos de este sobretrabajo). Y de modo similar, más allá de la experiencia de los precios, destaca la presencia de la categoría esencial del valor.

La hegemonía de la ideología de las clases explotadoras en todas las sociedades de clases (la ideología de la clase dominante es la ideología dominante de una sociedad) conduce necesariamente a la distinción entre clase en sí y clase para sí. Pues, si bien la clase social es una realidad objetiva, solo se convierte en una realidad política plena y cabal en la medida en que la hegemonía ideológica de la clase explotadora es puesta en entredicho por una conciencia de clase clara y concluyente.

La emergencia de esta conciencia es una consecuencia de la práctica de la lucha de clases y de la subordinación de las demás realidades categoriales –que son igualmente objetivas– a la realidad fundamental de la explotación de clase.

Frente a los problemas que estas diversas realidades objetivas plantean en la lucha de clases, la línea proletaria se subdivide igualmente en dos actitudes.

La actitud reaccionaria (“burocrática”, “formal”...) consiste simplemente en negar toda realidad que no sea la de las clases. Negar los sexos, negar las naciones, negar las religiones, etc... Es decir, considerarlas no como realidades, sino como fenómenos artificialmente manipulados por las clases explotadoras. Esta actitud consiente, como mucho, una serie de concesiones tácticas frente a estas realidades, y de hecho conduce al fracaso práctico en la lucha de clases, ya que estas realidades tienen la piel dura y manifiestan su poder de un modo encubierto que impide, en la práctica, la emergencia de la clase para sí.

La actitud revolucionaria consiste en reconocer la existencia de una base material objetiva en todas las diferencias categoriales y en tratar de comprender cómo se articulan estas diferencias con las que oponen a las clases entre sí. La actitud revolucionaria no separa dos mundos, el mundo de las clases materialmente fundamentado (en la explotación) y el de las demás categorías, puramente circunstanciales y/o ideológicas, no materialmente fundamentadas.

Solo conoce un mundo, la totalidad de cuyos aspectos están materialmente fundamentados y lo están en última instancia, por la explotación de clase.

La actitud revolucionaria consiste, pues, en tratar de comprender siempre la dialéctica de la interacción entre todos los aspectos de la vida social, sin poner en un mismo plano a todos sus aspectos, pero buscando siempre las determinaciones en última instancia y las modalidades de su expresión real. A partir de ahí, define una estrategia y una táctica de las alianzas de clase que pueden ser más eficaces y revolucionarias.

La ideología de la cultura universal

La localización de la tendencia en la evolución cultural de la humanidad (progresión en dirección a la homogeneización o no) y la elección de una opción frente a esta tendencia (apoyarla activamente o no) son las conclusiones naturales de todos los debates importantes que implican necesariamente la consideración de las fuerzas gracias a la cuales se desarrollan las fuerzas productivas y de los efectos de este desarrollo en el sistema capitalista. Entre otros, es el caso de todos los debates en los que el Estado y la nación constituyen el núcleo central.

La primera tesis propuesta es que la tendencia a la homogeneización, subyacente en el desarrollo capitalista, se ve dificultada por las propias condiciones de la acumulación desigual.

La base material de la tendencia a la homogeneización la proporciona el continuo crecimiento de los mercados, en extensión y en profundidad. El mercado de las mercancías se extiende de la región al país, y del país al mundo entero, por una parte, y se va apoderando progresivamente de todos los aspectos de la vida social, por otra. El mercado de los capitales, durante mucho tiempo limitado por la necesaria asociación entre el capital y el capitalista, tiende, con la centralización del capital en la fase de los monopolios, a convertirse en mundial. La propia fuerza de trabajo, durante mucho tiempo limitada en sus migraciones por una serie de handicaps diversos –sociales, lingüísticos, jurídicos– tiende a adquirir una movilidad mayor, una movilidad incluso internacional.

Si tenemos en cuenta que la vida cultural no es el dominio del misterio y de lo insondable, sino el modo de organización de la utilización de los valores de uso, la homogeneización de dichos valores de uso por medio de su sumisión al valor de cambio generalizado debe tender a homogeneizar la propia cultura.

Sin embargo, esta tendencia choca con los límites que le impone la propia acumulación desigual.

La primera de estas desigualdades, la más fundamental en nuestra época, es la que opone la acumulación acelerada en el centro a la acumulación ralentizada, frenada, en la periferia del sistema imperialista. Mientras que en el centro la tendencia ha sido, y es, una tendencia a la desintegración de los modos precapitalistas y a la integración de la fuerza de trabajo como fuerza de trabajo de unos proletarios sometidos a la extracción directa de la plusvalía en el proceso inmediato de su trabajo (dominación real), las condiciones históricas de la extensión del capitalismo a escala mundial han comportado, en la periferia, el desarrollo masivo de las formas de la sumisión formal. Ahí reside el secreto del mantenimiento de unas apariencias de supervivencias precapitalistas, de la sobreexplotación del trabajo en la periferia, de la transferencia del valor con el que se expresa esta sobreexplotación, y de la distorsión del modo de acumulación que la acompaña. Esta desigualdad fundamental en el desarrollo imperialista acelera las tendencias a la homogeneización real en el centro, mientras que las anula prácticamente para la gran masa de los pueblos de la periferia, que no pueden acceder al modo de consumo moderno, reservado a una minoría.

El segundo límite se basa en las desigualdades de la acumulación en los propios centros. Ha sido un importante handicap en la propia constitución de los centros, en la adquisición de un carácter nacional unificado para la mayor parte de ellos. Subsiste y resurge incesantemente bajo forma de regionalismos.

La segunda tesis propuesta es la de que esta tendencia a la homogeneización no es la consecuencia necesaria del desarrollo de las fuerzas productivas en sí mismas, sino del contenido capitalista de este desarrollo.

La elevación del nivel de las fuerzas productivas en las sociedades precapitalistas no implicaba la sumisión del valor de uso al valor de cambio y, por ello, iba acompañada de la diversidad de vías y modalidades de su desarrollo y no de la uniformización de éstas.

El modo capitalista, como modo históricamente necesario para ir más allá en el progreso de las fuerzas productivas, implicaba el predominio del valor de cambio y, por consiguiente, la uniformización.

Pero el modo capitalista no es, como lo eran los precedentes, un modo eterno. Se ha convertido en un obstáculo para el progreso ulterior de las fuerzas productivas a escala mundial, en la medida en que el modo de acumulación ralentizado que impone a la periferia excluye la perspectiva de una recuperación. Por esta importante razón, se puede decir que el capitalismo ha sido superado a escala mundial.

El socialismo, a su vez y en el mismo sentido necesidad histórica, ¿debe superar el legado del pasado/presente por medio de la adopción de modelos de acumulación suficientemente cercanos a los del capitalismo para realizar lo que el capitalismo no ha logrado hacer: uniformizar el mundo? ¿O bien está obligado a actuar de otro modo?

Ya nos hemos pronunciado acerca de esta cuestión: la uniformización es una de las salidas posibles, pero, en este caso, el socialismo en cuestión sería un nuevo modo de clases, el modo estatal; en la medida en que la salida no estatal es igualmente “posible” (igualmente basada en tendencias reales existentes en las luchas), no es preciso resignarse a aceptar la primera vía como expresión de una necesidad histórica, etc...

La clave de un análisis científico de estos problemas reside en la aprehensión correcta de la cuestión de la tecnología. Nuestro punto de vista es que ésta no es neutra en relación a las relaciones de producción. Por lo tanto, no es posible imaginar cómo serán las técnicas de producción de la sociedad sin clases por simple extrapolación de las tendencias relativas a estas técnicas tal como se desarrollan actualmente en el seno del sistema capitalista, en el

que constituyen el soporte de una división del trabajo que separa la concepción de la ejecución y que reproduce de este modo la base material de la división en clases. Y si la sociedad sin clases se construye sobre la abolición del valor de cambio y el restablecimiento del dominio del valor de uso, ya no hay razón para creer que la actual tendencia a la homogeneización deba producirse. Por el contrario, debería invertirse, pues comunismo significa variedad.

La tendencia a la homogeneización del capitalismo opera desigualmente según los dominios. Opera con una fuerza casi irresistible al nivel de las técnicas industriales de producción, en el campo de los modos de consumo, “estilos de vida”, etc... Opera con una fuerza ya atenuada en los dominios ideológico y político. Y opera con una gran debilidad en el campo del uso de las lenguas.

Durante mucho tiempo, la unificación lingüística de las naciones en formación se ha hecho por la fuerza de las cosas (sin excluir la fuerza a secas), pero sin una política sistemática. Con ello, la coexistencia de una lengua popular hablada y de una lengua oficial de la administración se ha prolongado. La generalización de la escuela, tanto al menos como las exigencias prácticas de un mercado considerablemente más integrado, solo han asegurado el triunfo definitivo de las lenguas nacionales, prácticamente, en la época contemporánea. Pero cada vez que el poder ha tratado de imponer, por medio del aparato escolar, una lengua extraña a la nación en formación, ha tropezado con una resistencia que, en la mayoría de los casos, ha resultado victoriosa. Las esperanzas, alimentadas por muchos socialistas del siglo XIX, acerca de una rápida asimilación (véase en el caso del imperio austríaco las previsiones de Kautsky, o las de Strasser relativas al checo) han sido desmentidas.

¿Qué postura es preciso adoptar frente a esta tendencia a la uniformización? Evidentemente, no se trata de lamentar eternamente lo que ya se ha hecho o lo que es históricamente irreversible: el afrancesamiento de Occitania o la aceptación generalizada del transporte en automóviles particulares en Occidente, o la de la coca-cola por el pueblo cubano, para tomar tres

ejemplos al azar, a niveles diferentes, y de desigual importancia. Cualquier lamentación en este sentido es ajena al marxismo, que no cree en la inmutabilidad de las sociedades en ningún sentido.

Pero la verdadera cuestión es la que se plantea cuando miramos hacia el futuro.

¿Hay que alegrarse de esta tendencia del capitalismo a la homogeneización, del mismo modo que podríamos alegrarnos del progreso de las fuerzas productivas?

¿Es preciso apoyarla, es decir, no oponerse nunca activamente a ella, para hacer una analogía con el carácter reaccionario de la destrucción de las máquinas? ¿Hay que lamentar que simplemente opere con unos medios de clase, y que debido a ella su eficacia se vea limitada? ¿Acaso cabe concluir que el socialismo avanzará en esta misma dirección, pero todavía más deprisa y menos dolorosamente?

En este sentido, en el marxismo siempre han coexistido dos tendencias. El propio Marx, por lo menos en las primeras etapas de su vida activa, emplea siempre un tono elogioso y convincente cuando habla del progreso de las fuerzas productivas, de las realizaciones de la burguesía, de la tendencia a la uniformización, que libera finalmente una serie de horizontes que las bloqueaban. Pero progresivamente, la duda va instalándose en él y, más allá del tono más matizado de sus ulteriores escritos, su visión unilateral primera es reemplazada por un punto de vista más reservado.

Sin embargo, el movimiento obrero, en su tendencia dominante, ha evolucionado en un sentido diverso. El elogio de la “civilización universal” en construcción, la ingenua creencia en la fusión de las culturas (¡e incluso en la fusión de las lenguas!) predominaban en la IIª Internacional (piénsese en la tentativa del esperanto). Desmentido por la guerra de 1914, este ingénuo cosmopolitismo reaparece después de la segunda guerra mundial, cuando americanización parecía sinónimo de progreso, o al menos de modernización ineluctable. Y, desde los de Kautsky a los de Trotsky pasando por los de Pannekoek (Lenin era más realista), es muy larga la lista de los escritos que no expresan la menor duda al respecto.

Nuestro punto de vista es diferente. La tendencia a la uniformización es una tendencia al refuerzo de la adecuación de la superestructura a las exigencias de la infraestructura capitalista. Es una reducción de las contradicciones motrices a este plano. Es, pues, una tendencia reaccionaria. La resistencia espontánea de los pueblos frente a esta uniformización debe reforzarse, estimularse, para destruir las relaciones de explotación que subyacen en ella. *El homo consumens (¿universalis o americanis?)* no es una necesidad ineluctable, sino simplemente una necesidad del capitalismo. De hecho, la ideología de la cultura universal es una ideología burguesa, hija de la ideología de las luces, según la cual el progreso de las fuerzas productivas determina mecánicamente y automáticamente el progreso de la civilización, el progreso paralelo de la libertad, de la igualdad, etc... ocultando así las contradicciones de clase gracias a las cuales este progreso de las fuerzas productivas labra su camino.

De todos modos, la tendencia a la uniformización, tal como existe, ¿ha tenido como consecuencia resultados significativos en el plano político, es decir, ha afectado a la lucha de clases en el mundo contemporáneo?

Por supuesto, en un primer momento, hasta las guerras de 1914-1918 y de 1939-1945, la tendencia a la uniformización solo parece actuar al nivel de cada una de las naciones centrales, y concretamente en el interior de los grandes Estados-nación. Se desarrolla paralelamente a la constitución del capital de los monopolios sobre esta base nacional. Refuerza la tendencia de los ultrachauvinismos que sirven a los intereses de los imperialismos nacionales ferozmente enfrentados entre sí.

Pero parece que las cosas han cambiado desde 1945. Los imperialismos han resultado ser demasiado desiguales para preocuparse por otra cosa que por su subordinación al imperialismo americano dominante, desplazando sus contradicciones a un segundo plano. El miedo a la URSS y a la revuelta colonial generalizada han reforzado esta tendencia. Paralelamente, el espacio económico de su acción se mundializaba y, concretamente, la construcción europea se iniciaba. Esta construcción comporta sin

duda una ambivalencia: ¿una Europa unida para hacer frente a los Estados Unidos o una Europa integrada en el pacto atlántico por mediación de Alemania? Actualmente, cuando ya hace tiempo que se desintegraron las ilusiones gaullistas, la tendencia parece ser a una Europa germano-americana. Simultáneamente, el crecimiento económico intensificaba la uniformización, siguiendo el modelo americano, de la vida social.

En estas condiciones, habría que plantearse la cuestión de saber si los viejos nacionalismos no están a punto de desaparecer. Y no en provecho de un internacionalismo mundial, sino pura y simplemente en provecho de un neonacionalismo paneuropeo (panoccidental) de resabios racistas, que se definiría ante todo por oposición a Asia y a África. Su contrapartida, tolerada o recuperada, serían los microrregionalismos sin alcance político.

1. Véanse los capítulos III y IV.

2. Véase *L'échange inégal et la loi de la valeur*.

3. Véase *La nation arabe*. Gérard Chaliand. Gérard Chaliand, *Les mythes révolutionnaires du Tiers Monde*, Seuil, 1976.

4. P. P. Rey, *Le transfert du surtravail de la paysannerie vers le capitalisme*, L'Homme et la Société, 1978.

5. Véase *L'accumulation a l'échelle mondiale*, postfacio.

6. "A propos de la critique", *L'homme et la société*, 1977.

7. Geoffrey Kay, *Development and Underdevelopment, a marxist analysis*, Londres, 1975. Véase nuestra crítica en *Insurgent Sociologist*, University of Oregon, Spring, 1977.

8. C.A. Michalet, *Le capitalisme mondial*, PUF, 1976.

9. *La loi de la valeur et le matérialisme historique*, págs. 110-2.

10. Robert Fossaert, *La société*, 2 vols., Seuil, 1977.

Índice

- I. Clases, naciones y Estados en el materialismo histórico**
- II. Las formaciones comunitarias**
- III. Las formaciones tributarias**
- IV. El desarrollo desigual en la transición capitalista y en la revolución burguesa**
- V. El desarrollo desigual en los centros imperialistas**
- VI. Centro y periferia en el sistema capitalista. La cuestión nacional hoy.**
- VII. La liberación nacional y la transición socialista**



Table of Contents

[Portada](#)

[Copyright](#)

[I. Clases, naciones y Estados en el materialismo histórico](#)

[II. Las formaciones comunitarias](#)

[III. Las formaciones tributarias](#)

[IV. El desarrollo desigual en la transición capitalista y en la revolución burguesa](#)

[V. El desarrollo desigual en los centros imperialistas](#)

[VI. Centro y periferia en el sistema capitalista. La cuestión nacional hoy.](#)

[VII. La liberación nacional y la transición socialista](#)

[Índice](#)